ASI HABLÓ ZARATUSTRA

FEDERICO NIETZSCHE

UN LIBRO PARA TODOS
Y PARA NINGUNO

Biblioteca Ercilla - Vol. IX

ASI HABLO ZARATUSTRA

FEDERICO NIETZSCHE

ASI HABLO ZARATUSTRA

UN LIBRO PARA TODOS
Y PARA NINGUNO

Librería é Imprenta Central S. A.

La casa mejor surtida en obras de Literatura
Jirón Unión (Boza) N° 801
LIMA

BIBLIOTECA ERCILLA
IX
SANTIAGO DE CHILE
1933

INTRODUCCION

Llegamos, por fin, al libro cumbre de la producción de Nietzsche. Poco hemos de decir de él nosotros, puesto que ya se ha dicho tanto.

Comparada con las demás del autor, esta obra tiene un carácter excepcional, ya que ostenta una forma poética. Descartando las poesías, nunca se le ocurrió a Nietzsche trazar una obra de carácter artístico o imaginativo. Todo lo que salió de su pluma está desarrollado en forma de exposición doctrinal, generalmente en el estilo de los aforismos, por los que tanta afición sentía y en el que se creía maestro. Es más, y éste es un rasgo que da la clave del efecto que producen muchas de sus obras: odiaba toda gala retórica y escribía con una especie de desdén hacia la forma estudiada, y a veces hacia la sintaxis, lo que hace imposible, al traducirle, acomodar su trabajo a los cánones usuales en la composición literaria.

ASI HABLO ZARATUSTRA es un apólogo, una colección de parábolas o semblanzas al estilo de los libros sagrados orientales, en que se condensaba la sabiduría moral de un pueblo. Su rasgo principal es el carácter simbólico, y todo el libro está como velado por una discreta obscuridad, a causa del carácter paradójico de sus pensamientos, hasta tal punto que el mismo autor consideró necesaria, para su mejor inteligencia, una especie de glosa o clave, que se inserta al final de este volumen.

Parece ser que la primera idea de Zaratustra surgió en la imaginación de su autor durante la primera juventud de éste. Ya en su niñez vió en sueños la figura del filósofo persa. Pero quizá esta primera aparición fué demasiado vaga. Más tarde se fué concretando, pues sus ideas filosóficas eran susceptibles de ser agrupadas, más que en un sistema razonado y frío, en un poema, por el vivo sentimiento de que eran expresión. Esta es precisamente la característica de Nietzsche, que le distingue de otros muchos pensadores: que su sistema no es una mera especulación fría y abstracta, sino que en el fondo está animado por un gran sentimiento, por un sentimiento vehementísimo, que quisiera comunicar a sus lectores en toda ocasión, y que da a toda su doctrina un carácter de protesta viva, de lucha enconada, de sátira social, en la que llega muchas veces a emular a los más preclaros cultivadores del género.

En el mes de agosto de 1881, y en Sils María, tuvo su nacimiento el **ASI HABLO ZARATUSTRA**. Esta fecha está consignada por él mismo en su esbozo autobiográfico titulado "Ecce Homo". Entre sus papeles se encontró un primer plan de la obra, dividido en cuatro libros.

En el mismo año de 1881 fué cuando el autor, después de haber atravesado una crisis patológica que le hizo creer que había perdido para siempre la capacidad para el trabajo, se sintió convalecer hasta el punto de recobrar casi por completo la salud perdida, y aprovechando esta inesperada mejoría, escribió el "Gay saber", que consideraba como un preludio del Zaratustra, y luego éste mismo.

Por las referencias que Nietzsche hace en el "Ecce Homo", debemos suponer que la gestación de la obra está relacionada con cierta crisis que se operó en sus gustos musicales, que es caracterizada por él como una "regeneración total" del arte de escuchar.

Dieciocho meses duró esta gestación, por lo que el autor expresa su recelo de que se le tome (a lo menos los budistas) por un elefante hembra. Ello fué en 1883, el año mismo en que Ricardo Wagner expiraba en Venecia.

La obra fué terminada en Niza el año 85. La cuarta parte se imprimió a costa del autor, que la editó no para entregarla al gran público, sino para regalársela a unos cuantos amigos. Estos eran tan pocos en aquel tiempo, a causa del apartamiento en que vivía el escritor, que sólo hubo de regalar siete ejemplares (1). En 1890 cayó enfermo, y pronto se perdieron todas las esperanzas de curación. En 1892 apareció la segunda edición de Zaratustra, única que contiene las cuatro partes. Es de advertir que Nietzsche pensaba continuarla hasta la muerte de Zaratustra.

Verdadero poema en prosa, esta es la mejor calificación que puede hacerse de la obra. En ella parece haberse formado el autor una sensibilidad nueva, un oído nuevo para una música nueva. No sospechan los que han leído las obras anteriores del autor la revelación que en el Zaratustra van a encontrar de un gran poeta, de un formidable lírico, maestro en la elección de ritmos nuevos, de melodías nuevas, íntimamente fundidas con los sentimientos que tienen el encargo de expresar. He aquí lo que dice un crítico francés con ocasión de la obra maestra que estamos estudiando: "El poeta y el músico se revelan en la elección de palabras, en su belleza melódica y en su poder

(1) Estos fueron: uno a su hermana; otro a la escritora Malwida de Meysenburg; otro a Overbeck; otro a Jacobo Burkhardt; otro a Peter Gast, su secretario; otro al joven Lansky, estudiante; y el séptimo a su amigo Rohde.

evocador, en el ritmo de su sucesión y en la correspondencia admirable entre estos ritmos, estas melodías y los sentimientos que expresan. Así como sabe evitar los peligros de la lengua alemana, Nietzsche utiliza también admirablemente los recursos que le son propios: crear palabras nuevas y palabras compuestas, transformar verbos en sustantivos, de manera que expresen acciones; el arte de Nietzsche es sin igual para pasar por matices indefinidos y continuos a través de toda la escala de sentidos de una sola palabra, que ora designa una idea, ya una imagen, ya un sentimiento o una tendencia. Estas cualidades hacen imposible una traducción fiel de su Zaratustra. Por el estilo, **ASI HABLO ZARATUSTRA** es no sólo la obra maestra de Nietzsche, sino de la prosa alemana (1).

Zaratustra, el sabio Zaratustra, es un antiguo guerrero; su sabiduría es despreocupada, burlona, violenta; se ríe de todas las tragedias que contempla desde la altura de su montaña. Es como un dios que hubiera inventado el mundo para su recreo. Nada de lo que pasa en el mundo tiene importancia, a no ser desde un punto de vista estético. El hombre que se entrega al dolor, llora, se humilla y reza, es sencillamente ridículo, porque no conoce los límites del dolor humano y de la personalidad humana. Hay que exponer la vida jugando, correr a la muerte por deporte, no porque la vida sea despreciable, sino porque la vida es buena y es inmortal.

La sabiduría de Zaratustra tiene por fundamento un concepto fisiológico: el concepto de "salud"; pero se trata de una salud "nueva". Esta salud hace al héroe considerar a los hombres, que contempla por debajo de él, como enfermos. Esta salud le comunica un tono retozón y burlesco siempre que se trata de todas las cosas que los hombres han considerado hasta ahora como solemnes, altas, dignas y serias. Este tono puede parecer "inhumano", en contraposición con toda solemnidad, en la actitud, en el gesto, en la palabra, en la entonación, que ha caracterizado hasta ahora todo lo que él conceptúa "humano, demasiado humano".

Pero esta salud es clarividencia, es inspiración, es revelación. Zaratustra contempla melancólicamente a los hombres, porque no ve en ellos más que fragmentos de hombre. El hombre no es más que una materia informe, una piedra grosera, que tiene necesidad de un estatuario. Zaratustra es el martillo que se siente atraído por la piedra. El martillo golpea la piedra; la piedra se despedaza. ¡Qué

(1) R. Berthelot: "Friedrich Nietzsche" en "Evolutionisme et Platonisme".

importa! Para el escultor, la misma destrucción es un goce. Todos los creadores son duros.

En esa mezcla de amargura, idealismo, escepticismo y burla; en esa tragedia grotesca representada en la cima de las altas montañas; en esa especie de Evangelio guiñolesco, de Evangelio de la crueldad, de la desigualdad, de la impiedad, hay páginas de un intenso lirismo y de un sabor extraño, originalísimo, que da a la obra un sello altamente personal. Y lo admirable es que, por debajo de aquella expresión poética, paradójica, y al parecer, extravagante, se desarrolla una dialéctica robusta y a la vez fina y flexible. De suerte que Nietzsche, enemigo de las demostraciones, enemigo de las refutaciones, hostil a todo ergotismo, nos da en esta obra predominantemente imaginativa el esqueleto férreo de su sistema, la lógica interior de su filosofía práctica. Y esto de una manera viva, llena del color y del movimiento de la naturaleza, pero de una naturaleza cuyo escenario más frecuente son las altas cimas, los ventisqueros donde rugen las tempestades, como si una constante inquietud, un desasosiego perpetuo impulsase al escritor a elevarse a muchos miles de pies sobre el nivel de la multitud, como si necesitase un espacio ilimitado, infinito, donde respirar libremente, como si se ahogase en las regiones inferiores, como si el contacto con las muchedumbres le abrumase y le enloqueciese de irritación. Y, por cierto, que esto no era sólo una necesidad de su alma, sino que era en él una necesidad fisiológica. Grandes temporadas pasó haciendo estancias de altura en los Alpes y en otras regiones montañosas, y allí parecía encontrar un alivio a sus padecimientos.

Porque, huelga decirlo, Zaratustra es el mismo Nietzsche. El, como todo gran lírico y como todo gran pensador, no hace en sus obras más que autobiografía. y en ésta mejor que en ninguna otra. Pero no son, en verdad, tópicos literarios aquel afán de huir de la canalla que donde bebe deja envenenadas las fuentes; aquel horror a los poderosos, cuando descubre que lo que éstos llaman poder es tráfico y chalaneo con la canalla; aquel apartarse de los sabios, porque éstos han servido al pueblo, han adulado al pueblo y las supersticiones del pueblo; aquel buscar la oscuridad y la noche, porque su soledad es estar envuelto en luz. Todo esto es su vida, su suerte, su tragedia. Es la suerte del hombre que ha intelectualizado sus sentimientos, que ha visto parte del rostro de la verdad, esa deidad terrible que maldice para siempre al que profana sus secretos. Otra vez se repite el temerario empeño de probar la fruta del Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal, y otra vez la maldición de Dios cae sobre el sacrílego.

Y este secreto que Zaratustra ha violado es el carácter demasiado humano de todas nuestras concepciones religiosas y morales, la falsedad de la moral. Todas esas fantasías de la imaginación y de la sensibilidad de los hombres están nutridas, alimentadas por sus propias pasiones, por sus propios temores, por sus propias flaquezas. Si el terror hizo a los dioses, como dijo el vate, la sensibilidad pervertida creó una moral compuesta de venganzas disfrazadas de justicias, fruto de una voluntad de dominio, postulado de muchos egoísmos, engendro de la crueldad, del miedo y de la cobardía.

La moral así concebida es la negación del mundo, es la enemiga rencorosa del mundo, es un nihilismo. Este sentido ascético y feroz que estalla como una de las formas judíocristianas al derrumbarse el Imperio romano, se renueva más tarde periódicamente, toma su expresión en los sistemas filosóficos como descalificación del mundo de los sentidos, y en el culto al "númeno", en contraposición al "fenómeno", en la afirmación del "ser", frente al "devenir" y, modernamente, en el socialismo cristiano de aquella moral de los esclavos que se rebelan contra los señores. Los esclavos, enemigos de toda nobleza y de toda aristocracia, claman de nuevo por la igualdad de derechos, como los antiguos cristianos, con su igualdad ante Dios. Cristiano es el Estado moderno, en que los que mandan afectan la humildad de los que obedecen, en que se llaman siervos del pueblo, como en la Edad Media los pontífices se llamaban siervos de los siervos.

Esta moral no es ya el instinto de obediencia guerrera de las sociedades patriarcales que llevaban el tabernáculo a los campos de batalla; no es el sentimiento de fidelidad a la raza, que mantiene y transmite las virtudes de padres a hijos; no es la moral del heroísmo y del honor. Es la moral fermentada y corrompida de las grandes ciudades de tenderos, de las que aquel loco le decía a Zaratustra: "Detente, Zaratustra, y no entres ahí. ¿Por qué vienes a ensuciarte los pies en ese barrizal? Más te vale escupir a las puertas de la Gran Ciudad y volver atrás. Aquí se corrompen todos los grandes sentimientos; aquí sólo se permite manifestarse a los sentimientos mezquinos y secos. ¿No notas ya el olor de los mataderos y de los figones del espíritu? ¿No adviertes que pesa sobre la ciudad el vaho de los espíritus sacrificados en el matadero? ¿No ves cómo cuelgan las almas, suspendidas, como si fueran blandas piltrafas sucias? ¿No oyes cómo se trueca aquí el espíritu en un juego de palabras? Tienen frío, y tratan de calentarse con aguardiente. Todos los apetitos y los vicios tienen aquí su asiento; la sangre corre aquí, por todas las venas, viciada, corrom-

pida y espumante; escupe sobre la Gran Ciudad, que es el gran vertedero donde fermentan todos los detritus. Escupe sobre la Gran Ciudad de las almas deprimidas y de los pechos escuálidos, de los ojos febriles y de los dedos pringosos; sobre la Gran Ciudad de los impertinentes, de los desvergonzados, de los vocingleros, de los escribidores y de los ambiciosos sin freno, donde pulula todo lo podrido, todo lo infame, todo lo lascivo, todo lo sombrío, canceroso y aleve".

Al escuchar la voz de Zaratustra, nos parece reproducirse, como un eco, el gran lirismo de las antiguas esperanzas mesiánicas. También nosotros, como el pueblo judío, estamos sedientos de redención; también necesitamos nuestros profetas; también queremos que se ilumine nuestro camino; también tenemos necesidad de una nueva ley. Entre la obscuridad de sus sentencias, creemos vislumbrar el mensaje de una nueva tierra de promisión, y entre la melancolía de sus lamentaciones, vemos brillar una estrella, un relámpago de claridad que disipa por un momento las brumas en que nos vemos envueltos en la vida cotidiana. Si esta nueva luz no es todavía definitiva, por lo menos él ha preparado nuestra óptica para nuevas perspectivas, para la contemplación de nuevas verdades. Hemos renovado nuestras ideas acerca de la forma de la verdad; sabemos ya que toda línea recta miente, que toda verdad es curva y que el tiempo mismo es circular.

E. O.

Madrid, 9 junio de 1932.

PRIMERA PARTE

I

Cuando Zaratustra cumplió los treinta años, abandonó su patria y los lagos de su patria y se retiró a la montaña. Allí gozaba de su espíritu y de su soledad, y así vivió durante diez años, sin sentir cansancio. Pero, al cabo, su corazón experimentó un cambio, y una mañana en que se levantó con el alba encaróse con el sol y le dijo:

"¡Oh tú, Gran Astro! ¿Qué sería de tu dicha si te faltasen aquellos a quienes alumbras?

Diez años hace que todos los días compareces ante la boca de mi caverna; ya estarías harto de tu luz y de tu eterno girar si no fuera por mí, por mi águila y mi serpiente.

Pero nosotros te esperábamos todas las mañanas, tomábamos de ti lo que te sobraba, y te bendecíamos con gratitud.

¡Mira! Ya estoy harto de mi conciencia, como las abejas que se han atracado de miel; yo necesito manos que se extiendan hacia mí.

Yo quisiera hacer regalos, distribuir mercedes, hasta que los sabios entre los hombres se alegrasen otra vez de su locura y los pobres se holgasen de nuevo con su riqueza.

Para esto tengo que descender muy abajo: igual que tú haces al caer el día, cuando te ocultas tras los mares y llevas la claridad a los mismos infiernos, ¡superabundante Astro!

¡Así, pues, bendíceme, Ojo Tranquilo, que puedes contemplar sin envidia una dicha demasiado grande!

Bendice la copa que quiere desbordarse. ¡Que el agua dorada corra de ella extendiendo por todas partes su delicioso aroma!

Mira: esta copa quiere vaciarse y Zaratustra quiere volver a ser hombre."

Así comenzó el descenso de Zaratustra.

2

Zaratustra descendió solo de la montaña, y a nadie encontró en su camino. Pero no bien se hubo internado en el bosque, se encontró con un anciano que había abandonado su

santa choza para coger raíces por el bosque. Y el anciano dijo así a Zaratustra:

"Este viajero no me es desconocido: ha muchos años pasó por aquí. Se llamaba Zaratustra, pero se ha transformado.

Entonces subías tu ceniza a la montaña; ¿es que quieres hoy bajar tu fuego al valle? ¿No temes las penas contra los incendiarios?

Sí, reconozco a Zaratustra. Sus ojos son puros y en su boca no hay expresión de asco. Parece que viene bailando.

Zaratustra se ha transformado, se ha convertido en un niño. Zaratustra es uno que despierta. ¿Qué tienes tú que ver con los que duermen?

Como en el mar, vivías tú en la soledad, y el mar te sustentaba. ¡Ay! ¡Ahora quieres pisar tierra firme! ¡Ay! ¡Quieres andar por tu propio pie!"

Zaratustra contestó: "Yo amo a los hombres."

"Y ¿para qué — dijo el santo — bajé yo al bosque y fuí al desierto? ¿Acaso no fué porque amaba demasiado a los hombres? Pero ahora amo a Dios; ya no amo a los hombres. El hombre es, a mis ojos, una cosa imperfecta. El amor de los hombres me mataría."

Zaratustra contestó: "¡Qué digo amor! Yo traigo a los hombres un presente."

"No les traigas nada — dijo el santo. — En todo caso quítales algo, y que te ayuden a llevarlo; esto les probará bien, siempre que a ti no te haga daño."

"No — dijo Zaratustra, — yo no doy limosnas. No soy bastante pobre para dar limosnas."

El santo sonrió al oír estas palabras de Zaratustra, y dijo:

"¡Veremos si aceptan tus regalos! Son muy desconfiados contra los anacoretas, y no creen que les llevamos regalos.

Nuestros pasos les suenan demasiado solitarios en la calle. Y cuando de noche están acostados y oyen los pasos de un hombre mucho antes que el sol haya salido, se preguntan: "¿Adónde irá ese ladrón?"

¡No vayas entre los hombres, y quédate aquí, en el bosque! ¡Mejor es que te vayas con los animales! ¿Por qué no quieres ser lo que yo soy: un oso entre los osos, un pájaro entre los pájaros?"

"Y ¿qué hace el santo en el bosque?", preguntó Zaratustra.

Y el santo contestó:

"Hago canciones y las canto, y cuando las compongo, río, lloro y murmuro: y así alabo al Señor.

Cantando, riendo, llorando y murmurando, alabo al Señor mi Dios. Pero, veamos, ¿qué presente es ése que nos traes?"

Al oír Zaratustra estas palabras se inclinó ante el anciano, y dijo:

"¿Qué podría yo daros?... ¡Mejor es que me dejéis marchar cuanto antes, no sea que os quite algo!"

Y en esto separáronse los dos, el anciano y el hombre, riendo como dos muchachos.

Así que Zaratustra estuvo solo, dijo para su capote: "¿Pero es posible? ¡Este santo varón, aquí, en su bosque, no se ha enterado todavía de que Dios ha muerto!"

3.

Cuando Zaratustra llegó a la ciudad más próxima al bosque, halló al pueblo congregado en la plaza: había corrido la voz de que llegaba un titiritero. Y Zaratustra habló así al pueblo:

"Yo predico al superhombre. El hombre es algo que debe ser superado. Vosotros, ¿qué habéis hecho para superarle?

Todos los seres, hasta hoy, han producido algo superior a ellos: ¡y vosotros queréis ser el reflujo de esta marea, prefiriendo volver a la animalidad a vencer al hombre!

¿Qué es el mono para el hombre? Un motivo de risa o una dolorosa vergüenza. Pues eso mismo debe ser el hombre para el superhombre: un motivo de risa o de vergüenza afrentosa.

Habéis recorrido el camino que va desde el gusano al hombre, pero todavía hay en vosotros mucho de gusano.

En otro tiempo fuísteis monos, y ahora es el hombre más mono que cualquier mono.

Y el más sabio de todos vosotros no es más que un sér híbrido de planta y de fantasma. ¿Y acaso os dije yo que os transformaseis en plantas o en fantasmas?

Escuchad, y os diré lo que es el superhombre.

El superhombre es el sentido de la tierra. Que vuestra voluntad diga: ¡sea el superhombre el sentido de la tierra!

¡Yo os conjuro, hermanos míos, a que permanezcáis fieles al sentido de la tierra y no prestéis fe a los que os hablan de esperanzas ultraterrenas! Son destiladores de veneno, conscientes o inconscientes.

Son despreciadores de la tierra, moribundos y envenenados, para quienes la tierra es fatigosa: ¡por eso quieren dejarla!

En otro tiempo, los crímenes contra Dios eran los más grandes crímenes; pero Dios ha muerto, y con él han desaparecido estos delitos. Ahora el crimen más terrible es el crimen contra la tierra y poner por encima del sentido de la tierra las entrañas de lo incognoscible.

En otro tiempo el alma miraba al cuerpo con desprecio, y este desprecio era entonces la virtud más excelsa: quería verle demacrado, horrible, muerto de hambre. Así creía poder emanciparse de él y de la tierra.

¡Oh, esta misma alma estaba también macilenta, horrible y hambrienta, y la crueldad era su delicia!

Pero habladme vosotros, hermanos míos; ¿qué es lo que os dice vuestro cuerpo de vuestra alma? ¿No es vuestra alma miseria e inmundicia y una lamentable voluptuosidad?

Verdaderamente es el hombre una corriente impura y cenagosa. Es preciso ser un mar para poder admitir una corriente cenagosa sin contaminarse de su impureza.

Escuchad; yo os diré lo que es el superhombre: el superhombre es este mar de que os hablaba, en el cual puede sumirse vuestro desprecio.

¿Qué es lo más grande que puede sucederos? Que llegue la hora del gran menosprecio. La hora en que sintáis asco de vuestra propia dicha, y de vuestra razón, y de vuestra virtud.

La hora en que digáis: "¡Qué me importa mi dicha si no es más que pobreza y basura y una mísera voluptuosidad? ¡Pero la existencia misma debiera justificar mi felicidad!"

La hora en que digáis: "¡Qué me importa mi razón! ¡Codicia la ciencia como el león su alimento; pero es pobre y sucia y no más que una voluptuosidad miserable!"

La hora en que digáis: "¡Qué me importa mi virtud! Todavía no me ha proporcionado un momento de embriaguez. ¡Qué cansado estoy de lo bueno y de lo malo en mí! ¡Todo ello no es más que pobreza y basura y una voluptuosidad miserable!"

La hora en que habréis de decir: "¡Qué me importa mi justicia! No veo que yo sea pasión y frialdad. ¡Pero el justo tiene que ser pasión y frialdad!"

La hora en que habréis de decir: "¡Qué me importa mi compasión! La compasión ¿no es la cruz a la que clavan al que ama a los hombres? Pero mi compasión no es una crucifixión."

¿Lo habéis dicho ya? ¿Lo habéis gritado ya? ¡Ah! ¡Ojalá ya os hubiera oído gritarlo!

¡No son vuestros pecados, sino vuestra moderación, lo que clama al cielo! ¡Vuestra ambición misma en vuestros pecados es lo que clama al cielo!

¿Dónde está el rayo que os ha de lamer con su lengua de fuego? ¿Dónde está la locura que os debieran haber inoculado?

Pues bien, yo predico el superhombre: ¡el superhombre es este rayo, el superhombre es esta locura!"

Cuando Zaratustra terminó su discurso, salió una voz de entre los que allí había, y dijo:

"¡Ya hemos oído bastante al titiritero, ahora queremos ver lo que hace!"

Y el populacho se rió de Zaratustra. Y el titiritero, que creía que las palabras iban dirigidas a él, empezó su trabajo.

4

Zaratustra contemplaba al pueblo y se mostraba extrañado. Entonces habló así:

"El hombre es una cuerda tendida entre la bestia y el superhombre: una cuerda sobre un abismo.

Un paso peligroso, una parada peligrosa, un retroceso peligroso, un temblar peligroso y un peligro estar de pie.

Lo más grande del hombre es que es un puente y no un fin en sí; lo que debemos amar en el hombre es que es un tránsito y un descenso.

Yo amo a aquellos que no saben vivir más que para desaparecer, porque ésos son los que pasan al otro lado.

Yo amo a los grandes despreciadores, porque son los grandes veneradores y son flechas que ansían pasar a la otra orilla.

Yo amo a los que no buscan tras de las estrellas una razón para perecer o sacrificarse, sino que se ofrecen a la tierra para que ésta, un día, sea del superhombre.

Yo amo a los que viven para el conocimiento y tratan de conocer para que algún día llegue a vivir el superhombre. Y por esto quieren perecer.

Yo amo a los que trabajan e inventan para construir una morada al superhombre y preparan, para su venida, la tierra, los animales y las plantas, y para esto dan su vida.

Yo quiero a aquellos que aman su virtud, porque la virtud es la voluntad de morir y una flecha de deseo.

Yo amo a los que no se reservan ni una gota de su espíritu y quieren ser todo el espíritu de su virtud y así pasan el puente como espíritus.

Yo amo a los que hacen de su virtud su vocación y su destino, porque viven para su virtud y no quieren vivir fuera de su virtud.

Yo amo a los que no quieren tener demasiadas virtudes. Una virtud es más virtud que dos, porque es más nudo al que se sujeta el destino.

Yo amo a aquellos que dilapidan su alma y que no quieren gratitud ni retribución; pues éstos lo dan todo y no se guardan nada.

Yo amo a aquellos que se avergüenzan cuando los dados salen a su favor y preguntan: "¿Seré un tramposo?", porque éstos quieren perecer.

Yo amo a aquellos que arrojan palabras doradas ante sus hechos y que siempre dan más que lo que prometen, pues quieren perecer.

Yo amo a aquellos que justifican los futuros y redimen los pasados, porque quieren perecer en los presentes.

Yo amo a aquellos que castigan a su Dios, porque aman a su Dios, porque sucumbirán a la cólera de su Dios.

Yo amo a aquellos cuya alma es tan profunda aún en sus mismas heridas, que sucumben al menor tropiezo, porque ellos pasarán el puente.

Yo amo a aquellos cuya alma está tan repleta que se olvidan de sí mismos y todas las cosas están en su alma, porque todas las cosas serán su perdición.

Yo amo a aquellos que poseen un corazón libre y un espíritu libre, de modo que su cerebro es como el intestino de su corazón; pero su corazón le pierde.

Yo amo a todos aquellos que son como gotas pesadas que caen una a una de las negras nubes suspendidas sobre los hombres: anuncian el rayo, y como augures perecen.

¡Mirad! Yo soy el que anuncia el rayo, soy una pesada gota que cae de la nube; pero este rayo es el superhombre".

5.

Cuando Zaratustra hubo pronunciado estas palabras, miró otra vez al pueblo y calló. "Ahí están — dijo para su corazón—, se ríen: no me comprenden, yo no soy boca para esos oídos.

¿Será preciso destrozar sus oídos para que aprendan a oír con los ojos? ¿Habrá que meter tanto ruido como los tambores o los misioneros? ¿O es que sólo hacen caso de los tartamudos?

Tienen algo de que están muy orgullosos. ¿Cómo llaman eso que constituye su orgullo? Lo llaman cultura, y es lo que les distingue de los cabreros.

Por eso les hiere la palabra "desprecio". Quiero hablar de su orgullo.

Quiero hablarles del más despreciable; pero éste es el último hombre".

Y Zaratustra habló así al pueblo:

"Ha llegado el momento de que el hombre se proponga un fin. Ha llegado el momento de que el hombre siembre el germen de sus más preciosas esperanzas.

Todavía es su suelo bastante rico. Pero llegará un día

en que este suelo sea demasiado pobre y estéril para que en él pueda crecer un árbol muy alto.

¡Ay! ¡El tiempo se acerca en que el hombre ya no podrá disparar la flecha de su deseo más allá del hombre y en que el nervio de su arco ya no podrá vibrar!

Yo os digo que es necesario llevar dentro de sí mismo el caos, para poder engendrar una estrella danzarina. Yo os digo: todavía se agita el caos en vuestro interior.

¡Ay! ¡Los tiempos se acercan en que ya no podréis engendar estrellas danzarinas! ¡Ay! Se acercan los tiempos del hombre más despreciable, del hombre que ya no podrá despreciarse a sí mismo.

¡Mirad! Yo os muestro aquí al último hombre.

"¿Qué es el amor? ¿Qué es la creación? ¿Qué es el deseo? ¿Qué es la estrella?": así se pregunta el último hombre y hace un guiño.

La tierra se ha empequeñecido, y sobre ella brinca el último hombre, que todo lo empequeñece. Su linaje es inmortal, como el pulgón; el último hombre es el que vive más.

"Hemos encontrado la dicha", dicen los últimos hombres, y hacen guiños.

Habían abandonado los parajes donde la vida era dura, pues necesitaban calor. Aún aman al prójimo y se arriman a él, porque necesitan calor.

Les parece un pecado caer enfermo y desconfiar; andan con precaución. ¡Qué loco es el que aún tropieza con los hombres o las piedras!

Un poco de veneno, de vez en cuando, condimenta los sueños. Y mucho veneno hace agradable la muerte.

Se trabaja aún, porque el trabajo es un entretenimiento. Pero se procura que el entretenimiento no haga daño.

No habrá pobres ni ricos: las dos cosas son molestas. ¿Quién mandará? ¿Quién obedecerá? Las dos cosas son demasiado molestas.

¡No habrá pastor ni rebaño! Todos querrán lo mismo; todos seremos iguales, y el que no se conforme, al manicomio.

"Antes todos estaban locos", dicen los más sagaces guiñando un ojo.

Son prudentes y saben todo lo que ha sucedido; así la burguesía no tiene fin. Todavía regañan, pero se reconcilian pronto; de lo contrario enfermarían del estómago.

Tenemos nuestras pequeñas diversiones de día y de noche; pero se respeta la salud.

"Hemos inventado la dicha", dicen los últimos hombres guiñando el ojo".

Y aquí termina el primer discurso de Zaratustra, que también ha sido llamado "prólogo", porque al llegar a este pasaje fué interrumpido por la gritería de la regocijada multitud. "¡Danos este último hombre, Zaratustra — gritaban— haznos iguales a este último hombre y te regalaremos el superhombre!" Y todo el pueblo reía a carcajadas y hacía ruidos extraños con la lengua. Entonces Zaratustra, entristecido, dijo para su corazón:

"No me comprenden; ¡yo no soy la boca para esos oídos! ¡He vivido demasiado tiempo en la montaña y he escuchado durante mucho tiempo los arroyos y los árboles, y ahora les hablo como si ellos fuesen también cabreros.

Mi alma está sosegada y radiante como la montaña a la hora que precede al mediodía; pero ellos creen que soy frío, que soy un bufón de ironía siniestra.

Y me miran y se ríen, y al reírse, me odian. Hay hielo en su risa".

6.

Y sucedió entonces algo que hizo enmudecer a todas las bocas y que atrajo todas las miradas. En efecto, el titiritero, que había salido por una puertecilla y que empezaba a pasar por la cuerda tendida entre las dos torres, por encima de la plaza y de la multitud, empezaba su trabajo. Cuando llegó a la mitad del camino, volvió a abrirse la puertecilla, dejando paso a un grotesco personaje de abigarrada vestimenta, parecido a un payaso, que, a buen andar, marchó tras el volatinero. "¡Anda de prisa, cojitranco — gritó con voz terrible—; anda de prisa, gandul, contrabandista, cara pocha! ¡Ten cuidado no te haga cosquillas con mis talones! ¡¿Qué haces ahí, entre esas dos torres? ¡En una de ellas deberías estar encerrado, porque interceptas el paso a quien vale más que tú!" Y, según iba diciendo esto, se acercaba más al volatinero; y cuando se hallaba a un paso de distancia de éste, se produjo un terrible accidente, que hizo enmudecer a todos y paralizar las miradas de todos: aquel ser extraño, lanzando un grito estentóreo que parecía salido de la garganta de un demonio, saltó por encima del volatinero, que le impedía el paso. Este, al verse vencido por su rival, perdió el equilibrio, escapóse el balancín de sus manos y, con más rapidez que éste, cayó al suelo convertido en un pelele, en un revoltiño de piernas y brazos. Entonces la multitud se agitó, como el mar cuando está conmovido por la tempestad; todos huían dispersándose y atropellándose, y particularmente los que estaban más cerca del sitio en que cayó el infeliz.

Zaratustra fué el único que permaneciera inmóvil, y a sus mismos pies fué a caer el titiritero, malherido y destrozado, aunque no muerto todavía. Al cabo de unos minutos recobró el conocimiento el caído, y al abrir los ojos, clavó la mirada en Zaratustra, que estaba arrodillado junto a él. "¿Qué haces ahí? — pudo articular por fin—; ya hace tiempo que yo sabía que el diablo me iba a jugar esta trastada, y ahora me llevará al infierno. ¿Quieres impedirlo?"

"¡Oh amigo mío! — le respondió Zaratustra— yo te juro por mi honor que nada de eso que dices es verdad; no hay demonio, ni hay infierno. Tu alma se desvanecerá antes que tu cuerpo. ¡Nada, pues, tienes que temer!"

El moribundo le miró con recelo. "Si eso que afirmas es cierto — dijo — nada pierdo con perder la vida. Poca cosa más que un animal soy, al que a fuerza de palos y privaciones le enseñaron a bailar". "No, eso no — repuso Zaratustra—; tú hiciste del peligro tu profesión, y eso no tiene nada de vergonzoso; ahora mueres víctima de tu oficio. Yo te prometo que te enterraré con mis propias manos".

El moribundo no pudo contestar ya a las palabras de Zaratustra, pero extendió su mano, buscando la de Zaratustra para darle las gracias.

7.

En esto comenzó a hacerse de noche, y la obscuridad descendía sobre la plaza; el pueblo fué desfilando, porque hasta el terror y la curiosidad cansan. Pero Zaratustra seguía sentado junto al muerto, sumido en sus reflexiones, y así llegó a olvidarse del tiempo. Por fin cerró la noche, y un viento helado sopló sobre el solitario. Entonces Zaratustra se levantó, y dijo así a su corazón:

"¡Vaya una pesca que ha hecho hoy Zaratustra! ¡No ha pescado un hombre, sino un cadáver!

¡Qué ingrata es la vida humana y cuán falta de sentido: un payaso puede serle fatal!

Quiero enseñar al hombre el sentido de su existencia, que no es otro que el superhombre, el rayo que brota de la obscura nube humana.

Pero aún estoy muy lejos de los hombres, y mi sentimiento no habla a sus sentimientos. Para los hombres, yo soy un intermedio entre el loco y el cadáver.

¡Qué obscura está la noche, qué obscuros son los caminos de Zaratustra! ¡Ven conmigo, compañero helado y rígido! Te llevaré donde pueda enterrarte con mis manos".

8.

Cuando Zaratustra hubo dicho esto a su corazón, cargó el cadáver sobre sus hombros y púsose en camino. No habría aún recorrido unos cien metros, cuando un hombre se deslizó cautelosamente a su lado y murmuró unas palabras en su oído. Aquel hombre era el payaso de la torre. "Sal de esta ciudad, ¡oh Zaratustra! — le dijo—. Hay aquí muchos que te odian. Te odian los buenos y los justos, porque dicen que eres su enemigo y los desprecias; te odian los creyentes de la verdadera fe, y te llaman el peligro de las multitudes. Tu suerte fué que te tomaron a risa: y verdaderamente hablabas como un payaso. Tu suerte fué que te solidarizaste con ese perro muerto; al rebajarte de ese modo te has salvado por hoy. Pero sal de la ciudad, o mañana tendré que saltar sobre ti: un vivo saltará sobre un muerto". Y al decir esto desapareció, pero Zaratustra continuó su caminata por las obscuras callejas.

A las puertas de la ciudad encontró a los enterradores, que para reconocerle aproximaron a su cara las antorchas; conocieron entonces a Zaratustra y bromearon a costa de él. "Zaratustra se lleva el perro muerto. ¡Bravo! ¡Zaratustra se ha hecho enterrador! Que entierre al perro, que nuestras manos están demasiado limpias para ese guisado. ¿Es que quiere Zaratustra robarle ese manjar al diablo? ¡Sea enhorabuena, y que le aproveche! ¡Pero el diablo es mejor ladrón que Zaratustra: los robará a los dos, se los comerá a los dos!" Y se reían, mirándose los unos a los otros y acercando sus cabezas.

Zaratustra no contestó una palabra, y siguió su camino. Al cabo de dos horas atravesó un bosque y unas ciénagas, y habiendo oído aullar a los hambrientos lobos, él también sintió hambre. Así llegó a una casa solitaria, en cuya ventana ardía una luz.

"El hambre se apodera de mí como un bandido — dijo Zaratustra—. En medio de los bosques y de las ciénagas se ha apoderado de mí el hambre, y en la noche obscura. ¡Qué caprichos más raros tiene mi hambre! A menudo no la siento sino después de haber cenado, y hoy no me ha atormentado en todo el día; ¿dónde habrá volado?"

Entonces llamó Zaratustra a la puerta de aquella casa. Apareció un viejo que, con una luz en la mano, dijo: "¿Quién llega a mí y a mi mal sueño?"

"Un vivo y un muerto — dijo Zaratustra—. Dame de comer y de beber; me olvidé de hacerlo durante el día. El

que da de comer al hambriento hace bien por su alma, dice el proverbio".

El viejo volvió a entrar en la casa, pero pronto volvió y ofreció a Zaratustra pan y vino. "Mal paraje es éste para los hambrientos; por eso vivo yo aquí. A mí vienen los animales y los hombres, al anacoreta. Pero da también de comer a tu compañero, que, por las trazas, está más cansado que tú". Zaratustra respondió: "Mi compañero está muerto; trabajo me costaría hacerle comer". "Eso a mí no me importa — dijo el viejo de mal talante—; el que llama a mi puerta debe tomar lo que yo le ofrezco. ¡Comed y que os vaya bien!"

Después de esto anduvo Zaratustra otras dos horas, confiando su ruta a la luz de las estrellas, pues, por hábito, era noctiherniego y se complacía en mirar a la cara a todos los durmientes. Mas, cuando empezó a alborear, se encontró en un profundo valle, en donde se acababan todos los caminos. Allí puso al muerto en el tronco de un árbol, a la altura de la cabeza — pues quería protegerle contra los lobos —, y, acostándose sobre el musgo, pronto se quedó dormido, cansado el cuerpo, pero tranquilo de espíritu.

9.

Largo tiempo durmió Zaratustra; y no sólo pasó sobre su rostro la aurora, sino también el mediodía. Por fin abrió los ojos y miró a todas partes extrañado, extrañado del silencio y extrañado de sí mismo. Después se levantó con presteza, como el navegante que ve tierra firme, y lanzó un grito de júbilo, pues una nueva verdad se le había revelado. Y entonces habló así su corazón:

"Mis ojos se abren a una nueva luz: yo necesito compañeros; pero compañeros vivos, no compañeros muertos y cadáveres que tenga que llevar a cuestas por dondequiera que vaya.

Necesito compañeros vivos, que me sigan porque se sigan a sí mismos y vayan donde yo voy.

Mis ojos se han abierto a una nueva luz: Zaratustra no ha de hablar ya al pueblo, sino a sus compañeros. ¡Zaratustra no debe ser un pastor ni un perro de guardar rebaños!

Yo vengo a robar muchas ovejas del rebaño, aunque el pueblo y el rebaño me gruñan. ¡Zaratustra quiere ser el ladrón de los pastores!

Yo los llamo pastores, pero ellos dicen que son los bue-

nos y los justos. Pastores digo; pero ellos se llaman los fieles a la verdadera fe.

¡Mirad a los buenos y a los justos! ¿A quién odian más? A quien rompe sus tablas de valores, al destructor, al criminal; pero éste es el que crea.

¡Mirad a los creyentes de todas las fes! ¿A quién odian más? Al que rompe sus tablas de valores, al destructor, al criminal; pero éste es el creador.

El creador busca compañeros, y no cadáveres, ni quiere rebaños ni creyentes. El creador busca compañeros que colaboren con él, que escriban nuevos valores en nuevas tablas.

El creador busca compañeros y colaboradores en la cosecha, pues todo está en él maduro para la cosecha. Pero le faltan las cien hoces; por eso arranca las espigas y monta en cólera.

El creador busca compañeros que sepan afilar sus hoces. Se les llamará demoledores y despreciadores del bien y del mal. Pero ellos son los que recogen cosechas, los que solemnizan las fiestas.

Zaratustra busca colaboradores en la creación, en la cosecha y en la fiesta; ¿qué podrá hacer con rebaños y pastores y cadáveres?

¡Y tú, mi primer compañero, anda con Dios! Ahí te he proporcionado una buena sepultura en el hueco de ese árbol, y ahí te he proporcionado un buen abrigo contra los lobos.

Pero me separo de ti, porque mi tiempo ha pasado. Entre la aurora y el mediodía me ha visitado una nueva verdad.

Yo no quiero ser pastor ni sepulturero. Ni quiero volver a hablar al pueblo. Por última vez hablo a un muerto.

El creador, el cosechero, el festero serán mis amigos; quiero mostrarles el nuevo iris y todos los escalones que conducen al superhombre.

Cantaré mi canción a los solitarios, y a los solitarios de dos en compañía, y al que tenga todavía oídos para escuchar lo que nunca se oyó, a ése le abrumaré el corazón con mi dicha.

Yo voy a mi objeto y sigo mi propia ruta; saltaré por encima de los indecisos y los rezagados. Sea, pues, mi marcha su perdición''.

10.

Así habló Zaratustra a su corazón cuando el sol estuvo en la mitad de su carrera; entonces sondeó las alturas con la mirada, y al punto oyó el agudo llamamiento de un ave.

Y miró. Un águila describía vastos círculos en el aire, y de ella colgaba una serpiente, no a modo de botín o de presa, sino como amiga, pues la tenía arrollada en el cuello.

"Esos serán mis animales — dijo Zaratustra, y se regocijó en su corazón—. El animal más orgulloso bajo el sol y el más prudente animal bajo el sol han salido de exploradores.

Quieren saber si Zaratustra vive aún. Y, en verdad, ¿vivo yo todavía?

Más peligroso es vivir entre hombres que entre animales. Zaratustra recorre caminos peligrosos. ¡Que mis animales me sirvan de guías!"

Al decir esto, Zaratustra recordaba las palabras del santo en el bosque; lanzó un suspiro, y así habló a su corazón:

"¡Dios me dé astucia! ¡Dios me haga tan profundamente astuto como la serpiente!

Pero pido imposibles; pediré a mi orgullo que siempre camine de acuerdo con mi prudencia.

Y si acaso me abandona la prudencia — ¡ay, le gusta volar! — ¡qué mi orgullo vuele con mi locura!"

Así empezó la perdición de Zaratustra.

LOS DISCURSOS DE ZARATUSTRA

DE LAS TRES TRANSFORMACIONES

"Os voy a hablar de las tres transformaciones del espíritu: de cómo el espíritu se transforma en camello, y el camello en león, y el león, finalmente, en niño.

El espíritu poseído de reverencia, el espíritu fuerte y sufrido, soporta muchas cargas: su fortaleza quiere que se le cargue con los más formidables pesos.

¿Qué es pesado?, pregunta el espíritu sufrido, y se arrodilla como el camello y espera a que le carguen.

¿Qué es lo más pesado, héroes?, así pregunta el espíritu sufrido para tomarlo sobre sí y alegrarse de su fortaleza.

Lo más pesado ¿no es arrodillarse para humillar la soberbia? ¿Hacer que la locura resplandezca para burlarse de la sabiduría?

¿O acaso separarse de los suyos en el momento que consiguen la victoria? ¿Subir a la montaña para tentar al tentador?

¿O acaso alimentarse de las bellotas y las hierbas del conocimiento y sufrir hambre por amor a la verdad?

¿O acaso estar enfermo y despedir al que nos consuela para ligar la amistad con los sordos, que nunca oyen lo que uno quiere?

¿O acaso sumergirse en el agua sucia cuando es el agua de la verdad y confraternizar con las ranas y los sapos?

¿O acaso amar a los que nos desprecian y extender la mano a los espectros que nos quieren asustar?

Todas estas cargas pesadísimas toma sobre sí el espíritu sufrido: semejante al camello que va cargado al desierto, es decir, que marcha hacia su desierto.

Pero la segunda transformación se opera en lo más solitario del desierto: el espíritu se convierte en león, que quiere forjarse su libertad y ser el amo en su propio desierto.

Aquí busca su último señor: quiere ser amigo de su señor y de su dios, para luchar victorioso con el dragón.

¿Cuál es el gran dragón a quien el espíritu ya no quiere llamar señor ni dios? ¡Ese gran dragón se llama "Tú debes"! ¡Pero el espíritu del león dice: "Yo quiero"!

El "tú debes" le acecha en el camino, refulgente de

ero, como un animal escamoso, y en cada escama brilla en letras doradas: "Tú debes".

Valores milenarios brillan en esas escamas, y así habló el más poderoso de todos los dragones: "Todos los valores de las cosas brillan en mí".

"Todos los valores están creados, y todos los valores creados se resumen en mí. ¡En verdad, no debe haber ya más "Yo quiero"! Así habló el dragón.

Hermanos míos, ¿para qué hace falta el león en el espíritu? ¿Por qué no nos ha de bastar con el sufrido animal que renuncia y siente el respeto?

Crear nuevos valores no es cosa que pueda hacer el león; pero proporcionarse libertad para nuevas creaciones, eso lo consigue el león con su poder.

Para crearse libertad y oponer un sagrado "no" al Deber, hace falta ser león.

Crearse el derecho para nuevos valores es la más terrible conquista para un espíritu sufrido y reverente. Verdaderamente, para él es esto una rapiña y propio de animales de presa.

En otro tiempo adoraba el "Tú debes" como lo más sagrado, y ahora tiene que hallar la locura y la arbitrariedad en lo más sagrado, para conquistar la libertad a costa de lo más querido. Para esto se necesita ser león.

Pero decid, amigos míos, ¿qué podrá hacer el niño que no lo pueda hacer también el león? ¿Y por qué se ha de convertir el león carnicero en niño?

El niño es inocencia y olvido, un empezar de nuevo, un juego, una rueda que gira, un primer movimiento, una santa afirmación.

Sí, hermanos míos, para el juego de la creación se necesita una afirmación santa: el espíritu lucha ahora por su propia voluntad, el que perdió el mundo vuelve a ganarle.

A esto llamo yo las tres transformaciones del espíritu: os he mostrado cómo el espíritu se convierte en camello, y el camello en león, y el león, por último, en niño".

Así habló Zaratustra. Y entonces marchó a la ciudad, que era llamada "la vaca de muchos colores".

DE LAS CATEDRAS DE LA VIRTUD

Un día Zaratustra oyó predicar a un sabio, que hablaba muy elocuentemente del sueño y de la virtud; era muy respetado y había recibido muchas recompensas por su saber, y congregaba en su cátedra a muchos discípulos. Zaratus-

tra se confundió con éstos y asistió a las lecciones del sabio. Este habló así:

"¡Honremos y respetemos el sueño! El sueño es lo primero. ¡Acabemos con todos aquellos que duermen mal y velan por la noche!

El mismo ladrón se siente avergonzado ante el sueño. Siempre roba por la noche y con mucho sigilo. En cambio, el guarda nocturno es un desvergonzado, y lleva su cuerno sin pudor.

Dormir no es un acto fácil: para dormir es preciso haber estado despierto todo el día.

Diez veces al día tienes que vencerte a ti mismo: esto te hará llegar a la noche cansado, y la fatiga es el mejor opio del alma.

Diez veces tendrás que reconciliarte contigo mismo, pues el vencerse a sí mismo es amargo, y el que no se ha reconciliado duerme mal.

Diez verdades tienes que descubrir durante el día; de lo contrario, perseguirás la verdad durante la noche y tu alma estará hambrienta.

Diez veces tienes que reír y alegrarte durante el día; de lo contrario, por la noche te atormentará tu estómago, ese padre de la aflicción.

Pocos saben esto, pero hay que poseer todas las virtudes para dormir bien. ¿Levantaré yo falsos testimonios? ¿Cometeré adulterio?

¿Desearé la mujer de mi prójimo? ¡Mal se compagina todo esto con un sueño tranquilo! Y aun cuando se posean todas estas virtudes, hay que comprender una cosa: saber hacer dormir a tiempo a las mismas virtudes.

¡Que no riñan unas con otras estas juiciosas mujercitas, y, sobre todo, por causa tuya, desventurado!

Un buen sueño requiere estar bien con Dios, y con el prójimo, y con el diablo del prójimo, porque si no, se te aparecerá por la noche.

Honra a los que mandan, aunque no anden derechos. ¿Acaso tenemos nosotros la culpa de que las autoridades no anden derechas?

El mejor pastor es, para mí, el que procura mejores pastos a sus ovejas: éste dormirá bien.

No quiero muchos honores, ni tampoco grandes riquezas: todo esto irrita el bazo. Pero no se duerme bien sin un buen nombre y un pequeño tesoro.

Una sociedad poco numerosa me gusta más que una mala sociedad; pero es preciso que entre y salga en el momento oportuno. Así lo exige el buen sueño.

También me gustan mucho los pobres de espíritu: hacen

conciliar el sueño. Bienaventurados son, sobre todo si no se les lleva la contraria.

Así se desliza el día del virtuoso. Cuando llega la noche me guardo muy mucho de evocar el sueño. ¡El sueño no quiere que le llamen; el sueño, señor de las virtudes!

Y reflexiono acerca de mis actos y de mis pensamientos durante el día. Y rumiando estos recuerdos, me pregunto con la paciencia de una vaca: "¿Cuáles han sido tus diez victorias de hoy?

¿Y cuáles han sido tus diez reconciliaciones? ¿Y tus diez verdades? ¿Y tus diez carcajadas que dieron bondad a tu corazón?"

Reflexionando sobre todo esto, y acunado por cuarenta pensamientos, me sorprende el sueño — a quien no he llamado— el señor de las virtudes.

El sueño llama a mis ojos, y mis párpados me pesan: el sueño toca mi boca, y ésta queda entreabierta.

Verdaderamente es como un ladrón que se desliza sin ruido y me roba mis pensamientos, y yo me quedo como esta tribuna.

Pero no permanezco de pie mucho tiempo, porque pronto me acuesto".

Cuando Zaratustra oyó hablar al sabio en estos términos, rió en su corazón, pues habíase encendido en él una luz. Y así habló a su corazón:

"Este sabio, con sus cuarenta pensamientos, me parece un loco. Pero creo que comprende bien el sueño.

¡Feliz el que vive cerca de este sabio! Un sueño como éste es contagioso, aun a través de un espeso muro.

En su cátedra hay encanto, y no me extraña que los alumnos se agrupen en torno al predicador de virtudes.

Su ciencia nos enseña a velar para dormir bien, y, ciertamente, si la vida no tuviera sentido alguno, y yo tuviera que elegir un absurdo, este absurdo me parecería el más acertado.

Ahora comprendo claro qué es lo que se buscaba en otro tiempo cuando se buscaba un maestro de virtud. Se buscaba un buen sueño, y virtudes con guirnaldas de adormideras para conciliarle.

Todos estos célebres sabios de la cátedra creían que el objeto de la sabiduría era conseguir un buen sueño sin pesadillas. No conocían otro sentido mejor de la vida.

También hoy hay algunos predicadores de la virtud como éste, aunque no siempre tan honrados como él. Pero su tiempo ha pasado. Ya no están de pie: se tumban.

¡Bienaventurados los que tienen sueño, porque no tardarán en quedarse dormidos!"

Así habló Zaratustra.

LOS ALUCINADOS DE LA HISTORIA

"En otro tiempo Zaratustra lanzó sus ideales más allá de los hombres, igual que todos los alucinados de la historia. El mundo me parecía la obra de un dios dolorido y atormentado.

El mundo me parecía un sueño y el poema de un dios; humo coloreado ante los ojos de un ser divino, descontento.

El bien y el mal, la alegría y el dolor, el tú y el yo, humo coloreado que se metía en los ojos del creador. El creador trató de apartar los ojos de sí mismo, y creó el mundo.

Es un goce embriagador para el que sufre olvidar sus propios sufrimientos y salir fuera de sí mismo. En otro tiempo me parecía el mundo un goce embriagador y un olvido de mí mismo.

Este mundo eternamente imperfecto, trasunto defectuoso de una eterna contradicción, goce delirante de su imperfecto creador, eso me parecía este mundo.

Por eso puse mis ideales más allá de los hombres, como los alucinados de la historia. ¿Verdaderamente más allá de los hombres?

Pero, ¡ah hermanos míos!, ese dios que yo forjé era obra del hombre y de la locura humana, lo mismo que todos los dioses.

Hombre era, y sólo un mísero fragmento de hombre y de "yo", de mis propias ascuas. De mi propia ceniza vino a mí aquel fantasma. Ciertamente no vino del más allá.

¿Y qué sucedió, hermanos míos? Vencíme a mí mismo; yo el doliente, llevé mis cenizas a la montaña y me inventé una llama más clara. Y ved... ¡el fantasma se alejó de mí!

Mas para el sano sería un tormento creer en tales fantasmas. Para mí, que ya estoy curado, sería sufrimiento y humillación. Por eso me dirijo a los alucinados de la historia.

Dolor e impotencia eran las creaciones de estos alucinados, y aquel breve espasmo de felicidad que sólo conocen los que más sufren.

Cansancio del que quiso llegar a la meta de un salto, de un salto mortal; mísero cansancio indocto que no tiene ya fuerza para querer y que creó todos los dioses y todos los mundos del pasado.

¡Creedme, hermanos míos! El cuerpo fué el que desesperó del cuerpo; el cuerpo el que palpaba con los dedos de un espíritu perturbado, a lo largo de los últimos muros.

¡Creedme, hermanos míos! El cuerpo fué el que renegó de la tierra. El oyó a las entrañas del ser hablándose a sí mismas.

Y quiso pasar a "aquel mundo" taladrando los muros con la cabeza, y no sólo con la cabeza.

Pero "aquel mundo" está bien oculto para el hombre, porque es un mundo deshumanizado e inhumano, una nada celestial; y las entrañas del ser no le dicen nada al hombre que no sea humano.

Verdaderamente es muy difícil demostrar el ser, y más difícil hacerle hablar. Decidme, hermanos míos, ¿no es lo más extraordinario de todas las cosas lo que está mejor demostrado?

Sí, este yo y la contradicción y la confusión del "yo" son los que hablan más honradamente de su ser, de ese "yo" creador que quiere y estima, y que es la medida y el valor de las cosas.

Y este ser honorabilísimo, el "yo", habla del cuerpo y quiere al cuerpo, aun cuando sueñe y se exalte y vuele con alas rotas.

Cada vez nos habla más lealmente este yo; y cuanto más sabe, más palabras y honores encuentra para el cuerpo y la tierra.

Mi "yo" me ha enseñado un nuevo orgullo, que yo predico a los hombres: "No ocultéis por más tiempo la cabeza en el polvo de las cosas celestiales; llevad la cabeza erguida, llevad una cabeza de tierra, que engendre el sentido de la tierra".

Yo predico a los hombres una nueva voluntad: les exhorto a que sigan el camino que siguieron los hombres a ciegas, y a que le llamen el buen camino, y a que no se aparten de él, como los enfermos y los moribundos...

Enfermos y moribundos fueron los que menospreciaron el cuerpo y la tierra e inventaron el cielo y las gotas de sangre redentoras; ¡pero estos tiempos y lúgubres venenos los sacaron también del cuerpo y de la tierra!

Querían escapar a sus tormentos, y las estrellas les parecieron demasiado lejanas. Y entonces suspiraban y decían: "¡Oh! Que no hubiera caminos celestiales para poder remontarnos a otro ser y a otras dichas". ¡Y entonces inventaron sus embustes y sus sangrientas bebidas!

Y aquellos ingratos se vanagloriaban de haberse arrancado a sus cuerpos y a la tierra. Y sin embargo, ¿a quién debían los espasmos y delicias de su enajenación? Al cuerpo y a la tierra.

Suave es la voz de Zaratustra para los enfermos. En verdad no se encoleriza por su ingratitud y su manera de consolarse. Ojalá puedan curarse y vencerse ellos mismos y crearse otro cuerpo mejor.

Tampoco se enfurece Zaratustra con el convaleciente cuando éste mira con ternura sus ilusiones y vaga por la noche

en torno al sepulcro de su dios. Pero en sus lágrimas no ve más que enfermedades y un cuerpo enfermo.

Entre los que sueñan y buscan a Dios hubo siempre muchos enfermos; detestan furiosamente al que ama el conocimiento y a la más joven de todas las virtudes: la honradez.

Siempre miran atrás, a los tiempos obscuros. Entonces la locura y la fe eran ciertamente otra cosa: exaltar la razón era creerse semejante a Dios, y la duda era un pecado.

Demasiado conozco a estos semejantes a Dios: quieren que se crea en ellos y que la duda sea un pecado. Demasiado sé lo que ellos creen en realidad.

No creen en mundos pretéritos ni en gotas de sangre: creen en el cuerpo también ellos más que nadie, y su propio cuerpo es para ellos la cosa en sí.

Pero es para ellos una cosa enfermiza, y de buena gana escaparían de su piel. Por eso escuchan a los predicadores de la muerte y predican el pasado.

Escuchadme a mí, hermanos, escuchad la voz del cuerpo sano, que es una voz más pura y más honrada.

El cuerpo sano habla más pura y lealmente; el cuerpo perfecto y cuadrado: y habla del sentido de la tierra".

Así habló Zaratustra.

DE LOS DESPRECIADORES DEL CUERPO

"Quiero llevar mi palabra a los que desprecian el cuerpo. No deben trastrocarse los métodos de mi enseñanza, sino saludar a su propio cuerpo, y luego enmudecer.

"Yo soy cuerpo y alma", dice el niño. Y ¿por qué no habíamos de hablar como los niños?

Pero el despierto, el sabio dice: "Yo no soy más que cuerpo, y el alma no es más que una palabra para designar algo del cuerpo".

El cuerpo es una gran razón, una pluralidad con sentimiento propio, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor.

Tu menguada razón, hermano mío, no es más que un instrumento de tu cuerpo, y tú la llamas espíritu. Un pequeño instrumento y juguete de tu gran razón.

"Yo", dices, y te sientes orgulloso de esta palabra. Pero lo más grande, eso en que tú no quieres creer, es tu cuerpo y tu gran razón. Esta no dice "yo", pero lo hace.

Lo que el sentido siente, lo que el espíritu conoce no tiene nunca su fin, en sí mismo. Pero el sentido y el espíritu querrán persuadirte de que son el fin de todas las cosas: tal es su vanidad.

Los sentidos y el espíritu son instrumentos y juguetes

tras los cuales se oculta el "Sí" (1). El "Sí" busca también con los ojos de los sentidos y oye con los ojos del espíritu.

El "Sí" está buscando y espiando constantemente: compara, cohibe, conquista y destruye. Domina y es también señor del "yo".

Tras de tus ideas y sentimientos, hermano mío, hay un poderoso señor, un sabio desconocido que se llama "Sí". Habita en tu cuerpo y es tu carne.

Hay más razón en tu cuerpo que en tus más sabios pensamientos. Y ¿quién sabe si el cuerpo no se puede pasar sin tu mejor sabiduría?

Tu "Sí" se burla de tu "Yo" y de sus orgullosas piruetas. "¿Qué son para mí esos saltos y esos vuelos del pensamiento? — se dice— . Un rodeo hacia mi fin. Yo soy los andadores del "yo" y el consueta de sus pensamientos".

El "Sí" le dice al "Yo": "¡Siente dolor!", y éste sufre y reflexiona qué hará para no sufrir, y para esto tiene precisamente que pensar.

Yo quiero decirles una verdad a los que deprecian el cuerpo. Que sigan despreciando, porque esto les hace dignos de estimación. ¿Qué es lo que creó la estimación y el desprecio, el valor y la voluntad?

El "Sí" creador creó para él mismo la estimación y el desprecio, la alegría y el dolor. El cuerpo creador creó para él el espíritu como una mano de su voluntad.

En vuestra misma locura y en vuestro desprecio servís a vuestro "Sí", despreciadores del cuerpo, y yo os digo que vuestro "Sí" mismo quiere morir y se aparta de la vida.

Ya no puedo hacer lo que querría hacer con preferencia: crear superándose a sí mismo. Este es su mayor anhelo, esto es lo que quiere con toda su alma.

Mas para ello es ya demasiado tarde; por esto es por lo que vuestro "Sí" quiere perecer, despreciadores del cuerpo. Porque vosotros tampoco podéis ya crear superándoos.

Y por eso tenéis rencor a la vida y a la tierra. Una envidia inconsciente se refleja en vuestra mirada torcida.

Yo no voy por donde vosotros vais, despreciadores del cuerpo. Para mí no sois el puente que conduce al superhombre".

Así habló Zaratustra.

DE LA ALEGRIA Y DE LAS PASIONES

"Hermano mío: si tienes una virtud y esta virtud es tuya, no la compartas con nadie.

(1) Sí, pronombre (Selbst). N. del T.

Quieres llamarla por su nombre y acariciarla, quieres tirarle de la oreja y reírte con ella.

¡Pues mira! Ahora tienes en común con el pueblo el nombre que la das, y te has convertido en pueblo y rebaño con tu virtud.

Mejor harías en decir: "El tormento de mi alma, la dulzura de mi alma y también el hambre de mis entrañas es inefable y carece de nombre".

Pon tu virtud tan alta que no permita la familiaridad de los hombres, y si tienes que hablar de ella, no te avergüences de tartamudear.

Habla, pues, y tartamudea: "Este es mi bien, esto es lo que yo amo, lo que me satisface por completo, y sólo así me gusta el bien.

No como un mandamiento de Dios ni como una ley o una necesidad humana; ni quiero que sea estrella para tierras superiores y paraísos.

Yo amo la virtud terrestre; poca prudencia hay en ella, y menos sentido común.

Pero este pájaro ha formado su nido muy cerca de mí; por eso le quiero y le acaricio; ahora está a mi lado incubando sus huevos de oro".

Así debes tartamudear y encomiar tu virtud.

Antes tenías pasiones y las llamabas males. Pero ahora no tienes más que tus virtudes, que han nacido de tus pasiones.

Estas pasiones se impregnaron de tus más altos fines, en tu corazón, y así se impregnaron en virtudes y alegrías.

Y aunque fueras el peor de los coléricos, un voluptuoso, o un fanático, o un vengativo.

Al fin todas tus pasiones se convertirían en virtudes, y tu ángel en diablo.

Antaño guardabas perros feroces en tu bodega, pero al fin se convirtieron en pájaros y en dulces cantarines.

Elaboraste tu bálsamo con veneno, ordeñaste a tu vaca "Aflicción", y ahora bebes el dulce jugo de sus ubres.

De ti ya no puede nacer nada malo, a no ser el dolor que nace de la lucha de las virtudes.

Hermano mío: si eres feliz, es que tienes una virtud y nada más; así pasas más fácilmente el puente.

Es distinguido tener muchas virtudes, pero es triste destino; y muchos van al desierto y se matan, porque estaban cansados de ser la batalla y el campo de batalla de sus virtudes.

Hermano mío, ¿la guerra y las batallas son malas? Pero este mal es necesario, y la envidia es necesaria, y la desconfianza y la calumnia entre tus virtudes.

Mira cómo cada una de tus virtudes aspira a lo sublime;

quiere monopolizar el espíritu para que sea su heraldo, y también toda la fuerza de tu cólera, de tu odio y de tu amor.

Toda virtud tiene envidia de las demás, y la envidia es terrible. También las virtudes pueden morir de envidia.

El que se ve envuelto por las llamas de los celos acabará como el alacrán: hundiéndose su mismo aguijón.

¿Viste alguna vez, hermano mío, que una virtud se calumnie y se destruya a sí misma?

El hombre es algo que debe ser superado; por eso debes amar tus virtudes, porque tus virtudes te matarán".

Así habló Zaratustra.

DEL PALIDO CRIMINAL

"¿No queréis matar, jueces y sacrificadores, antes que el animal haya humillado la cabeza? Mirad: el pálido criminal ya la ha inclinado: en sus ojos se lee el más profundo desprecio.

"Mi "Yo" es algo que tiene que ser superado; mi "Yo" es para mí el gran desprecio de los hombres", así hablaban sus ojos.

Su momento supremo fué aquel en que se juzgó a sí mismo: no dejéis al sublime que vuelva a su bajeza.

No hay redención para el que sufre de sí mismo, a no ser una muerte instantánea.

Vuestro homicidio, jueces, debe ser una compasión y no una venganza. Y cuando matéis, cuidad de justificar la vida.

No basta que os reconciliéis con aquel a quien quitáis la vida. Que vuestra tristeza sea el amor al superhombre, y así justificaréis vuestra supervivencia.

"Enemigo", debéis decir, y no "malvado"; enfermo, y no miserable; insensato, y no "pecador".

Y tú, juez rojo, si quisieras decir en voz alta todo lo que ya has hecho en pensamiento, todos gritarían: "¡Apartad esa inmundicia y ese reptil venenoso!

Pero una cosa es pensar y otra hacer, y otra la imagen de la acción. La rueda de la fortuna no gira entre ellas.

Una imagen hace palidecer a este hombre pálido. Cuando cometió su crimen estuvo a la altura de su crimen, pero después no pudo soportar su recuerdo.

Se consideraba siempre como el autor de un solo hecho. Y esto es locura, porque ha convertido la excepción en regla de su ser.

Una raya hechiza a una gallina: el hecho criminal hechizó su pobre razón: esto se llama la locura después del hecho.

¡Oídme, jueces! Todavía hay otra locura, y es la que pre-

cede al hecho. ¡Ah, no habéis profundizado tanto en esta alma humana!

Así habló el juez rojo: "¿Por qué mató este criminal? Quería robar". Pues yo os digo que su alma estaba sedienta de sangre y no quería robar; estaba deseando embriagarse con la voluptuosidad del cuchillo.

Pero su pobre razón no comprendió esta locura, y le convenció. "¿Qué importa la sangre? — le dijo —. ¿No quieres, por lo menos, realizar un robo por medio de ella? ¿Tomar una venganza?"

Y él escuchó a su pobre razón. El discurso de ésta pesaba sobre él como plomo, y al matar robó. No quería avergonzarse de su locura.

Y ahora vuelve a sentir otra vez el peso de su culpa, y de nuevo siente a su razón rígida, paralizada, pesada.

Si pudiera sacudir la cabeza de su carga, caería al suelo; pero ¿quién sacudirá esa cabeza?

¿Qué es ese hombre? Un montón de enfermedades que, por su espíritu, penetran en el mundo y allí buscan su botín.

¿Qué es ese hombre? Un revoltiño de serpientes feroces, que rara vez tienen paz entre sí: se separan unas de otras y se lanzan al mundo en busca de un botín.

¡Mirad ese pobre cuerpo! Su alma trata de interpretar sus sufrimientos, y los interpreta como placer homicidia, y codicia por el placer del cuchillo.

El ahora está enfermo; se siente sorprendido por el mal presente, quiere hacer sufrir con los males que él mismo sufre. Pero hubo otros tiempos, y otros males, y otros bienes.

Hubo otros tiempos en que la duda y la ambición eran males. Entonces el enfermo era un hereje y un brujo, y, como hereje y brujo, sufría y quería hacer sufrir.

Pero todo esto no quiere entrar en vuestros oídos: es perjudicial a vuestro bien, me decís. Y ¿qué me importa a mí vuestro bien?

Muchos de vuestros bienes me dan asco, y no por cierto vuestro mal. Yo quisiera que tuvierais una quimera que os diese la muerte como a ese pálido criminal.

Verdaderamente yo quisiera que vuestra quimera se llamase verdad, o fidelidad, o justicia; pero tenéis vuestra virtud, que prolongará vuestra vida en un estado de deplorable poltronería.

Soy un pretil a orillas del río; que me coja el que pueda cogerme; pero no soy vuestra muleta".

Así habló Zaratustra.

DEL LEER Y ESCRIBIR

"De todo lo que se escribe, sólo me gusta lo que un hombre escribe con su propia sangre. Escribe tú con sangre, y comprenderás que la sangre es espíritu.

No es empresa fácil comprender la sangre ajena; odio a los lectores perezosos.

El que conoce al lector no hace nada por él. Un siglo más de lectores, y el espíritu mismo olerá mal.

El derecho a leer de todo el mundo, no solamente estropea a la larga el escribir, sino el mismo pensar.

Hubo un tiempo en que el espíritu fué Dios; luego se hizo hombre, y por último, plebe.

El que escribe máximas con su sangre no quiere ser leído, sino aprendido de memoria.

En las montañas, el camino más corto es el que va de cima a cima; mas, para recorrerle, hace falta tener las piernas muy largas. Las máximas deben ser cimas, y aquellos a quienes van dirigidas deben ser grandes y robustos.

El aire debe ser puro y ligero, el peligro debe estar próximo y el espíritu debe ser alegre y malicioso: así se pondrán de acuerdo.

Quiero tener duendes a mi alrededor, pues soy valeroso. El valor que asusta a los fantasmas se crea sus propios duendes: el valor quiere reír.

Yo no siento lo que vosotros sentís. Esa nube que veo a mis pies, esa negra y pesada nube, de la que me río, es para vosotros precisamente vuestra tormenta.

Miráis hacia arriba cuando queréis elevaros. Y yo miro hacia abajo, porque me he elevado ya.

¿Quién de vosotros puede reír y estar elevado?

El que asciende a las más elevadas montañas se ríe de todas las tragedias, representadas o reales.

La sabiduría nos quiere despreocupados, burlones, violentos; es hembra, y ama al guerrero.

Vosotros me decís: "La vida es difícil de soportar". Mas ¿para qué vuestro orgullo por las mañanas y vuestra resignación por las noches?

La vida es difícil de soportar; pero eso no me enternece. Todos somos lindos burros y burras que llevamos nuestra carga.

¿Qué tenemos de común con el capullo de una rosa, que tiembla porque siente la gota de rocío sobre su cuerpo?

Es verdad que amamos la vida, no porque estemos habituados a ella, sino porque estamos habituados al amor.

Siempre hay un poco de locura en el amor. Pero siempre hay algo de razón en la locura.

Y también yo, que estoy avenido con la vida, creo que quien más sabe de felicidad son las mariposas y las pompas de jabón y los que a ellas se parecen entre los hombres.

El ver revolotear a estas pequeñas almas ligeras e inquietas, alocadas y encantadoras, hace llorar y cantar a Zaratustra.

Yo sólo creería en un dios que supiera bailar.

Cuando vi a mi demonio, le encontré serio, grave, profundo y solemne; era el espíritu de la pesantez: por él caen todas las cosas.

No se mata con la cólera, sino con la risa; matemos, pues, el espíritu de la pesantez.

He aprendido a andar; desde entonces corro. He aprendido a volar; desde entonces no quiero que me empujen para trasladarme de un lugar a otro.

Ahora soy ligero, ahora vuelo, ahora me veo debajo de mí, ahora baila un dios en mí".

Así habló Zaratustra.

DEL ARBOL EN LA MONTAÑA

Zaratustra vió que un joven huía de él. Y cuando una tarde iba solo por la montaña que rodea la ciudad, y que es denominada "la vaca de muchos colores", se encontró en el camino a aquel joven, que estaba sentado en el suelo y recostado en un árbol, mirando con aire cansado el valle que a sus pies se extendía. Zaratustra se abrazó al árbol contra el cual se recostaba el joven, y dijo así:

"Si quisiera sacudir este árbol con mis manos no lo conseguiría.

Pero el viento, invisible, le zarandea a su gusto. A nosotros también nos agita y cimbrean manos invisibles".

Entonces levantóse asombrado el joven, diciendo: "Oigo la voz de Zaratustra cuando precisamente estaba pensando en él".

Y Zaratustra repuso:

"¿Por qué te asustas de eso? Con los hombres sucede como con los árboles. Cuanto más quieren elevarse, cuanta más claridad ambicionan, más profundamente hunden sus raíces en la tierra, en la obscuridad, en la profundidad... en el mal".

"¡Cierto, en el mal! — exclamó el joven—. ¿Cómo es posible que sepas lo que pasa en mi alma?"

Zaratustra sonrió y dijo: "Hay almas que no se descubren nunca, a no ser que se hayan inventado".

"¡Ciertamente, en el mal! — volvió a decir el muchacho—. Has dicho la verdad. Zaratustra. Ya no creo en mí desde que soy ambicioso, y nadie cree ya en mí... ¿Cómo se explica esto?

Me transformo demasiado de prisa: mi "hoy" contradice mi "ayer". Salto, a veces, los escalones cuando subo, y esto los escalones no me lo perdonan.

Cuando estoy arriba siempre me encuentro solo. Nadie habla conmigo, y el frío de la soledad me hace temblar. ¿Qué es lo que busco en las alturas?

¡Cómo me avergüenzo de mi subida y de los tropezones que doy! ¡Cómo me burlo de mi respiración jadeante! ¡Cuánto odio a los que vuelan! ¡Qué cansado estoy arriba!"

Aquí enmudeció el joven. Y Zaratustra, contemplando el árbol junto al cual estaba, dijo así:

"Este árbol está solitario aquí, en la montaña: ¡cuánto se eleva por encima de los hombres y de los animales!

Y si quisiera hablar nadie le oiría: tanto es lo que ha crecido.

Ahora espera, espera... ¿qué es lo que espera? Está demasiado cerca de las nubes. ¿Esperará el primer rayo?

Al oír estas palabras de Zaratustra, exclamó vivamente el joven:

"Sí, Zaratustra, es verdad lo que dices. Mi ambición de subir acarreó mi caída, y tú eres el rayo que yo esperaba. Mírame, y dime: ¿Qué soy desde que has aparecido entre nosotros? ¡La envidia que has hecho nacer en mí me ha matado!"

Así habló el joven, y lloró amargamente. Zaratustra le abrazó por la cintura y se lo llevó consigo.

Y cuando hubieron andado un corto trecho, Zaratustra volvió a tomar la palabra, y le dijo:

"Me desgarras el corazón. Mejor que tus palabras, me dicen tus ojos el peligro que te amenaza.

No eres libre todavía, todavía "buscas" la libertad. El exceso de vigilia te ha hecho noctámbulo.

Quieres llegar a las alturas libre, y tu alma tiene sed de estrellas. Pero también tus malos instintos buscan la libertad. Tus perros salvajes quieren libertad y ladran de alegría en su cárcel, cuando tu espíritu trata de abrir todas las cárceles.

Para mí eres todavía un prisionero que sueña con la libertad; el alma de los presos sabe ser prudente, pero se vuelve astuta y mala.

El que libertó su espíritu necesita luego purificarse; es preciso que hasta sus ojos se purifiquen, porque todavía conserva el olor de cárcel y de podredumbre.

Sí, yo conozco tu peligro; pero te conjuro en mi amor y

mi esperanza. No te despojes de tu amor ni de tu esperanza.

Todavía te sientes noble, todavía te creen todos noble, los que no te quieren bien y te envidian. Has de saber que todos encuentran en su camino a alguno que es noble.

Hasta los buenos encuentran un noble en su camino, y, aunque le llamen bueno, quieren echarle fuera del camino.

El noble quiere crear algo nuevo, quiere crear virtudes nuevas. El bueno quiere lo antiguo y que se conserve lo antiguo.

Pero el peligro que amenaza al hombre noble no es volverse bueno, sino hacerse insolente, burlón y demoledor.

¡Ay!, también he conocido a hombres nobles que habían perdido sus más altas esperanzas, y entonces calumniaban a todas las demás esperanzas elevadas.

Desde entonces viven encogidos de voluntad, sin poder proponerse a nada.

"El espíritu es también voluptuosidad", decían, y entonces rompieron las alas de su espíritu; y ahora éste se arrastra por el suelo y se ensucia con los remordimientos.

En otro tiempo soñaban con ser héroes, y se han quedado en libertinos; les amarga y les aflige la idea del héroe.

Pero yo te conjuro en mi amor y en mi esperanza: No arrojes al héroe de tu alma. ¡Santifica tu más alta esperanza!"

Así habló Zaratustra.

DE LOS PREDICADORES DE LA MUERTE

"Hay predicadores de la muerte. El mundo está lleno de ellos, y hay que predicarles que se aparten de la vida.

El mundo está lleno de gente que sobra y que estropea la vida. ¡Bueno sería arrancarles de esta vida con el cebo de la vida perdurable!

"Amarillos": así llama la gente a los predicadores de la muerte, y también "negros". Pero yo os lo voy a pintar de otros colores.

Los más terribles son los que llevan dentro de sí un animal furioso que pide placeres y mortificaciones. Porque sus placeres son precisamente mortificaciones.

Estos engendros espantosos ni siquiera han llegado a hombres. ¡Que prediquen, si quieren, el horror a la vida, pero que se marchen!

Siguen luego los tuberculosos del alma, que de recién nacidos empiezan ya morir y aspiran a las disciplinas del cansancio y de la renunciación.

Quisieran estar muertos y que nosotros sancionásemos su última voluntad. Tened cuidado de no despertar a estos

muertos, de no estropear a estos féretros que andan.

Cuando encuentran a su paso un viejo, un enfermo o un cadáver, se apresuran a exclamar: "¡La vida está refutada!"

Y los que están refutados son ellos; ellos y su mirada, que no ve más que una fase de la vida.

Envueltos en tupida melancolía, y buscando pequeños accidentes que acarreen la muerte, esperan con los dientes apretados.

O extienden las manos hacia las confituras, riéndose ellos mismos de su niñería; se aferran a la vida como a un clavo ardiendo y se burlan de estar asidos a un clavo.

Su sabiduría consiste en decir: "Continuar viviendo es locura, y nosotros somos verdaderos locos. Y el vivir es la mayor locura de la vida.

"La vida no es más que dolor — esto dicen, y no mienten—; por lo tanto, aniquilemos nuestro ser. ¡Pongamos fin a la vida, que no es más que dolor!

Esta es la lección que se desprende de nuestra virtud: "¡Debes quitarte la vida! ¡Debes huir de ti mismo!"

"La voluptuosidad es un pecado — dicen algunos de estos que predican la muerte —. ¡Apartémonos unos de otros y no engendremos hijos!"

"Parir es doloroso — dicen otros — . ¿A qué viene parir? ¡Sólo se paren infelices!" Y los que así hablan también son predicadores de la muerte.

"Compasión es lo que hace falta — dicen aquéllos —. ¡Tomad todo lo mío! ¡Tomad todo lo que soy! ¡Así estaré menos ligado a la vida!"

Si fueran verdaderamente compasivos, amargarían la vida al prójimo. Su verdadera obra de misericordia sería ser malos.

Pero quieren deshacerse de la vida; ¿qué les importa atar a la vida a otros por medio de regalos y cadenas?

También vosotros, cuya vida es duro trabajo y amargura, ¿no estáis muy cansados de la vida? ¿No estáis ya maduros para la predicación de la muerte?

Vosotros, los que amáis el trabajo rudo y todo lo que es rápido y nuevo y extraño, no os podéis aguantar a vosotros mismos; vuestra vida es una huída, y queréis olvidaros de vosotros mismos.

Si creyeseis más en la vida, no pensarais tanto en el momento presente. Mas no podéis esperar, ni siquiera ser perezosos.

La voz de los que predican se oye por todas partes, y es que la tierra está llena de gentes a quienes hay que predicar la muerte.

¡O la vida eterna — que es lo mismo— con tal de que se marchen pronto!"

Así habló Zaratustra.

DE LA GUERRA Y DE LOS GUERREROS

"No queremos ser perdonados de nuestros peores enemigos, ni tampoco de aquellos a quienes amamos entrañablemente. Por eso, dejadme que os diga la verdad.

¡Hermanos míos en la guerra! Yo os amo con todo corazón y soy semejante a vosotros. Pero soy también vuestro mayor enemigo. ¡Así, pues, dejadme que os diga la verdad!

No ignoro el odio y la envidia que agitan vuestros corazones. No sois bastante grandes para desconocer el odio y la envidia. Sed bastante grandes para no avergonzaros de ellos.

Y si no podéis ser santos del conocimiento, sed, por lo menos, sus combatientes. Estos son los compañeros y precursores de tal santidad.

Yo veo muchos soldados; ¡ojalá pudiera ver muchos guerreros! Uniforme se llama lo que vestís, ¡que no sea uniforme también lo que encubrís!

Debéis ser aquellos cuyos ojos buscan constantemente un enemigo, su enemigo. Y en algunos se ve el odio a la primera mirada.

Debéis buscar vuestro enemigo, debéis hacer vuestra guerra, debéis combatir por vuestras ideas. Y cuando vuestras ideas sucumban, que vuestra lealtad venza.

Debéis querer la paz como medio para nuevas guerras. Y una paz corta más bien que una paz larga.

No os aconsejo el trabajo, sino la guerra. No os aconsejo la paz, sino la victoria. Que vuestro trabajo sea una guerra, que vuestra paz sea una victoria.

Sólo se puede callar y reposar cuando se tiene una flecha y un arco; de lo contrario, no se hace más que charlar y disputar. ¡Que vuestra paz sea una victoria!

¿No decís que una buena causa santifica la guerra? ¡Pues yo os digo que es la guerra, una buena guerra, la que santifica la causa!

La guerra y el valor han hecho cosas más grandes que el amor al prójimo. No ha sido vuestra compasión, sino vuestra valentía, lo que ha salvado a los que peridlitaban.

"¿Qué es el bien?", preguntáis. El bien es ser valiente. Dejad a las señoritas que digan: "El bien es lo que encanta y conmueve al mismo tiempo".

Se os llama hombres sin corazón; pero vuestro corazón es leal, y yo amo el pudor de vuestra cordialidad. Vosotros os avergonzáis de vuestro flujo, y otros se avergüenzan de su reflujo.

"Sois feos." Pues bien, hermanos míos, ¡envolveos en el manto de lo sublime, que es el manto de la fealdad!

Y si vuestra alma es grande, será violenta y en vuestra sublimidad habrá maldad. Yo os conozco.

En la maldad se encuentra el fuerte con el débil, pero no se comprenden. Yo os conozco.

No debéis tener más enemigos que los que sean odiosos, pero no los que sean despreciables. Debéis estar orgullosos de vuestros enemigos: que los éxitos de vuestros enemigos sean vuestros éxitos.

¡Rebelión!, ésta es la nobleza del esclavo. Que vuestra nobleza sea la obediencia. Que vuestras órdenes mismas sean actos de obediencia.

Al buen soldado le suena mejor un "yo debo" que un "yo quiero". Y todo lo que os place debéis dejar que os lo manden.

Que vuestro amor a la vida sea el amor a vuestras más altas esperanzas, ¡y que vuestra más alta esperanza sea el amor al supremo pensamiento de la vida!

Pero vuestro más alto pensamiento os lo debo dictar yo, y entonces os diré: el hombre es algo que debe ser superado.

Vivid así vuestra vida de obediencia y de combate. ¿Qué falta hace vivir mucho tiempo? ¿Qué guerrero querría que le perdonasen?

¡Yo no os perdono, yo os amo con todo mi corazón, hermanos míos en la guerra!"

Así habló Zaratustra.

DEL NUEVO IDOLO

"En ciertos sitios hay aún pueblos y rebaños; pero no entre nosotros, hermanos míos: aquí hay Estados.

¿Estado? ¿Qué es esto? ¡Bueno, abrid bien los oídos, que os voy a decir mi opinión sobre la muerte de los pueblos!

El Estado es el nombre que se da al más frío de todos los monstruos fríos. El Estado miente con toda frialdad, y en su boca se agita esta mentira: "Yo, el Estado, soy el pueblo."

¡Qué gran mentira! Los que crearon a los pueblos por

la fe y el amor eran creadores, hacían una obra viva.

Los que confeccionan trampas para la multitud y llaman a esta obra Estado suspenden sobre los hombres una espada y cien apetitos.

Donde todavía hay pueblo no se comprende el Estado, y se le odia como a un mal de ojo y un crimen contra las costumbres y el derecho.

Yo os hago esta advertencia: cada pueblo habla su idioma del bien y del mal, y el pueblo vecino no le entiende. El pueblo inventó este lenguaje en sus costumbres y en sus derechos.

Pero el Estado miente en todas las lenguas del bien y del mal, y todo lo que dice es mentira, y todo lo que tiene es que lo ha robado.

Todo en él es falso; muerde con dientes robados este ser arisco. Sus mismas entrañas son falsas.

La confusión de lenguas del bien y del mal: ésta es la definición que yo os doy del Estado. Ciertamente, esta definición representa la voluntad de la muerte, porque el Estado llama a sí a los predicadores de la muerte.

Hay demasiados nacidos, y el Estado ha sido creado por los superfluos.

Mira cómo llama a los superfluos, cómo los oprime y los masca y los rumia.

"Sobre la tierra nada hay más grande que yo; yo soy el dedo ordenador de Dios." Así ruge el monstruo. Y no son sólo los que tienen las orejas largas y la vista baja los que se postran de rodillas ante él.

Sí, también hay entre ellos almas grandes, en cuyos oídos desliza el monstruo sus mentiras. También sabe cuáles son los corazones generosos dispuestos a prodigarse.

También os comprende a vosotros, vencedores del viejo Dios. Os fatigasteis luchando, y vuestra fatiga redunda ahora en provecho del nuevo ídolo.

El nuevo ídolo quiere rodearse de héroes y hombres venerables y calentarse al sol de las buenas conciencias: ese frío monstruo.

Si le adoráis os lo dará todo; por eso compra el brillo de vuestras virtudes y el brillo de vuestros ojos altaneros.

¡Quiere que le sirváis de cebo para pescar a los superfluos! Para ello ha inventado un artificio de los infiernos, el corcel de la muerte condecorado con honores divinos.

E inventó para muchos una muerte que quiere ser vida, y, en realidad, no es más que una prueba de amor para todos los predicadores de la muerte.

Llamo Estado al lugar donde se reúnen todos los que

beben venenos, buenos o malos; el sitio donde todos labran su perdición, lo mismo los buenos que los malos: el sitio en donde llaman vida al lento suicidio de todos.

¡Mirad a esos superfluos! ¡Se apropian la obra de los inventores y los tesoros de los sabios, y a este robo le llaman civilización! ¡Y no es más que enfermedades y reveses!

¡Ved a los superfluos! Siempre están malos. Dan libre curso a su bilis en lo que llaman periódicos. ¡Se comen los unos a los otros y no pueden digerirse!

¡Ved a los superfluos! Se enriquecen, y cada vez son más pobres. Ambicionan el poder, y, sobre todo, el resorte que le mueve: mucho oro, esos impotentes!

¡Ved cómo trepan esos ágiles monos! Saltan los unos por encima de los otros y acaban por rodar todos al abismo y al fango.

Todos quieren llegar hasta el trono; en esto consiste su locura: como si la felicidad estuviera en los tronos. Muchas veces hay cieno en el trono, y, a menudo, también está el trono en el cieno.

Todos me parecen locos y monos trepadores atolondrados. Pero su ídolo, ese monstruo helado, huele mal; todos esos idólatras huelen mal.

¡Hermanos míos! ¿Queréis morir asfixiados en los vapores de sus fauces y de sus apetitos? Mejor haréis en romper las ventanas y saltar al aire libre.

¡Huíd de esa peste! ¡Alejaos de la ciega idolatría de los superfluos!

¡Huíd de esa peste! ¡Alejaos del humo de esos sacrificios humanos!

Todavía las almas pueden vivir libres sobre la tierra. Todavía hay muchos puestos vacíos para los solitarios y los que unidos aspiren a la soledad, puestos saturados del olor de las brisas marinas.

Todavía se abre a las almas grandes la posibilidad de una vida libre. En verdad os digo que el que menos tiene es el más libre: ¡bendita sea la pequeña pobreza!

Allí donde el Estado termina, allí empieza el hombre que no es superfluo, allí empieza la canción del necesitado, la melodía única e irreemplazable.

Allí donde el Estado termina, ¡así, pues, hermanos míos!, ¿no veis el arco iris y los puentes del superhombre?"

Así habló Zaratustra.

DE LAS MOSCAS DEL MERCADO

"¡Amigo mío! ¡Refúgiate en tu soledad! Te veo ensordecido por el estruendo de los grandes hombres y acribillado por los aguijones de los pequeños.

Dignamente saben callar los bosques y las rocas en tu compañía. Vuelve a parecerte a tu amado, el árbol de luengas ramas, que escucha silencioso suspendido sobre el mar.

Allí donde la soledad cesa, empieza el mercado; donde el mercado empieza comienza también el murmullo de los grandes comediantes y el zumbido de las moscas venenosas.

En el mundo no salen a flote las cosas buenas mientras no haya uno que las saque; a estos hombres los llama el pueblo grandes hombres.

El pueblo apenas comprende lo grande, es decir, lo fecundo; pero tiene un gran olfato para todos los representantes, es decir, para todos los comediantes de cosas grandes.

El mundo gira alrededor de todos los inventores de valores nuevos, y gira de un modo invisible. Pero el pueblo y la gloria giran alrededor de los grandes comediantes. ¡Así va el mundo!

El comediante tiene espíritu, pero no tiene conciencia de su espíritu. Cree no más que en aquello que él mismo hace creer a los demás, en lo que hace creer en él.

Mañana creerá en otra cosa, y pasado mañana en otra. Como el pueblo, tiene sentimientos vivos y variables.

Llama demostrar a demoler. Llama convencer a volver locas a las gentes, y la sangre le parece la mejor razón.

A las verdades que sólo caben en oídos delicados las llama mentira y nonada. Verdaderamente no cree más que en los dioses que meten mucho ruido en el mundo.

El mercado rebosa de payasos llenos de empaque; y el pueblo se enorgullece de sus grandes hombres, que para él son los que se han apoderado del momento.

Pero el momento les apremia; por eso te apremian a ti. Quieren de ti un "sí" o un "no". ¡Desgraciado, y quieres colocar tu silla entre un pro y un contra!

Tú, amante de la verdad, no envidies a estos impacientes ni a los incondicionales. La verdad nunca fué del brazo de un incondicional.

Vuélvete a tu seguridad y huye de estos repentinos; sólo en la plaza pública es donde asaltan a los hombres con un "sí" o un "no".

Todo lo que pasa las fuentes profundas es lento; se ne-

cesita mucho tiempo para saber lo que cayó en su fondo.

Todo lo grande se desarrolla lejos de la plaza pública y de la gloria; lejos de la plaza pública y de la gloria han vivido siempre los inventores de nuevos valores.

Huye, amigo mío. ¡Refúgiate en la soledad! ¡Te veo perseguido por las moscas venenosas! ¡Huye donde soplan los vientos recios y duros!

¡Huye a tu soledad! Ya has vivido bastante cerca de los pequeños y de los viles. ¡Huye de su invisible sed de venganza, pues sólo quieren vengarse de ti!

¡No esgrimas el puño contra ellos! Son innumerables, y tu destino no ha de ser convertirte en espantamoscas.

Son muchos estos insignificantes y viles; y muchas torres soberbias se rindieron a unas gotas de agua y a unas malas hierbas.

Tú no eres de piedra, pero la gota de agua te va destruyendo. Otras muchas gotas caerán sobre ti, que acabarán por horadarte y romperte.

Estás cansado de los mosquitos venenosos; estás lleno de picaduras y de sangre, y tu orgullo ni siquiera se resiente.

Afectando inocencia, las moscas quieren chuparte la sangre; sus almas anémicas quieren sangre, y pican como la cosa más natural del mundo.

Pero tú, profundo como eres, sufres muy intensamente, aunque tus heridas no sean más que rasguños, y antes de que te hayas curado pondrán en tus heridas sus larvas venenosas.

Pero me parece que eres demasiado orgulloso para matar a esas golosas. Guárdate de tener que soportar eternamente sus venenosas injusticias.

Zumban alrededor de ti y te adulan, y sus elogios son importunos. Quieren estar cerca de tu epidermis y de tu sangre.

Como si fueras un dios o un demonio, te adulan y lloriquean delante de ti. Pero déjalos: al fin y al cabo, no son más que aduladores y llorones.

También se presentan a veces muy amables. Pero ése ha sido siempre el ardid de los cobardes. Porque los cobardes son prudentes.

Se preocupan mucho de ti en su alma mezquina: ¡para ellos eres siempre una preocupación! ¡Todo lo que da que pensar es peligroso!

Te castigan por tus virtudes. Sólo perdonan sinceramente tus errores.

Como eres dulce y tienes recta conciencia, dices: "¿Qué

culpa tienen ellos de ser tan pequeños?" Y ellos piensan en su alma pequeña: "Toda existencia grande es culpable."

Hasta cuando les muestras bondad se sienten despreciados por ti y pagan tus bondades con daños encubiertos.

Tu orgullo sin palabras les disgusta, y se alegran cuando eres demasiado modesto para ser vanidoso.

Aquello que nosotros reconocemos en un hombre lo encendemos en él. Así, pues, guárdate de los pequeños.

Se sienten pequeños ante ti, y su pequeñez se revuelve contra ti con secreta sed de venganza.

¿No has notado cómo se callaron cuando te acercaste a ellos y cómo huyeron de ellos sus fuerzas como el humo de una hoguera que se apaga?

Sí, amigo mío, eres la mala conciencia de tu prójimo, porque tu prójimo no es digno de ti. Por eso te odia y quisiera chuparte la sangre. Tus prójimos serán siempre moscas envenenadas; cualquier grandeza tuya aumenta su veneno y les hace más semejantes a las moscas.

¡Huye, amigo mío, refúgiate en tu soledad, donde sopla el viento duro y fuerte, que no es tu destino servir de espantamoscas!"

Así habló Zaratustra.

DE LA CASTIDAD

"Me gusta el bosque. En las ciudades no se vive a gusto; hay muchos envidiosos.

¿No es mejor caer en manos de asesinos que en los ensueños de una mujer celosa?

Contemplad a esos hombres; sus ojos lo dicen: no conocen nada mejor en la tierra que compartir el lecho de una mujer.

Cieno es el fondo de su alma, y ¡ay de ellos si su cieno tuviese espíritu!

¡Si al menos fuerais completos en cuanto animales! Pero los animales son inocentes.

¿Acaso os aconsejo yo que matéis vuestros sentidos? Yo lo que pido es la inocencia de los sentidos.

¿Acaso os recomiendo la castidad? La castidad es para algunos una virtud; mas para muchos es casi un vicio.

Quizá éstos son continentes; pero la perra sensualidad deja ver sus ojos en todo lo que hacen.

Aun en las cimas de la virtud y en la entraña de su helado espíritu, esta alimaña muestra su descontento.

Y ¡cuán comedida sabe mendigar esta perra sensualidad

un pedazo de espíritu cuando se le niega un pedazo de carne!

A vosotros os gusta la tragedia y todo lo que destroza el corazón. Pero a mí me inspira recelo vuestra perra.

Vuestros ojos me miran con demasiada crueldad y se vuelven con complacencia a los que sufren. ¿No se disfrazará de compasión vuestra lascivia?

Y ahora ahí va una parábola: No pocos que querrían rechazar las atenciones del demonio fueron a dar en las pocilgas.

A quien le pesa su castidad hay que prohibírsela, para que no le conduzca al infierno, es decir, para que no manche su alma de cieno y de lujuria.

Diréis que os hablo de cosas sucias; pero no me parecen éstas las más sucias.

El que busca el reconocimiento no retrocede ante el agua sucia, sino ante el agua turbia.

Verdaderamente hay castos en el fondo de su alma: son más dulces de corazón que vosotros y ríen más y mejor que vosotros.

Estos ríen de la castidad y preguntan: ¿qué es la castidad?

La castidad ¿no es una locura? Pero esta locura viene a nosotros y nosotros no vamos a ella.

Ofrezcamos a este huésped hospitalidad y amor; ahora vive entre nosotros; que viva todo el tiempo que quiera".

Así habló Zaratustra.

DEL AMIGO

"Uno es siempre demasiado para mí — así discurre el solitario—. Uno acaba siempre por ser dos".

"Yo" y "mí" dialogan con demasiada asiduidad; ¿Cómo podría soportarse esta conversación si no hubiera un amigo?

Para el solitario, un amigo es siempre un tercero: el tercero es el corcho que impide que el diálogo se vaya a fondo.

Hay muchos fondos para todos los solitarios. Por eso buscan con tanta asiduidad un amigo y tratan de ponerse a la altura de ese amigo.

Nuestra confianza en los demás delata por qué quisiéramos creer en nosotros mismos. Nuestra necesidad de un amigo es lo que nos delata.

Y, a menudo, con el amor queremos ahogar la envidia. Y a veces atacamos y nos creamos un enemigo para ocultar que somos vulnerables.

"Sé por lo menos mi enemigo". Así habla el verdadero respeto que no se atreve a pedir amistad.

El que quiera tener un amigo tiene que luchar por él, y para luchar hay que "saber" ser enemigo.

En el amigo hay que honrar también al enemigo. ¿Podrás acercarte a tu enemigo sin pasar sobre él?

En nuestro amigo debemos tener nuestro peor enemigo. Cuando luches con él, debes procurar acercarte a su corazón.

¿No quieres conservar ningún disfraz ante tu enemigo? ¿Honra ha de ser para tu amigo que te entregues a él cual eres? Pero él te enviará al diablo por esto mismo.

El que no usa de ningún disimulo indigna, pues hay muchas razones para temer la desnudez. Si fuerais dioses, podríais avergonzaros de vuestras vestiduras.

Nunca te acicales bastante para tu amigo, pues debes ser para él una flecha y un anhelo hacia el superhombre.

¿Viste a tu amigo dormir para conocer su verdadera fisonomía? ¿Cómo es la faz de tu amigo? Es tu propia faz, reflejada en un espejo tosco e imperfecto.

¿Viste a tu amigo cuando dormía? ¿No te asustaste, entonces de la traza de tu amigo? ¡Oh, amigo mío, el hombre es algo que debe ser superado!

El amigo debe ser un maestro en el arte de adivinar y callar: no debe querer verlo todo. Tu sueño debe revelarte lo que hace tu amigo durante la vigilia.

Que tu compasión sea una revelación, porque lo primero es saber si tu amigo quiere ser compadecido. Quizás quisiera ver en ti el ojo que nunca se cierra y la mirada de la eternidad.

La compasión hacia el amigo debe ir oculta bajo una dura corteza; en ella debes romper tus dientes. Así tendrá delicadeza y dulzura.

¿Eres aire puro, y soledad, y pan, y medicina para tu amigo? Algunos no pueden romper sus cadenas, y, sin embargo, son los redentores de sus amigos.

¿Eres esclavo? Entonces no puedes ser amigo de nadie. ¿Eres tirano? Entonces nadie puede ser amigo tuyo.

Durante mucho tiempo la mujer ocultaba dentro de sí un tirano y un esclavo. Por esto la mujer no sirve todavía para la amistad: no conoce más que el amor.

En el amor de la mujer hay injusticia y ceguedad para todo lo que no es amor. Y también en el amor sabio de la mujer hay sorpresa, y relámpagos, y la noche junto a la luz.

Aún no es capaz la mujer de amistad; las mujeres son todavía gatitas y pájaros, y cuando más, vacas.

Aún no es capaz la mujer de amistad; pero decidme vosotros, hombres, ¿quién es capaz de amistad entre vosotros?

¡Cuán pobres sois, hombres, y cuán avariciosa es vuestra

alma! Lo que deis al amigo daré yo al enemigo, y no por eso seré más pobre.

Hay camaradas: ¡ojalá hubiese amigos!"

Así habló Zaratustra.

DE LOS MIL UN PROPOSITOS

"Zaratustra vió muchos países y muchos pueblos, y en ellos descubrió muchas cosas buenas y malas. Zaratustra no encontró poder alguno sobre la tierra superior al Bien y al Mal.

Ningún pueblo hubiera podido vivir si antes no hubiera fijado valores, y si quería conservarse tenía que valorar de otro modo que el vecino.

Muchas cosas que a un pueblo le parecían buenas eran para otro vergonzosas y malas: eso fué lo que vi. Aquí hay muchas cosas que se llaman malas que en otros pueblos he visto honradas con la púrpura.

Nunca comprenderá un vecino al otro: el alma de éste siempre se asombró de la locura y la maldad de aquél.

Sobre cada pueblo pende una tabla de bienes: es la tabla de lo que ha vencido, es la voz de su voluntad de dominio.

Es loable para ellos lo que les parece difícil; lo que es insustituíble y difícil lo llaman santo.

Lo que les da la victoria, el poder y el esplendor, lo que excita la envidia y el odio de sus vecinos es para ellos lo sumo, lo que da la medida y el sentido de las cosas.

En verdad, hermano mío, si conoces las necesidades de un pueblo, su país, su clima y su vecino, conocerás la ley de sus reivindicaciones y por qué sube por tal escalera hasta su esperanza.

"Procura ser siempre el primero y adelantar a los demás. Tu alma celosa no debe amar a nadie, aunque sea tu amigo". Esto hacía vibrar el alma de un griego: así seguía el camino de su grandeza.

"Decir la verdad y manejar diestramente el arco y la flecha": esto es lo que parecía amable y difícil a este pueblo, de donde proviene mi nombre, el nombre que para mí es amado y difícil.

"Honrar padre y madre y ser suyos hasta el fondo del alma". Esta tabla de valores es de otro pueblo, y con ella fué poderoso y eterno.

"Guardar fidelidad y dar por ella el honor y la sangre aún en las cosas peligrosas". Con esta máxima se disciplinó a otro pueblo, y con tal disciplina se preñó de grandes esperanzas.

En verdad, los hombres crearon ellos mismos el Bien y el Mal. En verdad, no les cayeron del cielo.

Los valores los puso el hombre en las cosas para conservarse: dió un sentido humano a las cosas. Por eso se llama "hombre", es decir, el que estima.

Estimar es crear — ¡oídlo vosotros, los creadores!—, es convertir las cosas estimadas en tesoros y joyas.

Sólo por la estimación hay valores; y sin ella estaría vacía la nuez de la existencia. ¡Oídlo vosotros, los creadores!

El cambio de los valores es el cambio de los creadores.

El que crea destruye siempre.

Al principio, los creadores eran sólo los pueblos; luego fueron los individuos; el mismo individuo es la más reciente creación.

Los pueblos suspendían sobre ellos una tabla del Bien. El amor al dominio y el amor a la obediencia se fundieron en esta tabla.

Más antiguo es el amor al rebaño que el amor al "yo"; y mientras la buena conciencia se llama rebaño, la mala conciencia quiere decir "yo".

Verdaderamente el "yo" astuto, sin amor, el que busca su utilidad a costa de los demás, no es el origen del rebaño, sino su decadencia.

Siempre fueron los que amaban y los que creaban los inventores del Bien y del Mal. Fuego de amor arde en todos los nombres de las virtudes, y también fuego de ira.

Zaratustra recorrió muchos países y muchos pueblos; pero no encontró poder más grande sobre la tierra que la obra de los que aman; Bien y Mal es su nombre.

Verdaderamente es monstruoso el poder de estas alabanzas y de estas censuras.

Decidme, hermanos, ¿quién domeñará a este monstruo, quién encadenará las mil nucas de esta bestia?

Ha habido miles de fines hasta hoy, porque ha habido miles de pueblos. Sólo falta la cadena de las mil nucas, sólo falta este único propósito. La humanidad carece aún de fin.

Pero decidme, hermanos: si a la humanidad le falta el fin, ¿no se falta la humanidad a sí misma?"

Así habló Zaratustra.

DEL AMOR AL PROJIMO

"Os interesáis por vuestro prójimo, y, por cierto, con hermosas frases. Pero yo os digo: vuestro amor al prójimo es mal amor a vosotros mismos.

Os refugiáis en el prójimo huyendo de vosotros mismos,

y hacéis de esta huída una virtud; pero yo penetro a través de vuestro "altruísmo".

El "tú" es más viejo que el "yo": el "tú" se pronuncia con santa reverencia; pero el "yo", no: así se interesa el hombre por el prójimo.

¿Acaso os aconsejo yo el amor al prójimo? Antes os aconsejaría qué huyeseis del prójimo y que amaseis lo que está lejos.

Sobre el amor al prójimo está el amor a lo lejano y futuro; por encima del amor a los hombres está, para mí, el amor a las cosas y a los fantasmas.

Ese fantasma que corre delante de ti, hermano, es mucho más hermoso que tú, ¿por qué no le das tu carne y tus huesos? Pero te tienes miedo a ti mismo, y huyes en busca de tu prójimo.

No os podéis sufrir a vosotros mismos, no os amáis lo suficiente; por esto queréis seducir al prójimo y doraros con su error.

Yo quisiera que no pudiesesis soportar al prójimo y al vecino, porque así tendríais que crearos un amigo de corazón exuberante.

Cuando queréis un testimonio favorable, invitáis a un testigo, y cuando le habéis sobornado para que piense bien de vosotros, pensáis bien de vosotros mismos. No sólo miente el que habla contra su conciencia sinó también, y aún más, el que habla contra su inconsciencia; y así habláis en sociedad y os servís de vosotros mismos para engañar al vecino.

Así habló el loco: "El comercio de los hombres echa a perder el carácter, sobre todo cuando no se posee ninguno".

El uno se acerca a su vecino porque se busca, y el otro porque rehuye encontrarse. Vuestro mal amor a vosotros mismos convierte vuestra soledad en una cárcel.

Los más alejados son los que pagan vuestro amor al prójimo; y si os reunís cinco, el sexto tiene que morir.

No me gustan tampoco vuestras fiestas: encuentro en ellas muchos comediantes, y hasta los mismos espectadores hacen muchas veces de comediantes.

Yo no os predico al prójimo, sino al amigo. Que el amigo sea para vosotros el festival terreno y un barrunto del superhombre.

Yo os predico el amigo y su corazón que rebosa. Pero tenéis que saber ser esponjas si queréis ser amados de un corazón que rebosa.

Yo os predico al amigo que lleva dentro de sí un mundo completo, la corteza del Bien: al amigo creador que siempre está dispuesto a haceros el regalo de un mundo completo.

Y así como para él se desarrolló, para él, ahora, vuelve a arrollarse otra vez, como la formación del Bien por el Mal y del fin por la causalidad.

Que a causa de tu hoy sea lo futuro y lo más lejano; ama en tu amigo al superhombre, como tu razón de ser.

Hermanos míos: yo no os predico el amor al prójimo, sino el amor a lo más lejano".

Así habló Zaratustra.

DEL CAMINO DEL CREADOR

"Hermano mío, ¿quieres retirarte a la soledad? ¿Quieres buscar el camino que te conduce hasta ti mismo? Reflexiona todavía un rato y escúchame.

"El que busca fácilmente se pierde él mismo. Todo aislamiento es culpa", dice el rebaño del que tú has formado parte mucho tiempo.

La voz del rebaño debe resonar todavía en tus oídos. Y si dices: "yo ya no tengo una conciencia común con vosotros", tus palabras serán una queja y un dolor.

Mira, la conciencia común engendró muchos dolores, y en tu aflicción brilla aún el último reflejo de esta conciencia.

Pero ¿quieres seguir la senda de tu aflicción, que es el camino que te conduce a ti mismo? Entonces muéstrame tu derecho y tus fuerzas para ello.

¿Eres una nueva fuerza y un nuevo derecho? ¿Un primer movimiento? ¿Una rueda que gira sobre sí misma? ¿Puedes también forzar a las estrellas a que giren alrededor de ti mismo?

¡Ah! ¡Tantas codicias hay de las alturas! ¡Hay tantas convulsiones de codicia! ¡Demuéstrame que no eres un codicioso ni un ambicioso!

Muchas grandes ideas hacen el oficio de fuelles; se hinchan y aumentan el vacío.

¿Te llamas libre? Dime tu idea fija y no que te has escapado de un yugo.

¿Eres de los que necesitan escapar a un yugo? Hay hombres que pierden todo su valor cuando escapan a su servidumbre.

¿Libre de qué? ¿Qué le importa esto a Zaratustra? Tus ojos son los que me deben decir claramente: ¿para qué ser libre?

¿Puedes dictarte a ti mismo tu Mal y tu Bien y suspender sobre ti tu voluntad como una ley? ¿Puedes ser, a la vez, juez de ti mismo y el vengador de tu ley?

Es terrible eso de quedarse solo con el juez y el vengador de su propia ley. Así se encontraría una estrella

arrojada a los solitarios espacios siderales en la fría soledad del éter.

Tú, el único, sufres todavía de los muchos: todavía conservas tu ánimo y tus esperanzas.

Pero un día llegará en que la soledad te producirá hastío, en que se rebelará tu orgullo y tu ánimo apretará los dientes; un día en que gritarás: "¡Estoy solo!"

Llegará un día en que no verás tu grandeza de miras y verás demasiado tu bajeza; tu misma elevación te hará temblar como un espectro; llegará un día en que gritarás: "Todo es mentira".

Hay sentimientos que quieren matar al solitario, y cuando no lo consiguen, mueren. Pero ¿podrás tú asesinarlos?

¿Conoces ya, hermano mío, el sentido de la palabra "desprecio"? ¿Sabes lo que tiene que sufrir tu justicia al ejercitarse sobre los que te desprecian?

A muchos les obligas a cambiar de opinión cuando de ti se trata, y lo tendrán en cuenta. Cerca de ellos pasaste y no te detuviste. Jamás te lo perdonarán.

Subiendo a las alturas los adelantas; pero cuanto más subas, no lo olvides, más pequeño te verán los envidiosos. El que vuela más alto es el más odiado.

"¡Cómo podríais hacerme justicia! — así deberíais hablar — y yo aceptaría vuestra injusticia como la parte que me había tocado en suerte".

Contra el solitario se suele arrojar basura e injusticias; pero tú, hermano mío, tienes que brillar para ellos si quieres ser estrella.

Cuidado con los buenos y los justos que odian al solitario y de buena gana sacrificarían al que se crea sus propias virtudes.

¡Guárdate también de la santa ingenuidad! Para ella es impiedad todo lo que no es simplicidad; es muy aficionada a jugar con fuego, con el fuego de las hogueras.

¡Líbrate también de tus mismos accesos de amor! El solitario tiende demasiado pronto la mano al que pasa.

A muchos, en vez de darles la mano, deberías darles la pata, y bueno sería que tu pata tuviera garras.

Pero no olvides que el peor enemigo con quien puedes topar eres tú mismo: tú mismo, que te acechas en las cavernas y en el bosque.

¡Solitario!, sigues el camino que conduce a ti mismo. Y ese camino pasa por delante de ti y de tus siete demonios.

Para ti mismo serás un hereje, y un brujo, y un adivino, y un loco, y un descreído, y un impío, y un malvado.

Querrás arder en tus propias llamas; sin haberte con-

vertido antes en ceniza, ¿cómo pretendes renovar tu ser?

¡Solitario! Sigues el camino del creador; quieres hacer un dios de tus siete demonios.

¡Solitario! Sigues el camino del enamorado; te has enamorado de ti mismo y por eso te desprecias como desprecian los que aman.

El enamorado quiere crear porque desprecia. ¿Qué sabe del amor el que no desprecia a quien ama!

Vuélvete a tu soledad con tu amor y tu creación, hermano mío, que luego te seguirá la justicia, cojeando.

Vuélvete a tu soledad, hermano mío, y llévate mis lágrimas. Amo a quien quiere crear algo superior a él y en este empeño sucumbe".

Así habló Zaratustra.

DE LA VIEJA Y LA JOVEN

"¿Por qué te deslizas furtivamente en el crepúsculo, Zaratustra? ¿Qué ocultas cautelosamente bajo tu manto?

¿Te han regalado un tesoro? ¿Has tenido un niño? ¿O es que sigues la senda de los ladrones, tú, el amigo de los malvados?"

"En verdad te digo, hermano mío — contestó Zaratustra— que lo que llevo aquí es un tesoro que me han regalado. Es una pequeña verdad lo que guardo aquí debajo.

Pero esta verdad es tan traviesa como un niño pequeño, y tengo que taparle la boca para que no nos aturda con sus gritos.

Cuando yo hoy seguía solitario mi camino, a la hora del crepúsculo vespertino, encontré a una viejecita, que habló así a mi alma:

"Zaratustra ha hablado muchas veces con nosotras, las mujeres, pero nunca nos habló de la mujer".

Y yo contesté: "De la mujer sólo se debe hablar a los hombres".

"Háblame a mí también de la mujer — replicó—; como soy tan vieja, pronto se me olvidará lo que me digas".

Condescendí con la viejecita y le dije:

"Todo es un misterio en la mujer, y este misterio tiene una clave: preñez.

El hombre es un medio para la mujer; su fin es siempre el hijo. Pero ¿qué es la mujer para el hombre?

El verdadero hombre quiere dos cosas: el peligro y el juego. Por esto ama a la mujer: el más peligroso de los juegos.

El hombre ha de ser educado para la guerra, y la mujer para el descanso del guerrero. Todo lo demás es locura.

Al guerrero le repugnan los frutos demasiado dulces; por esto le gusta la mujer: la más dulce siempre deja algún amargor.

La mujer comprende mejor que el hombre al niño, pero el hombre es más niño que la mujer.

Siempre hay un niño en el verdadero hombre. Mujeres: descubrid el niño que hay en todo hombre.

Sea la mujer un juguete puro y fino, igual a piedras preciosas, radiante de virtudes de un mundo que aún no existe.

Que en vuestro amor brille el rayo de una estrella. Que vuestra esperanza diga: "¡Ojalá pudiera yo parir al superhombre!"

¡Sed valientes cuando améis! El amor os dará fortaleza para prescindir de todo temor.

¡Que vuestro amor sea todo honor! Pero la mujer sabe muy poco del honor. Que vuestro honor sea amar más de lo que os amen y no dejarse arrebatar el primer lugar.

Que el hombre tema a la mujer que ama; entonces será capaz de todos los sacrificios, y cualquier otra cosa le parecerá sin valor.

Y también debe temer el hombre a la mujer que odia, porque el hombre y la mujer son, en el fondo, dos malvados.

¿A quién odia más la mujer? Así habló el hierro al imán: "Te aborrezco porque atraes, pero no eres bastante fuerte para retener".

La dicha del hombre es "yo quiero". La dicha de la mujer es "él quiere".

"¡Mira, ahora es cuando el mundo llega a su perfección!": esto es lo que piensa una mujer cuando obedece enamorada.

Y la mujer debe obedecer para encontrar un fondo a su superficie. El alma de la mujer es superficie: es una ampolla de agua que se mueve en un estanque.

Pero el alma del hombre es profunda, su corriente ruge en cavernas subterráneas: la mujer presiente la fuerza del hombre, pero no la comprende".

Entonces repuso la viejecita: "Zaratustra ha dicho muchas gentilezas a las mujeres, sobre todo a las mujeres jóvenes que son capaces de apreciarlas.

Es extraño que, conociendo tan poco Zaratustra a las mujeres, hable con tanto juicio de ellas. ¿Acaso será porque en las mujeres nada hay imposible?

Y ahora te voy a regalar, en agradecimiento, una pequeña verdad; para ello soy bastante vieja.

Envuélvela bien y tápale la boca, porque si no gritará mucho esta pequeña verdad".

"Dame tu pequeña verdad, mujer", la dije. Y la viejecita me dijo:

"¿Vas junto a las mujeres? ¡No dejes de llevar el látigo!"

Así habló Zaratustra.

LA MORDEDURA DEL ASPID

Una tarde Zaratustra se quedó dormido bajo una higuera, y, como hacía calor, ocultó el rostro bajo el brazo. Se le acercó una víbora y le mordió en el cuello. Zaratustra, al sentir el dolor de la mordedura, lanzó un grito. Al separar el brazo de su rostro vió al reptil, que al reconocer los ojos de Zaratustra, quiso huir torpemente. "No te vayas todavía — dijo Zaratustra—, deja que te dé las gracias. A tiempo me despertaste, porque todavía tengo bastante camino que recorrer". "Poco camino podrás hacer ya — dijo la víbora con tristeza—, porque mi mordedura es mortal". Zaratustra se sonrió. "¿A quién oíste decir que un dragón puede morir del veneno de una serpiente?—dijo—. Pero toma tu veneno; no eres bastante rica para regalármelo". Entonces saltó de nuevo la víbora a su cuello y le lamió la mordedura.

Cuando Zaratustra refirió este suceso a sus discípulos, éstos le preguntaron: "¿Cuál es la moraleja de esa fábula, Zaratustra?" Y Zaratustra respondió: "Los buenos y los justos me llaman demoledor de la moral: mi historia es inmoral.

Pero si tenéis un enemigo, no le devolváis bien por mal, porque le humillaréis. Demostradle más bien que os ha hecho un beneficio.

Mejor es que encolericéis y no que humilléis. Y si se os maldijera, no me gustaría veros bendecir. Será mejor que maldigáis vosotros también un poco.

Y si con vosotros se cometiera una gran injusticia, haced vosotros cinco pequeñas injusticias. Es horrible contemplar a un hombre a quien sólo aflige la injusticia.

¿No sabíais esto? ¿No sabíais que una injusticia compartida es un semiderecho y que el que puede soportar la injusticia debe apencar con ella?

Una pequeña venganza es más humano que no tomar venganza. Y yo no quiero vuestro castigo, aunque el castigo no sea un derecho ni un honor.

Más noble es cargar con la culpa que tener razón, sobre todo cuando se tiene razón. Mas para esto hace falta ser muy rico.

Vuestra fría justicia me desagrada: veo siempre al

verdugo y su helada cuchilla en los ojos de vuestros jueces.

Decidme: ¿dónde habéis visto una justicia que sea amor con ojos inteligentes?

Inventad, pues, un amor que encierre en sí no sólo todos los castigos, sino también todas las culpas.

Inventad también una justicia que absuelva a todos, menos a los que juzga.

¿Queréis también oír esto? El que quiere ser justo, en el fondo de su alma ve la mentira misma convertirse en amor a los hombres.

Pero ¿cómo podría yo ser justo en mi alma? ¿Cómo podría dar a cada uno lo suyo? Me bastará con dar a cada uno "lo mío".

Finalmente, hermanos míos, guardaos de ser injustos con los solitarios. ¿Cómo podría olvidar un solitario? ¿Cómo podría corresponder?

El solitario es como un pozo muy profundo. Fácil es tirar en el pozo una piedra; pero, cuando llegue al fondo, ¿quién querrá sacarla?

Guardaos mucho de ofender al solitario. Pero si así lo hicierais, ¡matadle también!"

Así habló Zaratustra.

DEL NIÑO Y DEL MATRIMONIO

"Tengo que hacerte una pregunta a ti solo, hermano mío; esta pregunta la voy a lanzar en tu alma como si fuera una sonda. Quiero conocer la profundidad de tu alma.

Eres joven, y quieres tener una mujer y un hijo. Y yo te pregunto: "¿Eres hombre que pueda permitirse desear un hijo?"

"¿Eres el victorioso, el dominador de ti mismo, el dueño de tus potencias y de tus virtudes?" Esta es mi pregunta.

¿O ese deseo no es más que la voz del animal y de la necesidad? ¿O es que tienes miedo de estar solo? ¿O es el descontento de ti mismo?

Yo quiero que tu victoria y tu libertad sientan el deseo de un hijo. Para conmemorar tu victoria y tu emancipación debes erigir monumentos vivos.

Tus edificios deben ser más altos que tú, pero antes debes edificarte a ti mismo, cuadrado de cuerpo y alma.

No sólo debes propagar la especie, sino perfeccionarla. ¡Que el jardín del matrimonio te ayude en tu empresa!

Debes crear un cuerpo más elevado, un primer movimiento, una rueda que gire sobre sí misma: debes crear un creador.

Matrimonio: así llamo yo a la voluntad de dos para uno,

para crear uno que sea más que los que le crearon. Y el matrimonio exige respeto mutuo entre los que quieren con tal voluntad.

¡Que sea éste el sentido y la verdad de tu matrimonio! Pero ¿qué nombre habremos de dar a lo que los superfluos llaman matrimonio?

¡Ah, esta pobreza de alma de dos! ¡Esta impureza de alma de dos, esa mísera concupiscencia de dos!

Y a eso lo llaman matrimonio, y dicen que su unión ha sido bendecida por el cielo.

¡Pues bien, no le quiero yo, este cielo de los superfluos! ¡No, no quiero a estos animales cogidos en la red celestial!

¡Lejos de mí ese Dios que viene con la pata coja a bendecir lo que él no ató!

¿No os parecen ridículos esos matrimonios? ¿Qué hijo habrá que no tenga motivo para llorar por sus padres?

Tal hombre me parecía digno y maduro para el sentido de la tierra; pero al conocer a su mujer, la tierra me pareció una casa de locos.

Quisiera que temblase la tierra cuando un santo y una gansa se enlazan.

Aquel hombre marchó como un héroe en busca de verdades, y sólo encontró una pequeña mentira muy bien aderezada, y a eso lo llamó matrimonio.

Otro hombre buscaba una criada con las virtudes de un ángel, pero de pronto convirtióse en sirviente de una mujer, y ahora tiene que convertirse, además, en un ángel.

Miro detenidamente a todos los compradores, y he comprobado que todos tienen ojos de lince. Pero el más astuto de todos ellos compra a su mujer encerrada en un saco.

Lo que vosotros llamáis amor es una serie de pequeñas locuras. Y vuestro matrimonio, que no es más que una prolongada tontería, pone fin a muchas locuras breves.

Vuestro amor a la mujer, y el amor de la mujer al hombre, ¡ha!, que los dioses ocultos y atormentados tengan compasión de vosotros. Pero casi siempre un animal adivina al otro.

Y vuestro amor no es más que un símbolo de éxtasis y un fervor doloroso. Es una antorcha que habrá de guiaros a mundos superiores.

Algún día tendréis que amar más allá de vosotros mismos. ¡Aprended, pues, a amar!

¡Y para ello apurad el cáliz del amor hasta las heces!

Hasta en el cáliz del mejor amor encontraréis amargura. Pero esta amargura despierta la sed del superhombre y del creador.

Sentiréis sed del creador, flecha y anhelo del superhom-

bre. Dí, hermano mío, ¿es éste el matrimonio que tú sueñas?

A este matrimonio y este sueño los llamo yo "santos".

Así habló Zaratustra.

DE LA MUERTE VOLUNTARIA

"Hay muchos que mueren demasiado tarde, y otros demasiado pronto. Todavía nos produce extrañeza la máxima: "Morir a tiempo!"

"¡Morir a tiempo!", enseña Zaratustra.

"El que no vive a tiempo no podrá morir a tiempo. ¡Más le valiera no haber nacido!" Este es mi consejo para los superfluos.

Pero también los superfluos dan importancia a la muerte; la nuez vacía también quiere que la partan.

Todos dan importancia a la muerte, y para ninguno es una fiesta la muerte. Los hombres ignoran todavía cómo se consagran las más hermosas fiestas.

Voy a hablaros de la muerte bienhechora, que para los que viven debe ser un estímulo y una promesa.

El bienhechor muere victorioso y rodeado de los que esperan y de los que prometen.

Así es como se debía aprender a morir, y no debía haber fiesta ninguna en donde un moribundo no consagrara los votos de los vivos.

Esta es la mejor muerte, y luego morir combatiendo, difundiendo un alma grande.

Pero la muerte le es odiosa tanto al que combate como al que vence; esa muerte, vuestra muerte, que se acerca cautelosamente, como un ladrón, y, sin embargo, es la dueña.

La muerte que yo os predico es la mía, la muerte voluntaria, que llega a mí porque yo quiero.

Y ¿cuándo querré? El que tiene un fin y un heredero quiere la muerte a su tiempo, para su fin y para su heredero.

Y por respeto al fin y al heredero, se abstendrá de colgar en el santuario de la vida coronas marchitas.

En verdad no quiero parecerme a los cordeleros, que, tirando de sus hilos, marchan siempre hacia atrás.

Algunos serán demasiado viejos para sus verdades y su victoria; una boca sin dientes no tiene ya derecho a ninguna verdad.

Y el que aspira a la gloria debe despedirse a tiempo del honor y ejercer el difícil arte de desaparecer a tiempo.

No hay que dejarse comer cuando se está más sazonado: esto lo saben ya los que quieren ser amados por mucho tiempo.

Hay, sí, manzanas agrias a las que el destino ordena que esperen hasta el último día del otoño, y maduran, amarillean y se arrugan a un mismo tiempo. En unos envejece antes el corazón; en otros, el espíritu. Algunos ya son viejos de jóvenes; pero el que tarda en ser joven es mucho tiempo joven.

A algunos la vida les falla; llevan en el corazón un gusano que les roe. Pudiera suceder que la muerte fuera para ellos mejor.

Hay muchos que no llegan a madurar, porque ya están podridos en el verano. La cobardía es la que los mantiene colgados de su rama.

Muchos viven y penden durante mucho tiempo de su rama. ¡Ojalá viniera una tempestad que hiciera caer del árbol todo lo que está podrido y comido de gusanos!

¡Que vengan los que predican la muerte pronta! Ellos serían verdaderas tempestades que sacudirían los árboles de la vida. Pero yo no oigo predicar sino la muerte lenta y la paciencia con todo lo "terrenal".

¡Ay! ¿Vosotros predicáis la paciencia con todo lo terrenal? Todo lo terrenal es lo que tiene demasiada paciencia para soportaros, ¡blasfemos!

Aquel hebreo que adoran los que predican la muerte lenta murió demasiado pronto, y para muchos fué una fatalidad que muriera tan pronto.

El hebreo Jesús no conoció más que las lágrimas y la melancolía del hebreo y el odio de los buenos y los malos: de repente sintió el anhelo de morir.

¿Por qué se quedó en el desierto, lejos de los buenos y los justos? Quizá hubiera aprendido a vivir y a amar la tierra, y también la risa.

¡Creedme, hermanos míos! Aquel hebreo murió prematuramente; él mismo hubiera sido el refutador de sus doctrinas si hubiera llegado a una edad más madura. Era bastante noble para retractarse.

Pero estaba aún inmadurado. El amor del joven carece de madurez, y por su inmadurez aborrece a la tierra y a los hombres. No ha desplegado aún las alas de su espíritu ni de su carácter.

Pero en el hombre hay más infancia que en el joven y menos melancolía: comprende mejor la vida y la muerte.

Libre para la muerte y libre en la muerte, un santo negador cuando ya no es hora de decir que sí. Así comprende él la vida y la muerte.

Que vuestra muerte no sea un blasfemar del hombre y de la tierra, amigos míos; esto es lo que espero de la miel de vuestra alma.

Que en vuestra muerte brillen todavía vuestro espíritu y

vuestra virtud como amaneceres de la tierra; si no, habreis fracasado en la muerte.

Así quisiera morir yo, para que por mi muerte amaseis más la tierra; y a la tierra quiero volver para gozar del eterno descanso en aquella que me engendró.

En verdad que Zaratustra tenía un fin: ha lanzado su pelota; vosotros seréis los herederos de mi fin, a vosotros os echo la pelota dorada.

Veros lanzar la pelota dorada es lo que más me place en el mundo, amigos míos. Por esto quiero seguir todavía algún tiempo más en la tierra: ¡perdonádmelo!"

Así habló Zaratustra.

DE LA VIRTUD QUE DA

Cuando Zaratustra se hubo despedido de la ciudad que tanto amaba, y cuyo nombre es "la Vaca de muchos colores", muchos le siguieron y se decían sus discípulos. Cuando llegaron a una encrucijada, Zaratustra les dijo que quería caminar solo, porque era amigo de las marchas solitarias. Entonces sus discípulos le ofrecieron un bastón, en cuyo puño, de oro, había grabada una serpiente enroscada alrededor del sol. Zaratustra agradeció el regalo y se apoyó en el bastón; luego habló así a sus discípulos:

"Decidme: ¿por qué el oro es el símbolo del valor más precioso? Porque escasea y no sirve para nada, y brilla con dulces reflejos, y porque siempre se regala.

El valor del oro estriba en que es el símbolo de la virtud más perfecta. El brillo del oro resplandece en la mirada del que da. El brillo del oro sella las paces de la luna con el sol.

La mayor de todas las virtudes es rara e inútil, y su brillo es suave y deslumbrador: la virtud que da es la más excelsa de todas.

En verdad que os adivino, discípulos míos: también vosotros aspiráis como yo a la virtud que da. ¿Qué tenéis de común vosotros con los gatos y los lobos?

Esa es vuestra sed de entregaros como ofrenda y dádiva; por eso queréis atesorar todas las riquezas en vuestra alma.

Vuestra alma desea insaciable tesoros y joyas, porque vuestra virtud es insaciable en el dar.

Forzáis todas las cosas hacia vosotros y en vosotros para que broten de vuestro manantial como dádivas de vuestro amor.

Verdaderamente ese amor que tanto da tiene que con-

vertirse necesariamente en ladrón de valores; pero yo llamo sano y santo a ese egoísmo.

Otro egoísmo hay, pobre y famélico, que lo que quiere es robar: es el de los enfermos, el egoísmo enfermo.

Mira con ojos de ladrón a todo lo que reluce; mira con envidia al que come bien, y merodea la mesa del que da.

La enfermedad y la degeneración oculta hablan por boca de estos hambrientos. El ansia condiciosa de este egoísmo nos habla de cuerpos enfermos.

Dime, hermano mío: ¿qué es para nosotros lo malo y lo peor? ¿No es la degeneración? Y en la degeneración pensamos siempre que falta el alma generosa.

Nuestro camino nos conduce hacia arriba, de la especie inferior a la superior. Pero temblamos ante el sentimiento degenerado que dice: "Todo para mí".

Nuestro sentimiento vuela a las alturas; así es un símbolo de nuestro cuerpo, de una elevación. Estos símbolos de nuevas elevaciones son los nombres de las virtudes.

Así atraviesa el cuerpo la historia: uno que deviene y uno que lucha. Y el espíritu, ¿qué es para él? Heraldo, compañero y glosador de sus victorias y combates.

Todos los nombres del Bien y del Mal son símbolos; no definen, no hablan, se limitan a hacer señas. Loco es el que de ellos espera la ciencia.

Estad alerta, hermanos míos, a las horas en que vuestro espíritu quiere hablar simbólicamente: allí está el origen de vuestras virtudes.

Entonces se eleva y resucita vuestro cuerpo; con su dicha seduce al espíritu para que éste sea un creador y un evaluador y un bienhechor de todas las cosas.

Cuando, semejante a un río, vuestro corazón se desborda, lleva una bendición y un peligro para los ribereños: entonces nace vuestra virtud.

Cuando estéis por encima de los elogios y de las censuras y vuestra voluntad quiera mandar en todas las cosas como la voluntad del que ama, entonces empieza vuestra virtud.

Cuando despreciéis las cosas agradables y el blando lecho y no podáis reposar sino lejos de la molicie, entonces nacerá vuestra virtud.

Cuando no tengáis más que una sola voluntad y el curso de las cosas se llame para vosotros necesidad, entonces nace vuestra virtud.

En verdad ella será un nuevo Bien y Mal, un nuevo y profundo murmullo del agua y la voz de un nuevo manantial.

El poder es esta nueva virtud; es un pensamiento dominador encerrado en un alma prudente: un sol dorado al cual se enrosca la serpiente del conocimiento".

2.

Al llegar aquí, Zaratustra permaneció callado algunos instantes y miró con cariño a sus discípulos. Después reanudó su discurso, y su voz se había transformado:

"¡Guardad fidelidad a la tierra, hermanos míos, con toda la fuerza de vuestra virtud! ¡Que vuestro amor generoso y vuestro conocimiento sirvan al sentimiento de la tierra! ¡Así os lo pido, así os conjuro a que sea!

No dejéis que vuestra virtud se aleje volando de lo terrestre y dé con las alas contra los muros eternos. ¡Ah! ¡Hubo siempre tanta virtud perdida!

Devolved a la tierra, como hago yo, esa virtud perdida; sí, devolvedla al cuerpo y a la vida; que dé a la tierra su sentido humano.

De cien maneras distintas se han extraviado el espíritu y la virtud. ¡Ah! En nuestro cuerpo viven todavía esta locura y estos errores: se han convertido en cuerpo y voluntad.

De cien maneras distintas se han ensayado y perdido espíritu y virtud. Sí, el hombre fué un ensayo. ¡Ay, cuánta ignorancia y cuánto error se han almacenado en nuestro cuerpo!

No sólo la razón, sino también la locura de milenios se manifiesta en nosotros. ¡Qué peligroso es ser heredero!

Aún batallamos paso a paso con el gigante azar, y la humanidad ha sido gobernada hasta hoy por el absurdo y por la insensatez.

¡Que vuestro espíritu y vuestra virtud se pongan al servicio del sentimiento de la tierra, hermanos míos, y que el valor de todas las cosas sea renovado por vosotros!

¡Para ello es preciso que seáis combatientes, que seáis creadores!

El saber purifica el cuerpo; buscando la ciencia se eleva; todos los instintos del que sabe se santifican, y el alma del que se eleva se regocija.

Médico, cúrate a ti mismo, y así curarás tus enfermedades. Que ésta sea su mejor ayuda: ver con sus propios ojos al médico de sí mismo.

Todavía hay mil caminos inexplorables, mil saludes y tierras ocultas de la vida. El hombre y la tierra de los hombres están todavía por descubrir.

¡Vigilad y oíd, solitarios! Del futuro llegan vientos que baten secretamente sus alas; un alegre mensajero busca oídos delicados.

Vosotros, solitarios de hoy; vosotros, que vivís aparta-

dos, seréis el día de mañana un pueblo: de vosotros, que os habéis escogido, se formará un día un pueblo escogido, y de este pueblo nacerá el superhombre.

¡Verdaderamente será todavía la tierra un lugar de curación! Y ya exhala la tierra un nuevo perfume, un olor saludable, ¡una nueva esperanza!"

3.

Cuando Zaratustra hubo dicho estas palabras, calló, como alguien que todavía tiene algo que decir. Y durante algún tiempo estuvo meditando; largo rato estuvo indeciso, sopesando el bastón en su mano. Por fin habló así, y su voz se había transformado:

"Ahora parto yo solo, queridos discípulos. Y vosotros también debéis partir solos. Así lo quiero yo.

En verdad os digo: ¡alejaos de mí y preveníos contra Zaratustra! ¡Y mejor aún avergonzaos de él! Quizá os engañó.

El hombre del conocimiento no sólo debe amar a sus enemigos, sino que debe también saber odiar a sus amigos.

Mal se paga al maestro cuando se sigue siendo su discípulo. ¿Por qué no queréis hacer añicos mi corona?

Vosotros me veneráis, pero ¿y si vuestra veneración me faltase un día? Tened cuidado de que no caiga sobre vosotros una columna y os mate.

¿Afirmáis vuestra creencia en Zaratustra? Pero ¿qué importa Zaratustra? ¿Sois mis creyentes? Y ¿qué importan todos los creyentes?

Me encontrasteis cuando todavía no os habíais buscado. Así hacen todos los creyentes; por esto la fe es tan poca cosa.

Y ahora yo os mando que me perdáis y que os encontréis; y sólo cuando todos hayáis renegado de mí, volveré entre vosotros.

Hermanos míos, en verdad os digo que buscaré con otros ojos a los que perdí; entonces os amaré con otro amor.

Y llegará un día en que seáis mis amigos e hijos de una misma esperanza; entonces volveré a habitar entre vosotros por tercera vez, para que celebremos juntos el gran Mediodía.

Y ese gran Mediodía llegará cuando el hombre se encuentre a la mitad de su camino, entre la bestia y el superhombre, y cante como su nueva ruta el camino que conduce a su ocaso, porque ése será el camino de una nueva aurora.

Entonces se bendecirá el que desaparece para pasar al

otro lado, y el sol de su conocimiento brillará con fulgor de Mediodía.

"Los dioses han muerto, y ahora queremos que viva el superhombre": ésta será, un gran Mediodía, nuestra última voluntad!"

Así habló Zaratustra.

SEGUNDA PARTE

"Y no volveré entre vosotros hasta que todos hayáis renegado de mí.

En verdad os digo, hermanos míos, que entonces buscaré con otros ojos a los que perdí y los amaré con otro amor".

ZARATUSTRA.

("De la virtud que da", pág. 61).

EL NIÑO CON EL ESPEJO

Después de esto, Zaratustra volvióse a la montaña y a la soledad de su caverna huyendo de los hombres: esperaba, lo mismo que un sembrador que ha lanzado su semilla. Pero pronto su alma empezó a sentir impaciencia y deseos de volver entre aquellos a quienes amaba. Pues aún tenía mucho que ofrecerles. Pues nada hay tan difícil como esto: cerrar por amor la mano que se tiene abierta y conservar el pudor en el dar.

Así transcurrieron para el solitario los meses y los años; pero su ciencia aumentaba y le hacía daño por su abundancia.

Y una mañana se levantó antes de la aurora, estuvo meditando largo tiempo en su lecho y, por último, así le habló a su corazón:

"¿Qué es lo que tanto me ha asustado durante mi sueño? ¿No se acercó a mí un niño con un espejo?

"¡Oh, Zaratustra — me dijo— mírate en el espejo!"

Pero cuando me miré en el espejo, lancé un grito y mi corazón se conmovió, pues en vez de contemplar mi imagen, vi reflejada la mueca de un demonio y su risa sarcástica.

En verdad, demasiado comprendo el sentido de este sueño y su moraleja: mi doctrina está en peligro, la cizaña quiere hacerse pasar por trigo.

Mis enemigos han llegado a ser poderosos y han desfigurado el sentido de mi doctrina, de modo que mis amados discípulos tengan que avergonzarse de lo que yo les di.

He perdido a mis amigos; ha llegado la hora de ir en busca de los que perdí".

Al decir estas palabras, Zaratustra se puso en pie, pero no como el que se asfixia y busca aire, sino más bien como un vidente y un cantor que se siente inspirado. El águila y la serpiente le miraban con sorpresa, pues de su rostro irradiaba una dicha semejante a una aurora.

"¿Qué me sucede, mis queridos bichos? — dijo Zaratustra—. Me siento transformado. La felicidad me invade como un viento huracanado.

Mi felicidad es loca y hablará locamente; ¡es tan joven! ¡Tened indulgencia con ella!

Me siento herido como por un dardo por mi felicidad; ¡que todos los que sufren sean médicos para mí!

Necesito descender otra vez entre mis amigos, y también entre mis enemigos. ¡Zaratustra quiere volver a hablar y a prodigar su corazón a sus bienamados!

Mi amor impaciente se precipita como un río, corriendo vertiginoso de Oriente a Poniente. Desde las calladas montañas, desde las tempestades del dolor de mi alma, se precipita en el valle.

Harto tiempo he pasado contemplando las cosas lejanas. Harto tiempo me entregué a la soledad; así me olvidé del silencio.

He llegado a ser todo boca y el estruendo de un torrente que se despeña de las altas rocas; quiero lanzar mis discusiones al valle.

¡Y ojalá el torrente de mi amor se precipite en lo intransitable! ¿No habrá de encontrar un río, por fin, su salida al mar?

Verdad es que en mí hay un lago, un lago solitario que se basta a sí mismo, pero la corriente de mi amor le arrastra al mar.

Nuevos caminos se abren a mi paso, nuevos discursos acuden a mis labios. Como todos los creadores, estoy cansado de las antiguas arengas. Mi espíritu se niega a correr con zapatos usados.

Todos los discursos son demasiado lentos para mí. ¡Salto a tu carroza, tempestad! Y todavía he de arrearte con el látigo de mi saña.

Como un grito y una exclamación de gozo, quiero atravesar los vastos mares, hasta encontrarme en las islas afortunadas donde están mis amigos.

¡Y mis enemigos también! ¡Cuánto amo yo ahora a cada uno de aquellos que van a escuchar mis discursos! También mis enemigos forman parte de mi felicidad.

Cuando yo me dispongo a subir sobre el más salvaje de mis caballos, me valgo de mi lanza, que me ayuda mejor que nadie: siempre ha sido el mejor escudero de mi pie.

¡Lanza que he de arrojar contra mis enemigos! ¡Cuán-

to agradezco a mis enemigos poder arrojarla!

Mi nube estaba demasiado cargada; entre las carcajadas de los relámpagos, arrojaré el granizo para que haga temblar.

Poderosamente se agitará entonces mi pecho y lanzará su soplo por las montañas: ése será su alivio.

¡En verdad, mi dicha y mi libertad vienen a mí semejantes a una tormenta! Pero mis amigos creerán que el espíritu del mal se abate sobre sus cabezas.

Sí, amigos míos, también vosotros os asustaréis de mi sabiduría salvaje, y quizá huyáis de ella, como mis enemigos.

¡Ah! Ojalá pudiera yo haceros volver con mi caramillo. Ojalá mi ciencia leonina supiera rugir amablemente. Entonces aprenderíamos muchas cosas juntos.

Esta mi sabiduría salvaje fué fecundada en las montañas solitarias; sobre las ásperas rocas dió a luz sus pequeñuelos.

Y ahora corre como una loca por los áridos desiertos, buscando el dulce césped, mi vieja sabiduría salvaje.

En el dulce césped de vuestro corazón, amigos míos, vuestro amor, quisiera acostar lo que más ama".

Así habló Zaratustra.

EN LAS ISLAS AFORTUNADAS

"Caen los higos del árbol; son buenos y dulces, y al caer se rompe su piel dorada. Yo soy un viento del norte para los higos maduros.

Pues bien, como los higos maduros, caen sobre vosotros mis doctrinas, amigos; ¡bebed su dulce jugo y saboread su exquisita pulpa! Estamos en una tarde de otoño, y el cielo brilla despejado.

¡Mirad qué abundancia nos rodea! Desde esta abundancia es grato mirar a los mares lejanos.

En otros tiempos se pensaba en Dios al mirar a los dilatados mares; pero ahora yo os predico el superhombre.

Dios es una suposición; pero yo quiero que vuestras suposiciones no vayan más allá de vuestra voluntad creadora.

¿Sabríais crear un Dios? ¡Entonces no me habléis de dioses! Pero sí podríais crear el superhombre.

Quizá no podáis vosotros crear el superhombre, pero podríais transformaros en padre y antepasados del superhombre; ¡que sea ésta vuestra más grande creación!

Dios es una suposición; pero yo quiero que vuestras suposiciones no rebasen lo imaginable.

¿Podéis imaginar un Dios? Pero que esto signifique para

vosotros voluntad de verdad; que todo se transforme en lo que para el hombre es pensable, visible y palpable. Debéis llegar al límite de vuestros sentidos.

Y lo que llamáis mundo debe ser creado por vosotros: debe ser vuestra razón, vuestra imaginación, vuestra voluntad y vuestro amor. Y, por cierto que para vuestra dicha, vosotros los que conocéis.

¿Y podríais soportar la vida sin esta ilusión, vosotros los que conocéis? Ni en lo incomprensible ni en lo irracional podéis echar raíces.

Pero yo os hablaré con el corazón, amigos míos: si hubiera dioses, ¿cómo soportaría yo no ser un dios? "Por consiguiente", no hay dioses.

Yo soy el autor de este razonamiento, pero ahora me arrastra él.

Dios es una conjetura; pero ¿quién soportaría, sin la muerte, todos los tormentos de esta conjetura? ¿Quién podrá arrebatar al creyente su fe e impedir al águila que vuele a las alturas?

Dios es una idea que hace torcerse a todo lo que está derecho y girar a todo lo que está de pie. ¿Cómo? Si quitamos al tiempo todo lo pasajero, ¿no ha de ser más que una ilusión?

Estos pensamientos son torbellinos y vértigos del esqueleto humano y, además, un crimen contra el estómago; en verdad, a estas hipótesis las llamo yo la enfermedad del vértigo.

Todas esas doctrinas del Uno Total e Inmóvil, Omnipotente y Eterno son malas y van contra los hombres.

Lo imperecedero no es más que un símbolo. ¡Y los poetas mienten mucho!

Pero las mejores parábolas son las que hablan del tiempo y del devenir: deben ser el elogio y la justificación de todo lo perecedero.

Crear: éste es el gran alivio al dolor y lo que hace fácil la vida. Mas, para que exista un creador, hacen falta muchas crisis de dolor y muchas transformaciones.

¡Sí, en vuestra vida tiene que haber muchas muertes amargas, creadores! Sed, por lo tanto, los voceros y defensores de todo lo perecedero.

Para que el creador sea el niño que nace tiene que ser también la parturiente y los dolores de la parturiente.

En verdad os digo que yo camino a través de cien almas y a través de cien cunas y de cien dolores de parto. Ya me despedí muchas veces; ¡conozco las horas dislacerantes de la despedida!

Pero así lo quiere mi voluntad creadora, mi destino. O,

si he de hablaros con sinceridad, este destino es precisamente lo que quiso mi voluntad.

Todo lo que siente sufre en mí y está como preso; pero mi voluntad viene siempre en mi socorro como libertadora y mensajera de alegrías.

El querer emancipa — ésta es la verdadera doctrina de la voluntad y de la libertad—: esto os enseña a vosotros Zaratustra.

¡No querer, no valorar, no crear; lejos de mí este cansancio!

Al conocer, siento la voluntad de crear y la alegría del devenir; y si hay inocencia en mi conocimiento, es porque en él existe la voluntad de crear.

Esta voluntad es la que me alejó de Dios y de los dioses, porque ¿qué podría yo crear si hubiera Dios?

Pero así como el martillo busca la piedra para golpearla, de igual modo mi voluntad creadora me lleva irresistiblemente hacia los hombres.

¡Ah hombres, en la piedra duerme para mí una escultura, la estatua de mis estatuas! ¡Ay! ¡Que pueda estar dormida en la dura, en la tosca piedra!

Ahora mi martillo golpea furiosamente su prisión. La piedra salta a pedazos; pero... ¿ a mí qué más me da?

Quiero acabar mi obra.... pues se ha acercado a mí una sombra...: lo más silencioso y ligero se acercó a mí.

La belleza del superhombre se acerca a mí como una sombra. ¡Ah hijos míos! ¿Qué me importan ya los dioses?

Así habló Zaratustra.

DE LOS MISERICORDIOSOS

"Amigos míos: Hay quien se burla de vuestro amigo: "Mirad a Zaratustra — dicen —. ¿No pasa ante nosotros como si fuéramos animales?"

Pero hubiera estado mejor dicho: "el que busca el conocimiento pasa por entre los hombres como por entre animales".

El hombre mismo define al que conoce como el animal que tiene rojos los carrillos.

¿Por qué le define de este modo? ¿No será porque ha tenido que avergonzarse muchas veces?

¡Oh amigos míos! El que busca el conocimiento dice: "Vergüenza, vergüenza y vergüenza". Esta es la historia del hombre.

Y por esto, el que es noble huye de avergonzar a los hombres y hasta se avergüenza ante los que sufren.

En verdad no me inspiran confianza los misericordiosos que son felices en su misericordia: carecen de pudor.

Cuando yo tenga que ser misericordioso no me gustará que me lo llamen, y lo seré de lejos, nada más.

Mejor ocultaré mi cabeza en un velo y huiré antes de que me reconozcan; haced vosotros lo mismo, amigos míos.

Ojalá no encuentre nunca en mi camino más que seres como vosotros, que no sufren, con los que pueda compartir mis esperanzas, la comida y la miel.

En verdad yo hice algo por los que sufren, pero siempre me pareció mejor saber alegrarme.

Poco se ha alegrado el hombre desde que hay hombres. Este es nuestro único pecado original, amigos míos.

Cuando más aprendemos a alegrarnos es cuando olvidamos hacer daño a los demás e inventar dolores.

Así, yo me lavo las manos, estas manos que ayudaron a los que sufren, y por esto también me seco el alma.

Porque cuando vi sufrir a un hombre me avergoncé de su vergüenza: y al prestarle ayuda herí gravemente su amor propio.

Muchos favores no inspiran gratitud, sino deseos de venganza, y cuando no se olvida un pequeño favor, éste acaba por convertirse en roedor gusano.

¡Sed parcos en el aceptar! Discernir al recibir: éste es el consejo que doy al que no puede dar nada.

Pero yo soy de los que dan; me gusta dar como amigo a los amigos.

Aquellos a quienes yo no conozco y los pobres tienen que tomar por sí mismos la fruta de mi árbol; esto les humilla menos.

Hay que suprimir por completo a los mendigos. Lo cierto es que tanto molesta el darles como el no darles.

Y digo lo mismo de los pecadores y de los hombres de mala conciencia. Amigos míos, creedme, los remordimientos de conciencia hacen morder.

Pero lo peor de todo son los pensamientos ruines. En verdad es mejor hacer mal que pensar mal.

Vosotros decís, es cierto: "El gusto por las acciones mezquinas nos evita las malas acciones grandes". Pero éste es un caso en que no se debe ahorrar.

Como una úlcera es la mala acción: pica, irrita, pero se manifiesta; es decir, es honrada.

"Aquí estoy, y soy una enfermedad", dice, y esa es su honradez.

Las ideas mezquinas se parecen a los hongos: se tapan y se ocultan, y no quieren estar en ninguna parte, hasta que todo nuestro cuerpo se corroe y se marchita por pequeños hongos.

Pero a aquél que está poseído del demonio yo le digo estas palabras al oído: "¡Es mejor que críes gordo a tu demonio! También existe para ti un camino que conduce a la grandeza".

¡Ah, hermanos míos, sabemos demasiado de todo! Y muchos son transparentes para nosotros, pero no podemos pasar a través de ellos.

Es muy difícil vivir entre hombres, porque es muy difícil guardar silencio.

No es con los que nos son más odiosos con los que nos mostramos injustos, sino con los que nos son indiferentes.

Pero si tienes un amigo que sufre, sé para su dolor un refugio y, al mismo tiempo, un duro lecho, una cama de campaña; de esta manera les será más útil.

Y si un amigo te hace daño, dile: "Te perdono el daño que me has hecho; pero ¿cómo te podré perdonar el que tú te hiciste?"

Así habla todo grande amor que sabe superar el perdón y la misericordia.

Debemos contener con firme mano el corazón, pues si se le deja que haga de las suyas, nos hará perder la cabeza.

¿Quiénes cometieron en el mundo mayores locuras que los compasivos? Y ¿qué es lo que más males ha ocasionado en el mundo que las locuras de los compasivos?

¡Ay de los que aman sin tener una estatura superior a su compasión!

Un día el diablo me dijo: "También tiene Dios un infierno, y es: su amor a los hombres".

Y ha poco que le oí decir: "Dios ha muerto; la compasión hacia los hombres ha matado a Dios".

Prevenidos estáis, pues, contra la compasión; de ella procede esa negra nube que se cierne sobre la cabeza de los hombres. En verdad os digo que conozco los signos del tiempo.

Recordad también estas palabras: todo grande amor está por encima de su compasión, pues quiere crear a su amado.

"Yo mismo me ofrezco al amor y a mi prójimo como a mí mismo": éste es el lenjuaje de todos los creadores.

Pero todos los creadores son duros".

Así habló Zaratustra.

DE LOS SACERDOTES

Y en una ocasión Zaratustra hizo una señal a sus discípulos, y les habló así: "Aquí hay sacerdotes y, aunque son mis enemigos, pasad por su lado sin hacer ruido y sin que vuestras espadas hagan ruido.

También entre éllos hay héroes; muchos de ellos sufren mucho: por esto quieren hacer sufrir a los demás.

Son malos enemigos; nada hay más vengativo que su humildad. El que los ataca fácilmente se mancha,

Pero mi sangre es pariente de la suya; y hasta en la suya quiero que sea honrada mi sangre".

Cuando hubieron pasado, Zaratustra se sintió triste, y, después de luchar con su dolor algún tiempo, habló así consigo mismo:

"Qué lástima me dan estos sacerdotes; pero también me repugnan, aunque esto no tiene nada de particular desde que estoy entre los hombres.

También sufrí y sufro con ellos; cautivos y réprobos son para mí. ¡Aquél a quien ellos llaman su Redentor les ha cargado de cadenas!

Les ha encadenado con falsos valores y palabras huecas. ¡Ah, quién los redimiera de su Redentor!

En otro tiempo creyeron arribar a una isla, cuando el mar les acosaba, pero era un monstruo dormido.

Falsos valores y palabras huecas: éstos son los peores monstruos para los mortales; durante largo tiempo duerme en ellos y les espera la fatalidad.

Pero, finalmente, llega, se acerca y devora todo lo que se ha construído sobre ellos.

¡Ved las chozas que se han construído los sacerdotes! Las llaman iglesias, y son cavernas perfumadas con empachosos aromas.

¡Qué luz tan falsa, qué aire tan pesado; no poder volar aquí, donde el alma quiere elevarse!

Porque su fe les dice: "¡Pecadores, subid la escalera con las rodillas!"

En verdad prefiero contemplar al cínico mejor que a estos hombres que miran con los ojos bajos y se avergüenzan y rezan.

¿Quién fué el que creó estas cavernas y estas escaleras de mortificación? ¿No fueron los que querían ocultarse porque se avergonzaban del límpido cielo?

Y sólo cuando el límpido cielo vuelva a mirar, a través de las bóvedas rotas, la yerba y las encendidas amapolas que

crecen en las grietas de los muros, volverá mi corazón a inclinarse ante los palacios de Dios.

Llamaban Dios a todo lo que les contradecía y les hacía daño. ¡Efectivamente, su devoción tenía mucho de heroica!

Y no de otra manera sabían amar a su Dios que crucificando a los hombres.

Como cadáveres quisieron vivir y amortajaron de negro a su cadáver. En sus discursos percibo yo aún el olor de las malas raíces de las cámaras mortuorias.

Y los que viven cerca de ellos habitan cerca de negros estanques, en los que el sapo canta su monótona canción.

Para que yo creyese en su Redentor tendrían que cantar otras canciones, y sus discípulos tendrían que parecer más redimidos.

Desnudos les quisiera ver, pues sólo la belleza puede predicar la expiación. Pero ¿a quién persuade esa tristeza disfrazada?

En verdad sus mismo redentores no procedían de la libertad ni del séptimo cielo de la libertad. En verdad nunca se movieron sobre las alfombras del conocimiento.

El espíritu de estos redentores estaba compuesto de huecos; y en cada hueco colocaron su quimera, su tapahuecos, al que llamaron Dios.

Su espíritu estaba anegado en compasión, y cuando se hinchaban y se desbordaban, sobre la superficie sobrenadaba siempre una gran locura.

Celosamente conducen sus rebaños con gritos, como si para el porvenir no hubiera más que una senda. ¡En verdad me parece que estos pastores forman parte aún de sus ovejas!

Estos pastores tienen espíritus estrechos y almas anchas; pero, hermanos míos, ¡qué países más estrechos han sido hasta ahora las más espaciosas almas!

En el camino que recorren escriben señales con sangre, y su locura predica que la verdad se demuestra con sangre.

Pero la sangre es el peor testigo de la verdad; la sangre envenena la más sana doctrina y la convierte en locura y en odio del corazón.

Y aún cuando uno marche al fuego por su doctrina, ¿qué prueba ésto? Más verdadera es la doctrina que surge del propio incendio.

Un corazón convulso y un cerebro frío: al encontrarse, se forma el torbellino, el "Redentor".

Los ha habido más grandes y de más alta estirpe que estos a quienes el pueblo llama redentores y son torbellinos violentos.

Y si queréis, hermanos mios, encontrar el camino de la

libertad tenéis que ser redimidos de otros muy superiores a los redentores.

Todavía no ha llegado el superhombre. Yo he visto desnudos a los dos: al hombre más grande y al más pequeño de los hombres.

Todavía se parecen mucho los dos. En verdad que al más grande le encontré ¡demasiado humano!"

Así habló Zaratustra.

DE LOS VIRTUOSOS

"Con truenos y fuegos artificiales hay que dormir y hablar a los sentidos dormidos.

Pero la voz de la belleza habla bajo; sólo se insinúa en las almas despiertas.

Mi escudo vibró hoy suavemente y rió: es la vibración y la risa sagrada de la belleza.

Pero mi belleza se reía de vosotros los virtuosos. Y su voz llegó hasta mí y me dijo: "¡Quieren que se les pague!"

¿También queréis que se os pague, virtuosos? ¿Queréis el premio de vuestra virtud, queréis el cielo por la tierra y la eternidad por el hoy?

¿Y ahora os irritáis contra mí porque digo que no hay pagador ni contable? Es verdad: yo ni siquiera predico que la virtud encuentra su recompensa en ella misma.

¡Ah, esto es lo que me apena! ¡Han tenido la picardía de poner juntos, en el fondo de las cosas, el premio y el castigo, y, por si esto no era suficiente, también los han puesto en el fondo de vuestras almas, virtuosos!

Pero, igual al hocico del jabalí, mis palabras van a destrozar el fondo de vuestras almas; quiero ser para ella la reja del arado.

Todos los secretos de vuestra alma deben salir a la luz del día; y, cuando revueltos y destrozados yazcáis a la luz del sol, vuestra mentira se separará de vuestra verdad.

Porque ésta es vuestra verdad; estáis demasiado limpios para la suciedad de estas palabras: venganza, castigo, recompensa, represalia.

Amáis a vuestra virtud como la madre a su hijo; pero, ¿cuándo se oyó que una madre quisiera ser pagada por su amor?

Es vuestro mismo yo, vuestra virtud, vuestro yo más amado. Estáis poseído de la sed del anillo: el anillo gira para alcanzarse a sí mismo. Semejante a la estrella que se apaga, es cada uno de vuestros actos de virtud: su luz está

siempre en camino y sigue su marcha; y ¿cuándo dejará de estar en marcha?

Y la luz de vuestra virtud también está en camino, aun después de hecha la obra. Aunque la obra esté hecha y muerta y olvidada, su rayo de luz sigue viviendo y haciendo su camino.

Que vosotros mismos seáis vuestra virtud, y no algo extraño, como una piel o un manto: ésta es la verdad del fondo de vuestra alma, virtuosos.

Pero ciertamente que para algunos la virtud es también un espasmo producido por un latigazo; y vosotros escuchasteis los gritos que éstos lanzan.

Otros llaman virtudes a la pereza de sus vicios; y cuando sus odios y sus envidias se desperezan, se despierta su "justicia" y se restriegan sus adormilados ojos.

Y hay también otros a quienes les tiran hacia abajo; es que los demonios tiran de ellos. Y cuanto más se hunden, mayor es el brillo de sus ojos y con más codicia desean a su dios.

Hasta vosotros, ¡oh virtuosos!, llegaron también los gritos que éstos daban; decían: "Todo lo que yo no soy, eso, eso es para mi Dios y la virtud".

Y otros que andan pesadamente y rechinando, como carros que marchasen cuesta abajo cargados de piedras. Estos hablan mucho de dignidad y de virtud y llaman virtud a su freno.

Y hay otros que son como esos relojes de péndulo que hay que darles cuerda todos los días; tienen su tic-tac y a esto quieren que se llame virtud.

En verdad éstos me divierten; siempre que veo uno de esos relojes le doy cuerda con mi burla; y al mismo tiempo tendrán que refunfuñar.

Y otros se jactan de tener en el puño la justicia, y cometen por ella crímenes contra todas las cosas: tanto, que el mundo se anega de su injusticia.

¡Ah! ¡Qué mal siento en su boca la palabra "virtud"! Y cuando dicen "yo soy justo", suena lo mismo que si dijeran: "Yo estoy vengado".

Con sus virtudes quieren arrancar los ojos a sus enemigos, y se elevan sólo para humillar a otros.

Y todavía hay otros que, sentados en su charca, hablan así desde los cañaverales: "La virtud consiste en estarse quieto en su charca".

Nosotros no mordimos a nadie y nos apartamos del camino por donde pasan los que muerden, y en todo tenemos la opinión que se nos dá.

Y también hay otros que aman los gestos y piensan: la virtud es un gesto.

Sus rodillas están dispuestas siempre a la súplica, y juntan sus manos en alabanza de la virtud, pero su corazón es extraño a todo esto.

Y todavía quedan otros que tienen por virtud decir: "La virtud es necesaria"; pero lo que en realidad creen es que la policía es necesaria.

Y no son pocos los que, ignorando lo que hay de elevado en el hombre, hablan de virtud cuando ven de cerca su mezquindad; y por esto llaman virtud a su mala mirada.

Hay quien quiere verse elevado y glorificado, y a esto lo llama virtud; otros quieren verse caídos, y también llaman a esto virtud!

Así todos creen tener participación en la virtud, y cada uno cree, por lo menos, saber lo que es el Bien y el Mal.

Mas Zaratustra no vino para eso; no ha venido para decir a todos estos farsantes y locos: "¡Qué sabéis vosotros de la virtud!

¡Qué podéis saber de la virtud!"

Yo he venido, amigos míos, para que os canséis de las palabras viejas que habéis aprendido de los farsantes y de los necios.

Para que os canséis de las palabras "premio", "castigo", "represalia", "venganza justa".

Para que os canséis de decir: "Una acción buena es una acción desinteresada".

¡Ay, amigos míos! Que vuestro "yo" sea para vuestras acciones como la madre para sus hijos; que ésta sea vuestra palabra de virtud.

En verdad os he arrebatado cien palabras y los más preciados juguetes de vuestra virtud, y ahora os enfadáis conmigo como los niños que, cuando estaban jugando, vino una ola y les arrebató los juguetes al fondo del mar y lloraron.

Pero esta misma ola les traerá otros juguetes y depositará a sus pies conchas de muchos colores.

Así serán consolados, y a vosotros os pasará lo mismo, amigos míos: vosotros también os consolaréis y encontraréis conchas de muchos colores."

Así habló Zaratustra.

DE LA CANALLA

"La vida es un manantial de goces; pero donde la canalla bebe deja envenenadas las fuentes.

Me gusta todo lo puro; pero no puedo contemplar las deformes bocas de los impuros, ni su sed.

Miran al fondo de los pozos; y en él veo retratada su repulsiva sonrisa.

Con su concupiscencia han envenenado la santidad de las aguas; y también han envenenado las palabras llamando placeres a sus sueños asquerosos.

La llama se indigna cuando acercan al fuego su corazón húmedo; hasta el espíritu hierve y humea cuando la canalla se acerca al fuego.

La fruta se hace dulzona y pocha cuando está en sus manos, y se desgaja del árbol y se seca cuando ellos miran al árbol frutal.

Y muchos de los que se apartaron de la vida sólo huyeron de la canalla; no querían compartir las fuentes, el fuego ni los frutos con la chusma.

Y alguno que huyó al desierto y padeció de sed con las fieras lo hizo por no sentarse con los sucios camelleros al rededor de la cisterna.

Y alguno que llegó como un ángel exterminador y fué para todas las cosechas tempestad de granizo sólo quería poner el pie en la boca de la canalla para obstruirle las tragaderas.

Y acaso no es éste el bocado más difícil de tragar: saber que la vida misma impone enemistades, muertes y crucifixiones; pero un día me pregunté, casi asfixiado al formular la pregunta: ¿Cómo? ¿Será también necesaria para la vida la canalla?

¿Serán necesarias las fuentes envenenadas, y las hogueras pestilentes, y los sueños indecorosos, y los gusanos en el pan de la vida?

¡No ha sido el odio, sino el asco, lo que ha destrozado mi vida! ¡Ay! ¡Muchas veces sentí cansancio de espíritu, cuando vi que también la canalla era ingeniosa!

Y volví la espalda a los poderosos cuando vi que lo que llamaban poder es traficar y chalanear con la canalla.

Y, tapándome las narices, me alejé descorazonado a través del ayer y del hoy; ¡qué mal huelen, por cierto, el ayer y el hoy cuando el populacho escribe!

Lo mismo que un paralítico que se hubiera quedado ciego, mudo y sordo, así he vivido mucho tiempo para no convivir con la canalla del poder, de la pluma y de los placeres.

Penosa y calladamente subía mi espíritu las escaleras; limosnas de alegría eran su alivio: la vida del cielo se deslizaba apoyada en un cayado.

¿Qué me sucedió entonces? ¿Quién me redimió del asco? ¿Quién remozó mis ojos? ¿Cómo volé a las alturas, donde no hay canalla alrededor de las cisternas? ¿Me dió alas el asco

y las fuerzas que barruntan los manantiales? ¡En verdad tuve que volar a lo más alto para volver a encontrar la fuente de la alegría!

¡Y al fin la encontré, amigos míos,! Aquí en lo más alto, brotó para mí la fuente de la alegría. ¡Y hay una vida en la cual se puede beber sin la canalla!

¡Brotas casi con demasiada violencia, fuente de la alegría! Y a menudo vacías la copa porque quieres llenarla de nuevo.

Tendré que aprender a acercarme ante ti más humildemente; mi corazón me lleva hacia ti con demasiada violencia.

Un breve, cálido, melancólico y beatífico estío arde en mi corazón; ¡cómo desea tu frescura mi corazón, caldeado por el estío!

¡La vacilante aflicción de mi primavera ya pasó! ¡Pasó la malignidad de mis copos de nieve en junio! ¡Yo mismo fuí verano por entero en un mediodía estival!

Un verano en lo más alto, con fuentes frescas y dulce silencio; venid, amigos míos, para que aumentéis mi silencio.

Porque ésta es "nuestra" altura y nuestra patria; aquí viviremos bastante altos, bastante lejos de los impuros y de su sed.

¡Mirad vuestros ojos puros retratados en el espejo de la fuente de mi alegría, amigos, que no por eso se enturbiará mi agua! Mi pureza os devolverá vuestras sonrisas.

Construyamos nuestro nido en el árbol del porvenir; las águilas nos llevarán el sustento en sus picos, a los solitarios.

En verdad no comeremos con los impuros. Estos alimentos no son para ellos. Creerían comer fuego y se quemarían las fauces.

En verdad aquí ya no hay lugar para los impuros. Nuestra dicha les parecería cueva de hielo, donde se congelarían sus cuerpos y sus almas.

Queremos vivir por encima de ellos como si fuésemos vientos huracanados; queremos vivir en la vecindad de las águilas, en la proximidad de las nieves perpetuas, cerca del sol; allí viven los fuertes vientos.

Y como un viento, quiero soplar entre ellos y cortar con mi espíritu la respiración del suyo; así lo quiere mi porvenir.

Verdaderamente Zaratustra es un fuerte viento que barre todas las bajezas; y a todos sus enemigos y a los que escupen y vomitan les da este consejo: "¡Cuidado con escupir contra el viento!"

Así habló Zaratustra.

DE LAS TARANTULAS

"¡Mira, ésta es la cueva de la tarántula! Quieres ver la tarántula? Está tejiendo su tela; muévela un poco, que tiemble.

Ya viene, sin hacerse de rogar; ¡bien venida, tarántula; sobre tu lomo negrea tu signo triangular; también sé lo que tienes en el alma!

En tu alma se alberga la venganza; allí donde muerdes se forma una negra costra; el veneno de tu venganza hace bailar a las almas.

Hablo en lenguaje figurado, predicadores de la "igualdad", que hacéis bailar a las almas. Para mí sois tarántulas que quieren vengarse secretamente.

Pero yo quiero sacaros de vuestro escondite y exhibiros a la luz del día; por eso me río de vosotros en vuestras caras con la carcajada de las alturas.

Por eso desgarro vuestra tela, para que la rabia os haga salir de vuestro agujero de mentiras y vuestra venganza surja detrás de vuestra palabra "justicia".

Que el hombre sea redimido de la venganza: éste es el puente que me conduce a mi suprema esperanza; el arco iris después de la tempestad.

Otra cosa es, en verdad, lo que se proponen las tarántulas. "Lo que nosotras llamamos justicia consiste en que el mundo se llene de las inclemencias de nuestra venganza". Así se dicen unas a otras.

"Queremos vengarnos e injuriar a todos los que no son nuestros iguales". Así se prometen los corazones de tarántulas.

"El nombre de la virtud ha de ser de ahora en adelante, voluntad de igualdad; y lanzaremos nuestro grito contra todo lo que sea poder".

Predicadores de la igualdad: el delirio tiránico de vuestra impotencia pide a grandes voces "igualdad"; así se disfraza de virtud vuestra concupiscencia tiránica.

Vanidad amargada, envidia reprimida, la vanidad y la envidia de vuestros progenitores surgen de vosotros como llamas y quimeras de venganza.

Lo que el padre callaba lo dice el hijo; y muchas veces vi que el hijo era el secreto revelado del padre.

Se parecen a los entusiastas; pero no es su corazón el que se inflama, sino su venganza; y cuando se sienten refinados y fríos, no es el espíritu el que los enfría y refina, sino la envidia.

También su envidia les lleva a seguir a los pensadores; y éste es el signo de su envidia; que van siempre demasiado lejos, y por fin se sienten tan fatigados, que acaban por dormirse sobre la nieve.

En todas sus reivindicaciones resuena la venganza, en cada uno de sus elogios, hay algo que hace daño; ser jueces es para ellos el colmo de la dicha.

Pero yo os aconsejo, amigos míos, que desconfiéis de todos aquellos en quienes el instinto de castigar se muestra pujante.

Son gente plebeya y malnacida; en sus rostros se pinta la expresión del verdugo y del sabueso.

¡Desconfiad de todos aquellos que hablan constantemente de su justicia! En sus almas no es sólo miel lo que falta.

Y si se llaman a sí mismos "los buenos y los justos", no olvidéis que para ser fariseos no les falta más que... ¡poder!

Amigos míos, no quiero ser mezclado y confundido.

Hay algunos que predican mi doctrina de la vida y, a la vez, son predicadores de la igualdad, y tarántulas.

Aunque están apartadas de la vida y viven en sus cuevas, hablan de la vida estas arañas venenosas, porque quieren hacer daño de este modo.

Quieren hacer daño de este modo a los que ejercen el poder, porque a éstos les es más familiar la predicación de la muerte.

Si no fuera así, las tarántulas predicarían otras doctrinas, pues justamente fueron en otro tiempo los mejores calumniadores del mundo y tostadores de herejes.

No quiero ser confundido ni mezclado con estos predicadores de la igualdad. Pues la justicia me dice: "Los hombres no son iguales".

Ni deben serlo. ¿Qué sería mi amor al superhombre si yo hablara de otro modo?

Por mil puentes y senderos se lanzarán al porvenir, y siempre habrá entre ellos nuevas guerras y desigualdades.

Deben llegar a ser inventores de estatuas y fantasmas en sus enemistades, para que, con sus estatuas y sus fantasmas, luchen entre sí con ardor máximo.

Bueno y malo, rico y pobre, alto y bajo, y todos los demás valores son otras tantas armas y estandartes para indicar que la vida tiene que ser superada.

Y la vida misma quiere ser edificada en alto, con columnas y escalones, porque quiere mirar a lo lejos y hacia arriba, para poder descubrir lejanos horizontes y recónditas bellezas; por eso necesita elevación.

Y como necesita de la altura, necesita escalones, y la

oposición a estos escalones, la oposición de los que suben. La vida quiere elevarse, y, al elevarse, superarse.

¡Y ved, amigos míos! En esta cueva de la tarántula se conservan las ruinas de un templo antiguo: ¡contempladlas con ojos iluminados!

En verdad, el que convirtió un día sus pensamientos en una torre de piedra conocía, como el más grande de los sabios, el misterio de la vida.

Este claro símbolo nos enseña que en la lucha y en la desigualdad está la belleza del poder.

¡Qué divinamente se rompen aquí las bóvedas y los arcos en su lucha: los divinos ambiciosos luchan entre sí como la luz y las sombras!

¡Luchemos también nosotros con la misma seguridad y belleza! Seamos divinamente ambiciosos luchando los unos contra los otros!

¡Ay de mí! ¡Me ha picado la tarántula, mi antigua enemiga! ¡Con su seguridad y su belleza divinas, me ha picado en el dedo!

Y es que, ha pensado: "Hay que castigar y hacer justicia; no ha de cantar aquí este hombre impunemente himnos en honor de la enemistad".

¡Sí se ha vengado! Y ¡ay de mí! Ahora va hacer bailar a mi alma con su venganza!

Atadme a la columna, amigos míos, para que no baile. ¡Prefiero ser un santo estilita que no un torbellino de la venganza!

En verdad Zaratustra no es una tromba ni un remolino, y cuando baila, no baila tarantelas!"

Así habló Zaratustra.

DE LOS SABIOS FAMOSOS

"¡Vosotros, los sabios más célebres, habéis servido al pueblo y a las supersticiones del pueblo, y no a la verdad! Por esto inspirabais respeto.

Y por eso se soportaba también vuestra incredulidad, porque era una ingeniosidad y un ardid para llegar al pueblo. Así deja el señor regodearse a los esclavos, divirtiéndose con su petulancia.

Pero el que odia el pueblo, es un lobo para los perros, es el espíritu libre, el enemigo de las cadenas, el que no reza, el que vive en los bosques.

"Sentimiento de justicia" llamó siempre el pueblo al acto de expulsarle de su escondite, y contra él azuza todavía sus más feroces sabuesos.

Pues allí donde está el pueblo está la verdad, ¡ay!, del que investiga. Esto es lo que se ha dicho siempre.

Como el pueblo os prestaba homenaje, quisisteis poneros de parte del pueblo; ¡y a esto lo llamáis "voluntad de verdad", insignes sabios!

Y vuestro corazón se decía siempre: "Del pueblo procedo, y el pueblo es la voz de Dios".

Y, al defender al pueblo, os mostrasteis tercos y astutos, como el asno.

Y más de un poderoso, que quería estar bien con el pueblo, enganchó delante de su trono un borriquillo: un sabio célebre.

Y ahora yo quisiera, célebres sabios, que os despojarais de la piel del león y la arrojarais muy lejos.

¡La piel multicolor de la fiera y la velluda del investigador, del explorador, del conquistador!

¡Ah! ¡Para que yo crea en vuestra "veracidad", debéis romper primero vuestra voluntad de veneración!

Yo llamo veraz al que se retira al desierto sin Dios y habiendo destrozado su corazón de venerador.

En las amarillentas arenas del desierto, quemado por el sol y abrasado por la sed, dirige implorantes miradas a los oasis, en donde brotan abundantes manantiales y en los que, a la sombra de frondosos árboles, descansan seres vivos.

Pero su sed no le hace parecerse a aquellos satisfechos seres, porque donde hay oasis hay también ídolos.

La voluntad del león quiere ser hambrienta, violenta, solitaria y sin Dios.

La voluntad del hombre veraz está emancipada de la felicidad del esclavo, está redimida de los dioses y de las veneraciones, es intrépida y terrible, grande y solitaria.

Los veraces vivieron siempre en el desierto; los espíritus libres, como amos del desierto: mientras que los sabios célebres viven en las ciudades, bien alimentados: son animales de tiro.

En verdad, siempre tiran como asnos del carro del pueblo.

Y no es que se lo reproche; pero para mí siguen siendo servidores y animales de tiro, aunque estén ricamente enjaezados.

Y muchas veces fueron buenos servidores dignos de premio. Porque la virtud habla así: "Si tienes que servir, busca un amo a quien tus servicios puedan ser más que útiles".

"El espíritu y la virtud de tu señor deben aumentarse estando tú a su servicio: así te engrandecerás también tú con el espíritu y la virtud de tu señor".

¡Y en verdad, sabios insignes al servicio del pueblo!

Vosotros mismos habéis crecido con el espíritu y la virtud del pueblo, y el pueblo, con vuestro espíritu y vuestra virtud. Dicho sea en honor vuestro.

Pero, a pesar de vuestras virtudes, seguís siendo pueblo, pueblo con mirada tímida, pueblo que no sabe lo que es el espíritu.

El espíritu es la vida que penetra en la vida: tormentos que sufrimos hacen que aumente nuestro propio saber; ¿lo sabéis ahora?

Y la dicha del espíritu es ésta: estar ungido por las lágrimas y consagrado como víctima propiciatoria; ¿lo sabéis ahora?

La ceguera del ciego y sus titubeos y tanteos son testimonios del poder del sol que él vió en otro tiempo; ¿lo sabéis ahora?

El que busca el conocimiento debe aprender a edificar con montañas: poca cosa es para el espíritu transportar montañas; ¿lo sabéis ahora?

Sólo conocéis los destellos del espíritu; pero no veis el yunque, que es el espíritu, ni la crueldad, que es el martillo.

¡Verdaderamente no conocéis el orgullo del espíritu! Pero menos podríais soportar la modestia del espíritu si quisiera hablar.

Y jamás habéis podido arrojar vuestro espíritu en un pozo de nieve: no tenéis suficiente calor para ello. Tampoco conocéis la voluptuosidad de su frío.

Pero me parece demasiado confiaros en el espíritu; y no es raro que convirtáis la sabiduría en asilo u hospital de malos poetas.

No sois águilas; por esto no habéis experimentado la felicidad en el terror del espíritu. El que no es pájaro no debe cernerse sobre los abismos.

Me parecéis tibios; y todo conocimiento profundo es frío. Las fuentes interiores del espíritu tienen la temperatura del hielo: son alivio para las manos ardientes de los que trabajan.

¡Honorables estáis ante mí, y tiesos como un huso, ilustres sabios! A vosotros no os empuja un fuerte viento y una voluntad.

Jamáis habéis visto en el mar una embarcación con la vela hinchada, redondeada y temblorosa por la fuerza del viento.

¡Semejante a la vela que tiembla por la violencia del espíritu, pasa mi sabiduría sobre el mar, mi salvaje sabiduría!

Pero ¿cómo podríais ir conmigo vosotros, servidores del pueblo, sabios insignes?"

Así habló Zaratustra.

LA CANCION DE LA NOCHE

"Es de noche: a esta hora cantan su canción todas las fuentes. También mi alma es una fuente que canta.

Es de noche: es la hora en que se elevan todas las canciones de amor.

Y mi alma es también una canción de amor.

Hay en mi alma algo insatisfecho, algo que no se satisfará nunca; y esto es lo que canta. Hay en mí un anhelo de amor, que habla el lenguaje del amor.

Yo soy luz: ¡ah, ojalá fuera noche! Pero ésta es la causa de mi soledad: que me rodea un cinturón de luz.

¡Ah si yo fuera noche y obscuridad! ¡Cómo me nutriría del pecho de la luz!

Y a vosotros mismos os bendeciría yo, pequeños luceros, gusanos de luz celestes: la luz que me dierais sería para mí la dicha.

Pero vivo en mi propia luz, y bebo las llamas que brotan de mí mismo.

No conozco la felicidad de los que aceptan; muchas veces pienso que robar debe ser una dicha mayor que aceptar.

Esta es mi pobreza: que mi mano nunca descansa de dar, ni mi envidia de ver ojos ávidos que esperan y noches iluminadas de deseo.

¡Desgraciados todos los que me dais! ¡Qué obscurecimiento de mi sol! ¡Qué deseos más codiciosos! ¡Qué hambre devoradora en la hartura!

Aceptan lo que les doy, pero ¿les llego al alma? Entre el dar y el aceptar hay un abismo; y el abismo más pequeño es el más difícil de salvar.

Un hambre crece de mi belleza; quisiera hacer daño a aquellos a quienes ilumino; quisiera robar a los que me regalan; tanta hambre tengo de maldad.

Retirar la mano cuando otra se me alarga, vacilar igual que la cascada antes de caer: ésa es la sed que tengo de maldad.

Esa es la venganza que medita mi abundancia; ésa es la maldad que incuba mi soledad.

Mi dicha de dar se agotó dando, mi virtud se cansó de sí misma por su exceso.

El que da siempre, está expuesto a perder el pudor: sus manos se llenan de callos a fuerza de repartir.

Ya no empañan mis ojos las lágrimas de vergüenza por los que piden; mi mano se ha endurecido y no siente ya el temblor de las manos que están llenas.

¿De dónde vendrán las lágrimas a mis ojos y el gozo a mi corazón? ¡Qué soledad la de los dadivosos! ¡Qué silencio el de los que brillan!

Muchos soles discurren en el espacio desierto: su luz habla a todo lo que es obscuro; mas, ante mí, callan.

Es la hostilidad de la luz contra lo que luce; sigue su camino despiadada.

Ingratos contra lo que brilla desde lo más hondo de su corazón, fríos contra los soles: así caminan todos los soles.

Semejantes al huracán, vuelan los soles por sus órbitas: ésta es su carrera. Obedecen a su inexorable voluntad, y ésta es su frialdad.

¡Vosotros solos, seres tenebrosos y nocturnos, sois los que os aprovecháis del calor de los que brillan! ¡Vosotros sois los que bebéis la leche de las ubres de la luz!

¡Ay, el hielo me rodea y mi mano se quema a su contacto! ¡Tengo sed, una sed que se mitigaría con vuestra sed!

Es de noche: ¡por qué he de ser luz, y ser de tinieblas y de soledad!

Es de noche: mis deseos brotan de mí como de una fuente: quieren que se oiga su voz.

Es de noche: cuando las fuentes entonan su canción.

Y mi alma es también una fuente saltadora.

Es de noche: cuando se oyen las canciones de los enamorados. ¡Y también mi alma es la canción de un amante!"

Así habló Zaratustra.

LA CANCION DEL BAILE

Una tarde Zaratustra caminaba con sus discípulos por el bosque, y como buscasen una fuente, llegaron a un verde prado, circundado por una arboleda y por tupidas malezas, en donde varias jóvenes bailaban unas con otras. Apenas vieron las muchachas a Zaratustra, interrumpieron su baile; pero Zaratustra se acercó a ellas y, con expresión amistosa, les dijo:

"¡Seguid bailando, lindas niñas! No es un ogro Zaratustra, ni un enemigo de la gente joven.

Soy el abogado de Dios ante el diablo, y el diablo es el espíritu de la pesadez. ¿Cómo habría yo de ser enemigo de las divinas danzas ni de vuestra gracia y ligereza? ¿Ni de los lindos piececitos de las niñas de finos tobillos?

En verdad yo soy un bosque de tenebrosos árboles y una noche obscura; pero el que no se asuste de mi soledad, bajo mis cipreses encontrará unas rosas trepadoras.

Y también el diosecillo favorito de las jóvenes; junto

a la fuente duerme muy tranquilo, con sus ojos cerrados.

¡Verdaderamente, en claro día se quedó dormido el haragán! Quizá estaba cansado de cazar mariposas.

¡No me regañéis, hermosas bailarinas, si fustigo un poco al dios; seguramente gritará y llorará, pero hasta para llorar hay que reírse!

Y, con las lágrimas en los ojos, os demandará que bailéis con él; yo mismo cantaré para que él pueda bailar.

Cantaré una canción para que bailéis y haré una burla del espíritu de pesadez, mi más excelso y poderoso diablo, que dicen que es el "dueño del mundo".

He aquí la canción que cantó Zaratustra para que bailaran Cupido y las jóvenes:

"Poco ha que miraba yo tus ojos, ¡oh vida! Y me pareció que me sumía en un abismo insondable.

"Ese es el lenguaje de los peces — me dijiste—: llaman insondable a lo que no pueden sondar".

Pero no soy más que variable, y salvaje, y en todo soy una mujer y no soy una virtuosa.

Si bien para vosotros, hombres, me llamo "la profunda", o "la fiel", o "la eterna", o "la misteriosa".

Porque vosotros, hombres, no hacéis la ofrenda de vuestras propias virtudes, ¡oh virtuosos!

Y así bromeaba, la increíble; pero yo nunca la creo ni a ella ni a su risa cuando habla de sí misma con picardía.

Y cuando yo hablaba, bajo la presión de cuatro ojos, con mi ciencia salvaje, me interrumpió colérica: "¡Tú quieres, tú deseas, tú amas, y sólo por esto haces el panegírico de la vida!"

Picado estuve de contestarla colérico y decirle la verdad; no se podía contestar de peor modo a la sabiduría que "diciéndole la verdad".

Así estamos los tres. Yo amo la vida en el fondo de mi corazón; y, en verdad, cuando más la amo es cuando la odio.

Y si siento amor, a veces demasiado amor, por la sabiduría, consiste en que me recuerda mucho a la vida.

Tiene sus ojos, su risa y hasta su anzuelo de oro; ¿qué culpa tengo yo de que se parezcan algo las dos?

Y cuando un día me pregunté yo: ¿qué es eso de la sabiduría?, respondí al punto: ¡Ah, sí, la sabiduría!

Tenemos sed de ella y no la saciamos; tratamos de verla a través de su velo y queremos cogerla a través de las mallas de su red.

¿Es bella? ¡Qué sé yo! Pero las carpas más viejas muerden todavía su cebo.

Es variable y terca: a menudo la vi morderse los labios y enredarse el cabello con su peine.

Quizá es malévola y falsa, una verdadera mujerzuela; pero cuando habla mal de sí misma, es cuando más interesante parece".

Cuando la vida oyó mis palabras, sonrió con picardía y cerró los ojos.

"¿De quién hablas?—dijo—. ¡Seguramente, de mí!

Quizá tengas razón; pero, ¿por qué me dices esas cosas en mi cara! Pero ahora habla también de tu sabiduría".

Y entonces volviste a abrir los ojos, querida mía. Y me pareció volverme a sumir en lo insondable".

Así cantó Zaratustra. Pero cuando terminó la danza y las muchachas desaparecieron, se sintió triste.

"Ya hace rato que el sol se ha ocultado — dijo por fin—; la pradera está húmeda y del bosque viene un vientecillo fresco.

Algo desconocido que me rodea me mira pensativo. ¡Cómo! ¿Todavía vives, Zaratustra?

¿Por qué? ¿Para qué? ¿De qué? ¿Adónde vas? ¿Adónde? ¿Cómo? ¿No es locura vivir aún?

¡Ah, amigos míos! Es la noche que se interroga en mí. ¡Perdonadme mi tristeza!

Ha venido la noche: ¡perdonadme que la noche haya venido!"

Así habló Zaratustra.

EL CANTO DE LOS SEPULCROS

"¡Allí está la isla de los sepulcros!, la isla solitaria; ahí están también las tumbas de mi juventud. Voy a depositar sobre ellas una inmarcesible corona de la vida".

Con esta resolución en mi pecho, atravesé el mar.

¡Oh imágenes y visiones de mi juventud! ¡Oh vosotras, miradas de amor! ¡Oh divinos momentos! ¿Cómo habéis muerto tan pronto? Hoy os miro como mis muertos.

De vosotros, mis queridos muertos, llega hasta mí un dulce aroma, que consuela mi corazón y enjuga mis lágrimas. En verdad conmueve y alivia el corazón de este solitario navegante.

Sigo siendo el más rico y el más digno de envidia, ¡yo, el más solitario! Porque habéis sido míos y todavía me tenéis; decidme: ¿a quién cayeron, como a mí, las pintadas rosas del árbol?

Soy todavía el heredero y el campo de vuestro amor, y en recuerdo vuestro florecerán en mí virtudes silvestres de varios colores, ¡oh amadísimos míos!

Hemos sido creados para estar muy cerca, muy juntos, ¡oh extraños y maravillosos prodigios!, y no acudísteis

a mí y a mi codicia como tímidos pajarillos, sino que confiabais en el que tenía confianza.

Sí, hechos para fidelidad, como yo, y para delicadas eternidades, ¡oh maravillosos y extraños prodigios!, tengo que daros ahora el nombre a que se ha hecho acreedora vuestra infidelidad, miradas y momentos divinos: todavía no he aprendido otros nombres.

Habéis muerto demasiado pronto para mí, ¡fugitivos! Y, sin embargo, no huísteis de mí, ni yo huí de vosotros; ninguno de nosotros somos culpables de nuestra infidelidad.

¡Oh pájaros canoros, esperanza mía, sufristeis estrangulación para matarme a mí! ¡Para herirme en el corazón, la maldad disparó siempre sus flechas sobre vosotros, mis predilectos!

Y la maldad dió en el blanco. Por haber sido lo que más quise, mi posesión, y el ser vuestro poseído, tuvisteis que morir prematuramente.

Dispararon la flecha en el punto más vulnerable que yo poseía, que erais vosotros, cuya piel es más suave que la del melocotón y que la sonrisa que muere de una mirada.

Quiero hablar a mis amigos en esta forma: "¿Qué significa un asesinato al lado de lo que conmigo habéis hecho?

Mayor que un asesinato es el daño que me causasteis: me tomasteis algo insustituíble; por eso os hablo ahora, enemigos míos.

Asesinasteis los sueños de mi juventud y mis más caros prodigios. Me arrebatasteis mis compañeros de niñez, los espíritus bienaventurados. Para venerar su memoria traigo esta corona y esta maldición.

¡Esta maldición contra vosotros, mis enemigos! Abreviasteis mi eternidad como una voz que se quiebra en la fría noche. ¡No percibí más que un destello de unos ojos divinos, que duró sólo un brevísimo instante!

En la hora oportuna me dijo un día mi pureza: "Para mí todos los seres son divinos".

Entonces caisteis sobre mí como fantasmas impuros; ¡ay, dónde huyó aquella buena hora!

"Todos los días serán para mí sagrados": así habló un día mi sabiduría juvenil; fué verdaderamente el discurso de una gaya sabiduría.

Pero entonces, vosotros, mis enemigos, me robasteis mis noches y las vendisteis en tormentosos insomnios: ¡ay! ¿dónde voló aquella mi gaya sabiduría?

En otro tiempo anhelaba yo augurios felices, pero vosotros pusisteis en mi camino un enorme y repugnante buho. ¿Dónde huyeron mis tiernos anhelos?

En otro tiempo renuncié a todo lo que pudiera inspirar asco, y vosotros convertisteis todo lo que me rodeaba a mí y a mi prójimo en llagas purulentas. ¡Ay! ¿dónde huyó el más noble de todos mis votos?

Como un ciego recorría yo caminos de bienaventuranza, y en el camino del ciego arrojasteis inmundicias: y hoy tengo asco del camino del ciego.

Y cuando yo hice lo más difícil y celebré mi superación, hicisteis que los que me amaban gritaran que entonces les hacía más daño.

Así procedíais siempre contra mí; acibarasteis mi mejor miel y el trabajo de mis mejores abejas.

Lanzasteis contra mí, para que invocasen mi caridad, a los mendigos más insolentes, e hicisteis que solicitasen mi compasión los más empedernidos cínicos. Y así socavasteis mis virtudes en su fe.

Y cuando ofrecí en holocausto lo que en mí había más sagrado, vuestra devoción me colmó de sus más pingües dones; y en el vaho de vuestra grasa ahogóse lo que mejor tenía yo.

Y en otro tiempo quise bailar como yo nunca había bailado: quise bailar sobre todos los cielos. Y entonces ganasteis la voluntad de mi más querido cantor.

Y entonces éste entonó una canción triste y desmayada, que en mis ojos resonó como el más fúnebre cuerno.

¡Cantor asesino, instrumento de perversidad, tú, el más inocente! Ya estaba yo dispuesto a empezar mi mejor paso de baile; entonces asesinaste mi éxtasis con tu canción.

Sólo durante la danza sé yo hablar simbólicamente de las cosas más elevadas, y ahora mi más alto símbolo ha quedado interrumpido y paralizado en mis miembros.

La suprema esperanza ha quedado inédita e irredenta. ¡Y han quedado muertas todas las visiones y consuelos de mi juventud!

¿Cómo pude soportarlo? ¿Cómo he podido sobrevivir a tales heridas? ¿Cómo ha resucitado mi alma de estos sepulcros?

Sí: en mí hay algo invulnerable, que no puede ser enterrado y que hace saltar las rocas: es mi voluntad, que, silenciosa e invariable, camina a través de los años.

Mi vieja voluntad quiere marchar a su paso valiéndose de mis pies: su sentimiento es duro e invulnerable.

Invulnerable soy no más que en el talón. ¡Todavía subsistes igual a ti mismo, tú, el más paciente de todos! Sigues abriéndote paso por entre las tumbas.

En ti vive aún lo irredento de mi juventud, y, cual la vida y la juventud, te has sentado a esperar sobre las amarillas ruinas de los sepulcros.

Sí, aún eres tú para mí la destructora de todos los sepulcros, ¡salve, voluntad mía! Y sólo donde hay sepulcros es donde hay resurrecciones".

Así habló Zaratustra.

DE LA SUPERACION DE SI MISMO

"Voluntad de verdad": ¿así llamáis vosotros, los más sabios, a lo que os empuja y os encela?

"Voluntad de pensar todos los seres": así llamo yo a vuestra voluntad.

Ante todo queréis hacer inteligible todo lo existente, porque dudáis, con justificada desconfianza, que sea pensable.

Pero todo lo que existe debe someterse a vosotros: así lo quiere vuestra voluntad. Todo tiene que allanarse y someterse al espíritu, como si fuera su espejo y su imagen reflejada.

¡Esa es vuestra voluntad, oh sabios! ¡Voluntad de poder, hasta cuando habláis del Bien y del Mal y de la evaluación de valores!

Queréis crear un mundo ante el cual podáis arrodillaros: ésta es vuestra última esperanza y vuestra embriaguez.

Los ignorantes — es decir, el pueblo — que son como un río en el que una pequeña embarcación navega rápidamente y en la cual se asientan solemnemente las tablas de valores.

Sobre el río del devenir habéis lanzado vuestra voluntad y vuestros valores: una antigua voluntad de dominio me revela lo que el pueblo piensa acerca del Bien y del Mal.

Vosotros, hombres sapientísimos, fuisteis los que pusisteis tales pasajeros en esta navecilla y les disteis pompa y orgullosos nombres; ¡sí, vosotros, y vuestra voluntad de dominio!

Y el río soporta ahora vuestra embarcación, tiene que soportarla. Poco importa que las olas hendidas por su quilla lancen espumas y se encolericen.

Vuestro peligro y el fin de vuestro poder no está en el río, sabios insignes, sino en aquella misma voluntad, la voluntad de poder, en la inagotable y fecunda voluntad de vivir.

Mas, para que comprendáis mi palabra del Bien y del Mal, os diré mi palabra de la vida y de la especie de todo lo que tiene vida.

Yo voy tras de lo que vive, y recorro los grandes y los pequeños caminos para conocer su forma.

Yo he recogido su mirada en un espejo de cien lunas,

cuando su boca se cerraba para que sus ojos me hablaran. Y sus ojos me hablaron.

Pero allí donde encontré seres vivos oí hablar de obediencia. Todo lo que tiene vida obedece.

Y ésta es mi segunda observación: que sólo se manda al que no sabe obedecerse a sí mismo. Esta es la naturaleza de los seres vivos.

Y la tercera es: más difícil es mandar que obedecer. Y no sólo esto, sino que el que manda tiene que soportar el peso de todos los que obedecen, y corre el peligro de ser aplastado.

En todo mandato he visto siempre un ensayo y un peligro; y siempre el que manda arriesga su misma vida.

Aunque se mande a sí mismo, pues tiene que expiar su mandato. Tiene que ser juez, vengador y víctima de su propia ley.

¿Cómo puede ser esto? — me preguntaba yo—. ¿Cómo se puede persuadir a un ser vivo a que obedezca y a que mande, y, aún mandando, a que practique la obediencia?

¡Escuchad ahora mis palabras, vosotros, sabios insignes! ¡Examinad seriamente si he penetrado hasta el corazón de la vida, hasta las mismas raíces de su corazón!

Donde vi un ser vivo allí encontré también la voluntad de poder, y, aún en la voluntad de los siervos, encontré la voluntad de ser señores.

Al más débil le dice su voluntad que tiene que servir al más fuerte, porque quiere mandar a otro más débil que él: no quiere verse privado de este goce.

Y así como el más pequeño se inclina ante el que es más grande que él para su goce y dominación, así se entrega el más grande al más pequeño y expone su vida por conservar el poder.

Esta es la inclinación del más fuerte: que haya temor y peligro, y un juego de dados alrededor de la muerte.

Y allí donde hay sacrificio, y servicio, y miradas de amor, allí hay también voluntad de dominio. El débil se introduce por caminos tortuosos en la fortaleza y llega hasta el corazón del poderoso y le roba el poder.

Y este secreto me lo reveló a mí la vida: "Mira — me dijo—, yo soy lo que siempre "debe superarse a sí mismo".

"En efecto, vosotros lo llamáis voluntad de crear o instinto de los fines, de lo más alto, de lo más lejano, de lo más vario; pero todo esto es una sola y misma cosa y un solo secreto.

Preferiría la muerte a tener que renunciar a esta sola cosa; y en verdad, donde hay decadencia y otoño, allí se da la vida por el poder.

¡Que tenga yo que ser lucha, y devenir, y fin, y con-

tradicción de los fines! ¡Ay!, el que comprenda mi voluntad comprenderá también que tiene que recorrer caminos tortuosos.

Cualquier cosa que yo cree, y por mucho que la ame, pronto tendré que ser enemigo de ella y de mi amor: así lo quiere mi voluntad.

Y tú mismo, que buscas el conocimiento, no eres más que una senda y las huellas de los pasos de mi voluntad; en verdad mi voluntad de dominio camina también sobre los pies de tu voluntad de verdad.

No encontró ciertamente la verdad el que lanzó contra ella la palabra de "voluntad de vivir"; porque esta voluntad no existe.

Pues lo que no es no puede querer, y lo que es, ¿cómo ha de apetecer lo que ya tiene?

Sólo donde hay vida hay voluntad; pero no voluntad de vivir, sino — y ésta es mi doctrina — voluntad de dominio.

El que vive estima, más que su propia vida, otras muchas cosas; mas en esta misma estimación está su voluntad de dominio.

Esto es lo que me enseñó la vida: y de este modo he podido descifrar, ¡oh sabios!, el enigma de vuestros corazones".

En verdad os digo: "No hay Bien ni Mal imperecederos. Tienen que superarse a sí mismos necesariamente.

Con vuestros valores y vuestras frases sobre el Bien y el Mal ejercéis la violencia, vosotros los evaluadores; y éste es vuestro amor oculto y el brillo, y la emoción, y el desbordamiento de vuestra alma.

Pero de vuestros valores emana una nueva fuerza y una nueva superación, que rompe los huevos y las cáscaras de huevo.

Y el que quiera ser un creador en el Bien y en el Mal tiene que ser primero, fatalmente, destructor y tiene que romper valores.

Así, para realizar el mayor bien hay que cometer la mayor maldad, y aquel mayor bien es el creador.

Hablemos de esto, ¡oh grandes sabios!, aunque sea malo. Peor es callar; todas las verdades que se callan se hacen venenosas. (1)

¡Y rompamos todo lo que podamos romper de nuestras verdades! Hace falta todavía edificar muchas cosas".

Así habló Zaratustra.

---

(1) Ibsen dijo: "Las verdades se corrompen."

DE LOS SUBLIMES

"El fondo del mar es tranquilo; ¿quién pensaría que oculta monstruos burlones? Mi profundidad es inconmovible; pero en ella flotan enigmas y carcajadas brillantes.

Hoy he visto un hombre sublime, un penitente del espíritu. ¡Oh, cómo se reía mi alma de su deformidad!

Con pecho levantado, y semejante a aquellos que aspiran fuertemente el aire, así estaba el sublime, y callaba.

Colgaban de él horribles verdades; su botín de caza y sus vestiduras estaban por todas partes hechas jirones; también tenía muchas espinas, pero no vi ninguna rosa.

Aún no sabía reír, ni conocía la belleza. Era un cazador que volvía sombrío del bosque del conocimiento.

Volvía de luchar con animales feroces; pero su seriedad refleja también el aspecto de una fiera no vencida.

Y ahí sigue como un tigre, dispuesto a saltar sobre su presa. Pero a mí no me gustan esas almas en tensión: esa reserva es opuesta a mis gustos.

¿Me decís, amigos míos, que sobre gustos no hay nada escrito? Pues toda vida es una contienda por cuestión de gustos.

El gusto es, a la vez, el peso, la balanza y el que pesa; y ¡ay de aquel que quiere vivir sin luchar por el peso, la balanza y el que pesa!

Cuando este sublime se canse de su sublimidad, empezará su belleza: sólo entonces querré probarle y hallarle gusto.

Y sólo cuando se aparte de sí mismo podrá saltar por encima de su sombra, hasta el sol.

Bastante tiempo vivió sentado en la sombra; pálidas están las mejillas del penitente del espíritu; esperando, casi se ha muerto de hambre.

Aún se puede ver el desprecio en sus ojos y el asco en sus labios. Ahora está descansando, pero su descanso aún no se ha tendido al sol.

Debería hacer lo que hace el toro: y su felicidad debería oler a tierra, y no al desprecio de la tierra.

Cual blanco toro, quisiera verle mugiendo y resoplando delante del arado, y sus mugidos deberían alabar todo lo terrestre.

Su faz es obscura; sobre ella se refleja la sombra de la mano. Todavía sus ojos expresan la sombra.

Su misma acción no pasa de ser una sombra; su mano obscurece al que obra. Todavía no ha superado su acción.

Admiro su nuca de toro; pero quisiera ver en sus ojos la mirada del ángel.

También debe olvidar su voluntad heroica; quiero que sea un hombre elevado y no sólo un hombre sublime: ¡el éter mismo debería elevar a ese hombre sin voluntad!

Ha vencido monstruos y acertado enigmas; pero también debería salvar a sus monstruos y adivinar sus enigmas, convirtiéndolos en criaturas celestiales.

Su conocimiento no sabe todavía sonreír ni tener celos, y el torrente de su pasión no se ha sosegado todavía en la belleza.

Ciertamente que no es en la hartura donde debe hallarse y sumirse su deseo, sino en la belleza. La gracia forma parte de la generosidad de los que piensan con alteza.

Puesto el brazo sobre la cabeza, así debería descansar el héroe, y así superaría su descanso.

Mas precisamente "lo bello" es lo más difícil para el héroe; todas las voluntades heroicas se estrellan contra lo bello.

Un poco más, un poco menos: esto es precisamente aquí mucho, esto es aquí lo más.

Estar con los músculos fatigados y con la voluntad desmantelada es para vosotros lo más sublime y lo más difícil.

Cuando el poder se muestra amable y desciende hasta lo visible, yo doy el nombre de belleza a este descanso.

Y a nadie le pido más belleza que a ti, el poderoso: que tu bondad sea tu última superación.

Te creo capaz de todo lo malo; por eso exijo de ti el bien.

En verdad me he reído mucho del débil, que se cree bueno porque tiene la garra paralizada.

Debes esforzarte por imitar la virtud de la columna, que cuanto más se eleva es más bella y delicada, y en su interior, más resistente y capaz.

Sí, hombre sublime, llegará un día en que seas bello y podrás ofrecer el espejo a tu propia belleza.

Entonces tu alma se estremecerá de anhelos divinos, y en tu vanidad habrá adoración.

Este es el secreto de las almas; sólo cuando se ven abandonadas por el héroe, se acerca a ellas, en sueños, el superhéroe".

Así habló Zaratustra.

DEL PAIS DE LA CIVILIZACION

"He volado muy lejos en el camino del porvenir, y un estremecimiento de espanto recorrió todo mi ser.

Y, cuando miré a mi alrededor, ¡ved!: mi único contemporáneo era el tiempo.

Entonces regresé volando a mi patria, y hoy me encuentro otra vez entre vosotros, los hombres del presente, en el país de la civilización.

Por primera vez os he mirado con buenos ojos y buenos deseos: en verdad que vuelvo con el corazón lleno de anhelos.

Pero ¿qué me sucedió? ¡A pesar de mi angustia, me eché a reír! ¡Nunca vi nada tan pintoresco!

Seguía riendo, aunque me temblaban las piernas y el corazón. "Esta es la patria de todos los tarros de colores", dije.

¡Con gran asombro por mi parte, os vi sentados, a vosotros, hombres actuales!: teníais pintado el rostro y el cuerpo con cincuenta chafarrinones.

Y estabais rodeados de cincuenta espejos, que linsojeaban y copiaban vuestros chillones colorines.

En verdad no habríais podido escoger una máscara mejor que la de vuestra faz, hombres del presente. ¿Quién hubiera podido "reconoceros"?

Pintarrajeados con los signos del pasado, y embadurnados luego estos signos con otros superpuestos, ¡ni los adivinos habrían podido conoceros!

Y aunque los arúspices examinen vuestras entrañas, ¿quién supondría que vosotros tenéis entrañas? Parecéis hechos de pintura cocida y de papeles encolados.

Todos los tiempos y los pueblos miran confundidos a través de vuestros celos; todas las costumbres y las creencias hablan confundidas en vuestros gestos.

Si alguno de vosotros se desnudase de sus velos y de sus gestos, conservaría únicamente lo indispensable para espantar a los pájaros.

Yo soy, ciertamente, el pájaro espantado que un día os vió desnudos y sin colorines, y levanté el vuelo cuando vi que vuestro esqueleto me hacía señas amorosas.

¡Preferí ser jornalero en el infierno y en las sombras del pasado! Los que viven en el infierno son más fuertes y enteros que vosotros.

Sí, lo que me revuelve el entresijo es que no puedo soportaros ni desnudos ni vestidos, ¡hombres del presente!

Todo lo siniestro del porvenir, todo lo que alguna vez ha podido asustar a los pájaros extraviados, es, por cierto más apacible y grato que vuestra "realidad".

Pues decís: "Nosotros somos reales, no tenemos fe ni superstición", y os ufanáis, aunque no tengáis pecho (1).

---

(1) Juego de palabras: "Brüster ihr, auch noch ohne Brüste."

Sí, ¿cómo podríais "creer" tan pintarrajeados? ¡Si no sois más que cuadros de todo lo que se ha visto hasta ahora!

Y refutaciones ambulantes de la fe misma y quebrantahuesos de todos los pensamientos. "Indignos de ser creídos" os llamo yo, hombres realistas.

En vuestro espíritu charlatanean todas las épocas; pero todos los sueños y charlatanerías de todas las épocas han sido más reales aún que vuestra razón despierta.

Sois estériles; por eso carecéis de fe. Pero el que hubo de crear algo poseyó siempre sus ensueños y sus signos de estrellas y tuvo fe en la fe.

Sois puertas entreabiertas, en las cuales esperan los sepultureros. Y vuestra realidad es ésta: "Todo es digno de desaparecer".

¡Ah, cuál aparecéis ante mí, hombres estériles! ¡Tan flacos, que se os pueden contar las costillas! ¡Y muchos de vosotros os dais cuenta de ello!

Y éste habló así: "Estoy en la creencia de que mientras dormía un dios me quitó algo. Y, en verdad, algo con lo que puede hacerse una hembra (weilbchen)".

"¡Es asombrosa la pobreza de mis costillas!": alguno de los hombres del presente ya lo dijo:

¡Risa me causáis, hombres actuales! ¡Sobre todo cuando os admiráis de vosotros mismos!

¡Ay de mí si yo pudiera reírme de vuestra admiración y tuviera que tragarme todo lo repulsivo de vuestras costillas!

¡Pero habré de tomaros a broma, pues hartas cosas graves tengo sobre mí! ¡Qué me importa que algunos escarabajos o insectos se posen sobre mi fardo!

No por eso será éste más pesado. Ya no es de vosotros, hombres actuales, de donde ha de venir mi fatiga.

¡Hasta dónde habré de subir todavía con mis anhelos! Desde todas las cimas miro para ver si descubro mi patria.

Pero no descubro ninguna patria; soy un extraño en todas las ciudades y uno a quien se despide en todas las puertas.

Los hombres actuales, hacia quienes me lanzaba mi corazón cuando yo era joven, son para mí hoy gente extraña, que me inspiran burlas. Y me encuentro desterrado de todas mis patrias.

Sólo amo al país "hijo mío", que está por descubrir todavía más allá de los mares. Hacia él gobierno mi barco.

En mis hijos haré yo bueno haber sido hijo de mis padres; y también este presente, en todo futuro".

Así habló Zaratustra.

DEL CONOCIMIENTO PURO

Ayer, cuando vi salir la luna, creí que iba a parir un sol: ¡tan ancha estaba en el horizonte!

Pero me quería engañar con su pretendido embarazo; y antes creeré yo en el hombre que en la mujer en la luna.

En verdad que es poco hombre ese tímido paseante nocherniego (1). En verdad que pasa por encima de los tejados con una conciencia intranquila.

Porque el monje que habita en la luna es codicioso y celoso, codicioso de la tierra y de todos los goces de los que aman.

¡No, no le quiero a ese gato sobre los tejados! ¡Me son tan repulsivos todos los que se deslizan por las ventanas entreabiertas!

Devoto y callado pasa sobre alfombras de estrellas. Pero tampoco me gustan los hombres que andan sin hacer ruido y en cuyas botas no resuenan espuelas.

Los pasos del leal hablan; pero el gato se desliza furtivamente, casi sin rozar el suelo. Mira: la luna avanza deslealmente, gatunamente.

¡Yo os dedico esta parábola a vosotros, hipócritas sentimentales que buscáis el conocimiento puro! ¡Yo os llamo lascivos!

También vosotros amáis la tierra y lo terrenal: ¡os conozco demasiado!; pero en vuestro amor hay vergüenza y mala conciencia: os parecéis a la luna.

Se os ha predicado el desprecio a lo terrenal; pero no a vuestros intestinos, que es lo más poderoso que tenéis.

Y ahora se avergüenza vuestro espíritu de estar a las órdenes de vuestros intestinos, y, huyendo de su propia vergüenza, camina por senderos apartados y engañadores.

Vuestro espíritu falaz se dice a sí mismo: "lo más grande para mí sería poder mirar la vida sin codicias y no como los perros, con la lengua colgando.

Para mí sería una dicha poder contemplar la vida sin concupiscencias, sin egoísmo, frío y gris todo el cuerpo, pero con ojos borrachos de luna.

Esto es lo que más me gustaría — así se engaña el engañado—: amar la tierra como se ama la luna y tocar su belleza tan sólo con los ojos.

Y esto es lo que yo llamo el puro conocimiento de las cosas, porque yo no quiero nada de las cosas, sino estar delante de ellas, como un espejo de cien ojos".

---

(1) Luna, en alemán, es masculino. (N. del T.)

¡Oh, hipócritas sentimentales, lascivos! ¡Os falta la inocencia en el deseo, y luego calumniáis el deseo!

Verdaderamente no amáis la tierra como creadores, como generadores, como los que gozan al crear.

¿Dónde está la inocencia? ¿Dónde hay voluntad de engendrar? Y el que quiera producir algo que trascienda de sí mismo, ése es el que tiene la voluntad más pura.

¿Dónde está la belleza? Donde yo tenga que querer con toda mi voluntad; donde yo quiera, hasta dar la vida, que una imagen no se quede en imagen.

Querer morir: esto se concierta desde hace una eternidad. Amor de amar quiere decir estar pronto a morir. Esto os digo yo, cobardes.

Pero vosotros queréis llamar "contemplación" a vuestro mirar bizco y afeminado. Y a lo que se deja mirar de los ojos cobardes lo llamáis "bello". ¡Cómo prostituís las palabras más nobles!

Pero ésa es vuestra maldición, ¡oh vosotros los inmaculados, los del "conocimiento puro", ¡que nunca engendraréis, aun cuando os echéis en el horizonte a vuestras anchas!

En verdad que os enjuagáis la boca con nobles palabras: ¿y hemos de creer nosotros que vuestro corazón se desborda? ¡Mendaces!

Pero mis palabras son humildes, despreciadas y curvas: yo me alimento de buena gana con las migajas de vuestros festines.

¡Y ellas me bastan para decir la verdad a los hipócritas! ¡Sí, mis espinas, mis conchas y mis cardos hacen cosquillas en las narices a los fariseos!

A vuestro lado y en vuestros banquetes, el aire se vicia: vuestros lascivos pensamientos, vuestras mentiras y vuestros secretos apestan el aire.

¡Empezad por creeros a vosotros mismos y a vuestros intestinos! El que no se cree a sí mismo miente siempre.

Pusisteis sobre vuestra faz la máscara de un Dios, vosotros los "puros": vuestro gusano miserable se ocultó bajo la máscara de un dios.

En verdad os engañáis los del "conocimiento puro". También Zaratustra fué en otro tiempo el bufón de vuestras pieles divinas; nunca sospechó que estaban forradas de serpientes.

En otro tiempo creí yo ver jugar en vuestro juegos, ¡oh vosotros, los del conocimiento puro!, el alma de un dios. No creí que hubiera arte superior al vuestro.

La distancia a que me encontraba de vosotros me impedía percibir el hedor a deyecciones de serpiente y ver al astuto y codicioso lagarto dar vueltas alrededor de vosotros.

Pero me "acerqué" a vosotros, y el día se hizo para mí;

y ahora se hace para vosotros: ¡el amor de la luna declina!

¡Mirad en aquella dirección! ¡Está asombrada y pálida ante la aurora!

Pues ya aparece la aurora, la ardiente aurora; ¡su amor a la tierra se acerca! El amor del sol es inocencia y anhelo creador.

¡Mirad allí! ¡Con cuánta impaciencia avanza sobre el mar! ¡No sentís la sed y el cálido aliento de su amor!

Quiere sorberse el mar y beberse sus profundidades, en las alturas donde está, y el deseo del mar se eleva hasta él con sus cien pechos.

El mar quiere ser besado y sorbido por la sed del sol: "quiere" convertirse en aire, y en altura, y en senda de luz, ¡en la misma luz!

En verdad yo amo la vida y todos los mares profundos, como los ama el sol.

Y esto es, para mí, el conocimiento: ¡toda profundidad debe ascender hasta mí, hasta mi altura!"

Así habló Zaratustra.

DE LOS SABIOS

"Estaba yo durmiendo cuando una oveja se acercó a mí y se comió la guirnalda de hiedra que ceñía mi cabeza, y, después de comérsela, dijo: "Zaratustra ya no es un sabio".

Y se alejó de mí, muy sobre sí misma y orgullosa. Me lo contó un niño.

A mí me gusta estar tumbado donde juegan los niños, junto a los muros derruídos, bajo los cardos y las rojizas amapolas.

Yo soy también sabio para los niños, y para los cardos y las encendidas amapolas. Son inocentes aún en su maldad.

Pero ya no lo soy para las ovejas: así lo quiere mi suerte, ¡bendita sea ella!

Pues ésta es la verdad: que yo he salido de la casa de los sabios dando un portazo.

Mucho tiempo se sentó mi alma hambrienta a su mesa; pero no como la suya, preparada para el conocimiento como para cascar nueces.

Yo quiero la libertad, y a mí me gusta el aire que orea la tierra fresca; prefiero dormir sobre la piel de los bueyes que sobre los honores y las dignidades de los sabios.

Soy demasiado ardiente, y estoy muy quemado por mis propios pensamientos; tanto, que a menudo me falta la respiración. Entonces tengo que vivir al aire libre y salir huyendo de los cuartos llenos de polvo.

Pero ellos están sentados fríamente en la fresca sombra: no quieren ser más que espectadores de todo, y se guardan mucho de sentarse donde el sol calienta los escalones.

Se parecen a los que están parados en la calle y contemplan boquiabiertos a los que pasan, así como los pensamientos de los que pasan.

Iguales a sacos de harina, llenan de polvo las manos de aquellos a quienes tocan, y esto sin quererlo ellos mismos; ¿quién pensaría que su polvo procede de los granos y de la alegría amarilla de los campos estivales?

Cuando quieren dárselas de sabios, sus pequeñas sentencias y sus verdades me dan escalofríos; su sabiduría tiene olor pantanoso, y, por cierto, que muchas veces me pareció oír en ella cantar a las ranas.

Son hábiles, y tienen mucho tacto en los dedos: ¿qué tiene que ver mi sencillez con su doblez? Sus dedos saben perfectamente lo que es hilar, anudar y tejer; y así tejen las medias del espíritu.

Son buenos relojes de péndola, pero no se olvide darles cuerda. Entonces marcan la hora exactamente y, al mismo tiempo, hacen un pequeño ruido.

Trabajan como los molinos y las apisonadoras: se les echa el grano y lo muelen perfectamente, convirtiéndolo en una harina muy blanca.

Se miran los dedos unos a otros, y no se fían de nadie. Inventan pequeños ardides y trampas para hacer caer en ellas a aquellos cuyos saber cojea. Acechan lo mismo que las arañas.

Les he visto preparar cautelosamente sus venenos, siempre con guantes de cristal para resguardar sus manos.

También saben jugar con dados falsos; y los vi jugar con tanto ardor, que hasta sudaban.

Somos extraños los unos a los otros, y sus virtudes me son más repulsivas que su falsía y sus dados preparados.

Y cuando yo vivía con ellos, vivía encima de ellos; por eso me miran con malos ojos.

No querían oír que hubiese nadie que estuviese por encima de ellos; por eso ponían tierra, y maderos, y basura entre su cabeza y mis pies.

Así sofocaban el ruido de mis pasos, y por eso de quien menos he sido escuchado ha sido de los más sabios.

Todas las miserias y defectos de los hombres los pusieron entre ellos y yo; a esto llaman, en su casa, el "piso falso".

Mas, a pesar de eso, yo camino, con mis pensamientos, "sobre" sus cabezas; y, aunque caminase sobre mis propias faltas, seguiría estando por encima de ellos y de sus cabezas.

Pues los hombres "no" son iguales: así lo dice la justicia; y ellos no pueden querer lo que yo quiero".

Así habló Zaratustra.

DE LOS POETAS

"Desde que conozco mejor el cuerpo — decía un día Zaratustra a uno de sus discípulos — el espíritu no es espíritu para mí sino hasta cierto punto, y todo lo "imperecedero no es más que un símbolo".

"Eso ya te lo oí decir en otra ocasión — respondió el discípulo—; y luego añadiste: "Pero los poetas mienten mucho". ¿Por qué dijiste que los poetas mienten mucho?

"¿Por qué?" — dijo Zaratustra—. ¿Preguntas por qué? Yo no pertenezco al número de aquellos a quienes se les puede preguntar el por qué.

¿Acaso mi experiencia data de ayer? Hace mucho tiempo que he vivido la razón de mis opiniones.

Si tuviese que llevar conmigo todas mis razones, necesitaría una memoria del tamaño de un tonel.

Ya es mucho para conservar mis opiniones, y muchas veces se me escapan los pájaros.

Y algunas veces en mi palomar encuentro alguna paloma forastera, que se estremece cuando le pongo la mano encima.

Pero ¿qué te dijo Zaratustra aquel día? ¿Que los poetas mienten mucho? Pues también Zaratustra es un poeta.

¿Crees que entonces te dijera la verdad? ¿Por qué?"

Y el discípulo respondió: "Creo en Zaratustra". Y Zaratustra sacudió la cabeza y se sonrió.

"La fe no me salva — exclamó— y menos aún la fe en mí mismo.

Pero si alguien dijo en serio que los poetas mienten mucho, tiene razón: mentimos mucho.

Además, sabemos muy poco y somos malos estudiantes: por eso tenemos que mentir.

¿Quién de nosotros, los poetas, no habrá mixtificado su vino? Bastantes brebajes venenosos se fabricaron en nuestras bodegas. En ellas se hicieron muchas cosas indescriptibles.

Y como sabemos poco, amamos con todo nuestro corazón a los pobres de espíritu, sobre todo si son mujeres jóvenes.

Y también nos interesan mucho los cuentos que las viejas cuentan en sus reuniones nocturnas. Esto lo llamamos nosotros, en nosotros mismos, lo eterno femenino.

Y como si hubiera un camino escondido para llegar al

saber, que quedara cegado y obstruído para los que aprenden algo, creemos en el pueblo y en su sabiduría.

Pero también creen los poetas que el que yace sobre la hierba o en una solitaria pendiente, aguzando el oído, puede llegar a saber algo de lo que ocurre entre cielo y tierra.

Y cuando experimentan emociones tiernas creen que la naturaleza misma está enamorada de ellos.

Y que hasta sus oídos llega para susurrarles dulces secretos y palabras de amor, y presumen y se jactan de ello ante los demás mortales.

¡Ay! ¡Tantas cosas existen entre el cielo y la tierra que no son más que sueños de poetas!

Y sobre todo el cielo, porque los dioses no son más que símbolos e imaginaciones de poetas.

Siempre nos atren, es verdad, las regiones de las nubes; colocamos sobre ellas esos globos pintarrajeados a los que damos el nombre de dioses y superhombres.

Porque, para este género de asientos, pesan muy poco todos estos dioses y superhombres.

¡Ah, cuán cansado estoy de todo lo insignificante que se empeña en pasar a la categoría de acontecimiento! ¡Cuán cansado estoy de los poetas!"

Cuando Zaratustra hubo cesado de hablar, su discípulo se sentía enojado contra él, pero nada dijo.

Y tampoco habló nada Zaratustra, cuyos ojos miraban hacia su interior, como si miraran a lejanas regiones. Por fin, suspiró y respiró profundamente.

"Yo soy de hoy y de ayer — dijo—; pero en mí hay algo de mañana, de pasado mañana y de lo por venir.

Canséme de los poetas, de los antiguos como de los modernos; todos son superficiales, mares de poca profundidad.

No pensaron bastante en la profundidad; por eso su sentimiento no llegó hasta lo profundo.

Lo más que encontré en sus reflexiones fué un tanto de voluptuosidad y un poco de aburrimiento.

Los sonidos de las cuerdas de sus arpas me parecen agitación de fantasmas. ¡Qué saben aún del ardor de los sonidos!

Además, no me parecen muy limpios que digamos; enturbian las aguas para que parezcan profundas.

Les gusta mucho pasar por conciliadores, mas para mí no son más que gentes de términos medios y de medidas medias, perturbadores y sucios.

Muchas veces eché yo mis redes en sus mares queriendo pescar buenos peces; mas siempre recogí la cabeza de un dios antiguo.

Así fué como dió el mar al hambriento una piedra. Y ellos mismos acaso provengan del mar.

Es verdad que en ellos se encuentran perlas algunas veces, por lo que se parecen a los más duros crustáceos. En ellos encontré a menudo, en lugar de alma, una especie de viscosidad salada.

Del mar tomaron la vanidad. ¿Acaso no es el mar el más vanidoso de todos los pavos reales?

Aun delante del más horrible de los búfalos, abre el abanico de su cola, sin cansarse nunca de mostrar sus encajes de plata y seda.

El búfalo contempla el mar, cejijunto; su alma está muy cerca de la arena, y más de la espesura de los matorrales, y aún más de la ciénaga.

¿Qué le importa a él la belleza, el mar y las galas del pavo real? Este símbolo se lo ofrezco yo a los poetas.

En verdad, su espíritu es el pavo real de los pavos reales, y además, un mar de vanidad.

El espíritu del poeta pide espectadores, aunque sean búfalos.

Pero yo ya me he cansado de este espíritu, y creo que él también se cansará de sí mismo.

Yo vi a los poetas transformados y mirándose a sí mismos de hito en hito.

Yo vi llegar penitentes del espíritu, nacidos entre los poetas".

Así habló Zaratustra.

DE LOS GRANDES ACONTECIMIENTOS

No lejos de las Islas Afortunadas de Zaratustra hay otra isla, en la que existe un volcán que eternamente humea; las gentes, y principalmente las viejas, dicen que es un bloque de piedra colocado sobre la puerta del infierno y que por aquel volcán tiene su entrada la estrecha senda que conduce al infierno.

Cuando Zaratustra vivió en las Islas Afortunadas, una embarcación ancló delante de la isla en que se eleva el humeante volcán; su tripulación echó pie a tierra y se dedicó a cazar conejos. Alrededor del mediodía, cuando el capitán y su gente se hallaban reunidos de nuevo, vieron de pronto, por los aires, a uno que hacia ellos avanzaba, y simultáneamente se oyó una voz que decía claramente: "¡Ya es la hora! ¡Ya no se puede esperar más!" Cuando la figura del hombre aéreo estuvo cerca de ellos, voló rápidamente, como una sombra, hacia el volcán. Entonces reconocieron a Zaratustra, pues todos, menos el capitán, le conocían y le amaban

como ama el pueblo, con una mezcla de cariño y de miedo.

"¡Mirad! — exclamó el viejo timonel—. ¡Zaratustra se dirige a los infiernos!"

Cuando los marinos arribaron a la isla del volcán, corrió por ella el rumor de que Zaratustra había desaparecido; y cuando les preguntaban a sus amigos que dónde estaba Zaratustra, contestaban que una noche se había hecho a la mar sin querer decir qué rumbo llevaba.

Esto produjo cierta intranquilidad, que fué aumentada, tres días más tarde, por la historia de los marineros, pues todo el mundo decía que el diablo se había llevado a Zaratustra. Reían mucho sus discípulos de estos rumores, y hubo uno de ellos que llegó a decir que más probable era que Zaratustra se hubiera llevado al diablo. Pero, en el fondo, todos estaban preocupados e inquietos; así que cuando el quinto día se presentó Zaratustra ante ellos, no pudieron contener su alegría.

Y esto es lo que habló Zaratustra con el perro de fuego:

"La tierra — dijo — tiene una piel, y esta piel padece enfermedades. Una de estas enfermedades, por ejemplo, se llama "hombre".

Otra de estas enfermedades se llama "perro de fuego", sobre el cual los hombres han dicho y han dejado decir tantas mentiras.

Para descifrar este secreto, he atravesado el mar, y he visto la verdad desnuda, completamente desnuda, desnuda desde los pies hasta el cuello.

Ya sé lo que quería saber respecto del perro de fuego, y sé también todo lo que se refiere a todos los demonios bullangueros e inmundos: que no sólo a las viejas infunden terror.

"¡Ven a mí, perro de fuego, desde tu antro — exclamé — y confiesa cuánta es tu profundidad! ¿De dónde sacas todo eso que nos escupes?

Bebes abundantemente en el mal: tu salada elocuencia lo revela. Mas, para ser un perro de las profundidades, buscas muchos de tus alimentos en la superficie.

Para mí lo más que eres es un ventrílocuo de la tierra: y siempre que oí hablar a los demonios bullangueros y asquerosos, vi que se te parecían en lo salados, embusteros y vulgares.

Sabéis rugir y obscurecer el día con las cenizas; sois grandes farsantes, y habéis aprendido hasta la saciedad el arte de cocer el cieno.

Donde os encontréis habrá también, muy cerca de vosotros, gran cantidad de cieno y otras muchas substancias esponjosas, apretadas y estrechas que quieren libertad.

¡Libertad!: éste es vuestro rugido predilecto; pero ya

no tengo fe en los grandes acontecimientos, porque siempre veo en torno de ellos aullidos, y rugidos, y humaredas.

¡Créeme, demonio de los ruidos infernales! Los mayores acontecimientos no son nuestras horas más estruendosas, sino nuestras más silenciosas horas.

El mundo no gira alrededor de los inventores de nuevos ruidos, sino en torno a los inventores de valores nuevos, y gira "en silencio".

¡Confiésalo! Cuando tus ruidos y tus humaredas cesaron, ¡qué poco resultado hallaste en todo ello! ¡Qué más da que una ciudad se convierta en momia y que una columna caiga sepultada en el fango!

Estas palabras las dedico a los destructores de estatuas. No hay, ciertamente, mayor locura que echar sal al mar y hacer que las estatuas yazcan en el barro.

En el barro de vuestro desprecio yacía la estatua; pero su esencia quiere que del desprecio renazca a una nueva vida, a una belleza vivificadora.

Y vedla surgir de nuevo, con rasgos más divinos y una encantadora belleza engendrada por el sufrimiento, y todavía os da las gracias por haberla derribado, ¡oh destructores!

Por eso yo aconsejo a todos los monarcas y a todas las iglesias, a todo lo carcomido por los años y por la virtud: "¡Dejaos derribar, porque así volveréis a la vida y a la virtud!"

Así hablé ante el perro de fuego, que me interrumpió gruñendo y preguntándome: "¿Iglesia has dicho? ¿Qué es eso?"

"La Iglesia — le respondí — es una especie de Estado, y precisamente la más falsa especie de Estado. Pero calla, hipócrita perro de fuego, ¿por qué preguntas lo que sabes mejor que nadie?.

Como tú es el Estado, hipócrita animal: también habla como tú, con humo y rugidos, haciendo creer, como tú, que su palabra procede del vientre de las cosas.

Porque pretende que se le tenga por el animal más importante de la tierra, y todo el mundo cree que efectivamente lo es".

Al oír estas palabras mías, el perro de fuego se enfureció, y parecía estar loco. "¿Cómo? — exclamó— ¿el animal más importante de la tierra? ¿Y todo el mundo lo cree?" Y de sus fauces salió tanto humo mezclado con sonidos horribles, que creí que se iba a ahogar de rabia.

Por fin se fué tranquilizando, y su hipo fué disminuyendo; al verle tranquilo, díjele sonriendo:

"Te enfureces, perro de fuego; por consiguiente, tengo razón.

Y para tener aún más razón, escucha lo que voy a decirte de otro perro de fuego como tú, que habla verdaderamente desde el corazón de la tierra.

Su hálito es de oro y es una lluvia de oro, porque así lo quiere su corazón. ¿Qué es para él el humo y las cenizas ni la lava?

A su alrededor sólo se oyen risas sonoras, que parecen nubes irisadas, y es enemigo de tus gárgaras, de tus salivazos y del ruido de tus deteriorados intestinos.

Pero él extrae el oro y la risa del corazón de la tierra, porque has de saber que "el corazón de la tierra es de oro".

Cuando el monstruo oyó estas palabras, no quiso escucharme más. Escondió, avergonzado, el rabo entre las piernas, ladró un poco desconcertado y fué a esconderse en su caverna".

Así habló Zaratustra; pero sus discípulos apenas le oían, porque ardían en deseos de oírle referir lo ocurrido entre los marineros, los conejos y el hombre que voló.

"¡Qué debo pensar yo de esto! — dijo Zaratustra—. ¿Soy yo un fantasma?

Pero habrá sido mi sombra. Algo habéis oído ya del viajero y su sombra.

Lo cierto es que voy a tener que atarla más corto; de lo contrario acabará por adquirir mala fama".

Y Zaratustra movió otra vez la cabeza con expresión de descontento. "¿Qué he de pensar de esto?", repitió.

"¿Por qué diría el fantasma: ¡Ya es hora! No se puede ya esperar más?"

Así habló Zaratustra.

EL ADIVINO

" ... Y vi que una inmensa tristeza descendía sobre los hombres. Los mejores estaban cansados de sus obras.

Surgió una doctrina, acompañada de una creencia que empezó a circular por todas partes: "¡Todo está vacío! ¡Todo es igual! ¡Todo pasó!"

Es verdad que hemos recogido nuestra cosecha, pero ¿no se pudrieron y enmohecieron nuestros frutos? ¿Qué maleficio ejercería la luna la noche pasada?

Vano fué todo nuestro esfuerzo: el vino se convirtió en veneno y un mal de ojo marchitó nuestros campos y nuestros corazones.

Secos hemos quedado todos; si cayera fuego sobre nosotros, nos convertiríamos en ceniza; ¡pero hasta al fuego le hemos cansado!

Todas las fuentes se han secado para nosotros; hasta el mar se ha retirado. La tierra que pisamos se abre, pero los abismos no quieren tragarnos.

"¿Dónde encontrar un océano en que ahogarnos?": éste es nuestro lamento, que pasa por encima de los pantanos.

En verdad estamos harto cansados para morirnos: seguiremos viviendo despiertos en cámaras mortuorias".

* * *

Zaratustra escuchó estas palabras a un adivino, y su predicción, al llegar a su corazón, le trastornó... Vagaba de un lado a otro, triste y cansado, como aquellos de quienes hablara el adivino.

"En verdad — les dijo a sus discípulos — poco falta para que termine este largo crepúsculo. ¡Ay! ¿cómo salvaría yo mi luz, llevándola a otro lado para que no se ahogara en esta tristeza? Mi luz habrá de alumbrar tiempos lejanos, disipando las tinieblas de las noches más lejanas".

Con el corazón contristado por estos pensamientos, Zaratustra vagaba de un lado a otro, sin probar alimento ni bebida durante tres días, sin tranquilidad ni reposo y sin hablar palabra. Al fin se quedó profundamente dormido, y sus discípulos guardaban su sueño, esperando con inquietud a que despertase para ver si le volvía el habla y sacudía su pesadumbre.

Y entonces Zaratustra, con voz que parecía venir de otro mundo, pronunció este largo discurso:

"Escuchad el sueño que he tenido, amigos míos, y ayudadme a descifrar su sentido oculto:

Todavía es para mí un enigma este sueño: su sentido está oculto dentro de él y todavía no ha desplegado sus alas.

Soñé que había renunciado a todo género de vida y que me había convertido en vigilante nocturno y guarda de las tumbas allá, en la solitaria colina en donde se alza el castillo de la muerte.

Allí cuidaba yo de los féretros: las sombrías bóvedas estaban cubiertas de estos trofeos de la victoria. Las vidas de los vencidos me miraban a través de féretros de cristal.

Se respiraba allí el olor de eternidades convertidas en polvo, que pasaban sobre mi alma, cubierta también de polvo. ¿Y quién hubiera podido librar allí su alma de semejante peso?

Estaba yo rodeado de la luz de la medianoche, y, sentada en cuclillas, se hallaba a mi lado la soledad; y mi tercer acompañante, el peor de mis amigos, era un silencio de muerte, entrecortado por estertores de agonía.

Conmigo llevaba yo las llaves, las más oxidadas de to-

das las llaves, y con ellas sabía abrir las puertas más chirriantes de todas.

Por las interminables galerías se propagó el ruido chirriante y malo de las puertas que giraban sobre sus goznes; aquel pájaro lanzaba desapacibles graznidos, porque no quería que interrumpieran su sueño.

Pero cuando cesaba en sus lúgubres sonidos, y volvía a reinar el fúnebre silencio, y yo me sentía allí solo, se aumentaba el terror y mi corazón se oprimía.

Y así fué transcurriendo lentamente el tiempo, si es que todavía existía el tiempo, porque yo lo ignoraba. Pero, por último, sobrevino un hecho que me despertó.

Semejantes a otros tantos truenos, resonaron tres veces fuertes golpes en la puerta. El eco de las bóvedas los devolvió, convirtiéndolos en aullidos; entonces me dirigí a la puerta.

"¡Alpa!" — grité—, ¿quién trae sus cenizas a la montaña?"

E introduciendo la llave en la cerradura, traté de abrir la puerta con todas mis fuerzas, pero la puerta no cedió ni un dedo.

De repente sus hojas se separaron con violencia, impelidas por el huracán, que, con silbidos siniestros y gritos penetrantes que cortaban el aire, me arrojó un ataúd negro.

Y silbando y aullando estalló el atáud, lanzándome mil carcajadas al rostro.

Y miles de niños, de ángeles, de lechuzas, de locos y de mariposas tan grandes como niños se reían de mí, silbándome y haciéndome muecas de burla.

Retrocedí espantado y caí al suelo. Entonces lancé unos gritos de pavor como jamás los había lanzado yo.

Pero el mismo grito que lancé me despertó y me hizo recobrar el sentido".

Así relató Zaratustra su sueño, y guardó silencio después, pues no sabía aún cuál era el sentido de su sueño. Pero su más amado discípulo se levantó repentinamente, y, cogiéndole la mano, le dijo:

"Tu vida misma es lo que representa tu sueño, Zaratustra.

¿Acaso no eres tú mismo ese huracán de agudos silbidos que abre violentamente las puertas de los palacios de la muerte?

¿Acaso no eres tú mismo el atáud lleno de multicoloras maldades y de angelicales muecas de la vida?

En verdad, Zaratustra baja a todas las criptas funerarias semejante a las mil carcajadas de los niños, riéndose de todos los vigilantes y guardas de las tumbas y de todos los

que hacen ruidos siniestros al revolver las llaves en las cerraduras oxidadas.

Tu risa les espanta y les derriba en el sueño; su desmayo y su despertar les hará que reconozcan el dominio que ejerces sobre ellos.

Y aun cuando llegue el largo crepúsculo y la mortal fatiga, no desaparecerás de nuestro firmamento, tú, el defensor de la vida.

Merced a ti veremos nuevos astros y nuevas maravillas de la noche; en verdad, sobre nosotros tendiste, con tus risas, un toldo de muchos colores.

De ahora en adelante, de los ataúdes saldrán risas de júbilo, risas infantiles, y un fuerte viento soplará huracanado y victorioso, barriendo las fatigas mortales; tú mismo eres prenda de ello, testigo y adivino.

En verdad, "soñaste con tus enemigos mismos"; por eso fué tu sueño una pesadilla.

Pero cuando despertaste y recobraste la conciencia, deberían ellos haberse despertado y venido a ti".

Así habló el discípulo, y todos rodearon a Zaratustra; le cogían de las manos y querían persuadirle a que se levantara del lecho y desechara su pesadumbre, volviendo a hablar con ellos. Pero Zaratustra, sentado en el lecho, les miró de un modo extraño; semejante al que volviera de un largo viaje, les fué mirando a todos, uno por uno, y examinando fijamente sus rostros, sin dar muestras de reconocerlos. Entonces ellos le sacaron del lecho y le hicieron ponerse de pie, e instantáneamente se transformó la expresión de sus ojos; comprendió todo lo que había pasado, restregóse la barba y dijo con voz fuerte: "¡Vamos! ¡Ha llegado el momento! Haced que nos sirvan pronto una buena cena. ¡Así expiaré mis pesadillas!

Que el que interpretó mi sueño coma y beba a mi lado, y, en verdad, ya le mostraré yo un mar en el que podrá ahogarse".

Así habló Zaratustra, que luego miró largo rato al discípulo que había interpretado su sueño, moviendo pensativo la cabeza.

DE LA REDENCION

Un día, al pasar Zaratustra por el puente grande, lo rodearon los mendigos y los lisiados, y un jorobado le habló así:

"¡Mira, Zaratustra! También el pueblo pone en práctica tus doctrinas y comienza a creer en ti; mas, para que su confianza sea completa, todavía es preciso otra cosa: que

nos convenzas a los lisiados de que aquí se te presenta una buena elección, y la ocasión la pintan calva. Ahora puedes curar a los ciegos, hacer que anden los paralíticos y aliviar un poco de su peso al que lleva encima una joroba; yo creo que éste sería el medio de que los tullidos creyeran de verdad en Zaratustra".

Pero Zaratustra respondió al que así hablaba lo siguiente:

"El que quitara su joroba al jorobado le quitaría con ella su espíritu: así cree el pueblo. Y si se le devolviese la vista al ciego, vería muchas de las cosas malas que se ven en el mundo, y acabaría por maldecir al que le curó de su ceguera. El que hace andar al paralítico le causa el mayor de los daños, porque en cuanto echa a correr, corren con él sus vicios, y se hacen sus amos: esto es lo que el pueblo enseña acerca de los estropeados. Y ¿por qué no ha de aprender Zaratustra del pueblo lo mismo que el pueblo aprende de Zaratustra?

Desde que vivo entre los hombres, lo menos que he oído decir es esto: "A éste le falta un ojo, al otro una oreja, al de más allá una pierna, y hay otros que no tienen lengua, nariz y ni aún cabeza".

Y he visto y sigo viendo cosas peores, tan repugnantes algunas, que no quisiera hablar de ellas en especial, aunque tampoco quiero callarlas todas; porque hay hombres a quienes falta todo, excepto algo que les sobra, porque lo poseen en demasía: hombres que no son más que ojos enormes o bocas enormes, o formidables panzas, o que poseen algo desarrollado monstruosamente, y a quienes yo llamo lisiados al revés.

Y cuando yo volví de mi soledad y pasé por primera vez este puente, no me atrevía a dar crédito a mis ojos, y llegué a decirme: "Esto es una oreja, ¡una oreja tan grande como un hombre!" Y, mirando con más atención, vi que debajo de la oreja se movía algo tan pequeño y endeble, que inspiraba profunda lástima. En verdad, aquella oreja se alzaba sobre una varilla extraordinariamente delgada, ¡y dicha varilla era un hombre! Y mirando con una lente de aumento, incluso se hubiera podido distinguir una carita en la que se retrataba la envidia y un alma pequeñita, pero hinchada, meciéndose en la punta de la varilla. Pero el pueblo me dijo que aquella oreja tan grande pertenecía a un hombre muy grande, a un genio. Pero yo nunca creí al pueblo cuando habla de grandes hombres, y seguí creyendo que se trataba de un estropeado al revés, que le faltaba mucho de todo y, en cambio, le sobraba mucho de una cosa".

Así que Zaratustra hubo hablado de esta guisa al jorobado y a aquellos a quienes representaba como abogado,

volvióse con profundo enojo a sus discípulos y les habló de la siguiente manera:

"En verdad, amigos míos, ando entre los hombres como entre pedazos de hombres y miembros humanos.

Lo más espantoso para mí es ver hombres despedazados y desperdigados sus pedazos como sobre un campo de batalla.

Y cuando me refugio en el pasado, siempre veo lo mismo: fragmentos de cuerpos, miembros y crueles accidentes, pero ningún hombre.

Las cosas más insoportables para mí, amigos míos, son el presente y el pasado del mundo; y si yo no fuese un vidente de todo lo que ha de pasar, no podría vivir.

Un vidente, un volente, un creador, un futuro mismamente, y, al propio tiempo, un puente que conduce a lo por venir, y, por desgracia, también un tullido en este mismo puente: todo eso es Zaratustra.

Y vosotros también os preguntaréis a menudo: "¿Quién es Zaratustra a vuestros ojos? ¿Qué nombre le daremos?" Y os contentaréis con preguntar, como yo:

¿Es uno que promete o uno que cumple? ¿Es un otoño o una reja de arado? ¿Es un médico o un convaleciente?

¿Es un poeta o un hombre sincero? ¿Un libertador o un domador? ¿Un hombre bueno o un malvado?

Yo camino entre los hombres como si fueran pedazos del porvenir que veo.

Y todo cuanto pienso y hago no tiene otro fin que reunir esos fragmentos, descifrar los enigmas y los accidentes crueles.

¿Cómo podría soportar mi misma humanidad si el hombre no fuera al mismo tiempo poeta, adivinador de acertijos y redentor del azar?

Redimir a los que fueron y transformar todo "lo que fué" en "lo que yo hubiera querido que fuera", a eso es a lo que yo únicamente llamaría redención.

Voluntad: así llamo yo al libertador y al que trae la paz; ya os lo he dicho, amigos míos. Pero sabed, además, que la libertad es todavía prisionera.

El querer emancipa; pero ¿cómo se llamará lo que aprisiona al libertador?

"Fué": éste es el nombre del rechinar de dientes y de la aflicción más solitaria de la voluntad. La voluntad, impotente ante todo lo que ha sido hecho, es un maligno espectador del pasado.

La voluntad no puede querer retrospectivamente: su más solitaria pena es no poder romper el tiempo y su codicia.

El querer emancipa; ¿qué hará la voluntad por librarse de su tristeza y burlarse de su cárcel?

¡Ah, todo prisionero se vuelve loco! La voluntad prisionera sólo se liberta por su locura.

Su despecho nace de que el tiempo no sea revertible; "lo que fué": así se llama la piedra que no puede remover.

Y por eso remueve las piedras con rabia y despecho, queriendo vengarse de quien no siente como ella.

Así la voluntad, la libertadora, se convirtió en malvada que, por no poder desandar su camino, quiso vengarse de todo lo que puede sufrir.

Esto, y nada más que esto, es la venganza en sí misma: la repulsión de la voluntad hacia el tiempo y su "fué".

En verdad, en nuestra voluntad se oculta una gran locura, y la maldición de todo lo humano es que esta locura haya sabido tener espíritu.

"El espíritu de venganza": éste fué, hasta ahora, amigos míos, el mejor pensamiento de los hombres; y donde hubo dolor allí hubo siempre castigo.

Y como todo el que quiere sufre por no poder volver atrás, la voluntad misma y la vida toda deberían ser castigo.

"Castigo": éste es el nombre que se da a sí misma la venganza: con una palabra engañosa aparenta tener una buena conciencia.

Y así se han acumulado nubes y más nubes sobre el espíritu, hasta que finalmente la locura predicó: "¡Todo es fugaz, y, por lo mismo, es digno de desaparecer!"

"Moralmente, las cosas están distribuídas según el derecho y el castigo". ¿Dónde está la redención del curso de las cosas y del castigo existencia? Así predicaba la locura.

"¿Podrá haber salvación habiendo un derecho eterno? ¡Ay, la piedra "fué" no se puede mover; por esto todas las penas tienen que ser eternas!" Así predicaba la locura.

"Ningún hecho puede ser aniquilado: ¿cómo podría ser destruído por el castigo?" Esta es la eternidad del castigo "existencia": que la existencia tenga que volver a ser eternamente acción y pena.

"A no ser que la voluntad se redima por sí misma finalmente y el querer se convierta en no querer"... Mas vosotros, hermanos míos, ya conocíais esta fábula de la locura; de ella os aparté al enseñaros que "la voluntad es creadora".

Todo "fué" no es más que un fragmento, un enigma, un cruel azar, hasta que la voluntad creadora no diga: "Pero así lo quise yo".

¿Pero es que ya lo ha dicho? ¿Cuándo? ¿Se ha desenganchado ya la voluntad del carro de su locura?

¿Será la voluntad su propia redentora, su iris de ale-

gría? ¿Habrá olvidado el espíritu de venganza y todo rechinar de dientes?

¿Y quién le enseñó su reconciliación con el tiempo y lo que es más que toda reconciliación?

La voluntad, cuando es voluntad de dominio, ha de anhelar algo más que la reconciliación; y ¿cómo lo logrará? ¿Quién la enseñará a querer hacia atrás?"

Al llegar Zaratustra a este pasaje de su discurso, calló de repente, como si se sintiera espantado. Su mirada despavorida clavóse en sus oyentes, y sus ojos atravesaron como flechas los pensamientos secretos de éstos. Pero al poco rato volvió a sonreír, y dijo con acento tranquilo:

"Es muy difícil vivir entre los hombres, porque es muy difícil callarse. Sobre todo para el que gusta de hablar".

Así hablaba Zaratustra. Y el jorobado, que había escuchado todo ocultando su rostro entre las manos, cuando oyó reír a Zaratustra, le miró con curiosidad, y dijo con voz pausada:

"¿Por qué habla Zaratustra con nosotros de tan diferente modo de como habla a sus discípulos?"

Y Zaratustra contestó: "¿Qué tiene eso de extraño? Con los jorobados hay que hablar con joroba".

"¡Bien! — dijo el jorobado—. ¿Y con los discípulos se puede charlar?

Mas ¿por qué habla Zaratustra, cuando habla consigo mismo, de manera tan distinta que con sus discípulos?"

DE LA PRUDENCIA EN EL HOMBRE

"¡Lo terrible no es la altura sino la pendiente!

La pendiente, desde la cual la mirada se lanza a lo profundo y extiende las manos en el vacío. Allí se apodera del corazón el vértigo de su doble voluntad.

¡Ah, amigos!, ¿sospecháis en mi corazón una doble voluntad?

Eso, eso es mi peligro y, al mismo tiempo, mi inclinación: que mis miradas se lancen al espacio y que mis manos quieran apoyarse en el vacío.

Mi voluntad se agarra al hombre; con cadenas me aferro al hombre, porque me siento atraído por el superhombre, porque mi otra voluntad quiere ir hasta el superhombre.

Y por esto vivo como ciego entre los hombres: como si no los conociese: que mi mano no pierda su fe en las cosas firmes.

No os conozco, hombres: esta tiniebla y este consuelo me rodean a menudo.

Estoy sentado en el pórtico, esperando a cualquier pícaro y preguntándome: "¿Quién me querrá engañar?"

Esta es mi primera prudencia humana: dejarme engañar para no tener que precaverme contra el engaño.

Si yo tuviera que estar prevenido contra el hombre, ¿cómo habría de ser el hombre un lastre para mi globo? Rápidamente me lanzaría a la altura, e iría a parar muy lejos.

Mi horóscopo me dice que aleje todo temor y que viva confiado.

El que entre los hombres no quiera morir de sed tiene que aprender a beber en todos los vasos; y el que entre los hombres quiera conservar su pureza tiene que aprender a lavarse en todas las aguas sucias.

Para mi consuelo me he dicho a menudo: "¡No te amilanes, viejo corazón mío! ¡Si te ocurrió alguna desgracia, disfrútala como tu felicidad!"

Pero mi otra prudencia es esto que vais a oír: antes perdono a los vanidosos que a los orgullosos.

La vanidad ofendida ¿no es la madre de todas las tragedias? En cambio, la herida hecha en el orgullo engendra algo mejor que el orgullo.

Para que la vida resulte divertida tiene que estar muy bien representada, y para esto hacen falta buenos cómicos.

Los vanidosos son buenos cómicos. Representan su papel y quieren que se les contemple: todo su espíritu está en esta voluntad.

Ellos se representan y se inventan; me gusta contemplar la vida a su lado: curan la melancolía.

Por eso perdono a los vanidosos, porque son los médicos de mi melancolía y me aficionan a la vida como a una comedia.

Y, además, ¿quién reprocha al vanidoso toda la extensión de su modestia? El vanidoso me es simpático, y su modestia merece mi compasión.

Quiere aprender de vosotros a confiar en sí mismo; se alimenta de vuestras miradas y devora los elogios en vuestras manos.

Y aun cree vuestras mentiras cuando le son útiles, porque en lo más profundo de su corazón solloza: "¿Quién soy yo?"

Y si la verdadera virtud se ignora a sí misma, el vanidoso ignora su modestia.

Mi tercer grano de prudencia es no dejar que vuestra timidez me impida ver a los malos.

Me considero feliz cuando contemplo los prodigios que engendra el ardiente sol: los tigres, las palmeras y las serpientes de cascabel.

También el sol hace nacer muchos bellos productos entre los hombres y muchas maravillas entre los malvados.

Así como la reputación de los sabios, encontré muy exagerada la de los malvados.

Y frecuentemente me preguntaba, moviendo la cabeza: "¿Por qué seguís soñando, serpientes de cascabel?"

En verdad, el mal tiene todavía mucho porvenir. Y el polo más cálido no ha sido todavía descubierto para el hombre.

A muchas cosas que sólo cuentan de anchura doce pies y tres metros de longitud las llaman ahora las peores maldades: llegará un día en que aparecerán en el mundo dragones mucho mayores.

Pues para que al superhombre no le falta su dragón, un superdragón digno de él, es preciso que muchos soles ardientes lleven sus ardores a las selvas vírgenes.

Pero antes será necesario que vuestros gatos monteses se conviertan en tigres y vuestros sapos venenosos en cocodrilos, pues el buen cazador debe cobrar piezas de importancia.

Y, en verdad, vosotros los buenos y los justos, en vosotros hay muchas cosas que mueven a risa, sobre todo vuestro miedo a lo que hasta hoy se ha llamado "el diablo".

Es de tal modo vuestra alma, que os hace ajenos a todo lo grande, tanto que el superhombre os infundiría espanto por su bondad.

Y vosotros, los sabios y sabihondos, huiríais del calor del sol de la sabiduría, en el que el superhombre sumerge con delicia su cuerpo desnudo.

Vosotros, hombres superiores que encontraron mis ojos, habéis de saber que las dudas secretas que me inspiráis, y que me hacen contener la risa, nacen de que supongo que tomaréis a mi superhombre por el diablo.

¡Ah, qué tedio me infundieron esos hombres superiores y óptimos! ¡Al hallarme a su altura sentí infinitas ansias de subir más arriba, lejos de ellos, hacia el superhombre!

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo cuando vi en cueros a los mejores de éstos; entonces sentí que me crecían las alas y podía remontarme a más lejanos horizontes.

A porvenires más lejanos, en regiones más meridionales, que los que jamás pudo soñar el artista; allá, muy lejos, donde los dioses se avergüenzan de toda vestidura.

Pero a vosotros, mis prójimos y contemporáneos, quiero veros disfrazados y engalanados, vanidosos y ufanos, a vosotros los "buenos y los justos".

Y también sentarme entre vosotros, disfrazado, para no conoceros ni conocerme yo tampoco, porque ésta es mi última prudencia humana".

Así habló Zaratustra.

LA HORA DE MAYOR SILENCIO

"¿Qué me sucede, amigos míos? Estoy trastornado, aturdido, obediente contra mi voluntad, dispuesto a marcharme, ¡ay!, muy lejos de vosotros.

Sí, Zaratustra tiene que volver de nuevo a su soledad, pero esta vez el oso vuelve muy disgustado a su caverna.

¿Que qué me ha sucedido? ¿Que quién me mandó partir? ¡Mi señora, mi colérica señora! Así lo quiere y así me lo ordena. ¿No os he dicho ya su nombre?

Ayer, al caer la tarde, lo oí de mi hora más solitaria: éste es el nombre de mi terrible dueña.

Y ello ocurrió así, pues tengo que contároslo todo para que vuestro corazón no se endurezca contra el repentino fugitivo.

¿Conocéis el terror del que duerme?

Tiembla de pies a cabeza porque siente que le falta el suelo y que el sueño empieza.

Y esto os lo refiero a modo de parábola. Anoche, en la hora de mayor silencio, sentí que me faltaba el suelo y comenzaba a soñar.

Las manillas del reloj se movieron, y el reloj de mi corazón se detuvo. Nunca oí tal silencio en torno mío, tanto que el terror se apoderó de mí.

Y oí la voz opaca del silencio, que me decía: "¿Lo sabes, Zaratustra?"

Y yo grité con espanto al oír este murmurio, y la sangre se retiró de mi rostro, pero callé.

Y de nuevo volví a oír la voz del silencio, que decía: "¡Tú lo sabes, Zaratustra, pero no quieres decirlo!"

Y yo, al fin, contesté, como si fuera un tozudo: "Sí lo sé, pero no lo quiero decir".

Y el silencio sin voz tornó a decirme: "¿No quieres, Zaratustra? ¿Dices la verdad? ¡No te encierres en tu terquedad!"

Y yo lloraba y temblaba como un niño al decir: "¡Yo quisiera, pero no podría! ¡Perdóname, por misericordia, pero es superior a mis fuerzas!"

Y otra vez volvió a hablarme el silencio: "¿Qué significas tú, Zaratustra? ¡Di tu palabra y rómpete!"

Y yo respondí: "¡Ah! ¿Es mi palabra? ¿Y quién soy yo? Yo espero a otro más digno. ¡Ni siquiera soy digno de romperme en él!"

Y otra vez volvió a hablarme el silencio: "¿Qué importa tu persona? No tienes bastante humildad. La humildad tiene la piel más dura".

Y yo contesté: "Pero ¿qué no habrá soportado ya la piel de mi humildad? Vivo a los pies de mi altura; ¿qué altura tiene mi cima? Nadie me lo ha dicho todavía. Pero conozco muy bien mis valles".

Y otra vez volvió a hablarme el silencio sin voz: "¡Oh, Zaratustra, el que tiene que transportar montañas, transporta también valles y honduras!"

Y yo respondí: "Mi palabra no ha transportado aún ninguna montaña, y mis discursos no han llegado a los hombres. He ido hacia los hombres, pero todavía no he llegado a ellos".

De nuevo volvió a hablarme el silencio sin voz: "¿Tú qué sabes de eso? La escarcha cae sobre la hierba en la hora más silenciosa de la noche".

Y yo contesté: "Cuando yo encontraba mi propio camino y lo seguía, se burlaron de mí. Y entonces me temblaron los pies".

Y así me hablaron: "Olvidaste el camino, y ahora has olvidado también el andar".

Y de nuevo escuché el silencio sin voz: "¿Y qué te importan sus burlas? ¡Tú eres un hombre que no sabe obedecer, y ahora tienes que mandar!

¿No sabes quién es el más indispensable de todos? El que manda grandes cosas.

¡Es muy difícil hacer grandes cosas, pero es más difícil todavía mandar que se hagan cosas grandes!

Eso es en ti lo más imperdonable: que tienes poder y no quieres reinar".

Y yo contesté: "Para reinar me hace falta voz de león".

Y entonces sentí como un susurro, que me decía al oido: "Las palabras más silenciosas son las que traen las tempestades. Los pensamientos que caminan con pies de paloma son los que gobiernan el mundo.

¡Oh Zaratustra! Debes caminar como una sombra. Como la sombra de lo que tiene que venir: así mandarás e irás delante mandando."

Y yo contesté: "Me da vergüenza."

Y otra vez volví a oír, sin voz alguna: "Tienes que volver a ser niño y no tener vergüenza.

Tienes todavía el orgullo de la juventud; tardaste mucho en ser joven, pero el que quiere convertirse en niño tiene que superar su juventud."

Estuve largo rato reflexionando, y, al fin, volví a decir: "No quiero."

Entonces sonó una risa junto a mí. "¡Ay, cómo desgarró mis entrañas esta risa y cómo me desgarró el corazón!"

Y por última vez la voz me habló así: "¡Oh Zaratustra!

Tus frutos están maduros, pero tú no estás maduro para tus frutos.

¡Vuélvete a tu soledad y madura!''

Y otra vez volví a escuchar las risas, que fueron alejándose poco a poco. Luego dejé de oír las voces, y me sentí como envuelto en un doble silencio. Pero yo yacía en el suelo y el sudor empapaba mis miembros.

Ya lo habéis oído, amigos míos; ya sabéis que tengo que volver a mi soledad y por qué. Yo no os oculto nada, amigos míos.

Pero también habéis oído de mí quién es el más callado de todos los hombres, ¡y yo lo quiero ser!

¡Ah, amigos míos! ¡Algo más tendría que deciros, algo más tendría que daros! ¿Por qué no os lo doy? ¿Soy acaso un avaro?''

Cuando Zaratustra hubo dicho estas palabras, se sintió abrumado de dolor al ver que estaba tan cerca la hora de despedirse de sus amigos, y rompió a llorar, sin que nadie pudiera consolarle. Mas por la noche partió solo, abandonando a sus amigos.

TERCERA PARTE

"Cuando queréis elevaros miráis a lo alto; pero yo miro hacia abajo porque estoy en las alturas.

¿Quién de vosotros podrá reír y estar al mismo tiempo en las alturas?

El que sube a los más altos montes se ríe de todas las tragedias representadas y reales."

ZARATUSTRA

De "El leer y escribir", pág. 35.

EL VIAJERO

Era la medianoche cuando Zaratustra emprendió su camino hacia los costados de la isla, porque su propósito era llegar a la mañana siguiente, muy temprano, a la otra orilla, pués allí quería embarcarse. En efecto, allí había una excelente rada, en la cual las mismas embarcaciones extranjeras echaban el ancla. Estas embarcaciones admitían a algunos de los colonos de las Islas Afortunadas que querían hacerse a la mar. Durante su ascensión a la montaña, Zaratustra recordaba los muchos viajes solitarios que desde joven había hecho ya, y los montes, las cimas y los picachos que había escalado.

"Yo soy un viajero, un trepador de montañas— dijo a su corazón— ; los lugares bajos no me gustan, y creo que no puedo permanecer largo tiempo sentado.

Y cualquiera que sea mi destino y los acontecimientos que me esperan, siempre habrá en ellos una ascensión, porque, últimamente, no vivimos más que a nosotros mismos.

Pasó ya el tiempo en que podía ir al encuentro de los hechos casuales. ¿Qué podría sucederme que no lo hubiera experimentado ya?

Mi propio yo y todas las partes del tiempo, dispersas en el extranjero, entre todas las cosas y todos los azares, vuelven a mí.

Y aún sé otra cosa más: ahora estoy frente a mi última

cima y ante todo lo que se me había evitado durante largo tiempo. ¡Ah, tengo que emprender mi más difícil ascensión. Ahora empieza mi viaje más solitario.

Pero todo el que es de mi estirpe no puede escapar a semejante hora: a la hora que le dice: "¡ Ahora es cuando sigues el camino de tu grandeza! ¡Cumbres y abismos son ahora una sola cosa!

Sigues el camino de tu grandeza; lo que antes era tu último peligro es ahora tu postrer refugio.

Sigues el camino de tu grandeza; que reconforte tu ánimo la idea de que detrás de ti ya no queda ningún camino.

Sigues el camino de tu grandeza; en este camino no te seguirá nadie solapadamente. Tus mismos pies borran el camino que vas andando, y sobre él está escrito: "¡imposibilidad!"

Y si no encontrases ya escaleras, aprende a subirte sobre tu propia cabeza; si no, ¿cómo podrías seguir subiendo?

¡Sobre tu propia cabeza, y mejor sobre tu propio corazón! Ahora, lo más suave en ti ha de convertirse en lo más duro.

El que se cuida demasiado termina por adquirir una enfermedad de exceso de cuidado. ¡Bendito sea lo que nos endurece! No alabaré nunca el país en que corren la leche y la miel.

Para ver mucho hay que apartar la vista de sí mismo: este endurecimiento es el que necesitan todos los que suben a las montañas.

Pero el que tiene ojos indiscretos para el conocimiento no verá en todas las cosas más que las ideas de primer término.

Pero tú, Zaratustra, quisiste ver la razón y el fondo de todas las cosas, y ahora tienes que pasar sobre ti mismo si quieres subir muy alto: hasta un más allá tan alto que puedas ver las estrellas "a tu pies".

¡Si! ¡Verme yo mismo y las estrellas a mis pies: ésta sería mi última cima, la última cima que tengo que escalar!"

* * *

Así hablaba Zaratustra consigo mismo durante su ascensión a la montaña, consolando su corazón con duras sentencias, porque su corazón estaba más traspasado que nunca.

Y cuando llegó a la cima del monte vió el mar, que se extendía al otro lado; entonces se detuvo y calló durante largo rato. Pero en aquellas alturas la noche era fría, clara y estrellada.

"Reconozco mi destino —dijo, por fin, con tristeza —. Y le acepto. Dispuesto estoy. Ahora empieza mi última soledad.

¡Ah ese mar negro y triste que hay a mis pies! ¡Ah esta triste perplejidad nocturna! ¡Ah destino y mar! ¡Ahora tengo que descender hasta vosotros!

Estoy ante mi más alta montaña. Me encuentro ante mi más largo viaje; por eso tengo ahora que descender más de lo que nunca subí.

¡Más bajo en el dolor que jamás subí, hasta sus más negras oleadas! Así lo quiere mi destino. Cúmplase; estoy dispuesto.

¿De dónde proceden las montañas más altas?, me preguntaba yo un día, y luego supe que provenían del mar.

La prueba está escrita en sus rocas y en las paredes de sus picachos. Lo más alto tiene que ascender a su cima desde lo más profundo. "

* * *

Así habló Zaratustra en la fría cumbre del monte; pero cuando bajó al mar y se encontró solo entre los arrecifes, se sintió fatigado de la caminata y más poseído de deseos que nunca.

"Todo duerme —dijo —; hasta el mismo mar, cuyos ojos me miran asombrados y soñolientos.

Pero su respiración es cálida, y también siento que sueña y se agita soñando sobre sus duras almohadas.

¡Oye! ¡Oye! ¡Cómo gime bajo los malos recuerdos! ¿Serán acaso los malos presagios?

Yo estoy triste como tú, monstruo obscuro, y por ti estoy disgustado conmigo mismo .

¡Ah, por qué no habría de ser mano bastante fuerte! ¡De buena gana te libraría de tus malos ensueños!"

* * *

Conforme decía esto, Zaratustra se reía de sí mismo con amargura y melancolía: "¿Qué intentas, Zaratustra?" ¿Quieres consolar al mar cantando?

¡Ah loco Zaratustra, loco con locura de amor, y feliz en tu confianza! Pero siempre fuiste así, siempre te acercaste confiado a todo lo terrible.

Querías hacer fiestas a todos los monstruos.

El hálito de una respiración caliente y un poco de piel suave en las patas te bastaban para que estuvieras dispuesto a amar y seducir.

El amor es el peligro del que se encuentra completamente

solo, el amor a todo lo que vive. Verdaderamente es ridícula mi locura y mi modestia en el amor."

Así hablaba Zaratustra, y reía, y reía; pero pensó en los amigos que había abandonado y, como si sus ideas fuesen hostiles a ellos, sintió indignación contra sus pensamientos.

Y pronto sucedió que el que antes reía ahora lloraba: Zaratustra lloró amargamente de cólera y de deseos.

DE LA VISION Y DEL ENIGMA

Cuando entre los marineros cundió la noticia de que Zaratustra se hallaba a bordo — pues, a la vez que él, había entrado en el barco un habitante de las Islas Afortunadas— se produjo un movimiento de curiosidad. Pero Zaratustra guardó silencio durante dos días, frío y sordo de tristeza, sin contestar ni a las miradas ni a las preguntas. Mas, en la noche del segundo día, volvieron a abrirse sus oídos, si bien no hablaba aún, porque en el barco se oían muchas cosas extrañas y peligrosas, que procedían de lejos y querían ir aún más lejos. Pero Zaratustra era amigo de todos los que hacen largos viajes y no se asustan de los peligros. Y escuchando a los demás, se le desató la lengua y rompió el hielo de su corazón. Y entonces habló así:

"A vosotros, atrevidos perseguidores de aventuras, quienquiera que seáis; a vosotros, que os lanzasteis al mar con velas astutas para surcar los mares procelosos; a vosotros, los que sentís la embriaguez del enigma, los enamorados del crepúsculo, cuyas almas tiemblan agitadas por el sonido de las flautas y se sienten atraídas por los vórtices engañadores— porque no queréis buscar a tientas, con manos vacilantes, el hilo conductor, y cuando podéis adivinar, aborrecéis la deducción—; a vosotros únicamente os he de contar yo el enigma que vi, la visión del más solitario de los hombres:

Ha poco marchaba yo sombrío, a la pálida claridad cadavérica del crepúsculo, con el rostro fruncido y hosco y con los labios apretados. No era sólo un sol lo que para mí se había puesto.

Un sendero que avanzaba orgulloso por entre las piedras desprendidas de las cimas, un sendero siniestro y solitario que no admitía hierba ni maleza, un sendero montés, crujía bajo la provocación de mis pasos.

Andando en silencio y haciendo rechinar burlonamente los guijos, aplastando las piedras que me hacían resbalar, mis pasos ascendían trabajosamente.

Arriba: luchando con el espíritu, que sentía atraído hacia el abismo, el espíritu de la pesantez, mi demonio, mi enemigo mortal.

Arriba: si bien estaba sentado sobre mí, medio enano, medio topo, paralizado y paralizándome, vertía en mi cerebro, a través de mis oídos, pensamientos de plomo.

"¡Oh Zaratustra! — murmuraba socarronamente, sílaba por sílaba, en mis oídos —. Tú, piedra de la sabiduría, tú mismo te lanzaste al aire, pero toda piedra lanzada al aire tiene necesariamente que caer.

Condenándote a ti mismo a ser lapidado, arrojaste muy alta la piedra, pero caerá sobre ti".

Guardó silencio el enano. Su silencio me abrumaba, porque es más terrible la soledad de dos que la de uno.

Seguí subiendo, soñando y pensando, pero todo pesaba sobre mí. Era como un enfermo a quien fatiga su propio mal y a quien una terrible pesadilla despierta de su sueño.

Pero en mí existe algo, que llamo ánimo, y que, hasta ahora, ha sofocado en mí todo descontento. El ánimo me ordenó que me detuviera y dijera: "¡Enano! ¡Tú o yo!"

Porque habéis de saber que el ánimo es el mejor asesino: el ánimo que "ataca": porque en todo ataque resuena siempre el tambor batiente.

Y el hombre es el animal más animoso, y por eso ha vencido a todos los animales. A tambor batiente ha soportado todos sus dolores; pero el dolor humano es el dolor más profundo.

El ánimo mata también el vértigo en el borde de los abismos. El ver, ¿no es ver en el fondo de los abismos?

El mejor asesino es el ánimo, porque mata también la compasión. Y la piedad es el abismo más profundo: cuanto más ve el hombre en el fondo de la vida, más ve también en lo profundo del sufrimiento.

Pero el ánimo que ataca es el mejor asesino, porque acabará por matar a la muerte misma, pues dice: "¿Y esto era la vida? ¡Pues volvamos a empezar!"

En esta máxima hay muchos tambores batientes. El que no esté sordo que oiga.

2.

"¡Detente, enano! — dije —. ¡Yo o tú! Pero de los dos, yo soy el más fuerte: ¡tú no conoces mi más profundo pensamiento! ¡Ese no te le puedes llevar!"

Entonces ocurrió algo que me infundió más ligereza, pues el enano, el muy curioso, saltó de mis espaldas al suelo y se sentó, ante mí, en una piedra. Precisamente en el lugar en que nos detuvimos había un pórtico.

"¿Ves ese pórtico, enano? — continué —; tiene dos caras. Hasta aquí conducen dos caminos, que nadie ha recorrido por completo.

Esta larga calle en declive se prolonga eternamente, y esta otra que va hacia arriba es también una eternidad.

Estos dos caminos se contradicen; precisamente sus cabezas chocan; pero en este pórtico se reúnen.

En el frontispicio del pórtico está escrito su nombre: "Instante."

Y si alguno siguiera estos dos caminos, yendo cada vez más lejos, ¿crees tú, enano, que estos caminos serían contradictorios?"

"Todo lo que se extiende en línea recta miente" — murmuró con desprecio el enano —. Toda verdad es curva. El tiempo mismo es un círculo.

"¡Espíritu de la pesantez! — exclamé con ira — no tomes las cosas tan a la ligera, o te dejo donde estás, cojitranco; recuerda que yo fuí quien te hizo llegar a estas alturas.

¡Piensa en este momento! — proseguí —; desde este pórtico del momento se extiende hacia atrás una calle sin fin; detrás de nosotros dejamos una eternidad.

¿Acaso no debe haber recorrido esta calle todo lo que "puede" correr? ¿Acaso no se ha realizado ya todo lo que puede suceder?

Y si todo se ha realizado ya, ¿qué piensas, enano, de este momento? ¿No habrá estado ya aquí otra vez este mismo pórtico?

¿Y no están ligadas unas a otras todas las cosas de tal forma que este instante se lleva tras de sí todo lo venidero; por consiguiente, se lleva también a sí mismo?

Pues todo lo que puede correr ¿no tiene que volver a recorrer otra vez su largo camino?

Y esta despaciosa araña que se arrastra a la luz de la luna, y ese mismo rayo de luna, y tú y yo, que estamos juntos en este pórtico, ¿no hemos estado aquí otra vez?

¿Y no tenemos que recorrer de nuevo este largo camino que se extiende ahora ante nosotros en cuesta, este camino lúgubre y largo? ¿No es necesario que volvamos a recorrerle eternamente?"

Así hablaba yo, en voz cada vez más baja, pues me inspiraban miedo mis propios pensamientos y mis propias intenciones. De repente, cerca de nosotros, aulló un perro.

Vagamente recordaba yo haber oído ya otra vez aullar a aquel mismo perro. Mi imaginación me transportó de nuevo a fechas remotas. ¡Sí! A la época de mi niñez, de mi primera niñez: oí aullar a un perro entonces. Y también se apareció ante mí, como ahora, con el pelo erizado, alargando el cuello, mirando al cielo, temblando de terror, en la hora más silenciosa de la noche, a esa hora en que hasta los perros creen en fantasmas; y me inspiró compasión. La luna se mostraba ahora toda entera, en medio de un silencio de

muerte, y se detenía, semejante a un disco de fuego, sobre la techumbre plana, como sobre una propiedad ajena.

El perro se asustó, porque los perros creen en ladrones y en fantasmas. Y cuando de nuevo le oí aullar, me sentí acometido de una gran compasión.

¿Qué había sido del enano, del pórtico, de la araña y de todo murmullo? ¿Fué todo un sueño? ¿Estaba ahora despierto? De pronto me encontré entre agrestes rocas, solo y abandonado, iluminado por la solitaria luna.

"¡Pero he aquí que un hombre yacía en el suelo delante de mí!" Y mirad el perro, que anda saltando, con los pelos erizados y aullando; al verme llegar redobló sus aullidos, y, por fin, "gritó"; ¿había oído yo otra vez de aquel modo a un perro pidiendo socorro?

En verdad nunca vi nada parecido a lo que ví entonces. Un pastorzuelo mozo se revolvía en el suelo, sin poder respirar y convulso, con el rostro descompuesto; de su boca pendía una gran culebra negra.

¿Había yo visto alguna vez tal expresión de asco y de pavor en un rostro humano? Quizá el pobre mozo estaba durmiendo cuando aquella culebra penetró en su garganta y se aposentó firmemente en ella.

Tiré con la mano del reptil, pero fué en vano: no pude arrancarlo. Y entonces oí una voz dentro de mí, que me decía: "¡Muérdele! ¡Muérdele!"

"¡Arráncale la cabeza! ¡Muérdele!", me decían mi pavor, mi asco, mi conmiseración; todo lo que en mí había de bueno y de malo, todo ello me gritaba a la vez.

¡Vosotros los valientes que me oís, exploradores y aventureros, y todos los que con vosotros hicieron rumbo a remotos mares! ¡Vosotros los que os complacéis en los enigmas! ¡Acertad el enigma que se me proponía y explicadme la visión del hombre más solitario!

Pues aquello era una visión y una previsión. ¿Qué símbolo era aquél? ¿Y quién es el que todavía tiene que venir?

¿Quién era aquel pastor en cuya garganta se introdujo el reptil? ¿Quién es el hombre cuyas fauces serán atacadas por lo más negro y horrible?

Pero el pastor comenzó a morder, como yo le aconsejaba a gritos, y mordió con todas sus fuerzas. Luego escupió lejos de sí la cabeza de la culebra, y de un salto se puso en pie.

Entonces ya no fué un pastor, ni siquiera un hombre: ¡era un ser transfigurado, que irradiaba resplandores y... que se reía!

Pero nunca oí reír a un hombre en la tierra como él se reía.

¡Ah, hermanos míos! Aquella risa no era humana. Y

desde entonces la sed me devora, y se ha apoderado de mí un insaciable deseo, que nunca podré mitigar.

¡Mi ansia de reír de aquel modo me roe el corazón! ¡Cómo podré soportar ahora el morir!"

Así habló Zaratustra.

LOS BIENAVENTURADOS CONTRA SU VOLUNTAD

Con el corazón lleno de enigmas y amarguras, Zaratustra cruzó el mar. Pero cuando se hallaba a cuatro jornadas de las Islas Afortunadas y de sus amigos, ya se había sobrepuesto a su dolor: otra vez se encontraba fuerte y vencedor de su destino. Y entonces Zaratustra habló así a su conciencia, desbordante de alegría:

"Otra vez me encuentro solo, y quiero estar solo con el cielo puro y el mar infinito; y otra vez vuelve a rodearme la tarde.

Por la tarde encontré por primera vez a mis amigos; por la tarde los volví a encontrar otro día, a la hora en que toda luz se suaviza.

Pues la felicidad perdida entre el cielo y la tierra busca su asilo en las alturas luminosas; ante la felicidad, toda luz se hace ahora más suave.

¡Oh atardecer de mi vida! En otro tiempo mi felicidad buscaba también un asilo en el valle, y encontró abiertas estas almas hospitalarias.

¡Oh atardecer de mi vida! ¡Qué no dí yo por alcanzar una sola cosa: esta siembra viva de mis ideas y este alborear de mi más alta esperanza!

En otro tiempo el creador buscaba compañero e hijos para sus esperanzas, aunque los tuviera que crear él mismo.

Me encuentro, pues, en medio de mi obra, yendo a mis hijos y regresando de entre ellos. Es preciso que Zaratustra se complete a sí mismo por amor a sus hijos.

Porque, en el fondo, no amamos más que a nuestros hijos y a nuestras obras; y el amarse mucho a sí mismo es un signo de fecundidad: esto lo he observado yo.

Todavía florecen mis hijos en su primer primavera, juntos los unos a los otros y agitados por el mismo viento; árboles son de mi jardín y mi mejor tierra.

Y en verdad: allí donde crecen tales árboles allí hay Islas Afortunadas.

Pero un día los transplantaré, poniéndolos separados; que aprendan la soledad, y el orgullo, y la prudencia.

Quiero que cada uno de ellos sea como un faro viviente de una vida invencible, aunque crezcan junto al mar, nudosos y torcidos, pero duros y flexibles.

Allí donde las tempestades se lanzan sobre el mar, donde las montañas calman su sed con la lluvia, hará guardia día y noche cada uno de mis árboles, haciendo examen de conciencia.

Porque han de ser reconocidos y probados para saber si descienden de mí y si son de mi especie: si son dueños de una fuerte voluntad cuando callan, y aun cuando hablan, y ceden de modo que al dar reciban.

Para que sean los compañeros de Zaratustra y celebren con él las fiestas; para que inscriban mi voluntad sobre mis tablas; para que se realicen cabalmente todas las cosas.

Y por ellos y sus semejantes yo debo completarme; por eso me privo ahora de toda dicha y me inmolo a toda desdicha: es mi última prueba y mi último conocimiento.

Y en verdad ya era tiempo de emprender la marcha; y la sombra del viajero, y el tiempo más largo, y la hora más silenciosa, todos me decían: "¡Ha llegado el momento!"

Y el viento, soplando por el agujero de la cerradura, me decía: "¡Ven!"... Y la puerta se abría socarronamente, diciéndome: "¡Anda!"

Pero yo me encontraba encadenado al amor de mis hijos; el amor me imponía aquel lazo, el deseo de amar, el deseo de ser el botín de mis hijos y de perderme por ellos.

Desear significa para mí haberme perdido. Yo os tengo, hijos míos. En esta posesión todo ha de ser seguridad y nada deseo.

Pero el sol de mi amor ardía en mi cabeza. Zaratustra se cocía en su propia salsa; y entonces las sombras y las dudas huyeron de mí.

Yo me regodeaba esperando los fríos del invierno. "¡Oh, el frío y el invierno me harán tiritar otra vez y castañetear los dientes!", sollozaba yo, y entonces salieron de mí heladas tinieblas.

Mi pasado salió de mi tumba, y muchos dolores enterrados vivos, que dormían en sus sudarios, despertaron.

Y todo me hacía señas, como diciéndome: "¡Ya es tiempo!" Pero yo no oía; hasta que, al fin, mi abismo empezó a agitarse y mi pensamiento me mordió.

¡Ah pensamientos abismales! ¡Vosotros, mis pensamientos! ¿Dónde encontraré fortaleza para oíros cavar sin espanto?

El corazón se me sube a la garganta cuando os oigo cavar. Vosotros, silenciosos como el abismo, me queréis estrangular con vuestro silencio.

Nunca me atreví a llamaros a la superficie: bastante hacía con llevaros conmigo. No he tenido suficiente fortaleza para la última osadía de león, ni para la última temeridad.

Vuestro peso es ya para mí bastante terrible, pero lle-

gará un día en que no encuentre fuerzas ni la voz de león para llamaros.

Cuando haya conseguido esta victoria, alcanzaré otra mucho mayor, que completará mi perfección.

Mientras tanto navego por mares desconocidos; el azar me adula con su lengua suave; dirijo la mirada adelante y atrás, y nunca veo el fin.

Aun no ha llegado para mí la hora de la batalla definitiva, ¿o acaso llega en este momento? En verdad, el mar y la vida, a mi alrededor, me miran con su pérfida belleza.

¡Oh atardecer de mi vida!, ¡oh felicidad que llega antes de la noche!, ¡oh puerto en alta mar!, ¡oh paz en la incertidumbre!, ¡cómo desconfío de vosotros!

En verdad yo desconfío de vuestra pérfida belleza; me parezco al amante que no se fía de una mirada demasiado suave.

Como el celoso que, a pesar de su dureza, aparta dulcemente a su amada, así aparto yo de mí estas dulces horas.

¡Lejos de mí, horas de ventura! Me traéis una felicidad a la fuerza. Aquí espero de buen grado mi más profundo dolor: habéis llegado en hora intempestiva.

¡Lejos de mí, hora de ventura! ¡Mejor es que te hospedes en mis hijos! ¡Corre y llévales "mi felicidad" antes de que cierre la noche!

El sol se pone: la noche se acerca. Mi felicidad se desvanece".

Así habló Zaratustra. Y durante toda la noche estuvo esperando su infelicidad, pero aguardó en vano. La noche era clara y silenciosa, y la felicidad misma se aproximaba a él poco a poco. Pero hacia la aurora Zaratustra rió irónicamente en su corazón, y dijo: "La felicidad me persigue. Esto me sucede porque yo no persigo a las mujeres. Y la felicidad es mujer."

ANTES DE SALIR EL SOL

"¡Oh cielo que sobre mi te extiendes, cielo claro y profundo! ¡Abismo luminoso! ¡Al contemplarte me siento agitado por emociones divinas!

Mi profundidad consiste en lanzarme a tus alturas. Sepultarme en tu pureza es "mi" inocencia.

El dios se envuelve en su belleza: así ocultas tú tus estrellas. Tú no hablas: así me revelas tu sabiduría.

Y hoy te has elevado en silencio sobre el irritado mar: tu amor y tu pudor se revelan a mi alma agitada.

Vienes a mí envuelto en tu belleza, me hablas con tu silencio: todo esto demuestra tu sabiduría.

¡Oh, cómo adiviné todos los pudores de tu alma! Antes que el sol llegaste tú a mí, el más solitario de los hombres.

Siempre fuimos amigos: tenemos los mismos dolores, los mismos temores y la misma profundidad, y hasta un mismo sol nos es común.

No nos hablamos el uno al otro, porque sabemos demasiado; nos miramos en silencio y nos sonreímos.

¿No eres tú la luz de mi hogar? ¿No eres el alma gemela de mis opiniones?

Todo lo aprendimos juntos; juntos aprendimos a superarnos y a sonreír sin nubes; a sonreír sin nubes, con la mirada serena a inmensas distancias, cuando por debajo de nosotros silban como la lluvia las canciones, los fines y las culpas.

Y yo caminaba solo. ¿De qué estaba hambrienta mi alma en mis expediciones nocturnas por senderos extraviados? Y cuando trepaba a las montañas ¿a quién buscaba en ellos sino a ti? Y todos mis viajes y mis ascensiones a las montañas ¿qué eran sino una necesidad y un recurso de un hombre torpe? Lo único que ansía mi voluntad es poder volar hasta ti.

¿Y a quién odiaba yo más que a las nubes pasajeras y a todo lo que empaña tu brillo? Hasta a mi propio odio odiaba yo, porque te empañaba.

Esas nubes que pasan me inspiran aversión; odio a esos gatos salvajes que se acercan cautelosamente para quitarnos a ti y a mí lo que poseemos en común: la inmensa e infinita afirmación de las cosas.

Tenemos aversión a esas nubes que pasan, que son terceras y mezcladoras, son seres mixtos e indecisos que no han aprendido a bendecir ni a maldecir desde el fondo de su corazón.

Prefiero estar sentado en mi tonel sin ver el sol, o hundirme en un abismo desde el cual no se vea el sol, a ver empañado tu brillo por las nubes que pasan, ¡oh cielo luminoso!

Muchas veces sentí deseos de sujetarlas con alambres dorados de rayos, para tocar sobre sus vientres de caldera, como en timbales, semejante al trueno.

Un timbalero colérico, porque me roban tu "sí" y tu "amén", ¡cielo puro y luminoso! ¡Abismo de luz! ¿por qué te roban mi "sí" y mi "amén"?

Pues prefiero el estrépito, el trueno y los estragos del mal tiempo a esta calma gatuna, sospechosa y solapada; y los hombres a quienes más odio son esos hombres indecisos y mixtos que marchan sigilosamente y vacilantes, como las nubes fugitivas.

"Y el que no sepa bendecir debe aprender a maldecir": esta clara máxima me cayó del claro cielo, y brilla en mi cie-

lo como una estrella, aun en las noches más encapotadas.

Pero yo soy un hombre que bendice y que afirma cuando tú estás delante de mí, ¡tú el claro y el luminoso!, ¡tú, abismo de luz!: yo doy mi bendición a todos los abismos.

Me he convertido en un bendecidor y en un afirmador, y para esto luché largo tiempo, para tener un día libres las manos para bendecir.

Pero mi bendición es ésta: estar sobre todas las cosas como su propio cielo, como su techo abovedado, como su campana de cristal y su eterna paz; ¡bienaventurado quien así bendice!

Porque todas las cosas fueron bautizadas en la pila de la eternidad, más allá del bien y del mal; pero el bien y el mal mismos no son más que sombras pasajeras, aflicciones húmedas y nubes livianas.

En verdad, lejos de blasfemar, echo una bendición al enseñaros que, "por encima de todas las cosas, están el cielo casualidad, el cielo inocencia, el cielo aproximadamente y el cielo petulancia."

"Por casualidad" es la más linajuda nobleza del mundo, que yo he devuelto a todas las cosas, libertándolas así de la servidumbre de los fines.

Esta libertad y serenidad celeste, semejante a una campana de cristal, ha sido puesta por mí sobre todas las cosas, y, por ellas mismas, ninguna "voluntad eterna" quiere afirmar su voluntad.

Yo puse esta petulancia y esta locura, en vez de esta voluntad, al enseñar que hay algo que siempre será imposible: ¡ser razonable!

Sin embargo, en todas las cosas hay un poco de razón, un grano de sabiduría, mezclado en ellas como levadura: y la locura es la causa de que la sabiduría forme parte de todas las cosas.

Ya es posible un poco de sabiduría; pero esta bienaventurada certidumbre la he encontrado en todas las cosas: que prefieren bailar con los pies de la casualidad.

¡Oh cielo claro y alto que te extiendes sobre mí! Tu pureza es debida, para mí, a que no hay arañas ni telarañas eternas de la razón y a que eres el salón de baile de las divinas casualidades y una mesa divina para los dados y los jugadores divinos.

Pero ¿qué es esto? ¿Te ruborizas? ¿Es que he dicho algo que no pueda decirse? ¿Acaso te maldije al querer bendecirte? ¿O tu rubor proviene de ser dos? ¿Me ordenas que me retire en silencio porque va a despuntar la aurora?

El mundo es profundo, y mucho más profundo de lo que nunca pensó el día. No todo puede tener palabra ante el día. Pero amanece: ¡separémonos!

¡Oh cielo que te extiendes sobre mí, cielo pudoroso y ardiente! ¡Oh felicidad mía que precede a la salida del sol!

Ya despunta el día: ¡separémonos!"

Así habló Zaratustra.

LA VIRTUD QUE EMPEQUEÑECE

1.

Cuando Zaratustra volvió a tierra firme, no se fué derecho a su montaña y a su caverna, sino que hizo muchas excursiones, tomando informaciones de aquí y de allá y diciéndose a sí mismo en broma: "He aquí un río que, en sus meandros, se remonta a su fuente." Porque quería saber lo que había sido del hombre durante su ausencia: quería saber si había crecido o se había hecho más pequeño. Y un día vió una serie de casas nuevas, que le sorprendieron y le hicieron que exclamara:

"¿Qué significan esas casas? En verdad, que no fué ningún alma superior la que las puso ahí como símbolo de sí misma.

¿Acaso las sacó de su caja de juguetes algún niño tonto, para que otro niño las vuelva a meter en su caja?

Y esos cuartos y esas guardillas: ¿pueden entrar y salir en ellos los hombres? Me parecen casas de muñecas o de gatos golosos que se dejan engolosinar."

Y Zaratustra detúvose reflexionando, hasta que dijo tristemente: "¡Todo se ha empequeñecido!

No veo más que puertas bajas; los de mi clase pueden todavía pasar, pero tienen que bajar la cabeza.

¡Oh, cuándo regresaré a mi patria, donde no tendré que inclinarme, no tendré que inclinarme ante los pequeños!" Y Zaratustra miró al horizonte y lanzó un suspiro.

Pero el mismo día pronunció su discurso sobre la virtud que empequeñece.

2.

"Crucé las calles del pueblo con los ojos tapados, porque no me perdonarían que no envidiase sus virtudes.

Las gentes me muerden porque les digo: "Las gentes pequeñas necesitan virtudes pequeñas", y porque me cuesta trabajo admitir que sea necesaria la gente pequeña.

Estoy como gallina en corral ajeno: las demás gallinas me persiguen a picotazos; mas no por esto las miro con malos ojos.

Las guardo consideraciones, como a los pequeños contratiempos: mostrarme hostil con los pequeños me parece una sabiduría propia de erizos.

Todos hablan de mí cuando por la noche se reúnen alrededor del hogar; ¡todos hablan de mí, pero ninguno piensa en mí!

Este es el nuevo silencio que he conocido: el ruido que hacen a mi alrededor tiende un manto sobre mis pensamientos.

Murmuran entre sí, diciéndose: "¿Qué querrá de nosotros esta nube negra? ¡Con tal que no nos traiga la peste!

Un día se acercó a mí un niño, pero su madre le separó violentamente y le retuvo en sus brazos. "¡Sacad de aquí a los niños! exclamó. — ¡Esos ojos queman las almas de los niños!"

Cuando yo hablo, ellos tosen, porque creen que así se previenen contra los fuertes vientos; no sospechan la exuberancia de mi felicidad.

"No tenemos tiempo para Zaratustra", pretextan; pero ¿qué importa un tiempo que para Zaratustra "no tiene tiempo"?

Y cuando me alaban, ¿cómo podría dormir sobre sus alabanzas? Sus aplausos me hacen el efecto de un cilicio, que, aun después de arrojarlo, me hace daño.

Y también aprendí entre ellos esto: que el que alaba parece que devuelve lo que le han dado, siendo así que, en el fondo, quiere que le den más.

Interrogad a mis pies si se complacen en sus alabanzas y en el modo que tienen de atraerme a ellos. En verdad, ni quieren bailar ni estarse quietos al son que les tocan.

Ellos quisieran alabarme y atraerme a la imitación de sus pequeñas virtudes y convencer a mis pies que tienen que bailar al mismo son que ellos.

Paso por en medio de este pueblo con los ojos muy abiertos, mis ojos, que se han achicado y cada vez se van haciendo más pequeños por su doctrina de la felicidad y de la virtud.

Porque también tienen la modestia de su virtud, porque quieren comodidades. Pero lo único que se compagina con las comodidades es la virtud modesta.

También ellos aprenden a andar y a adelantarse a su manera: a esta manera la llamo yo cojear. Por eso tropiezan con todos los que tienen prisa.

Y aún hay muchos de ellos que andan hacia adelante, pero mirando atrás y alargando el cuello; ¡con qué gana los tiraría al suelo!

Pies y ojos no deben mentir ni desmentirse. ¡Pero hay tantas mentiras entre la gente pequeña!

Algunos de ellos quieren, pero la mayor parte se dejan querer. Algunos son sinceros, pero la mayoría son malos cómicos.

Hay entre ellos comediantes sin saberlo y comediantes que no quieren ser comediantes; son muy raros siempre los sinceros, singularmente los comediantes sinceros.

Pocos hombres hay aquí; por esto se masculinizan las mujeres. Pues sólo el que sea bastante hombre podrá "redimir" a la mujer en la "mujer".

Y yo encontré entre ellos la peor de las hipocresías: que también los que mandan fingen tener las virtudes de los que obedecen.

"Yo sirvo, tú sirves, nosotros servimos", dicen cuando rezan estos hipócritas gobernantes; y ¡ay de aquellos entre los que el primer señor no es más que el primer servidor!

Contemplando sus hipocresías, se extravió la curiosidad de mis ojos, y pronto comprendí su felicidad de mosca en sus zumbidos en los cristales de las ventanas que calienta el sol.

Veo tanta bondad como debilidad, tanta justicia y misericordia como debilidad.

Son redondos, leales y bondadosos los unos para los otros, como los granos de arena para los granos de arena.

Lo que ellos llaman "resignación" consiste en contentarse modestamente con una pequeña felicidad, y luego miran embizcando los ojos, a ver si encuentran otra pequeña felicidad.

En su sencillez, lo que quieren, en el fondo, es una cosa: que nadie les haga daño. Por eso se adelantan a hacer bien a todos.

Pero esto es cobardía, aunque se llame virtud.

Y cuando quieren hablar con dureza, sólo consiguen poner de manifiesto la ronquera de su voz, porque el menor paso de aire les pone roncos.

Son astutos, y sus virtudes tienen dedos ágiles; pero les faltan puños y sus dedos no saben ocultarse detrás de sus puños.

La virtud es, para ellos, todo lo que amansa, todo lo que domestica; así consiguieron hacer del lobo un perro y del hombre mismo el mejor animal doméstico del hombre.

"Nosotros ponemos nuestra silla en el centro — esto dicen sus muecas—: a igual distancia del gladiador moribundo que de las placenteras cerdas."

Pero esto es mediocridad, aunque se llame moderación.

3.

Paso por en medio de este pueblo y dejo caer algunas palabras, que ellos no saben recoger ni conservar.

Se extrañan de que yo no haya venido a censurar los vicios y las demasías, y en verdad, tampoco he venido para prevenirles contra los que roban pañuelos.

También extrañan que no haya venido a hacer más sutil su prudencia: como si no sobraran los sabios sutiles, cuya voz rechina como los pizarrines sobre las pizarras.

Y cuando les grito: "¡Echad de vosotros todos esos diablillos cobardes que tenéis dentro y que de buena gana juntarían las manos y querrían adorar", gritan: "¡Zaratustra es un impío!"

Y los que gritan más fuerte son sus maestros de resignación; por eso yo me complazco en gritarles a éstos al oído: "¡Sí! ¡Soy Zaratustra el impío!"

¡Estos maestros de abnegación! Dondequiera que hay pequeñeces, y enfermedad, y lepra, allí están ellos arrastrándose como piojos, y no los aplasto por el asco que me dan.

¡Pues bien! Yo dedico este sermón a sus oídos: "Soy Zaratustra el impío! ¿Quién es más impío que yo, para gozar de sus enseñanzas?

¡Soy Zaratustra el impío! ¿Dónde están mis semejantes? Mis semejantes son los que se dictan su ley a sí mismos y se desembarazan de toda resignación.

Soy Zaratustra el impío, y cuezo en mi puchero todo lo que es casualidad. Y sólo cuando la casualidad está cocida, la saludo para hacer de ella mi sustento.

Y, ciertamente, más de una casualidad se llegó a mí arrogantemente, queriendo imponerme su ley; pero mi voluntad se mostró aún más arrogante, y entonces cayó ante mí, suplicándome de rodillas que le concediera hospitalidad amistosa, con lenguaje insinuante: "¡Mira, Zaratustra, sólo un amigo puede hablar así a un amigo!"

Pero ¿qué digo, si nadie tiene "mis" oídos? Así es que voy a gritar a todos los vientos:

"¡Pequeñas gentes, cada vez os empequeñecéis más!

Os deshacéis en vuestras comodidades, acabaréis por perecer; y eso por vuestras pequeñas virtudes, por vuestras pequeñas omisiones y por vuestra pequeña resignación.

Demasiado perdón, demasiada indulgencia: éste es vuestro patrimonio, en este suelo crecéis. Mas para que un árbol

se haga grande, necesita también duras rocas en las que choquen sus raíces.

Vuestras omisiones ayudan a tejer la tela futura de toda la humanidad; vuestra misma nada es una telaraña y una araña que vive de la sangre del porvenir.

Y cuando tomáis algo, sois como ladrones, pequeños virtuosos; mas entre los mismos pícaros el honor reza: "No se debe robar más que cuando no se puede hurtar."

"Esto se da": también esto es doctrina de la resignación. Pero yo os digo a vosotros, poltrones: "Se toma, y cada vez se tomará más, de vosotros."

¡Ah, ojalá echarais lejos de vosotros todos esos medios quereres y os decidieseis por la pereza como por la acción!

¡Ojalá comprendierais mis palabras: "Haced siempre lo que queráis, pero sed siempre de los que "pueden querer".

"Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos; pero sed primero de los que se aman "a ellos mismos", de los que aman con gran amor y con gran desprecio." Así habla Zaratustra el impío.

Mas ¿por qué hablo donde nadie tiene más oídos? Aquí falta todavía una hora para mí.

En este pueblo soy mi propio precursor, soy mi propio canto de gallo, por las obscuras callejuelas.

¡Pero la hora de éstos se acerca! Y también se acerca la mía. De hora en hora se empequeñecen, se empobrecen, se esterilizan: ¡pobre hierba!, ¡pobre tierra!

Y pronto serán ante mí como hierba seca, como una estepa, y ciertamente cansados de ellos mismos, y sedientos, más que de agua, de fuego.

¡Ah hora bendita del rayo! ¡Oh secreto del mediodía! ¡Un día llegaré a hacer de ellos torrentes de fuego y profetas con lenguas de fuego, que anunciarán con sus lenguas de fuego: ya viene, ya se acerca el "gran Mediodía"!"

Así habló Zaratustra.

EN EL MONTE DE LOS OLIVOS

"El invierno, mal huésped, se ha aposentado en mi hogar; mis manos están azules de su amistoso apretón de manos.

Yo respeto a este pícaro visitante, pero le dejo solo con gusto. Me gusta huir de él, y quien bien corre de él escapa.

Con los pies calientes y con las ideas también calientes, corro a buscar un sitio en que no sople el viento, el rincón soleado de mi Monte de los Olivos.

Allí me río de mi severo huésped, y le estoy agradecido, porque mata las moscas de mi casa y hace callar muchos ruidos pequeños.

El no permite que zumben las moscas, y hace que las calles se encuentren solitarias, hasta el punto de que la luz de la luna tiene miedo en ellas.

Es un huésped molesto, pero le guardo consideraciones, y no rezo al panzudo dios del fuego, como hacen los delicados.

Prefiero que mis dientes castañeteen de frío a adorar a los ídolos: tal es mi carácter. Sobre todo detesto a los ídolos ardientes y que echan humo, a los ídolos del fuego, a los ídolos pesados.

Cuando yo amo a alguien, le amo más en el invierno que en el verano; y desde que el invierno se ha aposentado en mi casa, me burlo de mis enemigos mejor y con más ánimos.

Con más ánimos ciertamente, aun cuando estoy acurrucado en mi cama: mi felicidad, acurrucada, se ríe entonces arrogantemtnte, lo mismo que mis ensueños engañadores.

¿Arrastrarme yo? Nunca en mi vida me arrastré ante los poderosos, y si alguna vez mentí, mentí por amor. Por eso soy feliz en mi lecho de invierno.

Un lecho más pequeño me calienta mejor que otro lujoso, porque tengo celos de mi pobreza. Y en invierno me es más fiel que nunca.

Comienzo cada día cometiendo una mala acción, y me burlo del invierno con un baño frío: esto le encoleriza a mi riguroso huésped.

Y también le hurgo con una velita, para que me conceda, por fin, el cielo del crepúsculo grisáceo.

Sobre todo por la mañana, soy malo: a la hora en que las cuerdas hacen gemir las poleas de los pozos y los caballos relinchan en las calles grises.

Espero con impaciencia a que el cielo se ilumine, ese cielo de invierno con sus barbas nevadas, el anciano de los cabellos blancos; ese cielo de invierno, tan callado que a veces hace callar al sol.

¿Aprendí yo de él mis largos silencios claros? ¿O los aprendió él de mí? ¿O los habremos inventado los dos al mismo tiempo?

Todas las cosas buenas tienen mil orígenes; todas las cosas buenas, locuelas, saltan de placer al vislumbrar la existencia: ¿por qué no lo harán más que una sola vez?

Una cosa buena alocada es también el largo silencio, que se parece a las miradas del invierno, con su cara de ojos redondos; que así como él, hacen callar a su sol y a su insa-

ciable voluntad de sol. En verdad, este arte le aprendí muy bien en invierno.

Pero mi maldad y mi arte favoritos son que mi silencio haya aprendido a no delatarse por el silencio.

Metiendo ruido con palabras y con dados, engaño a los respetables personajes que esperan: tengo que ocultarles mi voluntad y mis fines.

Yo inventé el largo silencio luminoso para que nadie pudiera ver en mi interior ni en mi última voluntad.

Conocí a muchos prudentes que ocultaban la faz bajo un velo y enturbiaban las aguas para que no se pudiera ver a través de ellas ni calcular su profundidad.

Pero precisamente los astutos y desconfiados, los que aman las dificultades, acudían a ellos, y les pescaban precisamente sus más ocultos peces.

Y los claros, los despiertos, los transparentes, ésos son los que callan con más astucia, porque es tan grande su profundidad que ni el agua pura la revela.

¡Oh tú, cielo silencioso de invierno, el de las barbas blancas, el de la cabeza blanca, que estás sobre mí! ¡Oh símbolo divino de mi alma y de mi picardía!

¿Habré de ocultarme como el que se traga el oro, para que no me abran el alma?

¿Tendré que subirme en zancos para que no echen de ver la longitud de mis piernas todos esos míseros viciosos que me rodean?

¿Cómo podría soportar la envidia de esas almas ahumadas, confinadas, usadas, pochas y agriadas, mi felicidad?

Por eso sólo les enseño el hielo y el invierno de mis cimas, y no quiero que sepan que mi montaña se ciñe cinturones de luz.

No oyen más que el silbido de mis tempestades en el invierno, y no quiero que me vean pasar sobre cálidos mares, semejante a los lánguidos, pesados y calurosos vientos del Mediodía.

Se apiadan de mis accidentes y de mis azares, pero mi lema es: "Dejad a la casualidad que se acerque a mí, porque es inocente como los niños."

¿Cómo podría yo soportar mi felicidad si no la envolviera en azares y miserias invernales, gorras de pieles y mantos de nieve; si yo mismo no me compadeciera de su compasión: de la compasión de estos viles envidiosos; si yo mismo no tiritara de frío al dejarme abrigar por su compasión?

La sabiduría loca y la benevolencia de mi alma es ésta: que no oculta su invierno, ni sus huracanes gélidos, ni siquiera sus sabañones.

Para unos, la soledad es la huída del enfermo; para otros, la soledad es la huída ante el enfermo.

¡Que me oigan gemir y sollozar ante el invierno todos esos pobres seres, esos pícaros seres inútiles! ¡Con tales gemidos y suspiros, huyo de sus confortables viviendas!

¡Que giman y me compadezcan por mis sabañones! "¡En el hielo de su conocimiento acabará por helarnos!", dicen gimiendo.

Entretanto, y con los pies calientes, recorro yo, de un lado a otro, mi Monte de los Olivos, y en un rincón soleado del mismo canto y me río de toda compasión."

Así habló Zaratustra.

AL PASAR

Caminando así a través de muchos pueblos y de varias ciudades, llegó Zaratustra, después de largos rodeos, a su montaña y a su caverna.

Y de paso llegó también, inopinadamente, a la puerta de la "Gran Ciudad"; pero cuando se disponía a entrar, salióle al encuentro un loco cubierto de espuma y que, con los brazos extendidos, le interceptaba el paso. Este loco era aquel a quien el pueblo llamaba "el mono de Zaratustra", porque había cogido algunos gestos de éste y el final de sus frases y utilizaba también lo que podía del tesoro de su sabiduría. El loco habló así a Zaratustra:

"¡Oh Zaratustra! Esta es una gran ciudad, en la que nada se te ha perdido y, en cambio, puedes perderlo todo si entras en ella.

¿Por qué vienes a ensuciarte los pies en este barrizal? Ten compasión de ellos. Más te vale escupir a las puertas de la Gran Ciudad... y volver grupas.

Esto es un infierno para los pensamientos solitarios. Aquí los grandes pensamientos se cuecen vivos hasta que se hacen papilla. Aquí se corrompen todos los grandes sentimientos: aquí sólo se permite manifestarse a los sentimientos mezquinos y secos.

¿No notas ya el olor de los mataderos y de los figones del espíritu? ¿No adviertes que pesa sobre la ciudad el vaho de los espíritus sacrificados en el matadero?

¿No ves cómo cuelgan las almas, suspendidas como si fueran blandas piltrafas sucias? Y aun hacen gacetas con tales piltrafas.

¿No oyes cómo se trueca aquí el espíritu en un juego de

palabras? ¡Un villano juego de equívocos y retruécanos! ¡Y aún hacen gacetas con ese agua de fregar!

Se molestan los unos a los otros sin saber por qué. Se enardecen sin saber para qué. Hacen ruidos con sus hojalatas y agitan su oro para que tintinee.

Tienen frío y tratan de calentarse con aguardiente; se acaloran y tratan de refrescarse con el contacto de los espíritus helados. Todos padecen la parte de la opinión pública.

Todos los apetitos y todos los vicios tienen aquí su asiento; pero también hay virtudes asalariadas, cuyos dedos sostienen la pluma y cuyo trasero encallece esperando en los almohadones de cuero. Son virtudes consagradas con pequeñas condecoraciones; muchos padres de hijos disecados y desnalgados.

Hay también mucha piedad, y mucha adulación servil, y mucho envilecimiento ante el Dios de los Ejércitos.

Porque de "arriba" es de donde caen las condecoraciones y los sagrados salivazos; hacia arriba se mueven todos los pechos desprovistos de condecoraciones.

La luna tiene su corte, y la corte, sus satélites; y a todo lo que viene de la corte rinden culto el pueblo mendicante y todas las virtudes mendicantes.

"Yo sirvo, tú sirves, él sirve": así imploran todas las virtudes al príncipe para que lluevan las condecoraciones sobre sus raquíticos pechos.

Pero la luna vuelve la cara a todo lo terrestre, y el príncipe también a lo más terrestre, que es el oro de los tenderos.

El dios de los ejércitos no es el dios de las barras de oro; el príncipe reina, pero el tendero gobierna.

Por todo lo que es luz, y fuerza, y bondad, ¡oh Zaratustra!, yo te conjuro. Escupe sobre esta ciudad de tenderos y márchate de aquí.

La sangre corre aquí, por todas las venas, viciada, corrompida y espumeante; escupe sobre la Gran Ciudad, que es el gran vertedero donde fermentan todos los detritus.

Escupe sobre la gran ciudad de las almas deprimidas y de los pechos escuálidos, de los ojos febriles y de los dedos pringosos; sobre la gran ciudad de los impertinentes, de los desvergonzados, de los vocingleros, de los escribidores y de los ambiciosos sin freno; donde pulula todo lo podrido, todo lo infame, todo lo lascivo, todo lo sombrío, cancroso y aleve."

Pero al llegar aquí, Zaratustra se arrojó sobre el loco, que echaba espuma por la boca, y se la tapó para no dejarle hablar.

"¡Cállate ya — exclamó Zaratustra —; ya me están dando asco hace tiempo tus palabras y tú mismo!

¿Por qué viviste tanto tiempo al borde de este pantano, acabando por convertirte en rana y en sapo?

Por tus mismas venas ¿no corre acaso una sangre corrompida y espumosa, sangre cenagosa que te ha hecho croar y blasfemar?

¿Por qué no te marchaste al bosque? ¿Por qué no labraste la tierra? ¿No está cuajado el mar de islas fértiles?

Yo desprecio tu desprecio, y esas advertencias ¿por qué no te las hiciste antes a ti mismo?

Sólo del amor, y no del cenagoso pantano, volará mi desprecio y el pájaro admonitor.

A ti te llaman mi mono, loco que echas espuma por la boca; pero yo te llamo mi cerdo gruñón: con sus gruñidos estropeas mi canto a la locura.

¿Qué es lo que te hizo gruñir primeramente? Que nadie te alababa como tú querías; por eso te aposentaste aquí, al lado de esas basuras, con el fin de tener pretexto para gruñir, pretexto para vengarte. Porque has de saber, loco vanidoso, que toda tu indignación no es más que venganza: ¡te conozco perfectamente!

Pero tus discursos de loco me perjudican, aun cuando tienes razón. Y aun cuando las palabras de Zaratustra tuvieran cien veces razón, siempre me perjudicarías con tus discursos."

Así habló Zaratustra mirando a la gran ciudad. Luego suspiró y guardó un largo silencio. Por fin, volvió a hablar:

"También a mí me da asco esta gran ciudad; no sólo siento asco del loco. Ni aquí ni allí hay nada que mejorar ni empeorar.

¡Ay de esta gran ciudad! ¡Y yo quisiera ya ver la columna de fuego que la reducirá a cenizas!

Porque es preciso que las columnas de fuego precedan al gran Mediodía. Sin embargo, éste tiene señalado su tiempo y su propio destino.

Y al despedirme de ti, loco, te doy este consejo: "¡Cuando ya no se puede amar, se debe "pasar"!"

Así habló Zaratustra, y pasó por delante del loco y de la ciudad.

DE LOS APOSTATAS

1.

"¡Ay, todo lo que ha poco tiempo lozaneaba en esta pradera ya está marchito y mustio! ¡Cuánta miel de esperanza saqué de aquí para mi colmena!

Todos estos corazones jóvenes ya han envejecido, y no es que sean viejos: es que están cansados y son vulgares e indolentes; a esto lo llaman ellos "es que hemos vuelto a ser piadosos".

Hará poco tiempo aún los vi un día salir, a hora muy temprana, llevados por sus valientes piernas; pero las piernas de su conocimiento se cansaron, y ahora llegan a calumniar su valentía matinal.

En verdad, más de uno de ellos hacía zapatetas como un bailarín; la risa de mi sabiduría le hacía señas. Luego reflexionó. Y ahora le veo encorvado, arrastrándose en pos de la cruz.

Los poetas jóvenes revolotean, como las mariposas, en torno de la luz. Cuando son un poco más viejos y un poco más fríos, se acomodan junto al fuego llenos de cavilaciones y de vanidad.

¿Es que su corazón se desalentó porque la soledad me había tragado como si fuera una ballena? ¿Acechaban en vano sus oídos con el deseo de escuchar el son de mis clarines y mis llamadas de heraldo?

¡Ay, qué pocos son los que conservan el corazón animoso y valiente por mucho tiempo!, y estos pocos conservan el espíritu paciente. Todo lo demás es cobardía.

Y este "todo lo demás" es siempre la mayoría, los de todos los días, el exceso, los muchos para muchos: todos éstos son cobardes.

El que sea de mi estirpe encontrará en su camino las mismas aventuras que yo, y sus primeros compañeros serán cadáveres y payasos.

Sus otros compañeros se llamarán sus fieles: será un enjambre viviente, con mucho amor, mucha locura, mucha veneración imberbe.

El que sea de mi estirpe (y viva entre hombres) no deberá entregar su corazón a estos creyentes. Y el que conozca la cobarde y huidiza raza humana no creerá en estas primaveras ni en estos prados cubiertos de flores multicolores.

Si pudieran proceder de otro modo estos fieles, también querrían de otro modo. Lo que se hace a medias estropea el todo.

Si las hojas se secan en los árboles, ¿por qué hemos de quejarnos?

¡Déjalos que se caigan, déjalos que se vayan, ¡oh Zaratustra!, y no lo sientas! Es preferible que soples entre ellos como viento devastador.

¡Sopla entre estas hojas, Zaratustra, para que todo lo marchitado se aleje cuanto antes de ti!

2.

"Hemos vuelto a ser piadosos", dicen estos apóstatas, aunque muchos de ellos son demasiado cobardes para confesarlo.

Y a éstos los miro yo a los ojos, y les digo en su rostro y en sus mejillas sonrosadas: "¡Sois de esos que vuelven a rezar!"

Pero rezar es una vergüenza. No para todos, sino para ti, y para mí, y para los que llevan su conciencia en el cerebro. ¡Para ti es una vergüenza rezar!

Y tú lo sabes muy bien: ese demonio cobarde que llevas dentro de ti se complace en juntar las manos y en cruzar los brazos, y quiere llevar todavía una vida más regalona; ese demonio cobarde murmura en tu oído: "¡Hay un Dios!"

Pero esto te coloca entre los oscurantistas, a quienes la luz nunca les deja reposar. Ahora te ves obligado a sumergir tu cabeza, cada vez más profundamente, en la noche y en las tinieblas.

En verdad, supiste escoger tu hora, porque las aves nocturnas han reanudado su vuelo. La hora de los pájaros nocturnos ha llegado, la hora solemne del descanso, en la que aquéllos no descansan.

Lo percibo por el oído y el olfato: ha llegado la hora de las cacerías y procesiones; no de las cacerías salvajes, sino de las cacerías apacibles de los que husmean en los rincones, de los que andan sin hacer más ruido que el susurro de sus oraciones; de una cacería de hipócritas espirituales; todas las ratoneras de corazones están preparadas de nuevo. Y cuando levanto la cortina, se precipita volando una falena.

¿Se habría refugiado allí con otra falena? Porque en todas partes percibo el olor de pequeñas comunidades ocultas: y donde hay escondrijos hay nuevos santurrones que esparcen el tufo de los santurrones.

Durante noches enteras permanecen juntos diciéndose: "Volvemos a ser como los niños pequeños y a invocar a Dios", aunque tengan la boca y el estómago estropeados por los confiteros devotos; o permanecen durante tardes enteras mirando a la astuta araña, que está en acecho y que predica a las otras arañas la sabiduría, enseñándoles que: "al pie de las cruces es donde se debe tejer la tela".

O se dedican días enteros a pescar con caña al borde de los pantanos, creyendo que en esto consiste la profundidad; pero al que pesca donde no hay peces no le considero ni superficial.

O bien aprenden, con alegría fervorosa, a tocar el arpa en casa de un cancionero, que de muy buena gana se insinuaría con su arpa en el corazón de las jóvenes, porque está cansado de las viejas y de sus alabanzas.

O conocen el escalofrío del pavor en casa de un sabio medio chiflado, que espera que se le aparezcan los espíritus en sus cuartos obscuros, mientras que su espíritu desaparece por completo.

O escuchan a un viejo charlatán, vagabundo y músico ambulante, que ha aprendido de la tristeza del viento el lamento de los sonidos; luego silba al compás del viento y predica con tristes acentos la tristeza.

Algunos de ellos se han hecho serenos, y sólo saben tocar el pito del sereno, pasar por la noche e interrumpir el sueño de muchas cosas largo tiempo dormidas.

Anoche, cuando pasé a lo largo del muro del jardín, oí cinco palabras referentes a estas cosas viejas: provenían de estos tristes y endebles vigilantes nocturnos.

"En cuanto padre, no se preocupa bastante de sus hijos; los padres humanos lo hacen mucho mejor".

"¡Es demasiado viejo! Ya no se preocupa ni mucho ni poco de sus hijos": esto le contestó el otro sereno.

"Pero ¿tiene hijos? Nadie puede probarlo si él mismo no lo prueba. Ya hace largo tiempo que quisiera que de una vez para siempre lo probara categóricamente".

"¿Probar ése? ¡Como si hubiera probado algo en su vida! Le cuesta mucho trabajo demostrar; da mucha importancia a que se crea en él".

"¡Sí, sí! La fe le salva, la fe en él mismo. Esta es la costumbre de los viejos. Lo mismo nos ocurre a nosotros".

Así hablaron los dos vigilantes enemigos de la luz, y al punto soplaron tristemente en sus silbatos; eso fué lo que pasó anoche a lo largo de los viejos muros del jardín.

Mi corazón se retorcía de risa, y quería partírseme, pero no sabía cómo; y la risa me lastimó el diafragma.

En verdad la causa de mi muerte será la risa si veo alguna vez burros embriagados o escucho a los serenos dudar de Dios, como ahora.

¿Es que no pasó ya, hace mucho tiempo, el tiempo de semejantes dudas? ¿Quién tendrá derecho todavía a despertar de su sueño a esas cosas hace tanto tiempo dormidas y enemigas de la luz?

Hace ya mucho tiempo que se acabaron los antiguos dioses, ¡y por cierto que tuvieron un fin muy alegre y divino!

No murieron por su ocaso—¡sería mentir afirmarlo!—; al contrario: ¡se suicidaron a fuerza de reír!

Esto sucedió cuando un dios pronunció las palabras más impías, a saber: "No hay más que un Dios. ¡Delante de mí, no adorarás a ningún otro Dios!"

Un viejo dios barbudo y envidioso se olvidó así.

Y todos los dioses rieron y gritaron, vacilando en sus asientos: "¿No consiste precisamente la divinidad en que haya dioses y que, sin embargo, no haya un Dios?"

El que tenga oídos que oiga".

Así habló Zaratustra a la ciudad que amaba y que se denomina "la Vaca multicolor". Porque desde allí sólo le restaban dos días de marcha para volver a su caverna y a sus animales, y su alma se regocijaba jubilosa al saber la proximidad del regreso.

EL REGRESO

"¡Oh soledad! ¡Soledad, patria mía! He vivido tanto tiempo lejos de ti, como un salvaje en lejanas tierras, que al volver a ti no puedo contener mis lágrimas.

Amenázame con el dedo como amenazan las madres, y sonríeme como sonríen las madres; dime: "¿Quién fué el que, como un huracán, huyó un día de mi lado y que, al separarse de mí, exclamó: "¡He vivido tanto tiempo en la soledad, que se me ha olvidado el silencio!?" ¿Es esto lo que ahora has aprendido?

¡Oh Zaratustra, yo todo lo sé: sé que tú, el único, estuviste mucho más solitario que a mi lado. Pero una cosa es abandono y otra soledad: ¡ahora lo conoces! Como también que entre los hombres siempre te encontrarás salvaje y desconocido; salvaje y desconocido aun cuando te amen: porque, ante todo, quieren que se les mime.

Pero aquí estás en tu casa y en tu hogar; aquí puedes decirlo todo y desahogarte; aquí nadie se avergüenza de sus más íntimos sentimientos.

Aquí todas las cosas se acercan a tus discursos y te halagan, pues quieren cabalgar en tus espaldas. Sobre todos los símbolos, cabalgas tú hacia todas las verdades.

Tú puedes hablar aquí a todas las cosas con sinceridad, y, en verdad, ¡qué bien suena en sus oídos que se les hable con rectitud! Les suena a alabanza.

Pero estar abandonado es otra cosa. ¿Lo sabes, Zaratustra? Cuando tu pájaro te hablaba desde la rama; cuando estabas indeciso, sin saber adónde dirigirte, con un cadáver al lado; cuando decías: "¡Que mis animales me guíen! Más peligros hallé entre los hombres que entre los animales": ¡eso era abandono, Zaratustra!

¿Te acuerdas, Zaratustra? Cuando arribaste a tu isla, como un manantial de vino junto a cubas vacías, dando de beber a los sedientos, hasta que, por fin, fuiste tú el único sediento entre los borrachos y por la noche te lamentabas: "¿No es más dulce recibir que dar? Y ¿no hay más dicha en robar que en recibir?": ¡eso era abandono!

¿Y recuerdas también, oh Zaratustra? Cuando tu hora más silenciosa llegó y huiste de ti mismo porque te decía con un susurro maligno: "¡Habla y rómpete!"; cuando el esperar y el callar te cansaron y te abandonó tu pobre ánimo: ¡aquello era abandono!"

"¡Oh soledad! ¡Soledad, patria mía! ¡Cuán dulce y tiernamente me habla tu voz!

Nada nos preguntamos el uno al otro; no nos lamentamos juntos; atravesamos los dos juntos por todas las puertas abiertas.

Pues en tu hogar todo está abierto y claro y las horas pasan más ligeras. En la obscuridad, el tiempo parece más pesado que en la luz.

Aquí todo se me revela, tanto en su esencia como en su expresión: todo ser quiere aquí hacerse verbo, todo devenir quiere aprender a hablarme.

Más allí toda palabra es vana. Allí la mejor ciencia es olvidar y pasar: esto es lo que allí aprendí.

El que quiera aprenderlo todo en los hombres tendrá que cogerlo todo. Mas, para esto, tengo yo las manos demasiado limpias.

Yo no quisiera ya respirar donde ellos respiran; ¡ah! ¿haber vivido tanto tiempo entre su estrépito y su respiración?

¡Oh, qué bendita soledad me rodea! ¡Qué puros olores me envuelven! ¡Oh este silencio que me deja respirar a mi gusto! ¡Cómo sabe escuchar este bendito silencio!

Pero allí todos hablan y nadie se entiende. Cada cual

proclama su sabiduría a toque de campana; pero los tenderos ahogan su voz con el tintineo de sus ochavos.

Todo habla en ellos, nadie sabe ya comprender. Todo cae en el agua; nada cae ya en fuentes profundas.

Todo habla en ellos, nada se lleva a cabo ni se termina. Todo es cacareo, y ¿quién podrá permanecer en el nido empollando los huevos?

En ellos todo habla, todo se diluye, y lo que ayer era bastante duro hasta para el tiempo mismo y para sus dientes, cuelga hoy, desgarrado y corroído, de la boca de los hombres actuales.

Todo habla en ellos. Todo es revelado indiscretamente, y lo que en otro tiempo se denominaba secreto y misterio de las almas profundas hoy está a merced de los trompeteros de la calle y de otros charlatanes por el estilo.

¡Oh naturaleza humana, qué extraña eres! Haces estrepito en las obscuras callejas. Pero ya te dejé atrás: mi mayor peligro ya lo he dejado atrás.

Mis mayores peligros fueron siempre los mimos y la compasión, y todos los seres humanos quieren que se les mime y se les compadezca.

Siempre viví entre los hombres reservando mis verdades, agitando las manos como un loco y lleno el corazón de las pequeñas mentiras de la compasión.

Entre ellos andaba yo disfrazado, propenso a desconocerme, para poderlos soportar, y diciéndome: "¡Qué loco estás que no conoces a los hombres!"

Cuando se vive entre los hombres, se desconoce a los hombres. Hay mucha fachada en todos los hombres. ¿Cómo podría haber en ellos perspectivas y ojos perspicaces?

Y cuando ellos me desconocían en mi locura, tenía yo para ellos más consideraciones que para mí mismo, porque estaba acostumbrado a ser duro para mí mismo, y con frecuencia me vengaba en mí mismo de tales consideraciones.

Picado por mosquitos venenosos y roído como la piedra por las numerosas gotas de la maldad, me veía entre ellos, y me decía: "Todo lo pequeño es inocente en su pequeñez".

Particularmente aquellos que se llaman "los buenos" eran las moscas más venenosas: picaban con toda inocencia y mentían con toda inocencia. ¿Cómo, pues, podían haberme hecho justicia?

Aquel que vive entre los buenos miente por compasión. La compasión sofoca a todas las almas. Porque la estupidez de los buenos no tiene límite.

Allí aprendí a esconderme y a ocultar mi tesoro, porque vi que todos eran pobres de espíritu. Esta era la mentira de

mi compasión: que yo sabía en cada uno, que veía y percibía en cada uno lo que bastaba a su espíritu y también lo que era demasiado espíritu.

A sus severos sabios los llamé sabios, pero no severos: así aprendí a tragarme las palabras. A sus sepultureros les llamé sabios e investigadores: así aprendí a mixtificar las palabras.

Los sepultureros enferman a fuerza de cavar sepulturas. Bajo la tierra hay exhalaciones mefíticas. No se deben remover los pantanos, hay que vivir en las montañas.

Ahora mis venturosas narices respiran de nuevo el aire libre de las montañas; se sienten libres, por fin, del olor de todos los seres humanos.

Mi alma, cosquilleada por la espuma del aire libre como por vino espumoso, estornuda y se brinda a sí misma, gritando: "¡A tu salud!"

Así habló Zaratustra.

DE LOS TRES MALES

1.

"En sueños, en el último sueño de la mañana, estaba yo hoy echado en un picacho, al otro lado del mundo, y tenía en la mano una balanza, en la que pesaba al mundo.

¿Por qué me interrumpió tan pronto la aurora, como si tuviera envidia de mí? Siempre tiene la aurora celos de mis sueños matinales.

Mi sueño encontró al mundo mensurable para el que tiene tiempo, susceptible de ser pesado para el que sabe pesar, accecible a las alas vigorosas, comprensible para los divinos aficionados a enigmas.

Mi sueño, un navío intrépido, medio barco, medio ráfaga de viento, como las mariposas silencioso, impaciente como el halcón, ¿cómo habría tenido tiempo y paciencia para pesar el mundo?

¿Le habría hablado mi sabiduría, mi risueña sabiduría. que vela todo el día, que se burla de todos los mundos infinitos? Pues mi sabiduría habla así: "Donde hay fuerza, el número es el que manda, porque el número tiene más fuerza".

¡Cuán seguro miraba mi ensueño a este mundo finito, sin curiosidad ni indiscreción, ni temores, ni súplicas!

Como si una hermosa manzana se ofreciera a mi mano, dorada manzana de piel fresca y suave como el terciopelo: así se me ofreció el mundo.

Como si me hiciese señas un árbol de largas ramas, un árbol de fuerte voluntad, curvado como respaldo para servir de apoyo y asiento al viajero fatigado: así estaba el mundo sobre mi promontorio.

Como si unas lindas manos se extendieran hacia mí, ofreciéndome un cofrecillo abierto para hechizar a unos ojos púdicos y respetuosos: así se me ofreció el mundo.

No bastante enigmático para hacerse odioso a los hombres ni demasiado obscuro para adormecer la sabiduría humana, ese mundo tan calumniado era para mí algo humanamente bueno.

¡Oh cuán grato fué mi sueño vespertino, que me permitió pesar el mundo! Este sueño consolador del corazón fué para mí algo humanamente bueno.

Y para que yo proceda como él de día, y me sirva de modelo en lo que mejor tiene, voy a poner en la balanza los tres mayores males y a pesarlos con bondad humana.

El que nos enseñó a bendecir también nos enseñó a maldecir. ¿Cuáles son las tres cosas peores que hay en el mundo, sobre las cuales ha caído la maldición?

Esto es lo que quiero averiguar por medio de la balanza.

Voluptuosidad, sed de dominio, egoísmo: estas tres cosas han sido, hasta ahora, maldecidas y calumniadas; estas son las que quiero pesar humanamente bien.

¡Bueno! Aquí está mi promontorio, y allí la mar, que avanza hacia mí con la superficie rizada como la piel de las ovejas; acariciador vino a mi el mar, ese perro viejo monstruoso de cien cabezas, y al que yo tanto amo.

¡Pues bien! Quiero sostener la balanza sobre el mar agitado, y te escojo a ti por testigo para que lo presencies, árbol solitario, de frondosa copa y de fuerte aroma, árbol amado.

¿Cuál es el puente que conduce el presente al porvenir? ¿Cuál es la fuerza que hace que lo más alto se incline a lo más bajo? Y ¿qué es lo que obliga a lo más alto a seguir creciendo?

Ahora está la balanza en el fiel: en uno de sus platillos eché tres preguntas de mucho peso, y en el otro tres respuestas, también de mucho peso.

2.

Voluptuosidad: todos los que desprecian el cuerpo, todos los que visten cilicios la consideran como aguijón y picota, y, como mundo, la maldicen en todos los infiernos, porque se burla y zahiere a todos los herejes.

Voluptuosidad: para la canalla es el lento fuego que la abrasa; para la madera roída por la carcoma, para todos los andrajos apestosos, es horno encendido para ardientes vahos.

Voluptuosidad: para los corazones libres es algo inocente y libre, el jardín de la dicha en la tierra, la gratitud infinita de todo futuro al presente.

Voluptuosidad: sólo para los marchitos es un dulce veneno; mas para los que tienen voluntad de león, es el mayor reconstituyente y el rey de los vinos conservado con veneración.

Voluptuosidad: el gran símbolo de la felicidad para la dicha y la esperanza superiores, porque a muchos les está prometido el matrimonio y más que el matrimonio.

Hay muchas cosas que son más extrañas a sí mismas que el hombre a la mujer, y ¿quién sabe todo lo extraños que son el hombre a la mujer y la mujer al hombre?

Voluptuosidad: pero quiero poner cercado a mis pensamientos, y también a mis palabras, para que no invadan mis jardines los cerdos y los exaltados.

Sed de dominio: el látigo de fuego de los duros de corazón más empedernido, el terrible martirio que para el más cruel reserva la llama sombría de las hogueras vivas.

Sed de dominio: el malvado freno que se pone a los pueblos más vanos, la que hace mofa de todas las inciertas virtudes, a caballo sobre todos los orgullosos.

Sed de dominio: terremoto que destruye todo lo hueco y carcomido, la bronca castigadora que destruye todos los sepulcros blanqueados, el signo de interrogación que, como un relámpago, surge junto a prematuras respuestas.

Sed de dominación: ante su mirada se doblega y se arrastra el hombre, que la sirve y la pone por debajo de la serpiente y el cerdo, hasta que, por fin, el gran desprecio estalla en su alma.

Sed de dominio: la terrible maestra del gran desprecio que les grita a las grandes ciudades "¡Fuera!", hasta que ellos mismos se gritan: "¡Marchémonos!"

Sed de dominio: que pérfidamente sube hasta los puros y los solitarios para atraérselos; que ardorosa, como el amor, que pinta doradas bienaventuranzas en el cielo, asciende hasta la satisfacción de sí mismos.

Sed de dominio: ¿y quién se atrevería a decir de ella que es un deseo, cuando es en la profundidad donde la altura aspira al poderío? En verdad, nada hay de febril en tales deseos ni descensos.

Que la solitaria altura no se contente con su eterna so-

lidad; que la montaña descienda a la llanada y el viento de las alturas a los valles.

¡Oh, quién encontrará el nombre que conviene a un deseo semejante! "¡La virtud que da!": así denominó un día Zaratustra a esto que es indefinible.

Y entonces ocurrió, en verdad por primera vez, que su palabra pronunció el panegírico del egoísmo, pero del egoísmo sano y bueno, que brota del alma poderosa, del alma poderosa que vive en un cuerpo superior, bello, victorioso y confortante, en torno del cual todas las cosas se convierten en espejos: un cuerpo flexible y persuasivo, el danzador cuyo símbolo y cortejo es un alma contenta de sí misma. "Virtud" se llama a la alegría egoísta de estos cuerpos y estas almas.

Con las palabras del Bien y del Mal se cubre a sí misma esta alegría egoísta como en un bosque sagrado; con los nombres de su felicidad destierra de sí todo lo despreciable.

Lejos de sí arroja toda cobardía, y dice: ¡lo malo es lo cobarde! Juzga despreciable al que vive en continua queja, víctima de preocupaciones, lo mismo que al que anda a caza de los pequeños provechos.

Igualmente desdeña toda sabiduría pesimista, porque, en verdad, hay una sabiduría que vive en las tinieblas, que se alimenta de las sombras de la noche, que suspira siempre diciendo: "¡Todo es vanidad!"

Ninguna estimación concede a la tímida desconfianza, ni al que prefiere los juramentos a las miradas y a las manos que se extienden hacia él, ni tampoco a la sabiduría demasiado desconfiada, porque ésta es patrimonio de las almas cobardes.

Aún vale menos para ella el que se arrastra servil y luego se pone boca arriba, temeroso y humilde, pues también hay una sabiduría que se humilla sumisa y obsequiosa.

Le inspiran odio y asco los que no quieren defenderse y tragan salivazos venenosos y miradas malignas, los que todo lo toman con paciencia, porque lo sufren todo y todo les satisface; es decir, los lacayos.

Lo mismo le da el servilismo ante los dioses y ante los puntapiés divinos que ante los hombres y sus estúpidas opiniones, porque este beato egoísmo escupe en el rostro a todos los lacayos.

Malo: así se llama a todo lo que se arrodilla y se doblega hasta quebrarse con servilismo lacayuno, a lo que guiña los ojos sin libertad, o los corazones oprimidos y los seres falsos e indecisos, que besan temerosamente con sus gruesos labios.

Menguada sabiduría llama a todos los alardes de ingenio de los criados, de los viejos y agotados, y sobre todo a la artificiosa y loca pedantería de los sacerdotes.

Y, sin embargo, ¡cuántas no fueron las intrigas de los sacerdotes contra el egoísmo, y de los hastiados de la vida, y de todos los de alma femenina y lacayuna!

Pero esto debía ser la virtud, y llamar virtud a todo lo que fuera contra el egoísmo.

Y todas esas arañas cobardes y hastiadas del mundo se jactan de ser "desinteresadas".

Pero el día se acerca para todos ellos, el gran Mediodía, en el que muchas cosas serán transformadas, y otras reveladas.

Y el que ensalce el yo y sacrifique el egoísmo será el profeta que dirá lo que sabe: "¡Mirad, ya viene, ya se acerca el gran Mediodía!"

Así habló Zaratustra.

DEL ESPIRITU DE PESADEZ

1.

"Mi boca es la boca del pueblo; yo hablo demasiado francamente, demasiado groseramente para los elegantes. Pero mi palabra parece más extraña aún a los escribidores y a los plumíferos.

Mi mano es mano de loco: ¡ay de todas las mesas, y de todas las paredes, y de todo aquello que se presta a ornamentaciones y garrapateos de loco!

Mi pie es una pezuña de caballo; con él troto yo y galopo por montes y collados, andando de aquí para allá, y el placer hace que el diablo me entre en el cuerpo durante mi rápida carrera.

Mi estómago es quizá el estómago de un águila, pues prefiere la carne de cordero. Pero no hay duda que es un estómago de pájaro.

Alimentado con substancias inocuas y frugales, presto a volar e impaciente por remontarme a las alturas: así es como me gusta ser; ¡cómo no he de ser un pájaro!

Y soy, sobre todo, pájaro, porque soy enemigo del espíritu de pesadez, y enemigo a muerte, enemigo jurado, enemigo nato. ¡Adónde no voló, extraviándose, mi voluntad!

Sobre esto podría yo entonar un canto, y quiero entonarle, aunque esté solo en una casa vacía y aunque sea preciso que cante para que me oigan mis propias orejas.

Hay también otros cantores que no tienen la garganta ágil, la mano elocuente, el ojo expresivo y el corazón despierto más que cuando la casa está llena; yo no soy de esos.

2.

El que aprendiese a robar a los hombres del porvenir habría rebasado todos los límites; para él los límites mismos se disolverían en el aire, bautizaría de nuevo la tierra, la llamaría "la ligera".

El avestruz corre más que el más rápido corcel, pero también hunde pesadamente su cabeza en la dura tierra: así le sucede al hombre, que no sabe todavía volar.

La tierra y la vida le parecen pesadas, y esto es lo que quiere el espíritu de la pesadez. Sin embargo, el que quiere ser ligero como un pájaro debe amarse a sí mismo: así es como enseño "yo".

No os améis con el amor de los enfermos y de los febriles, pues en éstos hasta el amor propio huele mal.

Es preciso saber amarse a sí mismo, con amor sano y saludable, para saber soportarse a sí mismo y no vagabundear: esto es lo que yo enseño.

Este vagabundeo se ha dado el nombre de "amor al prójimo": esta palabra de amor es la que ha encubierto más mentiras y disimulos, y especialmente los que más pesaban a todo el mundo.

Y, en verdad, "aprender" a amar no es un mandamiento para hoy y para mañana. Por el contrario, de todas las artes, es la más sutil, la más astuta, la última y la más paciente.

Pues, para su poseedor, toda posesión está bien oculta, y, de todos los tesoros, el que os es propio es el que más tarda en ser descubierto: ésta es la obra del espíritu de pesadez.

Cuando apenas estamos en la cuna, ya se nos provee de palabras pesadas y de valores pesados; "Bien" y "Mal": así se llama este patrimonio. A causa de estos valores, se nos perdona la vida.

Y para prohibirles con tiempo que se amen a sí mismos, se deja llegar a los pequeñuelos: ésta es la obra del espíritu de pesadez.

Y nosotros arrastramos fielmente la carga que se nos impone, con fuertes espaldas y a través de áridas montañas. Y si nos quejamos del calor, se nos dice: "¡Sí, la vida es una carga pesada!"

¡Pero la única carga pesada es el hombre! Pues arrastra consigo y lleva sobre sus hombros una porción de co-

sas extrañas. Semejante al camello, se arrodilla para que le carguen bien.

Sobre todo el hombre vigoroso y paciente, tocado de veneración: carga sobre sus hombros muchas palabras y valores extraños y pesados; ¡entonces la vida es para él un desierto!

Y en verdad, muchas cosas que os son propias son también pesadas de llevar. Y el interior del hombre se parece mucho a la ostra: es repugnante, viscoso y difícil de coger; de suerte que una noble corteza, con nobles ornamentos, se ve obligada a intercceder por el resto. Pero hay que aprender también este arte: ¡poseer corteza, una bella apariencia y una prudente ceguera!

En el hombre nos hemos equivocado todavía sobre otras muchas cosas, porque hay muchas cortezas que son pobres y tristes y que son demasiado corteza. Hay muchas fuerzas y bondades ocultas que no son nunca adivinadas; los manjares más delicados no encuentran golosos.

Las mujeres saben esto, las más delicadas — un poco más gordas, un poco más delgadas—; ¡ah, cuánto destino hay en tan poca cosa!

El hombre es difícil de descubrir, y más difícil aún de descubrirse a sí mismo; muchas veces el espíritu miente con motivo del alma. He aquí la obra del espíritu de pesadez.

Pero el que se descubre a sí mismo es el que dice: "Este es "mi" bien y "mi" mal". Por estas palabras ha hecho callar al topo y al enano, que dicen: "Bien para todos, mal para todos".

En verdad tampoco me gustan aquellos que sirven para todo y que llaman a este mundo el mejor de los mundos. A éstos los llamo yo satisfechos del todo.

¡El contento que gusta del todo no es el mejor gusto! Honro a la lengua del goloso, al paladar delicado y difícil que ha aprendido a decir: "Yo", y "Sí" y "No".

Pero tragárselo todo y digerirlo todo es hacer lo que los cerdos. Decir siempre I-a (1), es lo que hacen los burros y sus similares.

Lo que a mí me gusta es el rojo intenso y el amarillo profundo, mezclado con sangre de todos los colores. Pero el que blanquea su casa demuestra que tiene también blanqueada su alma.

Unos enamorados de las momias, otros, de los fantasmas, y todos, igualmente enemigos de la carne y de la sangre; ¡cuán contrarios son todos a mi gusto! ¡Cuánto me gusta a mí la sangre!

Y yo no quiero permanecer donde todos escupen: éste

(1) En alemán, "Ja" es sí. (N. del T.)

es ahora mi gusto; preferiría con mucho vivir entre los bandidos y los perjuros. Nadie tiene oro en la boca.

Pero los lamedores de gargajos me repugnan más aún; y la bestia más repugnante que yo he encontrado entre los hombres la he llamado parásito: ésta no quiere amar, y quiere vivir del amor.

Llamo desgraciados a todos los que no pueden elegir entre dos cosas: ser bestias feroces o domadores de bestias feroces; no quisiera yo levantar mi tienda al lado de éstos.

Llamo desgraciados a los que están obligados a esperar siempre; no son de mi gusto todos esos alcabaleros, especieros, esos reyes y todos los demás guardianes de países y de tiendas.

En verdad yo también he aprendido a esperar, a esperar mucho tiempo, pero a esperarme a "mí". Y, sobre todo, he aprendido a estar de pie, a andar, a correr, a saltar, a trepar y a bailar.

Pues mi doctrina es que quien quiere aprender a volar algún día debe aprender a tenerse de pie, a andar, a correr, a saltar, a trepar y a bailar: no se aprende a volar de repente.

Yo he aprendido a escalar más de una ventana con escalas de cuerda; con ágiles piernas he trepado a los más altos mástiles: ¡estar sentado sobre los altos mástiles del conocimiento, qué felicidad!; llamear sobre los altos mástiles como pequeñas llamas: ¡sólo una pequeña llamita, pero un gran consuelo para los barcos perdidos y para los náufragos!

He llegado a mi verdad por muchos caminos y de muchas maneras; no he subido por una sola escalera a la altura desde donde mis ojos miran hoy a lo lejos.

Y siempre me ha costado trabajo preguntar mi camino; nunca me gustó. He preferido siempre interrogar y probar a los mismos caminos.

Probar e interrogar: ésa fué siempre mi manera de caminar; y, en verdad, hay que aprender a responder a semejantes preguntas. Pues esto me gusta, este gusto no es bueno ni malo, pero es mi gusto, del cual no tengo que avergonzarme ni tengo por qué ocultarle.

"Este, ¿es ahora mi camino o es el vuestro?" Esto es lo que yo respondía a los que preguntaban "el camino". Pues el camino, el camino no existe".

Así habló Zaratustra.

DE LAS VIEJAS Y DE LAS NUEVAS TABLAS

1.

"Estoy sentado y espero, rodeado de viejas tablas rotas y de nuevas tablas a medio escribir. ¿Cuándo llegará mi hora, la hora de mi descenso y de mi decadencia?, pues quiero volver otra vez al lado de los hombres.

Eso es lo que ahora espero, pues es preciso que antes me lleguen los signos anunciando que ha sonado mi hora: el león ridente con la bandada de palomas.

Mientras tanto, hablo como un hombre que dispone de tiempo, me hablo a mí mismo. Nadie me cuenta cosas nuevas; me las contaré yo.

2.

Cuando aparecí entre los hombres, les encontré sentados sobre una antigua presunción. Todos creían saber, desde hacía mucho tiempo, lo que es el Bien y el Mal para el hombre.

Toda discusión sobre la virtud les parecía una cosa anticuada y enojosa, y el que quería dormir bien hablaba también del "Bien" y del "Mal" antes de irse a la cama.

Yo sacudí la torpeza de este sueño cuando enseñé: ¡Nadie sabe aún lo que es el Bien y el Mal si no es el creador!

Pero este creador es el que crea el fin de los hombres y da su sentido y su porvenir a la tierra: él es el único que crea el bien y el mal de todas las cosas.

Y yo les ordené que derribaran sus viejos púlpitos, y, siempre que encontraba esta vieja presunción, les mandé que se rieran de sus grandes maestros de virtud, de sus santos, de sus poetas y de sus salvadores del mundo.

Les ordené que se rieran de sus sabios austeros, y les puse en guardia contra los negros espantajos colocados sobre el árbol de la vida.

Yo me senté al borde de su gran vía de sepulcros, con la carroña y los buitres, y me reí de todo su pasado y del esplendor estéril de todo su pasado, que se derrumba.

En verdad, semejante a los penitentes y a los locos, anatematicé lo que tiene de grande y de pequeño, y la pequeñez de lo mejor que tienen, la pequeñez de lo peor que tienen, me hacía reír.

Mi sabio deseo brotaba de mí con gritos y risas; ver-

daderamente ha nacido en las montañas, como una sabiduría salvaje, mi gran deseo de alas ruidosas.

Muchas veces me ha llevado bien lejos, más allá de los montes, hacia la altura, en medio de la risa — entonces me sucedía que volaba estremecido, como una flecha, a través de éxtasis ebrios de sol—; más allá, en los lejanos futuros que nadie ha visto, en los mediodías más cálidos que jamás pudo soñar la imaginación humana; allá donde los dioses danzantes tienen vergüenza de toda clase de vestiduras — para que yo hable en parábolas, y tartamudee, y cojee como los poetas; ¡y, en verdad, me da vergüenza de verme obligado a ser aún poeta!

Donde todo devenir me parece danzas y malicias divinas, en donde el mundo desencadenado y desenfrenado se refugia dentro de sí mismo, como una eterna huída de sí mismo y una eterna busca de sí mismo entre aquellos dioses numerosos como una feliz contradicción de sí mismo, como una repetición y un retorno hacia sí mismo de los dioses numerosos. Donde todo tiempo me parecía una feliz burla de los instantes; donde la necesidad era la libertad misma, que se divertía jugando con el aguijón de la libertad; donde yo encontré también a mi antiguo demonio y a mi enemigo nato, el espíritu de pesadez, y todo lo que éste ha creado: la coacción, la ley, la necesidad, la consecuencia, el fin, la voluntad, el bien y el mal.

Pues ¿no es preciso que haya cosas sobre las cuales se pueda danzar y pasar? ¿No es preciso que haya a causa de los que son ligeros, y los más ligeros, topos y pesados enanos?

3.

Allí fué también donde recogía en mi camino la palabra "Superhombre" y esta doctrina: el hombre es algo que debe ser superado; el hombre es un puente y no un fin: sedicente dichoso de su mediodía y de su tarde, un camino hacia nuevas auroras: la palabra de Zaratustra sobre el Gran Mediodía y todo lo que yo he suspendido por encima de los hombres, semejante a un segundo poniente de púrpura.

En verdad también les hice ver nuevas estrellas y nuevas noches, y, sobre las nubes del día y de la noche, he tendido mi risa como una tienda de colores.

Les mostré todos "mis" pensamientos y todas "mis" aspiraciones, les enseñé a unir y a reunir todo lo que en el hombre no son más que fragmentos, y enigmas, y contingencias lúgubres.

Como poeta, como adivinador de enigmas, como reden-

tor del azar, les enseñé a ser creadores de porvenir y a salvar, creando, todo lo que "fué".

Salvar el pasado en el hombre y transformar todo "lo que era", hasta que la voluntad dijese: "¡Pero así es como yo quería que esto fuese! ¡Así es como yo lo querré!"

Esto es lo que yo he llamado salud para ellos, esto es lo que les he enseñado a llamar salud únicamente.

Ahora yo espero "mi" salud, para volver, por última vez, a su lado.

Pues yo quiero volver otra vez entre los hombres: entre ellos es donde quiero desaparecer, y, al morir, quiero ofrecerles la más rica de mis dádivas.

Esto lo he aprendido yo del sol, cuando se pone: del sol, demasiado rico: siempre esparce por el mar el oro de su riqueza inagotable, de suerte que aún los más pobres pescadores reman entonces con remos "dorados". Pues esto fué lo que yo vi en otro tiempo, y, mientras yo miraba, mis lágrimas corrían sin cesar.

Semejante al sol, Zaratustra, él también, quiere desaparecer; ahora está sentado allí, esperando, rodeado de viejas tablas rotas y de otras nuevas, a medio escribir.

4.

Mira, he aquí una nueva tabla; pero ¿dónde están mis hermanos, que la llevarán conmigo al valle y a los corazones de carne?

Así lo quiere mi grande amor a los que están más lejos: no tengas compasión de tu prójimo. El hombre es algo que debe ser superado.

Se puede llegar a la superación por caminos y medios diferentes: ¡tú eres el que debe elegir estos caminos! Pero sólo el bufón es el que dice: "Se puede también saltar por encima del hombre".

Supérate a ti mismo en tu mismo prójimo: ¡no debes dejar que te den un derecho que tú eres capaz de conquistar!

Lo que tú haces nadie habrá que pueda hacértelo a ti. Ya ves: no hay recompensa.

El que no puede mandarse a sí mismo debe obedecer. Y hay quien sabe mandarse, pero está muy lejos de saber obedecerse.

5.

Este es el estilo de las almas nobles: no quieren gozar de nada en vano, y, menos que otra cosa, de la vida.

El que forma parte del populacho quiere vivir de balde; pero nosotros, a los que se nos ha dado la vida, pensamos siempre qué podríamos dar, en cambio, que más valiera.

Y en verdad es muy noble decir: "Lo que la vida nos ha prometido, nosotros queremos conservárselo a la vida".

No se debe querer gozar cuando nada se da a gozar. Y no se debe "querer" gozar.

Pues el goce y la inocencia son las dos cosas más púdicas: ninguna de las dos puede ser buscada. Hay que "poseerlas": pero vale más buscar la deuda y el dolor.

6.

¡Oh hermanos míos, el precursor es siempre sacrificado! Ahora bien, nosotros somos precursores.

Todos nosotros derramamos nuestra sangre en el altar de los sacrificios, nos quemamos y nos tostamos en honor de los viejos ídolos.

Lo que hay mejor en nuestros gestos es todavía joven: es lo que irrita a los viejos paladares. Nuestra carne es tierna, nuestra piel es piel de cordero: ¡cómo no hemos de tentar a los viejos sacerdotes idólatras!

El viejo sacerdote idólatra habita todavía dentro de nosotros, y se prepara un festín con lo mejor que tenemos. ¡Ay hermanos míos, cómo no han de ser sacrificados los precursores!

Pero así lo quiere nuestra calidad; y yo amo a los que no quieren conservarse. Yo amo con todo mi corazón a los que sucumben, porque pasan al otro lado.

7.

¡Pocas personas "saben" ser veraces! ¡Y el que lo sabe no quiere serlo! Y menos que todos los demás, los buenos.

¡Oh, esos buenos! "Los hombres buenos no dicen nunca la verdad"; ser bueno de tal manera es una enfermedad del espíritu.

Ceden esos buenos, se rinden, su corazón repite palabras ajenas y su razón obedece; pero el que obedece "no se oye a sí mismo".

Todo lo que para los buenos es malo debe reunirse para que nazca "una verdad"; ¡oh amigos míos!, ¿sois bastante malos "para" esta verdad?

La audacia temeraria, la larga desconfianza, el cruel no, el hastío, el cortar por lo sano: ¡qué difícil es que se dé

todo esto reunido! Y, sin embargo, de estas simientes es de las que nace la verdad.

Al lado de la mala conciencia nace justamente hoy toda ciencia. ¡Romped, rompedme las viejas tablas, vosotros que buscáis el conocimiento!

8.

Cuando hay tablones echados sobre el agua, cuando hay pasarelas y balaustradas sobre el río, en verdad entonces no se creerá a nadie que diga que "todo se hunde".

Por el contrario, los mismos imbéciles dicen lo contrario. "¡Cómo! — exclamarán—. ¿Todo se va al fondo? ¡Pues las tablas y las barandillas están encima del río!"

Por encima del río todo está firme; todos los valores de las cosas, los puentes, las nociones, todo lo que es el "Bien" y el "Mal": todo esto está sólido.

Y cuando llega el invierno, el domador de los ríos, los más maliciosos aprenden a desconfiar; y, en verdad, entonces no son únicamente los imbéciles los que dicen: "¿No estará todo inmóvil?"

"En el fondo, todo está inmóvil": ésta es una verdadera enseñanza de invierno, una buena cosa para los tiempos estériles, un buen consuelo para el sueño invernal y para los sedentarios.

"En el fondo, todo está inmóvil"; ¡pero el viento del deshielo eleva su protesta contra esta palabra!

El viento del deshielo, un toro que no trabaja, un toro furioso y destructor que rompe el hielo con sus cuernos irritados. Sin embargo, el hielo "rompe los puentecillos".

¡Oh hermanos míos, ¿"no se hunde todo" ahora? Todas las barandillas y todos los puentecillos ¿no han caído al agua? ¿Quién se atendría aún al "Bien" y al "Mal"?

"¡Ay de nosotros! ¡Gloria para nosotros! ¡El viento del deshielo sopla!" Predicad, amigos míos, todo esto por todas las calles.

9.

Hay una antigua locura que se llama bien y mal. La rueda de esta locura ha girado, hasta el presente, alrededor de los adivinos y de los astrólogos.

En otro tiempo se creía en los adivinos y en los astrólogos, y por eso se creía que todo era fatalidad: "¡Tú debes, porque es necesario!"

Después empezó a desconfiarse de todos los adivinos y de todos los astrólogos, y por eso se creyó que todo era libertad: "¡Tú puedes, porque quieres!"

¡Oh hermanos míos!, hasta el presente no se han hecho, sobre las estrellas y el porvenir, más que suposiciones, sin saber nunca nada cierto; y "por esto", sobre el Bien y el Mal no se han hecho más que suposiciones, sin saber nada cierto.

10.

"¡No robarás! ¡No matarás!" Estas palabras eran consideradas en otro tiempo como santas: delante de ellas se doblaban las rodillas y se bajaba la cabeza, y la gente se quitaba los zapatos.

Pero yo os pregunto: ¿dónde hubo nunca mejores bandidos y mejores asesinos en el mundo que los bandidos y los asesinos provocados por estas santas palabras?

¿No es la vida entera un robo y un asesinato? Y, al santificar estas palabras, ¿no se asesina a la misma "verdad"?

¿No era predicar la muerte el sancionar todo lo que iba contra la vida, todo lo que desautorizaba a la vida? ¡Oh, hermanos míos, romped, rompedme las viejas tablas!

11.

Todo lo pasado me inspira compasión, porque lo veo abandonado, abandonado a la gracia, al espíritu y a la locura de todas las generaciones del porvenir, que transformarán todo lo que fué en un puente para ellas mismas.

Un gran déspota podrá ocupar el poder, un demonio maligno que forzará a todo el pasado, por su gracia y por su desgracia, hasta que el pasado llegue a ser para él un puente, una señal, un héroe y un cantar de gallo.

Pero éste es el otro peligro y mi otra piedad: los pensamientos del que forma parte del populacho no suben más que hasta su abuelo, pero con el abuelo termina el tiempo.

Así, todo pasado se ve abandonado, pues podría suceder un día que el populacho se hiciera el amo y anegase en las aguas bajas a la época entera.

Por esto, hermanos míos, hace falta una nueva "nobleza", adversaria de todo lo que es plebeyo y despótico, una nobleza que escriba de nuevo la palabra "noble" sobre tablas nuevas.

¡Pues hacen falta muchos nobles para que haya nobleza! O bien, como ya dije en otra ocasión en parábola: "¡Lo que constituye precisamente la divinidad es que haya muchos dioses, y no un solo dios!"

12.

¡Oh hermanos míos!, yo os investiré de una nueva nobleza, que yo os he de revelar: debéis ser para mí creadores y educadores — sembradores del porvenir—, en verdad, no de una nobleza que podáis comprar, como tenderos, con el oro del mercader, pues lo que se cotiza tiene poco valor.

De ahora en adelante, vuestro honor no lo constituirá vuestro origen, sino vuestro fin. Vuestra voluntad y vuestros pasos, que quieran ir más allá que vosotros mismos: ¡que éste sea vuestro honor!

En verdad vuestro honor no es haber servido a un príncipe — ¿qué importan los príncipes? — o bien haber sido la muralla de lo existente, para que pueda tener mayor solidez.

No que vuestra raza haya sido cortesana y que hayáis aprendido a ser de muchos colores y a estar de pie muchas horas, como los flamencos, al borde del estanque.

Pues el mérito de los cortesanos es saber estar mucho tiempo de pie; ¡y todos los cortesanos creen que el permiso para estar sentados será una felicidad que alcanzarán después de la muerte!

Tampoco es verdad que un espíritu que ellos llaman santo haya conducido a nuestros antepasados a las tierras prometidas, que yo alabo; pues en el país donde ha crecido el peor de todos los árboles, la cruz, no hay nada que alabar.

Y, en verdad, cualquiera que sea el país en que ese "Espíritu Santo" haya conducido a sus caballeros, el cortejo de sus caballeros iba siempre precedido de cabras, de ocas, de locos y de chiflados.

¡Oh hermanos míos, vuestra nobleza no debe mirar atrás, sino "afuera"! Debéis ser expatriados de todas las patrias y de todos los países de vuestros antepasados!

Debéis amar el país de vuestros "hijos" — que este amor sea vuestra nueva nobleza—; el país inexplorado en los mares lejanos, ése es el que yo señalo a vuestras velas para que le busquéis y le sigáis buscando.

Ante vuestros hijos debéis "rescatar" el ser los hijos de vuestros padres: ¡así es cómo rescataréis todo el pasado! ¡Yo pongo sobre vuestras cabezas esta nueva tabla!

13.

"¿Por qué vivir? ¡Todo es vanidad! Vivir, vivir es trillar la paja; vivir es quemarse sin llegar a calentarse".

Estas charlatanerías anticuadas pasan aún por "sabidurías"; son viejas, huelen a habitaciones cerradas; por eso se las honra más. La podre les presta nobleza.

Así hablan los niños: temen el fuego, porque el fuego les ha quemado. Hay mucho infantilismo en los antiguos libros de la sabiduría.

Y el que bate siempre la paja ¿qué derecho tiene de burlarse cuando se bate el grano? ¡Estos locos dan tedio!

Se sientan a la mesa y no aportan nada, ni siquiera un buen apetito; y luego blasfeman: "¡Todo es vanidad!"

¡Pero comer bien y beber bien, hermanos míos, no es ciertamente una cosa vana! ¡Romped, romped las tablas de los eternos descontentos!

14.

"Para los puros, todo es puro": así habla el pueblo. Pero yo os digo: ¡para los puercos todo es puerco!

Por eso los exaltados y los humildes, que inclinan su corazón, predican así: "El mundo mismo es un monstruo fangoso".

Pues todos esos tienen un espíritu sucio, sobre todo los que no tienen ni tregua ni reposo mientras no hayan visto el mundo por detrás, esos maniáticos del "trasmundo" ("die Hinterweltler").

A esos les digo yo en su cara, aunque tenga que faltar a las conveniencias: en esto el mundo se parece al hombre, en que tiene un trasero: ¡"esto" es la verdad!

Hay mucho fango en el mundo: ¡"esto" es la verdad! ¡Pero no es por esto por lo que el mundo es un monstruo fangoso!

La sabiduría quiere que en el mundo haya muchas cosas que huelan mal: el mismo asco crea alas y fuerzas que presienten los manantiales.

Los mejores tienen siempre alguna cosa que da asco; y el mejor es algo que debe ser superado.

¡Oh hermanos míos! ¡Es conveniente que haya mucho fango en el mundo!

15.

A los piadosos alucinados del trasmundo les he oído decir a su conciencia palabras como ésta, y, en verdad, sin malicia ni ironía, aunque no haya nada más falso ni peor sobre la tierra:

"¡Dejad al mundo, pues, que sea el mundo! ¡No mováis el dedo meñique contra él!"

"Dejad a las gentes estrangularse por lo que quieran; dejadlos que se golpeen, que se maltraten, que se desuellen: no mováis el dedo meñique para oponeros. Eso les enseñará a renunciar al mundo".

"Y tu propia razón deberías ahogarla tú mismo, pues esa razón es de este mundo: así aprenderías tú mismo a renunciar al mundo".

Romped, ¡oh hermanos míos!, esas viejas tablas de los piadosos. ¡Romped en vuestra boca las palabras de los calumniadores del mundo!

16.

"El que aprende mucho olvida todos los deseos violentos", esto es lo que se susurra hoy en todas las calles obscuras.

"La sabiduría fatiga, nada vale la pena; tú no debes desear". Yo he encontrado esta nueva tabla suspendida en las plazas públicas.

¡Romped, hermanos míos, rompedme esta nueva tabla! Las gentes cansadas del mundo la han colgado: los sacerdotes de la muerte y los carceleros; pues mirad, ¡esto es un nuevo llamamiento al servilismo!

Han aprendido mal, no han aprendido las cosas más importantes, y todo lo han aprendido o demasiado pronto o demasiado de prisa: han "comido mal", por eso se han estropeado el estómago, pues su espíritu es un estómago estropeado: ¡"él" es el que les aconseja la muerte! ¡Pues en verdad, hermanos míos, el espíritu "es" un estómago!

La vida es una fuente de alegría; pero para aquellos en quienes habla un estómago estropeado, padre de la tristeza, todas las fuentes están envenenadas.

Conocer: ¡qué gozo para el que tiene voluntad de león!; pero el que está fatigado sólo es "querido", con él juegan todas las olas.

Y esto es lo que les pasa a todos los hombres débiles: se pierden en su camino. Y al fin pregunta su fatiga: "¿Por qué hemos de seguir caminos? ¡Todo es igual!"

A éstos les place que les prediquen: "¡Nada obtiene recompensa! ¡No debéis querer nada!" Mas esto es un sermón para esclavos.

¡Oh hermanos míos, Zaratustra trae un vientecillo fresco para todos los caminantes fatigados; este vientecillo hará estornudar a muchas narices!

Mi aliento de libertad sopla a través de los muros y entra en muchas cárceles y en muchos espíritus encarcelados.

El querer libera, pues querer es crear: esto enseño yo. Y sólo para crear debéis aprender.

Y sólo de mí debéis aprender a aprender, y a aprender bien. ¡El que tenga oídos que oiga!

17.

Dispuesta está la navecilla; navega hacia allá, quizá hacia la gran nada. Pero ¿quién querrá aventurarse en ese quizá?

¡Ninguno de vosotros querrá embarcarse en la barca de la muerte! ¿Por qué pretendéis entonces estar "cansados del mundo"?

¡Cansados del mundo! ¡Antes de ser arrebatados de la tierra! ¡Yo os encuentro siempre ávidos de tierra, enamorados de vuestro cansancio de la tierra!

No en vano os cuelga el belfo: ¡sobre él pesa aún cierto deseíllo terrenal! Y en vuestros ojos ¿no brilla aún cierta nubecilla de deseos terrestres no olvidados?

Hay sobre la tierra muchos inventos, deliciosos, útiles unos, agradables otros: por ellos debemos amar la tierra.

Y hay algunas invenciones tan buenas en la tierra que son como los pechos de las mujeres: útiles y agradables a la vez.

Pero vosotros, los que estáis cansados del mundo, los que tenéis pereza de vivir. A vosotros se os debía acariciar con vergas. A vergazos se os debía aligerar las piernas.

Pues si no sois enfermos o seres gastados, que cansáis a la tierra, sois unos ladinos holgazanes o gatos golosos astutos. ¡Y si no queréis correr con presteza, debéis... quitaros de en medio!

No hay que curar a los incurables: ésta es la doctrina de Zaratustra. Así que... largo de aquí.

Pero hace falta más valor para encontrar un fin que un verso nuevo: esto lo saben todos los médicos y todos los poetas.

18.

¡Oh hermanos míos! Hay tablas que fueron creadas por el cansancio y tablas que fueron creadas por la pereza ("faul"), por la podredumbre ("faulig"); y, aunque hablan del mismo modo, deben ser oídas de distinta manera.

¡Mirad ese hombre languideciente! Sólo un palmo le separa de su meta; mas, a causa de la fatiga, se ha echado, con mal humor, en la arena: es bravo.

Bosteza de cansancio, cansado de su camino, de la tie-

rra, de su mismo ideal y de sí mismo; no quiere dar un paso más, ese bravo.

Ahora el sol clava sus dardos en él, y los perros vendrán a lamer su sudor; pero él está sentado ahí, en su terquedad, y prefiere consumirse, ¡consumirse a un palmo de su meta! ¡En verdad convendría que le tiraseis de los pelos, hacia su cielo, a ese héroe!

En verdad sería conveniente que le dejaseis ahí donde está echado, para que el sueño se apoderase de él, el sueño consolador, con un arrullo de lluvia refrescante.

Dejadle acostado hasta que se despierte cuando le parezca, hasta que él rechace por sí mismo toda su fatiga y todo lo que le enseña su fatiga.

Pero arrojad lejos de él, hermanos míos, a los perros y todo ese enjambre de sabandijas que le rodea; todo ese enjambre de sabandijas que se llama las "gentes cultivadas", y que se nutre del sudor de los héroes.

19.

Alrededor de mí yo trazo círculos y sagradas fronteras; cada vez son menos los que suben conmigo a las montañas cada vez más altas: yo elevo una cadena de montañas cada vez más sagradas.

Pero dondequiera que subáis conmigo, hermanos míos, tened cuidado de que no suban con vosotros los parásitos.

Un parásito es un gusano rampante e insinuante que quiere engordar con todos vuestros rincones enfermos y heridos.

Y su arte es adivinar dónde se fatigan las almas que suben: construye su repugnante nido en vuestra aflicción y en vuestro descontento, en vuestro frágil pudor.

Allí donde el fuerte es débil, allí donde el noble es demasiado indulgente, allí es donde él construye su repugnante nido: el parásito habita allí donde el grande tiene pequeños rincones enfermos.

¿Cuál es la más alta especie en el ser y cuál es la especie más baja? El parásito es la más baja especie, pero el que es de la más noble estirpe es el que más parásitos nutre.

Pues el alma, que tiene una escala más larga y que puede descender más abajo, ¿cómo no llevaría consigo más parásitos?

El alma más vasta, que puede correr, extraviarse dentro de sí misma, la que es más necesaria, la que se precipita por gusto en el azar; el alma que está sumergida en el devenir; el alma que posee, que quiere entrar en el que-

rer y en el desear; el alma que se huye a sí misma y que se reúne a sí misma en el más vasto círculo; el alma más sabia, a quien la locura invita más dulcemente; el alma que más se ama a sí misma, en la que todas las cosas tienen su subida y su bajada, su flujo y su reflujo, ¡oh!, ¿cómo el alma más elevada no había de tener los peores parásitos?

20.

¡Oh hermanos míos! Yo os digo: lo que cae debe ser, además, empujado!

Todo lo que es de hoy cae y se descompone: ¿quién querría retenerlo? ¡Pues yo, yo quiero, además empujarlo!

¿Conocéis la voluptuosidad que precipita las rocas en las profundidades a pico? ¡Mirad a esos hombres de hoy: mirad cómo ruedan a mis profundidades!

Yo soy un preludio para mejores artistas, ¡oh hermanos míos!, un ejemplo. ¡Obrad según mi ejemplo!

Y si hay alguno a quien no enseñaseis a volar, enseñadle, por lo menos, a "caer más de prisa".

21.

Me gustan los valientes; pero no basta ser un espadachín: hace falta también saber a quién se hiere ("Hau-chau-wen!")

Y muchas veces demuestra más bravura abstenerse y pasar, con el fin de reservarse para un enemigo más digno.

No debéis tener más enemigos que aquellos que sean dignos del odio, pero no tengáis enemigos dignos del menosprecio; debéis estar orgullosos de vuestros enemigos: esto ya lo enseñaba yo en otro tiempo.

Es preciso que os reservéis para un enemigo más digno, ¡oh amigos míos!; por eso hay muchos ante los cuales se debe pasar sin detenerse, sobre todo delante de la canalla numerosa que arma estrépito a vuestros oídos hablándoos del pueblo y de las naciones.

¡Guardad vuestros ojos de su "pro" y de su "contra"! Hay allí mucha justicia e injusticia: el que es espectador se enoja.

Ser espectador y golpear en la masa es la obra de un instante; por esto marchaos a los bosques y dejad que repose vuestra espada.

¡Seguid vuestros caminos! ¡Y dejad a los pueblos y a las naciones que sigan el suyo: caminos obscuros en verdad, en los que no brilla ninguna esperanza!

¡Que reine el tendero allí donde todo lo que brilla no es más que oro de tenderos! ¡Ya no es tiempo de reyes: lo que hoy se llama pueblo no merece ya rey!

¡Mirad cómo esas naciones imitan ahora ellas mismas a los merceros: recogen todas las barreduras!

Se espían, se imitan: esto es lo que ellos llaman "buena vecindad". ¡Oh felices tiempos lejanos en que un pueblo se decía: "Yo quiero ser "amo" de otros pueblos"!

Pues, ¡oh hermanos míos!, lo que hay de mejor es lo que debe reinar y lo que "quiere" también reinar. Y donde hay otra doctrina, lo que hay de mejor "falta".

22.

Si a éstos se les diese el pan de balde, ¡pobres de ellos! ¿Qué es lo que entonces pedirían? ¿De qué se sustentarían sino de su sustento? ¡Y hace falta que encuentren la vida difícil!

Son animales de presa: en su "trabajo" hay también presa, en su ganancia hay también ardid. ¡Por eso es preciso que su vida sea difícil!

Es preciso que sean mejores animales de presa, más finos y más astutos, bestias más "semejantes al hombre", pues el hombre es el mejor animal de presa.

El hombre ha tomado ya sus virtudes a todos los animales; por esto para el hombre es más difícil la vida que para los demás animales.

Unicamente los pájaros están por encima de él. Y si el hombre aprendiera también a volar, ¡desgraciado de él! ¡A qué altura volaría su rapacidad!

23.

Así es como yo quiero al hombre y a la mujer: el uno apto para la guerra, la otra apta para engendrar, pero ambos aptos para bailar con la cabeza y con las piernas.

¡Y que el día que no hayamos danzado una vez, por lo menos, esté perdido para nosotros! ¡Y que toda verdad que no nos haga reír, por lo menos, una vez, nos parezca falsa!

24.

¡Tened cuidado del modo de "concluir" vuestros matrimonios, tened cuidado de que no constituyan una mala conclusión! ¡Habéis concluído demasiado pronto, por lo que se seguirá una ruptura!

¡Y vale más romper el matrimonio que doblegarse y mentir! He aquí lo que me dijo una mujer: "Es verdad que yo he roto los lazos del matrimonio, pero los lazos del matrimonio me habían roto antes a mí".

Siempre he visto que los mal casados estaban sedientos de la peor venganza: se vengan, a costa de todo el mundo, de no poder andar sueltos.

Por eso quiero que los de buena fe digan: "¡Nosotros nos amamos; "tratemos" de seguir amándonos en lo futuro! ¿O será nuestra promesa una equivocación?

¡Que se nos dé un poco de tiempo, una corta unión, para ver si somos capaces de una larga unión! ¡Es muy grande cosa ser siempre dos!"

Esto es lo que yo aconsejo a los que van de buena fe; y ¿cuál sería mi amor al superhombre y a todo lo que debe venir si yo aconsejase y hablase de otra manera?

No basta con multiplicarse: hay que elevarse. ¡Oh hermanos míos, que a ello os ayude el jardín del matrimonio!

25.

El que haya adquirido la experiencia de los antiguos orígenes terminará por buscar las fuentes del porvenir y orígenes nuevos.

¡Oh hermanos míos, no se pasará mucho tiempo sin que surjan pueblos nuevos y nuevas fuentes rujan en sus profundidades!

Pues los temblores de tierra destruyen muchas fuentes y propagan la sed, y también sacan a la luz las fuerzas interiores y los misterios.

Los temblores de tierra revelan fuentes nuevas. En el cataclismo de los pueblos antiguos hacen irrupción las fuentes nuevas.

Y el que clama: "¡Mirad: he aquí "una" fuente para muchos sedientos, "un" corazón para muchos languidecientes, "una" voluntad para muchos instrumentos!", alrededor de él se reunirá un "pueblo", es decir, muchos hombres que experimentan.

Y "lo que aquí se ensaya" es quién debe mandar y quién debe obedecer.

¡Ay, cuánto investigar, cuánto adivinar, cuántos consejos, experiencias y tentativas nuevas!

¡La sociedad humana es una tentativa — esto es lo que yo enseño—: una larga investigación; pero busca al que manda!

¡Una tentativa, hermanos míos, y no un "contrato"!

¡Rompedme tales palabras, que son palabras de corazones cobardes y de partidarios de términos medios!

26.

¡Oh hermanos míos! ¿Dónde está el más grande peligro del porvenir humano? ¿No será entre los buenos y los justos, entre esos que hablan y que dicen a su corazón: "¡Nosotros ya sabemos lo que es bueno y lo que es justo, y lo tenemos en nuestro poder; desgraciados de aquellos que todavía quieran hacer investigaciones en este terreno!"?

Y cualquiera que sea el mal que puedan hacer los malos, ¡el mal que hacen los buenos es el más nocivo de todos los males!

Y cualquiera que sea el mal que puedan hacer los calumniadores del mundo, ¡el mal que hacen los buenos es el más nocivo de todos!

¡Oh hermanos míos, un día miró un hombre en el corazón de los buenos y los justos, y dijo: "Estos son los fariseos"; pero no se le comprendió!

Los buenos y los justos no podían comprenderle: su espíritu está prisionero de la buena conciencia. La estupidez de los buenos es una sabiduría insondable.

Pero ésta es la verdad: "es preciso" que los buenos sean fariseos: ¡no tienen elección!

"Es preciso" que los buenos sacrifiquen a los que se inventan su propia virtud. ¡Esta es la verdad!

Otro, sin embargo, que descubrió su país — el país, el corazón y el terreno de los buenos y de los justos— éste fué el que preguntó: "¿Qué es lo que más odian?"

Lo que más odian es al "creador": al que rompe las tablas de los viejos valores, al destructor, a ése es al que llaman criminal.

Pues los buenos no "pueden" crear: son siempre el comienzo del fin: crucifican al que escribe valores nuevos sobre tablas nuevas, sacrifican el porvenir en pro de sí mismos, crucifican todo el porvenir de los hombres.

Los buenos fueron siempre el comienzo del fin.

27.

¡Oh hermanos míos! ¿Habéis comprendido estas palabras y lo que yo dije un día de "el último hombre"?

¿Dónde hay más peligros para el porvenir de los hombres? ¿No es entre los buenos y los justos?

¡"Romped, rompedme a los buenos y a los justos"! ¡Oh hermanos míos! ¿habéis comprendido también esta palabra?

28.

¿Huís cuando yo me presento? ¿Tenéis miedo? ¿Tembláis al oír estas palabras?

¡Oh hermanos míos, cuando os dije que me rompierais los buenos y las tablas de los buenos, entonces es cuando embarqué yo al hombre en su alta mar!

Y sólo ahora es cuando siente el gran terror, la gran mirada circular, la gran dolencia, el gran hastío, el gran mareo.

Los buenos os han mostrado lados engañosos y falsas seguridades; habéis nacido en las mentiras de los buenos, y en ellas habéis encontrado cobijo. Los buenos han falseado y desnaturalizado todas las cosas hasta sus raíces.

Pero el que descubrió el país "hombre" descubrió al mismo tiempo el país "porvenir de los hombres". ¡Ahora tenéis que ser para mí los bravos y pacientes marineros!

Marchad derechos, a compás, ¡oh hermanos míos!, aprended a marchar erguidos; el mar ruge: hay muchos que tienen necesidad de vosotros para ponerse en pie.

El mar ruge: todo está en el mar; pues bien, ¡marchad, viejos lobos de mar!

¡Qué importa la patria! ¡Nosotros queremos hacer vela hacia el país de nuestros hijos, allá lejos! ¡Allí, más fogoso que el mar, hierve nuestro gran anhelo!

29.

"¿Por qué tan duro? — dijo un día el carbón del fogón al diamante —; ¿no somos parientes cercanos?"

¿Por qué tan blandos? ¡Oh hermanos míos!, yo os lo pregunto: ¿no sois mis hermanos?

¿Por qué tan blandos, tan condescendientes? ¿Por qué hay tanta abnegación en vuestro corazón? ¿Por qué hay tan poco destino en vuestra mirada?

Y si no queréis ser destinos inexorables, ¿cómo podríais vencer algún día conmigo?

Y si vuestra dureza no quiere levantar chispas, cortar y tajar, ¿cómo podríais algún día "crear" conmigo?

Pues los creadores son duros. Y debe ser para vosotros una dicha imprimir la huella de vuestra mano en los siglos como en la cera blanda, una dicha escribir sobre la voluntad

de los milenarios como en bronce; más duro que el bronce, más noble que el bronce. El más duro es el más noble.

¡Oh hermanos míos!, yo suspendo sobre vuestras cabezas esta nueva tabla: "¡SED DUROS!"

30.

¡Oh tú mi voluntad, tregua de toda miseria, tú mi necesidad! ¡Defiéndeme de todas las pequeñas victorias!

¡Azar de mi alma, que yo llamo destino! ¡Tú que estás en mí y por encima de mí! ¡Guárdame y resérvame para un gran destino!

¡Y tu última grandeza, mi voluntad, consérvala para el fin, para que seas implacable en tu victoria! ¡Ah, quién no sucumbe a su victoria!

¡Ay! ¿qué ojo no se ha nublado en esta embriaguez de crepúsculo? ¡Ay! ¿qué pie no ha tropezado o ha olvidado la marcha en la victoria?

Para que un día esté yo dispuesto y maduro como el acero calentado al rojo blanco, como la nube preñada de relámpagos y la ubre hinchada de leche; dispuesto a mí mismo y a mi voluntad más oculta: un arco que arde por conocer su flecha, una flecha que arde por conocer su estrella: una estrella presta y madura en su mediodía, ardiente y enamorada de la flecha celeste que la destruye; ella misma es sol e implacable voluntad de sol, dispuesta a destruir la victoria.

¡Oh voluntad, tregua de toda miseria, tú mi necesidad! ¡Resérvame para una gran victoria!"

Así habló Zaratustra

EL CONVALECIENTE

1.

Una mañana, no mucho tiempo después de su regreso a la caverna, Zaratustra se lanzó de su lecho como un loco y empezó a gritar con voz formidable, gesticulando como si hubiese en su cama otro que él y que no quisiera levantarse; y la voz de Zaratustra repercutía de tan terrible manera, que sus animales, espantados, se acercaron a él y todos los animales que había en las grutas y en todas las hendeduras que había inmediatas a la caverna huyeron volando, aleteando, arrastrándose y saltando, según tuvieran pies o alas. Pero Zaratustra pronunció estas palabras:

"¡De pie, pensamiento vertiginoso, surge de las profundidades de mi ser! ¡Yo soy tu canto de gallo y tu alba matinal, dragón adormilado; levántate! ¡Mi voz acabará por despertarte!

¡Quítate los tapones de las orejas; escucha! ¡Pues yo quiero que tú hables! ¡Levanta! Hay bastantes truenos aquí para que hasta las tumbas puedan oír.

¡Restriégate los ojos para sacudir el sueño, y toda miopía, y toda ceguera! ¡Escúchame también con tus ojos: mi voz es un remedio aun para aquellos que nacieron ya ciegos!

Y cuando estés despierto, lo estarás para siempre. ¡No es "mi" costumbre despertar de su sueño a las viejas abuelas para decirles que se vuelvan a dormir!

¿Te vuelves, te desperezas y roncas? ¡De pie! ¡De pie! ¡No es roncar, sino hablar, lo que te hace falta! ¡Zaratustra te llama, Zaratustra el impío!

Yo, Zaratustra, el afirmador de la vida, el afirmador del dolor, el afirmador del eterno retorno, a ti es a quien llamo, tú el más profundo de mis pensamientos.

¡Oh dicha! ¡Vienes, te siento! ¡Mi abismo "habla"! ¡Yo he vuelto hasta la luz, mi última profundidad!

¡Oh dicha! ¡Ven aquí! Dame la mano... ¡Ah! ¡Deja! ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué asco!... ¡Qué asco!... ¡Qué asco!... ¡Ay de mí!"

2.

Mas no bien hubo pronunciado Zaratustra estas palabras, cuando cayó a tierra como cuerpo muerto, y así permaneció largo tiempo. Cuando volvió en sí, estaba pálido y temblroso, y se acostó, no queriendo ni comer ni beber durante mucho tiempo. Durante siete días se mantuvo en este estado; pero sus animales no le abandonaban ni de día ni de noche, aunque su águila remontaba alguna vez el vuelo para buscar el sustento. Y depositaba en la cama de Zaratustra todo lo que prendía entre sus garras: de suerte que Zaratustra acabó por estar acostado en un lecho de bayas amarillas y rojas, uvas, manzanas de rosa, hierbas aromáticas y piñas. Pero a sus pies había dos corderitos, que el águila había apresado, con gran esfuerzo, a sus pastores.

Por fin, después de siete días, Zaratustra se incorporó en el lecho, cogió una manzana, la olió y encontró su olor agradable. Entonces los animales creyeron que había llegado la hora de dirigirle la palabra.

"Zaratustra — dijeron—, ya hace siete días que estás

con los ojos cerrados; ¿no quieres volver a estar sobre tus piernas?

Sal de tu caverna: el mundo te espera semejante a un jardín. El viento retoza cargado con los perfumes que quieren llegar a ti, y todos los arroyuelos quieren correr hacia ti.

Todas las cosas suspiran por ti, después de haber estado solo durante siete días. ¡Sal de tu caverna! ¡Todas las cosas quieren ser tus médicos!

¿Es que has adquirido un nuevo conocimiento pesado y cargado de fermentos? Tú te habías acostado ahí como una pasta que se hincha; tu alma se ha esponjado y se ha desbordado."

"¡Oh, animales míos — respondió Zaratustra— continuad charlando de ese modo y dejadme escuchar. Vuestra charla me conforta: donde se charla, el mundo me parece como un jardín que se extiende delante de mí.

¡Qué dulzura en las palabras y en los sonidos! Las palabras y los sonidos ¿no son el arco iris y los puentes ilusorios echados entre seres separados para siempre?

Cada alma pertenece a otro mundo; para cada alma, toda alma es un trasmundo.

Entre las cosas más semejantes es donde mienten los más bellos espejismos, pues los abismos más estrechos son los más difíciles de saltar.

Para mí, ¿cómo habría algo fuera de mí? ¡No hay no-yo! Pero todos los sonidos nos hacen olvidar esto: ¡qué dulce es que podamos olvidarlo!

Los nombres y los sonidos ¿no han sido dados a las cosas para que el hombre se reconforte con ellos? El lenguaje ¿no es una dulce locura? Al hablar, el hombre danza sobre todas las cosas.

¡Cuán dulce es toda palabra, cuán dulces parecen todas las mentiras de los sonidos! Los sonidos hacen danzar nuestro amor sobre arco iris multicolores."

"¡Oh Zaratustra — dijeron entonces los animales— para los que piensan como nosotros, las cosas mismas son las que danzan: todo viene y se da la mano, y ríe, y huye, y vuelve a venir.

Todo va, todo vuelve; la rueda de la existencia gira sin cesar. Todo muere, todo vuelve a florecer; el ciclo de la existencia se prosigue eternamente.

Todo se rompe, pero todo se vuelve a unir de nuevo; eternamente se reconstruye el mismo edificio de la vida. Todo se separa, todo se saluda de nuevo; el anillo de la existencia permanece eternamente fiel a sí mismo.

A cada momento comienza la existencia; alrededor de

cada "aquí" se despliega la esfera "allí". El centro está en todas partes. El sendero de la eternidad es tortuoso."

"¡Oh tunantes, pícaros — respondió Zaratustra, sonriendo de nuevo— qué bien sabíais lo que había de consumarse en siete días!

¡Y cómo se introdujo aquel monstruo en el fondo de mi garganta para ahogarme! Pero de una dentellada le corté la cabeza y la arrojé lejos de mí.

¡Y vosotros habéis compuesto con ello una canción! Pero ahora estoy acostado aquí, fatigado de haber mordido y de haber escupido, enfermo aún de mi propia liberación.

¿Y vosotros habéis sido espectadores de todo esto? ¡Oh animales míos, también vosotros sois crueles! ¿Habéis querido contemplar mi gran dolor, como hacen los hombres? Pues el hombre es el más cruel de todos los animales.

Hasta ahora, lo que más le ha hecho sentirse a gusto sobre la tierra han sido las tragedias, las corridas de toros, las crucifixiones; y cuando se inventó el infierno, éste fué, ciertamente, su paraíso en la tierra.

Cuando el grande hombre grita, al punto el pequeño corre a su lado, y la envidia le hace que cuelgue su lengua de su boca. Y a esto lo llama su "compasión".

Ved al hombre pequeño, al poeta sobre todo: ¡cuánto ardor de vida hay en sus palabras! Escuchadle, pero no olvidéis de fijaros en el placer que hay en toda acusación.

Esos acusadores de la vida desaparecen ante la vida, que con una mirada acaba con ellos. "¿Me amas? — dice la aturdida—; espera un poco, espera un poco, porque todavía no tengo tiempo para ti."

El hombre es el animal más cruel consigo mismo; y en todos los que se llaman "pecadores", "cirineos" y "penitentes", no dejéis de apreciar la voluptuosidad que se mezcla a sus quejas y a sus acusaciones.

Y yo mismo, ¿es que yo quiero ser por esto el acusador del hombre? ¡Ay, animales míos, el más grande mal es necesario para el más grande bien de los hombres!: esto es lo único que yo he aprendido hasta ahora.

El mayor mal es la mejor parte de la "fuerza" del hombre, la piedra más dura para el creador supremo; es preciso que el hombre sea mejor "Y" más malo.

Yo no he sido atado a "esta" cruz, la de saber que el hombre es malo; pero yo he gritado como nadie ha gritado todavía: "¡Ay! ¡Porque su peor perversidad es tan pequeña! ¡Ay! ¡Porque su mejor bondad es tan pequeña!"

El gran asco del hombre es el asco que me ha ahogado y que me entró en la garganta, y también lo que había predicho

el adivino: "¡Todo es igual; nada vale lo que cuesta; el saber ahoga!"

Un largo crepúsculo se arrastraba cojeando ante mí, una tristeza fatigosa y ebria hasta la muerte, que decía con una voz cortada por los bostezos:

"Volverá eternamente el hombre de que estás hastiado, el hombre pequeño." Así bostezaba mi tristeza, arrastrando la pierna, sin poder dormirse.

La tierra de los hombres se transformaba para mí en una caverna; su seno se ahuecaba; todo lo que estaba vivo se convertía para mí en podredumbre, en huesos humanos y en un pasado en ruinas.

Mis suspiros se inclinaban sobre todas las tumbas humanas, y no podían abandonarlas; mis suspiros y mis preguntas croaban, sofocaban, roían y se quejaban noche y día: "¡Ay! ¡El hombre volverá eternamente! ¡El hombre pequeño volverá eternamente!"

En otro tiempo vi yo a los dos desnudos, al hombre más grande y al hombre más pequeño; harto parecidos: los dos demasiado humanos, aun el más grande.

¡Demasiado pequeño el más grande!: esto es lo que me da asco en el hombre. ¡Y también el eterno retorno del más pequeño!: ¡esto era lo que me hastiaba en toda existencia!

"¡Ay! ¡Asco! ¡Asco! ¡Asco!" Así habló Zaratustra, y sollozó y tembló, porque se acordaba de su enfermedad. Pero entonces sus animales le prohibieron que siguiese hablando.

"¡No hables más, convaleciente! — le contestaban sus animales—; sal de aquí y vete, que el mundo te espera como un jardín!

Marcha adonde están los rosales, las abejas y las bandadas de palomas; sobre todo, adonde están los pájaros canoros, para que aprendas a cantar como ellos. El cantar es bueno para los convalecientes; los sanos prefieren hablar. Y si el que está bueno quiere cantar, sus cantos son distintos de los del convaleciente."

"¡Ah tunantes, que parecéis pianos de manubrio! ¡Callad si os place! — contestó Zaratustra, riéndose de sus amigos—. ¡Cómo sabéis el consuelo que me proporcioné a mí mismo estos siete días!.

Tener que cantar de nuevo: he ahí el consuelo que he encontrado, esa es mi curación; ¿queréis hacer de esto una canción para vuestra lira?"

"No sigas hablando, Zaratustra — le replicaron sus animales—; ¡es preferible que tú, convaleciente, te construyas una lira, una nueva lira!

¡Considera, Zaratustra, que para tus nuevas canciones necesitas una nueva lira!

Canta, ¡oh Zaratustra!, y que tus canciones resuenen como la tempestad; cura tu alma con nuevas canciones, para que puedas sobrellevar tu destino, igual al de ningún otro hombre.

Pues tus animales saben perfectamente quién eres, ¡oh Zaratustra!, y quién has de ser; mira, tú eres el que predica el "eterno retorno": ¡éste es ahora tu destino!

Es preciso que tú seas el primero que enseñe esta doctrina. ¿Cómo no habría de ser este destino tuyo tu gran peligro y tu más grave enfermedad?

Mira, nosotros sabemos lo que tú enseñas: que todas las cosas se repiten eternamente y que nosotros ya hemos existido una infinidad de veces, y todas las cosas con nosotros.

Tú enseñas que hay un año muy grande del devenir, un año infinitamente grande: este año debe invertirse sin cesar, como si fuera un reloj de arena, para que corra y se vacíe constantemente, de manera que todos estos años son iguales unos a otros, tanto en lo grande como en lo pequeño.

Y si ahora piensas morir, ¡oh Zaratustra!, nosotros sabemos cuál sería el lenguaje que emplearías contigo mismo; pero tus animales te ruegan que no te mueras todavía.

Hablarías, y sin temblar; antes bien, respirando feliz — pues se te quitaría de encima un gran peso y una gran angustia —, tú, el más paciente de todos los mortales.

"Ahora muero y desaparezco — dirías — y en un momento dejaría de ser en la nada. Las almas mueren como los cuerpos.

Pero la cadena de causas, de la que soy un eslabón volverá a producirse, y me volverá a crear. Yo mismo formo parte de las causas del eterno retorno.

Yo volveré, con ese mismo sol, con esta tierra, con este águila, con esta serpiente, pero "no" a una vida nueva, o a una vida mejor, o a una vida semejante; yo volveré eternamente a esta vida misma, a esta vida bienaventurada, tanto en lo grande como en lo pequeño, para enseñar el eterno retorno de todas las cosas, a fin de proclamar la palabra del gran Mediodía de los hombres y de la tierra, a fin de enseñar a los hombres la venida del superhombre.

Yo he dicho mi palabra, mi palabra que me rompe: así lo quiere mi destino eterno; ¡yo sucumbo por mi predicción!

Pero ha llegado la hora en que él va a desaparecer; se bendice a sí mismo. Así... "termina" la decadencia de Zaratustra."

Cuando los animales hubieron pronunciado estas pala-

bras, callaron y esperaron a que les contestase algo Zaratustra. Pero Zaratustra no oía su silencio. Antes bien, permanecía quieto, con los ojos cerrados, como si durmiera, aunque no dormía, pues estaba hablando con su alma. Pero la serpiente y el águila, cuando le vieron tan callado, respetaron aquel gran silencio y se retiraron con precaución.

DEL GRAN DESEO

"¡Oh alma mía! Yo te enseñé a decir "hoy" como "en otro tiempo" y "una vez" y a bailar tu ronda sobre todas las cosas de aquí, de allá y de más allá.

¡Oh alma mía! Yo te salvé de todos los rincones y separé de ti el polvo, las arañas y la semiobscuridad.

¡Oh alma mía! Yo te lavé de todo escrúpulo, de la virtud de los rincones, y te persuadí a que te mostrases desnuda a los ojos del sol.

Con la tempestad que se llama "espíritu", yo soplé sobre tu mar agitada; alejé de ella todas las nubes y estrangulé al estrangulador que llaman "pecado".

¡Oh alma mía! Yo te conferí el derecho de decir "No", como la tempestad, y "Sí", como dice el firmamento infinito; y ahora caminas tranquila, como la luz de las tormentas negadoras.

¡Oh alma mía! Yo te devolví la libertad sobre todo lo que existe, creado e increado; y ¿quién conoce como tú la voluptuosidad del porvenir?

¡Oh alma mía! Yo te enseñé el desprecio que no roe como la carcoma, sino que ama, el que más ama cuanto más desprecia.

¡Oh alma mía! Yo te enseñé a convencer de modo que convencieses a las mismas causas: como el sol, que persuade al mismo mar a que suba a sus alturas.

¡Oh alma mía! Yo quité de ti toda obediencia, toda genuflexión y todo servilismo, y te di el nombre de "tregua de miseria" y de "Destino".

¡Oh alma mía! Yo te di nuevos nombres y juguetes de muchos colores, yo te llamé "destino", y "círculo de los círculos", y "cordón umbilical del tiempo", y "campana azul".

¡Oh alma mía! Yo di a tu reino terreno toda la ciencia para que la bebiera, todos los vinos nuevos y los más añejos y fuertes desde tiempo inmemorial.

¡Oh alma mía! Derramé sobre ti todos los rayos de sol, y todas las obscuridades nocturnas, y todos los silencios, y todos los anhelos; y entonces creciste para mí como una cepa.

¡Oh alma mía! Ahora estás ahí, exuberante y cargada, como una cepa ubérrima, cargada de apretados racimos de doradas uvas; apretada y oprimida por tu misma felicidad, esperando en tu abundancia y avergonzándote de tu espera.

¡Oh alma mía! No hay en ninguna parte un alma que sea más amante, más envolvente, más amplia. ¿Dónde se reuniría más íntimamente el pasado con el porvenir que en ti?

¡Oh alma mía! Yo te lo di todo, y mis manos se han vaciado sobre ti; y ahora, ahora me dices sonriendo y plena de melancolía: "¿Quién de los dos ha de mostrarse más agradecido? ¿No debe agradecer el dador que acepte el que recibe? ¿No es una necesidad el donar? El recibir ¿no es compadecer?"

¡Oh alma mía! Comprendo tu sonrisa melancólica: ¡tu abundancia misma extiende las manos llena de deseos!

Tu misma plenitud tiende su mirada sobre los mares alborotados; busca y espera: el deseo infinito de la plenitud lanza una mirada a través del cielo sonriente de tus ojos.

Y en verdad, ¡oh alma mía!, ¿quién contemplaría tu sonrisa que no rompiese en lágrimas? Los ángeles mismos se deshacen en llanto por la infinita bondad de tu sonrisa.

Tu bondad, tu suprema bondad, es la que no quiere lamentarse ni llorar, y, sin embargo, ¡oh alma mía!, tu sonrisa ansía lágrimas y tu boca temblorosa necesita sollozos.

"¿No es todo llanto un lamento? Y todo lamento ¿no es una acusación?" Así te dices a ti misma, ¡oh alma mía!, y prefieres sonreír a declarar tu pena, expresas en torrentes de lágrimas toda la pena que te causa tu plenitud y toda la ansiedad de la viña hacia el vendimiador y hacia la podadora del vendimiador.

Pero si no quieres llorar ni agotar en lágrimas tu purpúrea melancolía, tendrás que cantar, ¡oh alma mía! Mira: yo mismo sonrío, yo, que te he augurado que cantes con voz mugidora hasta que todos los mares se sosieguen y conozcan tus anhelos; hasta que bogue por los mares tranquilos tu navecilla, ese prodigio dorado, alrededor de cuyo oro se agitan todas las cosas, buenas, malas y maravillosas, y los grandes y pequeños animales, y todo lo que tiene pies ligeros y milagrosos y puede correr, sobre una senda de violetas, hacia la maravilla dorada, hacia la barca voluntaria y hacia su dueño; pero éste es el vendimiador, que espera con su podadora de diamantes.

Tú, gran redentor, ¡oh alma mía!, el innominado..., para el que sólo las canciones del porvenir sabrán encontrar nombres. Y en verdad, ya tu aliento tiene el aroma del porvenir, ya ardes y sueñas, ya sacias tu sed en todos los

pozos consoladores de ecos graves, ya tu melancolía descansa en la dicha de los futuros cantos.

¡Oh alma mía, ya te lo di todo, hasta mi último tesoro, y mis manos se han vaciado sobre ti, y mi última dádiva fué decirte que cantaras!

Decirte que cantaras; habla ahora, habla; ¿quién de nosotros es el que debe ahora mostrarse agradecido? Aún más: canta para mí, canta, ¡oh alma mía! ¡Y déjame que te dé las gracias!"

Así habló Zaratustra.

LA OTRA CANCION DE LA DANZA

1.

"Acabo de mirar en tus ojos, ¡oh vida! He visto brillar el oro en tus ojos nocturnos; esta voluptuosidad ha hecho cesar los latidos de mi corazón.

He visto brillar una barca de oro sobre las aguas nocturnas, una arca dorada, que se hundía, hacía agua y hacía señas.

Lanzabas una mirada a mis pies sedientos de danzas, una mirada mecedora, interrogadora, risueña.

Sólo dos veces agitaste tus crótalos con tus manecitas, y mis pies se agitaban ya sedientos de la danza.

Mis talones se encabritaban, los pulgares de mis pies escuchaban para comprenderte; el bailar tiene sus oídos en los pulgares de los pies.

Salté hacia ti, y tú huíste ante mi salto; y hacia mí llamearon, como serpientes, las lenguas huidizas y volantes de tus cabellos.

Y retrocedí ante ti y tus serpientes, y te volvías hacia mí con los ojos llenos de deseo.

Con miradas sinuosas me enseñas caminos sinuosos; por caminos sinuosos mi pie aprende ardides.

Tengo miedo de que te acerques, yo te amo cuando estás lejos; me atraes cuando huyes, cuando me persigues me detengo: sufro, pero ¿qué no sufriré con gusto por ti?

Tú, cuya frialdad enardece, cuyo odio seduce; tú, cuya huída aprisiona y cuyas burlas enternecen, ¿quién no te aborrecerá, gran enlazadora, gran envolvedora, seductora, burladora y encontradora? ¿Quién no te amará, inocente, impaciente, presurosa, pecadora de ojos de niña?

¿Adónde me arrastras ahora, criatura portentosa, niña traviesa? Y ahora huyes de mí, dulce atolondrada e ingrata.

¡Te sigo en tu danza, te sigo, sin saber adónde me lle-

vas! ¿Dónde estás? ¡Dame la mano, un dedo siquiera!

Aquí hay cavernas y espesura: nos vamos a extraviar. ¡Alto! ¡Detente! ¿No ves cómo revolotean los mochuelos y los murciélagos?

¡Eh, mochuelo, murciélago!, ¿te burlas de mí? ¿Dónde estamos? ¿Aprendiste de los perros a aullar y a ladrar?

Me enseñabas los dientes muy amable, tus pequeños dientecillos blancos; tus ojos malignos brillaban contra mí tras de los bucles de tu rizosa melena.

Esta es una danza por montes y valles: yo soy el cazador, ¿quieres tú ser mi perro o mi gamuza?

¡Ahora ven a mi lado! ¡Y más aprisa, maligna saltadora! Ahora arriba. Ahora al otro lado. ¡Ay, al saltar me caí!

¡Mírame en el suelo, mírame orgullosa! ¡Mira cómo imploro tu perdón! Quisiera caminar contigo por senderos más agradables.

Por senderos de amor, a través de silenciosos matorrales. O por aquellos que bordean el lago, donde danzan y nadan dorados pececillos.

¿Estás cansada ya? ¡Allí hay ovejas y puestas de sol anaranjadas! ¿No es bello dormir oyendo la flauta del pastor?

¿Estás tan cansada? Voy a llevarte en brazos; deja que cuelguen tus brazos. Si tiene sed, quizá tendría con qué calmarla, pero tu boca no lo querría.

¡Oh maldita serpiente flexible y ágil, esa bruja maldita! ¿Dónde te encuentras? Pero siento sobre mis mejillas las huellas de tus manos, dos manchas rojas.

En verdad que estoy cansado de ser siempre el pastor de tus ovejas. ¡Hechicera, yo he cantado por ti hasta hoy: desde ahora debes tú gritar por mí!

¡Debes danzar al compás de mi látigo! ¡Porque no he olvidado el látigo, no!"

2.

Entonces la vida, tapándose sus lindas orejitas, me contestó:

"¡Oh Zaratustra! ¡No hagas sonar tu látigo de esa manera! Ya lo sabes, el ruido mata los pensamientos, y ahora traigo conmigo pensamientos muy delicados.

Nosotros dos somos incapaces de hacer nada, ni bueno ni malo. Nosotros dos encontramos nuestra isla y nuestra verde pradera más allá del Bien y del Mal. Por eso debemos ser buenos el uno con el otro.

Y si no nos amamos en el fondo de nuestros corazones, ¿habremos por eso de tenernos mala voluntad?

Y ya sabes que yo soy buena para ti; a veces, demasiado buena; y el motivo de ello es que estoy celosa de tu sabiduría. ¡Ah, esa vieja y loca sabiduría!

Y si tu sabiduría te abandonase alguna vez, mi amor también te abandonaría".

Después de decir esto, la vida miró pensativa detrás de sí y alrededor de sí, y añadió en voz baja: "¡Oh Zaratustra, no me eres bastante fiel! Estás muy lejos de amarme como dices; sé que piensas en abandonarme pronto.

Hay una antigua campana, pesada, muy pesada, cuyo tañido llega por la noche hasta tu caverna. Cuando la oyes dar la hora a medianoche, piensas de doce a una: piensas en abandonarme. Ya lo sé, Zaratustra; yo sé que quieres abandonarme pronto".

"Sí — contesté yo vacilante— pero tú lo sabes también". Y yo la susurré algo al oído por entre los mechones de sus cabellos, alborotados, amarillentos y locos.

"¿Lo sabes, oh Zaratustra? ¡Eso no lo sabe nadie!..."

Y nos miramos, y luego extendimos la mirada por el verde prado, sobre el cual comenzaba a extenderse el fresco manto de la noche, y lloramos los dos. Entonces me fué a mí más caro el amor a la vida que toda mi sabiduría".

Así habló Zaratustra.

3.

¡Una!
"¡Hombre, ten cuidado!
¡Dos!
"¿Qué es lo que dice la profunda medianoche?
¡Tres!
"¡Yo he dormido, yo he dormido!
¡Cuatro!
"He despertado de mi profundo sueño.
¡Cinco!
"¡El mundo es profundo!
¡Seis!
"¡Y más profundo de lo que pensó el día!
¡Siete!
"¡Profundo es su dolor!
¡Ocho!
"¡El goce es más profundo que la aflicción!
¡Nueve!
"El dolor dice: ¡pasa y acaba!
¡Diez!
"Pero todo goce quiere eternidad,
¡Once!
"quiere la profunda eternidad".
¡Doce!

LOS SIETE SELLOS

(O la canción del "Sí" y del "Amén")

1.

Si yo soy un adivino y estoy animado de aquel espíritu adivinatorio que viaja sobre la alta sierra que separa dos mares; que viaja, entre el pasado y el porvenir, como una pesada nube — nube enemiga de las profundidades tenebrosas y de todo aquello que no puede ni vivir ni morir—, pronto al chispazo y al rayo de luz redentor en su obscuro seno, preñado de relámpagos que dicen "Sí" y ríen "Sí" a los rayos adivinos, ¡bienaventurado el que padece esta preñez! Y en verdad, el que un día ha de encender la luz del porvenir debe estar suspendido, durante largo tiempo, sobre las montañas como pesada nube.

¡Oh, cómo no he de sentir anhelos de eternidad y del anillo nupcial de los anillos: el anillo del Eterno Retorno!

Nunca encontré la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser la mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, eternidad!

¡PUES YO TE AMO, ETERNIDAD!

2.

Si mi cólera violó alguna vez las tumbas, si empujó hitos y arrojó al precipicio antiguas tablas rotas:

Si jamás mi ironía esparció por el viento palabras manidas, ni fué como una escoba para las telarañas y entré como un viento purificador en las criptas funerarias, enmohecidas y viejas:

Si alguna vez me senté, poseído de júbilo, donde están enterrados los dioses antiguos, bendiciendo al mundo y amando al mundo, junto a los monumentos de los antiguos calumniadores del mundo, pues yo amo también los templos y los sepulcros de los dioses, cuando por sus bóvedas resquebrajadas entra la pura mirada del cielo; me gusta sentarme en las ruinas de las iglesias, como la hierba y las amapolas rojas,

¡Oh, cómo no he de anhelar la eternidad y el anillo nupcial de los anillos: el anillo del Eterno Retorno!

Nunca encontré la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser la mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, eternidad!

¡PUES YO TE AMO, ETERNIDAD!

3.

Si alguna vez llegó a mí un hálito de soplo creador y de aquella necesidad que aun el mismo azar le hace que baile la danza de las estrellas:

Si jamás reí con la risa del rayo creador, que sigue al largo trueno de la acción gruñendo, pero obediente:

Si alguna vez me he sentado a la mesa de juego de los dioses para jugar con ellos a los dados hasta que la tierra temblase, y se abriese, y surcasen los aires ríos de fuego, pues la tierra es una mesa, para los dioses, que tiembla con las nuevas palabras creadoras y con el ruido de los dados divinos,

¡Oh, cómo no he de sentir anhelos de eternidad y del anillo nupcial de los anillos: el anillo del Eterno Retorno!

Nunca encontré la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser la mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, eternidad!

¡PUES YO TE AMO, ETERNIDAD!

4.

Si alguna vez bebí yo de un gran trago en aquel espumoso jarro de especias y de mixturas en que están bien mezcladas todas las cosas:

Si jamás mi mano mezcló alguna vez lo más lejano con lo más próximo, y el fuego con el espíritu, y el placer con el dolor, y lo peor con lo mejor:

Y si yo soy un grano de aquella sal redentora que hace que todas las cosas se mezclen bien en el jarro de las mixturas, pues hay una sal que combina lo bueno con lo malo, y aun lo peor es también digno de servir de condimento y de hacer desbordar la espuma del cántaro,

¡Oh, cómo no he de sentir anhelos de eternidad y del anillo nupcial de los anillos: el anillo del Eterno Retorno!

Nunca encontré la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser la mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, eternidad!

¡PUES YO TE AMO, ETERNIDAD!

5.

Si yo amo el mar y todo lo que es como el mar, y le amo más cuanto más colérico me contradice:

Si dentro de mí se agita aquel placer del que hincha sus velas en busca de lo desconocido, y me gustan los viajes del navegante:

Si jamás gritó mi alegría: "La costa desaparece: he roto mi última cadena; la inmensidad me rodea: el tiempo y el espacio brillan lejos de mí. ¡Vamos! ¡En marcha, viejo corazón!".

¡Oh, cómo no he de sentir anhelos de eternidad y del anillo nupcial de los anillos: el anillo del Eterno Retorno!

Nunca encontré la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser la mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, eternidad!

¡PUES YO TE AMO, ETERNIDAD!

6.

Si mi virtud es una virtud de bailarín y alguna vez salto con los dos pies, en sueños de oro y esmeralda:

Si mi maldad es una maldad risueña, que se encuentra como en su casa entre tallos de rosas y setos de lilas—porque en la risa se reúne todo lo malo, pero absuelto y santificado por su propia beatitud:

Y si éste es mi alfa y mi omega: a saber: que todo lo pasado se hace ligero, todo cuerpo bailarín, todo espíritu pájaro: y, en verdad, éste es mi alfa y mi omega,

¡Oh, cómo no he de sentir anhelos de eternidad y del anillo nupcial de los anillos: el anillo del Eterno Retorno!

Nunca encontré la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser la mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, eternidad!

¡PUES YO TE AMO, ETERNIDAD!

7.

Si alguna vez henchí los cielos apacibles y volé, con mis propias alas, en mi propio cielo:

Si nadé, jugueteando en las profundas lejanías terrestres, y si la sabiduría de pájaro de mi libertad llegó — pues así habla la sabiduría de pájaro: "Mira, no hay arriba ni abajo. Vé de un lado a otro, de arriba abajo, de delante hacia atrás, tú que eres ligero. Canta, y no hables más. ¿No están hechas las palabras para lo pesado? Todas las palabras ¿no mienten al que es ligero? ¡Canta y no hables ya!

¡Oh, cómo no he de sentir anhelos de eternidad y del anillo nupcial de los anillos: el anillo del Eterno Retorno!

Nunca encontré la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser la mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, eternidad!

¡PUES YO TE AMO, ETERNIDAD!

CUARTA Y ULTIMA PARTE

Ay, ¿quiénes hicieron sobre la tierra más locuras que los misericordiosos, y qué es lo que hizo más daño en la tierra que la locura de los misericordiosos?

¡Malditos sean todos los que aman sin tener una grandeza que esté por encima de su piedad!

Un día me dijo el diablo: "También Dios tiene su infierno: su amor por los hombres".

Y últimamente le oí decir estas palabras: "Dios ha muerto; y ha muerto a causa de su piedad por los hombres".

ZARATUSTRA

("De los misericordiosos", II).

LA OFRENDA DE MIEL

Y volvieron a pasar sobre el alma de Zaratustra meses y años, y él no lo notaba; sin embargo, sus cabellos se volvieron blancos. Un día, sentado en una piedra delante de su caverna, mirando a lo lejos en silencio — pues desde allí se divisaba el mar, muy a lo lejos, por encima de los abismos tortuosos—, sus animales, pensativos, daban vueltas a su alrededor, y acabaron por colocarse delante de él.

"¡Oh Zaratustra — dijéronle—, buscas tu felicidad con los ojos!" "¡Qué importa la felicidad! — respondió—; hace tiempo que ya no aspiro a la felicidad: aspiro a mi obra." "¡Oh Zaratustra! — respondieron de nuevo los animales — dices eso como alguien que estuviese rebosante de bienes. ¿No has dormido en un lago de felicidad pintado de azul?" "¡Tunantuelos — repuso Zaratustra sonriendo—, qué bien habéis elegido la comparación! Pero también sabéis que mi felicidad es pesada y que no es como una ola movediza: me empuja y no quiere marcharse de mí, pegajosa como la pez derretida."

Entonces sus animales, pensativos, volvieron a dar vuel-

tas alrededor de él, y de nuevo se colocaron delante. "¡Oh Zaratustra! — dijeron — quizá por eso estés más amarillo y más obscuro de color, aunque tus cabellos quieren parecer blancos y hechos de cáñamo. ¿Ves?, ¡estás sentado en tu pez y en tu desgracia!" "¿Qué estáis diciendo, animales míos — exclamó Zaratustra riendo —; ciertamente que he blasfemado al hablar de pez. Lo que me pasa a mí es lo que les pasa a todos los frutos que maduran. Es la "miel" que circula por mis venas lo que da mayor espesor a mi sangre y hace que mi alma sea más silenciosa." "Así debe ser, ¡oh Zaratustra! — respondieron los animales, apiñándose junto a él —; pero ¿es que no quieres hoy subir a ninguna montaña alta? El aire es puro, y hoy mejor que nunca se puede vivir en el mundo." "Sí, animales míos — respondió Zaratustra — aconsejáis a las mil maravillas, y siempre según mis gustos: quiero subir hoy mismo a una alta montaña. Pero vigilad para que yo encuentre miel a mi alcance, la miel de las doradas colmenas, miel amarilla, y blanca, y buena, y de una frescura glacial. Pues sabed que quiero presentar allá arriba mi ofrenda de miel."

Sin embargo, cuando Zaratustra hubo llegado a la cima, despidió a los animales que le habían acompañado, y se dió cuenta de que estaba solo; entonces rió de muy buena gana, miró alrededor de sí y habló de este modo:

"¡He hablado de ofrendas, y de ofrendas de miel; pero esto no ha sido más que un ardid de mi discurso y, en verdad, una locura inútil! Ahora puedo hablar con más libertad que ante los retiros de los eremitas y los animales domésticos de los eremitas.

¿Qué hablaba yo de sacrificar? Yo derrocho lo que me dan, porque tengo cien manos para derrochar; ¿cómo habría yo de osar llamar a esto sacrificio?

Y cuando pedí miel, lo que pedía era un cebo, colmenas doradas, y dulces, y feroces, que codician los osos gruñones y los pájaros raros; yo pedía el mejor cebo, el cebo de que tienen necesidad los cazadores y los pescadores. Pues si el mundo es como un bosque sombrío poblado de bestias, jardín de delicias para todos los cazadores salvajes, a mí me parece más bien un mar abundante y sin fondo, un mar lleno de peces multicolores y de cangrejos que son capaces de abrir el apetito a los mismos dioses, de suerte que, a causa del mar, se harían pescadores y echarían sus redes: tan rico es el mundo en prodigios grandes y pequeños.

Sobre todo, el mundo de los hombres, el mar de los hombres; hacia éste trazo yo mi línea dorada, diciendo: ¡Abrete, abismo humano!

¡Abrete y entrégame tus pescados y tus cangrejos centelleantes! ¡Con tu mejor cebo, yo atrapo hoy, para mí, los más prodigiosos pescados humanos!

Mi felicidad es lo que yo lanzo a lo lejos, la disperso en todas las lejanías, entre el Oriente, el Mediodía y el Occidente, para ver si muchos pescados humanos aprenden a morder el cebo y a colear colgados de mi felicidad.

Hasta que, víctimas de mi anzuelo, aguzado y oculto, tengan que subir hasta mi altura los gobios desde las profundidades, hasta el más perverso de los pescadores de peces humanos.

Pues yo soy "eso" desde el principio y desde mi origen, tirando, arrastrando, levantando y subiendo: un tirador, un domador y un educador, que no en vano se dijo en otro tiempo: "¡Sé lo que eres!"

Por consiguiente, que los hombres "suban" ahora hasta mí, pues yo espero los signos que me dicen que el momento de mi descenso ha llegado; todavía no desciendo entre los hombres, como es mi deber.

Por eso espero aquí, astuto y burlón, en las altas montañas, sin ser ni impaciente ni paciente, antes bien, como uno que ha olvidado la paciencia, porque no "sufre" ya.

En efecto, mi destino me deja tiempo: ¿me habrá olvidado? ¿O bien, sentado a la sombra de una gran piedra, estará cazando moscas?

Y en verdad me siento reconocido a mi destino eterno porque no me persiga, ni me empuje, ni me deje tiempo para hacer farsas y maldades; de suerte que hoy he podido subir esta alta montaña para pescar.

¿Ha pescado alguna vez un hombre sobre las altas montañas? Y aun cuando esto que yo pretendo fuera una locura, más vale cometer una locura que ponerse solemne, y verde, y amarillo a fuerza de esperar en las profundidades, hinchado de cólera a fuerza de esperar, como el mugido de una santa tempestad que viniese de las montañas, como un impaciente que azotase con los látigos, que gritase a los valles: "¡Escuchadme o tendré que azotaros con los látigos de Dios!"

No por eso he de odiar a semejantes indignados: los estimo bastante para reírme de ellos. ¡Comprendo que estén impacientes esos grandes tambores batientes, que hablarán hoy o no hablarán nunca!

Pero yo y mi destino no hablamos "hoy", tampoco hablamos "nunca": tenemos paciencia para hablar, tenemos tiempo, mucho tiempo. Pues tendrá que llegar un día en que ya no habrá derecho a pasar de largo.

¿Que deberá llegar un día en que no haya derecho a pa-

sar de largo? Nuestro gran azar, es decir, nuestro grande y lejano Reino del Hombre, el reino de Zaratustra, que dura mil años.

¿Qué me importa que ese "porvenir" esté lejano aún? No por eso está menos sólido para mí; lleno de confianza, yo estoy de pie, sobre mis dos pies, en esta base: en una base eterna, sobre duras rocas primitivas, sobre estos montes antiguos, los más altos y los más recios, expuestos a todos los vientos, que llegan a él como a un límite meteorológico, informándose de los destinos y de los lugares de origen.

¡Ríete, ríete, malignidad mía tan clara y saludable! ¡Lanza desde lo alto de estas montañas tus brillantes risas burlonas! ¡Atráeme, con el anzuelo de tu brillo, los más bellos pescados humanos!

Y todo lo que en todos los mares me pertenece, lo que es mío en todas las cosas, tómalo para mí, tráemelo a estas alturas: eso es lo que espera el más pescador de todos los pescadores.

¡Lejos, lejos, anzuelo mío, desciende hasta el fondo, cebo de mi felicidad! ¡Que tu más dulce rocío gotee sobre mí, miel de mi corazón! ¡Muerde, anzuelo, muerde en el vientre de todas las negras aflicciones!

¡Lejos, lejos, ojos míos! ¡Oh, cuántos mares me rodean, qué de porvenires humanos se elevan con la aurora! ¡Y por encima de mí, qué silencio rosado! ¡Qué silencio sin nubes!"

EL GRITO DE ANGUSTIA

Al día siguiente Zaratustra estaba de nuevo sentado en su piedra delante de la caverna, mientras que sus animales vagaban por el mundo para traer nuevo sustento y nueva miel, pues Zaratustra había gastado y disipado la vieja miel hasta la última gota. Pero mientras él estaba sentado allí, con un palo en la mano, siguiendo el perfil que su cuerpo trazaba en la tierra, sumergido en una profunda meditación — y, en verdad, ni sobre sí mismo, ni sobre su sombra— se estremeció de repente y fué acometido de terror, pues había visto otra sombra al lado de la suya. Y girando sobre sí mismo y levantándose rápidamente, vió ante él al adivino, aquel mismo adivino a quien una vez había sentado a su mesa, al proclamador de la gran laxitud, que enseñaba: "Todo es igual, nada vale lo que cuesta, el mundo no tiene sentido, el saber ahoga". Pero desde entonces su rostro se había transformado; y cuando Zaratustra le miró la cara, sintió terror en el cora-

zón: tal huella habían dejado en aquel semblante las funestas predicciones y las tempestades arrostradas.

El adivino, que había comprendido lo que sucedía en el alma de Zaratustra, pasóse la mano por la cara, como si hubiera querido borrar de ella algo; Zaratustra hizo lo mismo por su parte. Cuando de este modo se hubieron tranquilizado y reconfortado los dos, se dieron la mano para demostrar que se reconocían.

"Bienvenido seas — dijo Zaratustra — adivino de la gran laxitud, no en vano fuiste en otro tiempo mi huésped y mi comensal. Hoy puedes comer y beber también en mi mansión, y perdona que un viejo alegre se siente a la mesa contigo". "Un viejo alegre — respondió el adivino, moviendo la cabeza—quienquiera que seas, o quienquiera que pretendas ser, ¡oh Zaratustra!, no lo seguirás siendo mucho tiempo allá arriba, pues dentro de poco tu barca no se encontrará en seco". "¿Es que estoy en seco?" (1), preguntó Zaratustra riendo. "Las olas que circulan tu montaña y suben sin cesar—respondió el adivino — las olas de la inmensa miseria y de la aflicción, acabarán pronto por elevar tu barca y llevarte a ti con ella". Entonces Zaratustra calló y se admiró. "¿No oyes nada aún?—continuó el adivino—, no escuchas ese murmullo y ese zumbido que sube del abismo?" Zaratustra, entonces, calló y escuchó, y oyó un grito prolongado, que los abismos se lanzaban y se devolvían, pues ninguno de ellos quería guardarle: tan lúgubre era su sonido.

"Fatídico proclamador — dijo, por fin, Zaratustra—: ése es el grito de angustia y de socorro de un hombre: sale probablemente del negro mar. Pero ¡qué me importa la angustia de los hombres! El último pecado que me ha sido concedido ¿sabes cuál es su nombre?".

"PIEDAD — respondió el adivino, con el corazón desbordante y alzando las dos manos—. ¡Oh Zaratustra, yo vengo para hacerte cometer tu último pecado!"

Apenas estas palabras fueron pronunciadas, cuando el grito resonó de nuevo, más largo y más angustioso que antes, y ya mucho más cerca. "¿Has oído? ¿Has oído, oh Zaratustra? — exclamó el adivino —. ¡A ti es a quien se dirige el grito, a ti te llama! ¡Ven, ven, ven! ¡Ya es tiempo, y éste es el momento!"

Pero Zaratustra se callaba, turbado y quebrantado, hasta que, al fin, preguntó, como el que duda de sí mismo: "¿Y quién es el que me llama desde abajo?"

---

(1) Juego de palabras. En alemán estar en seco es no tener dinero. (N. del T.)

"Bien lo sabes — respondió vivamente el adivino—. ¿Por qué te ocultas? ¡Es el "hombre superior", que te pide socorro!"

"El hombre superior — gritó Zaratustra, transido de horror— ¿qué quiere?, ¿que quiere? El hombre superior ¿qué quiere aquí?" Y su piel se cubrió de sudor.

El adivino, sin embargo, no respondió a la angustia de Zaratustra; escuchaba y escuchaba, inclinado sobre el abismo. Pero como el silencio se prolongaba mucho tiempo, volvióse a mirar hacia atrás y vió a Zaratustra de pie y tembloroso.

"¡Oh Zaratustra —, comenzó a decir con voz entristecida— no tienes el aspecto de un hombre, a quien la felicidad haga dar vueltas: tendrás que bailar para no caerte de espaldas!

Y si quisieses bailar delante de mí y hacer delante de mí todas tus piruetas, nadie podría decirme: "¡Mira, he aquí la danza del último hombre feliz!"

Si el que buscase aquí "ese" hombre subiese a estas alturas, en vano subiría: encontraría cavernas y grutas, escondites para las gentes que se ocultan, pero ni fuentes, ni felicidad, ni tesoros, ni nuevos filones de dicha.

De dicha... ¡Cómo haría para encontrar la dicha en estos sepultados, en estos eremitas! ¿Tendré que buscar mi última dicha en las Islas Afortunadas y a lo lejos de los mares olvidados?

¡Pero todo es igual, nada vale la pena, toda pretensión es vana, no hay Islas Afortunadas!"

Así dijo el adivino suspirando; pero su último suspiro hizo recobrar la serenidad a Zaratustra, que parecía que volvía a la luz después de haber estado mucho tiempo en un profundo abismo. "¡No, no, tres veces no!— exclamó con fuerte voz, acariciándose la barba—. ¡Yo lo sé mejor que tú! ¡Todavía hay Islas Afortunadas! ¡No hables más de esto, saco de tristezas, llorón!

¡Deja de chapotear, nube de lluvia de la mañana! ¿No me ves ya mojado de tu tristeza y salpicado como un perro?

Ahora me sacudo y me voy lejos de ti, para secarme. ¡No te asombras! ¿No tengo aspecto cortés? Es que me falta "mi" corte.

Y en cuanto a tu hombre superior, ¡bueno!, voy en seguida a buscarle en estos bosques: de allí llegaron sus gritos. Quizá se ve acosado por una bestia feroz.

Está en "mis" dominios: ¡no quiero que le pase nada aquí! Y, en verdad, en mis dominios hay muchas bestias feroces".

A estas palabras Zaratustra se dispuso a partir. Pero entonces el adivino dijo: "¡Oh Zaratustra, eres un pillo!

Lo sé bien: ¡Quieres desembarazarte de mí! ¡Prefieres salvarte por los bosques para perseguir a las bestias feroces!

Pero ¿de qué te servirá? Por la noche me volverás a encontrar de nuevo; estaré sentado en tu propia caverna, paciente y pesado como un trono, sentado allí, esperándote".

"¡Que así sea — exclamó Zaratustra yéndose —, y lo que en mi caverna me pertenece es tuyo también, mi huésped!

Pero si encontraras todavía miel, cómetela lamiendo, oso gruñón, y endulza tu alma. Pues esta noche vamos a estar alegres los dos, ¡alegres y contentos de que haya terminado esta jornada! Y tú mismo has de acompañar mis cantos con tus danzas, como si fueras mi oso amaestrado.

¿No lo crees? ¿Mueves la cabeza? ¡Pues bien! ¡Vete! ¡Oso viejo! ¡Pero yo también, también yo soy un adivino!"

Así habló Zaratustra.

UNA CONVERSACION CON LOS REYES

1.

No había transcurrido aún una hora desde que Zaratustra desapareciera para internarse en sus montañas y en sus bosques, cuando vió de pronto una singular comitiva. Por el centro del camino que él intentaba seguir avanzaban dos reyes, adornados con coronas y con cintos de púrpura, y tan abigarrados como flamencos; delante de ellos iba un asno cargado. "¿Qué querrán estos reyes en mi reino?", dijo a su corazón Zaratustra extrañado, y se escondió apresuradamente tras de una zarza. Pero cuando los reyes llegaron cerca de él, dijo a media voz, como hablando consigo mismo: "¡Cosa singular, singular! ¿Cómo concertar esto? ¡Veo dos reyes y... un solo asno!"

Entonces los dos reyes se detuvieron, sonrieron y miraron del lado de donde venía la voz, y luego se miraron el uno al otro. "Entre nosotros se piensan estas cosas — dijo el de la derecha — pero no se expresan".

Sin embargo, el rey de la izquierda alzó los hombros y respondió: "Debe de ser algún pastor de cabras, o bien un ermitaño, que haya vivido mucho tiempo entre las rocas y los árboles. Pues la falta de sociedad hace que se pierdan los buenos modales".

"Los buenos modales — replicó el otro rey con tono enojado y amargo —; ¿de qué venimos huyendo nosotros sino es de los buenos modales de "nuestra buena sociedad?"

Es preferible, en efecto, vivir entre los ermitaños y los pastores de cabras que al lado de nuestro populacho dorado, falseado y maquillado, aunque se llame a sí mismo "buena sociedad", aunque se llame "nobleza". Pues allí todo es falso y está podrido, y ante todo la sangre, gracias a las antiguas y perniciosas enfermedades y a los malos curanderos.

El que yo prefiero es, hoy día, el mejor: el campesino bien saludable; es grosero, astuto, terco y resistente: es hoy la especie más noble.

El campesino es el mejor, hoy en día; y la especie campesina debía ser el alma. Sin embargo, es el reino del populacho; no me dejo deslumbrar. Pues populacho quiere decir mezcla.

Mezcla populachera: en ella todo se mezcla con todo, el santo y el bribón, el hidalgo con el judío, y todos los animales del Arca de Noé.

¡Las buenas costumbres! Entre nosotros todo es falso y está podrido. Nadie sabe venerar; a todo esto es a lo que nosotros queremos escapar. Son perros golosos e importunos que doran las palmas.

El hastío me devora de ver que nosotros los reyes nos hemos hecho falsos también, y estamos envueltos y disfrazados con el fasto anticuado de nuestros antepasados, somos medallas convirtiéndonos en monedas de escaparate para los más tontos y los más pillos y para todos los que hoy especulan con el poderío.

Nosotros no "somos" los primeros y tenemos que "figurar" como los primeros: hemos acabado por estar fatigados y saturados de esta farsa.

Nos hemos desviado del populacho, de todos esos vocingleros y de todas las moscas de los escritorios, para escapar al hedor de los merceros, a los impotentes esfuerzos de la ambición y la fetidez del aliento: ¡qué asco vivir en medio del populacho! ¡Qué asco figurar el primero entre el populacho! ¡Ah, qué asco, qué asco, qué asco! ¡Qué importamos ya nosotros los reyes!"

"Tu antigua enfermedad te vuelve a acometer — dijo, al llegar aquí, el rey de la izquierda — te vuelve a acometer el hastío, pobre hermano mío. Pero ten en cuenta que alguien nos escucha".

Al punto, Zaratustra, que había sido todo ojos y oído durante este discurso, salió de su escondite, se dirigió a los reyes y comenzó:

"El que os escucha, el que se complace en escucharos a vosotros los reyes, se llama Zaratustra.

Yo soy Zaratustra, el que dijo un día: "¡Qué importan ya los reyes!" Perdonadme que me haya puesto muy contento cuando os habéis dicho el uno al otro: "¡Qué importamos ya los reyes!"

Pero ahora estás aquí, en mi reino, y bajo mi dominio. ¿Qué venís a buscar, por ventura, en mis reinos? Quizá hayáis encontrado en vuestro camino lo que "yo" busco: yo busco al hombre superior".

Cuando los reyes oyeron esto, se golpearon el pecho, y dijeron a la vez: "¡Nos han reconocido!"

Con la hoja de acero de esa palabra, has atravesado la más profunda obscuridad de nuestros palacios. Has descubierto nuestra miseria. Porque mira: nosotros nos hemos puesto en camino para buscar al hombre superior, el hombre superior a nosotros, aunque nosotros seamos reyes. A él le llevamos este asno. Pues el hombre más alto debe ser también, sobre la tierra, el primero de los señores.

No hay calamidad más dura en los destinos humanos que el que los poderosos de la tierra no sean también hombres superiores. Entonces todo se vuelve falsedad y monstruosidad, todo va de cabeza.

Y cuando son los últimos, y más bien animales que hombres, entonces el populacho sube en valor, y, por último, la virtud populachera termina por decir: "¡Heme aquí; yo soy la única virtud!"

"¿Qué es lo que acabo de oír? — respondió Zaratustra —. ¡Qué sabiduría la de los reyes! Estoy encantado, y, verdaderamente, ya tengo deseos de hacer una copla sobre todo eso; mi copla no será, quizá, a propósito para los oídos de todo el mundo. Hace mucho tiempo que se me ha olvidado componer para las orejas largas. ¡Vamos! ¡Adelante!":

(Pero en este momento sucedió que también el asno tomó la palabra, y pronunció, distintamente y con mala intención "I-a").

Una vez, creo que fué el año UNO
Habló la Sibila, ebria, pero no de vino:
"¡Ay que mal va todo!
"¡Ruina, ruina! Jamás este mundo tan bajo cayó.
"Roma se ha hecho ramera, y bajó al prostíbulo.
"El César de Roma descendió a la bestia,
"Y el mismo Dios se convirtió en judío".

2.

Grande fué el deleite de los reyes al oír esta copla de Zaratustra; sin embargo, el rey de la derecha dijo: "¡Oh Zaratustra, qué bien hemos hecho en ponernos en camino para venir a verte!

Pues tus enemigos nos han mostrado tu imagen en su espejo: allí aparecías con el gesto de un demonio de risa sarcástica, tanto, que tuvimos miedo de tí.

Mas ¡qué importa! Tú penetrabas constantemente en nuestros oídos y en nuestros corazones con tus máximas. Al fin, acabamos por decir: "¡Qué importa la cara que tenga!"

Debemos oír al que enseña: "¡Debéis amar la paz como un medio para nuevas guerras, y la paz corta más que la larga!"

Nadie pronunció nunca palabras tan guerreras: "¿Qué es lo bueno? Ser bravos, eso es lo bueno. La buena guerra es la que santifica todas las causas."

¡Oh Zaratustra!, al oír estas palabras, la sangre de nuestros padres volvió a nuestros cuerpos: han sido como los ecos de la primavera a viejos toneles de vino.

Cuando las espadas se cruzaban como serpientes manchadas de sangre, entonces nuestros padres se sentían entusiasmados con la vida; el sol de la paz les parecía flojo y tibio, y una larga paz les avergonzaba.

¡Cómo suspiraban nuestros padres cuando veían en los muros espadas muy limpias, pero inútiles! Semejantes a esas espadas, ellos tenían sed de guerra. Pues una espada quiere beber sangre, una espada brilla codiciosa."

Mientras los reyes hablaban y bromeaban de esta suerte, con animación, de la felicidad de sus padres, Zaratustra sintió un gran deseo de burlarse de su fogosidad, pues eran, evidentemente, tres reyes apacibles los que tenía ante sí, reyes de rostros viejos y finos; pero se contuvo. "¡Vamos! ¡En marcha — dijo —; éste es el camino; allá arriba está la caverna de Zaratustra; y esta noche debe haber allí gran fiesta! Pero, por el momento, alguien que ha pedido socorro me llama lejos de vosotros.

Mi caverna será honrada si los reyes se sientan en ella y esperan; ¡pero hay que advertir que tendréis que esperar largo rato!"

"¡Bueno! ¡Qué importa! ¿Dónde se aprende hoy a esperar mejor que en las cortes? Y de todas las virtudes de los reyes, la única que les queda, ¿no se llama hoy "saber" esperar?"

Así habló Zaratustra.

LA SANGUIJUELA

Y Zaratustra, pensativo, continuó su ruta, descendiendo siempre, atravesando bosques y pasando por la orilla de los pantanos; pero, como les sucede a todos aquellos que reflexionan en cosas difíciles, tropezó distraídamente con un hombre. Y he aquí que, de pronto, se oyó un grito de dolor, dos juramentos y veinte injurias graves; de suerte que, en su terror, Zaratustra levantó el palo para pegar al mismo a quien acababa de atropellar. Sin embargo, en el mismo momento recobró su serenidad, y su corazón se echó a reír de la torpeza que acababa de cometer.

"Perdóname — le dijo al hombre con quien había tropezado, y que se levantaba colérico, para volverse a sentar — perdóname y escucha, ante todo, una parábola:

Como un viajero que sueña en cosas lejanas, en un camino solitario, tropieza por error con un perro que duerme, con un perro que está echado al sol; como ambos se levantan y se acometen bruscamente, semejantes a enemigos mortales, ambos con terror de muerte, así nos ha sucedido a nosotros.

Y, sin embargo, ¡en cuán poco ha estado que no se acaricien ese perro y ese solitario! ¿No son los dos... solitarios?"

"Quienquiera que seas — respondió — siempre en cólera, aquel a quien Zaratustra acababa de tropezar — te acercas a mí demasiado, no solamente con tu pie, sino también con tu parábola. Mira. ¿soy yo un perro?"

Y al decir esto, el que estaba sentado se levantó, sacando su brazo desnudo del pantano. Pues al principio estaba echado en el suelo cuan largo era, oculto y disimulado, como alguien que acecha una pieza de caza del pantano.

"¿Pero qué haces? — exclamó Zaratustra, espantado, pues vió que su brazo estaba cubierto de sangre —. ¿Qué te ha sucedido? ¿Te ha mordido alguna fiera, desdichado?"

El que sangraba rió con risa sarcástica, y exclamó, siempre encolerizado, tratando de continuar el camino: "¿Y a tí qué te importa? Aquí estoy en mi casa y en mis dominios. Que me interrogue el que quiera; yo no responderé a un torpe."

"Te engañas — dijo Zaratustra lleno de compasión y reteniéndole — te engañas: no estás aquí en tu reino, sino en el mío, y aquí no le debe pasar nada malo a nadie.

Llámame como quieras; yo soy quien debo ser. Yo me llamo a mí mismo Zaratustra.

¡Vamos! El camino que conduce a la caverna de Zara-

tustra está allá arriba, no está muy lejos; ¿no quieres venir a mi casa para curarte las heridas?

No has tenido suerte en este mundo, desgraciado: primero te mordió una fiera, luego un hombre te pisoteó."

Pero cuando el hombre oyó el nombre de Zaratustra, se sintió transformado. "¿Qué es lo que me pasa? — exclamó —. ¿qué otra preocupación tengo yo en la vida sino ese hombre único que se llama Zaratustra y esa bestia única que vive en la sangre y que se llama sanguijuela?

Por causa de la sanguijuela estaba yo echado ahí, al borde del pantano, semejante a un pescador, y ya mi brazo extendido había sido mordido diez veces, cuando una bestia más hermosa se puso a chupar mi sangre: ¡Zaratustra mismo!

¡Oh dicha! ¡Qué milagro! ¡Bendito sea este día, que me ha traído a este pantano! ¡Bendita sea la mejor ventosa, la más viva entre todas las que hoy viven! ¡Bendita sea la gran sanguijuela de las conciencias: Zaratustra!"

Así hablaba aquel con quien Zaratustra había tropezado. Y Zaratustra se regocijaba al oír sus palabras y contemplando su continente noble y respetuoso. "¿Quién eres? — le preguntó tendiéndole la mano —. Entre nosotros hay muchas cosas que tenemos que aclarar y poner en orden; pero me parece que ya apunta el día, claro y puro."

"Yo soy la conciencia del espíritu — respondió el interrogado — y es difícil que alguien se ocupe de una manera más rigurosa, más estrecha y más dura que yo de las cosas del espíritu, excepto aquel de quien yo he aprendido, Zaratustra mismo.

¡Es mejor no saber nada que saber muchas cosas a medias! ¡Es mejor ser un loco por su propia cuenta que un sabio en la opinión de los demás! Yo, yo voy al fondo: ¿qué importa que sea pequeño o grande, que se llame pantano o cielo? Un pedazo de tierra de un palmo de tamaño me basta, siempre que sea verdaderamente tierra sólida. Un trozo de tierra de un palmo: en él se puede estar de pie. En la verdadera ciencia concienzuda no hay nada grande ni pequeño."

"¿Entonces tú eres quizá el que trata de conocer la sanguijuela? — preguntó Zaratustra —; ¿persigues la sanguijuela hasta sus causas más profundas, tú que eres concienzudo?"

¡Oh Zaratustra — respondió aquel a quien Zaratustra había atropellado — eso sería una monstruosidad!, ¿cómo había yo de atreverme a pensar tal cosa?

Lo que yo conozco a fondo es el "cerebro" de la sanguijuela: ¡ése es "mi" universo!

¡Y eso también es un universo! Pero perdona que se

manifieste aquí mi orgullo, pues en este terreno no tengo semejante. Por eso he dicho: "Ese es mi terreno."

¡Cuánto tiempo hace que yo persigo esta cosa única, el cerebro de la sanguijuela, a fin de que la verdad sutil no se me escape! Este es mi reino.

Por eso he prescindido de todo lo demás, por eso todo lo demás me es indiferente, y cerca de mi ciencia se extiende mi negra ignorancia.

Mi conciencia del espíritu exige de mí que yo sepa una cosa y que ignore todo lo demás; me hastían todos los términos medios del espíritu de todos los que tienen el espíritu nebuloso, flotante y exaltado.

Allí donde cesa mi probidad comienza mi ceguedad, y yo quiero estar ciego. Sin embargo, cuando quiero saber, quiero también ser probo, es decir, duro, severo, estrecho, cruel, implacable.

Aquellas palabras que tú dijiste un día, ¡oh Zaratustra!: "El espíritu es la vida que penetra cortando la vida", fueron las que me atrajeron a tu doctrina. Y en verdad yo he aumentado mi ciencia con mi propia sangre."

"Como lo prueba la evidencia", interrumpió Zaratustra; y la sangre continuaba corriendo del brazo desnudo del concienzudo. Pues llevaba colgando del brazo diez sanguijuelas.

"¡Oh singular personaje, cuántas enseñanzas contiene esta evidencia, es decir, tú mismo! Y yo no me atreveré quizá a verter todas mis enseñanzas en tus severos oídos.

¡Vamos! ¡Separémonos aquí! Pero quisiera volverte a encontrar. Allá arriba está el camino que conduce a mi caverna. Esta noche serás bien venido entre mis huéspedes.

También quisiera reparar en tu cuerpo el ultraje que te ha inferido Zaratustra pisoteándote; ya he pensado en ello. Pero ahora un grito de angustia me llama lejos de tí."

Así habló Zaratustra.

EL ENCANTADOR

1.

Pero al volver una roca Zaratustra vió, no lejos de allí, por encima de él, en el mismo camino, un hombre que gesticulaba con brazos y piernas como un loco furioso, y que terminó por echarse en tierra boca abajo. "¡Alto! — dijo entonces Zaratustra a su corazón —. Este debe ser el hombre superior; de él procede, indudablemente, ese grito siniestro de angustia; voy a ver si puedo socorrerle."

Pero cuando llegó al sitio en donde estaba el hombre

echado en tierra, encontró un viejo tembloroso, con la mirada extática; y, a pesar de los esfuerzos que Zaratustra hizo para levantarle y ponerle en pie, no lo consiguió. Tampoco el desgraciado parecía darse cuenta de que alguien había a su lado; por el contrario, continuaba con los ojos extraviados, haciendo gestos conmovedores, como alguien que se encuentra aislado y abandonado del mundo entero. Sin embargo, al fin, después de muchos temblores, sobresaltos y contracciones comenzó a lamentarse así:

"¿Quién me dará calor, quién me amará todavía?
¡Dadme manos calientes!
¡Dadme corazones caldeados!
Extendido, tiritando,
Un moribundo, a quien se calienta los pies;
Agitado, ¡ay!, por fiebres desconocidas,
Tiritando ante los agudos y helados carámbanos,
¡Arrojado por ti, pensamiento!
¡Innominado! ¡Velado! ¡Espantoso!
Cazador detrás de las nubes,
Fulminado por ti,
Ojo sarcástico que me miras en las tinieblas:
así estoy acostado, y me retuerzo, y me doblo atormentado
por todos los martirios eternos,
herido por ti, el cazador más cruel,
por ti, el dios... desconocido.
¡Da más fuerte,
da otra vez!
¡Atraviesa y rompe este corazón!
¿Por qué me atormentas con flechas sin punta?
¿Qué miras así, tú a quien el sufrimiento su mano no conmueve,
con un resplandor divino en tus ojos malignos?
¿No es tu deseo matar, martirizar y volver a martirizar?
¿Por qué me martirizas, dios malévolo, dios desconocido?
¡Ah! ¡Ah! ¡Cómo te acercas alevosamente en esta medianoche!
¿Qué quieres? ¡Habla! ¡Me empujas, me aprietas!
¡Ah! ¡Ya estás muy cerca!
Espiando mi corazón.
Acechando mi respiración,
¡Estás celoso! ¿De qué estás celoso?
¡Quítate, quítate! ¿Para qué esta escala?
¿Quieres entrar en mi corazón, introducirte en mis pensamientos más íntimos?
¡Impúdico! ¡Desconocido! ¡Ladrón!

¿Qué quieres robar? ¿Qué quieres escuchar? ¿Qué quieres arrancar a la fuerza con tus torturas,
tú el dios-verdugo?
¿O habré de arrastrarme ante ti como un perro
y abandonarme, ebrio y fuera de mí,
ofrecerte mi amor?
¡En vano!
¡Sigue pegando,
tú el más cruel de los aguijones!
¡Yo no soy un perro; no soy más que tu salvajina,
tú el más cruel de los cazadores!
Tu prisionero más orgulloso,
ladrón que te ocultas en las nubes...
¡Habla ya,
tú que te ocultas detrás de los relámpagos! ¡Desconocido, habla!
¿Qué quieres, tú, que acechas en todos los caminos, qué quieres... de mí?...
¡Cómo! ¿Un rescate?
¿Que quieres un rescate?
¡Pide mucho, mi orgullo te lo aconseja!
Y habla pocas palabras: ¡ése es el consejo de mi otro orgullo!
¡Ah! ¡Ah!
Es a mí, es a mí a quien quieres; ¿todo entero?...
¡Ah! ¡Ah! ¡Qué loco eres al martirizarme! ¿Martirizas mi orgullo?
¡Dame "amor"! ¿Quién me da calor todavía?
¿Quién me ama todavía?
Dame manos calientes, corazones ardientes, dame a mí el más solitario, más solitario que el hielo, ¡ay!
Que hace languidecer siete veces junto a los mismos enemigos.
¡Date, sí, abandónate a mí, tú el más cruel enemigo!
¡Partió, huyó él mismo,
mi único compañero,
mi gran enemigo,
mi desconocido,
mi dios-verdugo!...
¡No! ¡Vuelve!
¡Vuelve con todos tus suplicios!
¡Oh, vuelve al último de todos los solitarios!
¡Todas mis lágrimas van hacia ti!
¡Y la última llama de mi corazón se lanza hacia ti!
¡Oh, vuelve, mi dios desconocido! ¡Mi "dolor"! ¡Mi última dicha!"

2.

Mas, al llegar aquí, Zaratustra no pudo contenerse por más tiempo: tomó su bastón y apaleó con todas sus fuerzas al que así se lamentaba. "¡Detente — exclamaba con risa colérica — detente, histrión! ¡Monedero falso! ¡Embaucador de nacimiento! ¡Bien te reconozco!

¡Quiero calentarte las piernas, siniestro encantador; sé muy bien cómo hay que hacer entrar en calor a los de tu calaña!"

"¡Detente — dijo el viejo levantándose de un salto —, no me pegues más, oh Zaratustra; todo esto no ha sido más que una broma!

Estas cosas constituyen mi arte; he querido ponerte a prueba, dándote esta prueba. ¡Y en verdad has penetrado perfectamente mis intenciones!

Pero tú también me has dado prueba, y no pequeña, de ti mismo. ¡Eres duro, sabio Zaratustra! ¡Pegas fuerte con tus "verdades"; tu bastón nudoso me obliga a confesar "esta" verdad!"

"No me adules — respondió Zaratustra, todavía irritado y con el semblante sombrío —, alma de histrión. Eres una apariencia: ¿por qué hablas de verdad?

Tú, el pavo de los pavos, mar de vanidad, ¿qué farsa representabas ante mí, siniestro encantador? ¿"En quién" había yo de creer cuando te lamentabas de tal modo?"

"Yo representaba el penitente del espíritu — respondió el viejo —; tú mismo inventaste en otro tiempo esta frase, el poeta, el encantador que termina por volver su espíritu contra sí mismo, el que se siente transformado, convirtiendo en hielo su mala ciencia y su mala conciencia.

Y, confiésalo francamente: has necesitado algún tiempo, ¡oh Zaratustra!, para descubrir mis artificios y mis mentiras. Tú "creíste" en mi angustia cuando tenías mi cabeza entre tus manos; yo te oí gemir: "¡Le han amado poco, le han amado poco!" El haberte engañado hasta ese punto es lo que regocijaba interiormente a mi maldad."

"Debes de haber engañado a otros más perspicaces que yo — respondió duramente Zaratustra —. Yo no estoy en guardia contra los embusteros; es preciso que yo me abstenga de tomar precauciones: así lo quiere mi destino.

Pero a ti, a ti te hace falta engañar; ¡te conozco bastante para saberlo! Tus palabras tienen que tener siempre un doble, un triple, un cuádruple sentido. ¡Eso mismo que acabas de confesarme ahora no es ni bastante verdadero ni bastante falso para mi!

¡Malvado, monedero falso, cómo podrías hacer otra cosa! Tú mismo maquillarías tu enfermedad si te mostrases desnudo ante tu médico.

Así es como acabas de disfrazar tu mentira cuando has dicho: "¡No lo he hecho más que en broma!" También había en esto algo de serio; eres algo como un penitente del espíritu.

Bien te adivino: has llegado a ser el encantador de todo el mundo; pero, para ti mismo, no te queda ya ni mentira ni ardid: ¡por ti mismo te has desencantado!

Has cosechado el asco como tu única verdad. Ninguna palabra es ya verdad en ti, pero tu boca es verdadera todavía; es decir, el asco pegado a tu boca."

"¡Pues quién eres tú! — exclamó, a este punto, el viejo encantador con voz altanera —. ¿Quién tiene el derecho de hablarme así, a mí, que soy el más grande de los vivientes de hoy?" Y sus ojos lanzaron una mirada verde sobre Zaratustra. Pero al punto cambió de actitud, y dijo tristemente:

"¡Oh Zaratustra, todo esto me cansa, mis artes me dan asco; yo no soy grande, de qué sirve fingirlo! Pero tú lo sabes bien: ¡he buscado la grandeza!

Yo quería representar el papel de grande hombre, y a muchos les he convencido; pero esta farsa ha consumido mis fuerzas. Contra ella me rompo.

¡Oh Zaratustra, en mí todo es mentira; pero que me rompo, eso es "verdad" en mí!"

"Eso te honra — replicó Zaratustra, con el aire sombrío y la mirada vuelta hacia el suelo — eso te honra, el haber buscado la grandeza, pero también te delata. Tú no eres grande.

Viejo encantador siniestro, "lo" que de mejor y de más honesto tienes, lo que yo honro en ti, es que estés hastiado de ti mismo y que digas: **"Yo no soy grande."**

En eso te honro como a un penitente del espíritu; aunque sólo haya sido por un breve instante, has sido veraz.

Pero dime qué es lo que buscas aquí, en mis bosques y entre mis peñas. Y si es por mí por quien te has echado en mi camino, ¿qué prueba querías de mí, en qué querías tentarme?"

Así habló Zaratustra, y sus ojos brillaron. El viejo encantador hizo una pausa, y luego dijo: "¿Acaso te he tentado? Yo no hago más que buscar.

¡Oh Zaratustra, busco a algún hombre sincero, recto, sencillo, sin fingimiento, todo probidad, un vaso de sabiduría, un santo del conocimiento, un grande hombre!

¿No lo sabes, oh Zaratustra? Yo busco a Zaratustra".

Entonces reinó un largo silencio; pero Zaratustra ca-

yó en una profunda meditación, de suerte que cerró los ojos. Luego, volviendo a su interlocutor, cogió la mano del encantador, y dijo con refinada cortesía y astucia:

"¡Pues bien! Allá arriba está el camino que conduce a la caverna de Zaratustra. En una caverna es donde encontrarás al que buscas.

Y toma consejo de mis animales, de mi águila y de mi serpiente; ellos te ayudarán a buscar. Mi caverna, sin embargo, es grande.

Es verdad que yo mismo no he visto todavía un grande hombre. Para lo grande, el ojo más sutil es todavía hoy grosero. Este es el reinado de la plebe.

Ya encontré a tantos que se estiraban y se hinchaban, mientras el populacho gritaba: "¡Ved aquí al grande hombre!" ¡Pero de qué sirven todos los fuelles de forja! Siempre acaban por dejar salir al viento.

La rana que se empeña en hincharse acaba siempre por reventar, y entonces se le sale el aire. A mí me gusta, y me parece un cuerdo entretenimiento, clavar un pincho en el vientre de los hinchados. ¡Escuchad esto, hijos míos!

Nuestro "hoy" pertenece al populacho; ¿quién puede saber aún lo que es pequeño y lo que es grande? ¿Quién buscaría hoy la grandeza con éxito? Un loco todo lo más, y los locos consiguen lo que se proponen.

¡Ah extraño loco!, ¿tú buscas a los grandes hombres? ¿Quién te enseñó a buscarlos? ¿Es este tiempo a propósito para ello? ¡Oh maligno investigador!, ¿por qué me tientas?"

Así habló Zaratustra, con el corazón confortado, y, riendo, continuó su camino.

SIN TRABAJO

Al poco rato de haberse desembarazado de su interlocutor, Zaratustra vió a otro hombre, que estaba sentado al borde del camino por donde él iba: un hombre alto y negro, de rostro demacrado y descolorido. El aspecto de este hombre le produjo un efecto muy desagradable. "¡Ay de mí — dijo a su corazón — allí veo sentada a la misma aflicción enmascarada; esa faz me parece que pertenece a la clerigalla! ¿Qué quieren esos en mi reino?

¿Qué es esto?; no bien acabo de escapar a ese encantador, y un nuevo nigromántico se atraviesa en mi camino: un mago cualquiera que impone las manos, un sombrío taumaturgo por la gracia de Dios, un ungido difamador del mundo. ¡Que el diablo se le lleve!

Pero el diablo no aparece nunca cuando hace falta:

¡siempre llega tarde ese maldito enano, ese maldito cojuelo!"

Así juraba Zaratustra, sintiendo la impaciencia en su corazón y pensando cómo conseguiría pasar por delante de aquel hombre sin mirarle; pero he aquí que sucedió otra cosa. Pues en aquel instante el que estaba sentado enfrente de él advirtió su presencia, y, como si se sintiese de pronto dichoso, dió un salto y se dirigió a Zaratustra.

"Quienquiera que seas, errante viajero — dijo — presta ayuda a un extraviado, a un anciano que está expuesto a una desgracia.

Este mundo es lejano y extraño para mí, y he oído aullar a las fieras; y el que me pudiera haber dado asilo ha desaparecido.

Venía buscando al último hombre piadoso, a un santo, a un ermitaño que, solitario en su bosque, no ha oído todavía decir lo que todo el mundo sabe."

"¿Qué es lo que todo el mundo sabe hoy? — preguntó Zaratustra —. ¿Quizá sea que el antiguo Dios no vive ya, el Dios en que todos creían antes?"

"Tú lo has dicho — respondió el viejo, contristado —. Y yo he servido a ese antiguo Diós hasta su última hora.

Pero ahora ya estoy sin trabajo; carezco de amo y, sin embargo, no soy libre; tampoco tengo ya alegría, a no ser la alegría de los recuerdos.

Por eso he subido a estas montañas, para celebrar de nuevo una fiesta, tal como cumple a un viejo papa y a un viejo padre de la Iglesia — ¡pues sabrás que soy el último papa! —: una fiesta conmemorativa, piadosa y de culto divino.

Pero ahora veo que también ha muerto el más piadoso de los hombres, ese santo del bosque, que sin cesar rendía gracias a Dios con cantos y susurros.

No le he encontrado cuando he descubierto su cabaña; no he visto más que dos lobos, que aullaban a causa de su muerte, pues todos los animales le amaban. Entonces me dí a la fuga.

¿Acaso he venido en vano a estos bosques y a estas montañas? Pero mi corazón ha resuelto buscar otro, al más piadoso de todos los que no creen en Dios, ¡a Zaratustra!"

Así habló el viejo, mirando fijamente al que estaba sentado delante de él; pero Zaratustra tomó la mano del viejo papa y la contempló largo tiempo con admiración.

"¡Mira, venerable — dijo entonces —, qué mano más bella y afilada! Es la mano de quien no ha hecho otra cosa en la vida que echar bendiciones. Pero ahora tienes al que tú buscas, a Zaratustra.

Yo soy Zaratustra, el impío, que dice: ¿Quién es más im-

pío que yo, para que yo pueda regocijarme con sus enseñanzas?'"

Así habló Zaratustra, penetrando con su mirada los pensamientos y las intenciones del viejo papa. Por fin, éste comenzó:

"Aquel que le amaba y le poseía más es también el que le ha perdido más. Mira, yo creo que de nosotros dos, ahora, soy yo el más impío. Pero ¿quién se alegraría de ello?".

"¿Tú le has servido hasta el último momento? — preguntó Zaratustra, pensativo, después de un largo y profundo silencio —, ¿tú sabes "cómo" ha muerto?, ¿es verdad lo que cuentan, de que le ha matado la piedad, la piedad de ver al hombre suspendido de la cruz, sin poder soportar que el amor de los hombres fuera su infierno y luego su muerte?"

El viejo papa, sin embargo, no respondió, sino que miró de reojo, con aire de ferocidad y con expresión dolorosa y sombría en el rostro.

"Déjale hacer", dijo Zaratustra, después de haber reflexionado largo rato, mirando siempre al viejo en lo blanco de los ojos.

"Déjale marchar; está perdido. Y, aunque te honra hablar bien de ese muerto, sabes tan bien como yo lo que era y qué caminos tan extraños seguía."

"Para hablar entre tres ojos — dijo el viejo papa (pues era tuerto) un poco más dueño de sí — sobre las cosas de Dios, yo sé más que el mismo Zaratustra, y es natural que sepa más.

Serví a Dios, durante muchos años, con amor; mi voluntad seguía por todas partes a la suya. Y un buen criado sabe todo lo que concierne a su señor, y aun muchas cosas que su señor no sabe de sí mismo.

Era un Dios oculto, lleno de misterio. En verdad su mismo hijo llegó hasta él por caminos ocultos. A la puerta de su creencia está el adulterio.

El que le ensalza como Dios de amor no tiene una idea cabal de lo que es el amor. Ese Dios ¿no quería también ser justo? Pero el que ama, ama más allá del castigo y de la recompensa.

Cuando era joven ese Dios de Oriente, era duro y estaba sediento de venganza, y constituyó un infierno para divertir a sus favoritos.

Pero acabó por hacerse viejo y blando, tierno y compasivo, pareciéndose más a un abuelo que a un padre, pero mucho más a una abuela muy vieja y caduca.

Con el rostro arrugado, se sentaba al amor de la lumbre, lamentándose de la debilidad de sus piernas, fatigado

del mundo y del querer, y acabó por ahogar un día toda su piedad."

"Viejo papa — interrumpió entonces Zaratustra —, ¿viste tú eso con tus propios ojos? Puede ser que eso pasara como lo cuentas, así, y también de otra manera. Cuando los dioses mueren, mueren de muchas clases de muerte.

¡Pues bien! De todas maneras, el caso es que ya no existe. Repugnaba a mis ojos y a mis oídos, no quisiera decir de él otra cosa peor.

A mí me gusta todo lo que tiene la mirada limpia y habla francamente. Pero él — tú lo sabes bien, viejo sacerdote — tenía algo de todos los sacerdotes: era equívoco.

Tenía también el espíritu confuso. ¡Cómo se enfadaba con nosotros, el soberbio, porque no le comprendíamos! ¿Y por qué no hablaba más claro?

Y si la falta era de nuestros oídos, ¿por qué nos dió unos oídos que oían tan mal? Si teníamos barro en los oídos, ¿quién le puso en ellos?

Hizo muchas cosas que le salieron mal aquel alfarero que nunca acabó de aprender su oficio. Pero eso de enfadarse y vengarse en sus pucheros y en sus criaturas porque le salieron mal, fué un pecado contra el "buen gusto."

También hay un buen gusto en la piedad; ese buen gusto ha acabado por decir: "Quitadnos de encima semejante Dios. Es mejor que no tengamos Dios, es mejor hacerse cada uno su destino con sus propios puños, es mejor ser un loco, es mejor ser cada uno un dios."

"¡Qué estoy oyendo! — dijo el papa, al llegar aquí, aguzando el oído —. ¡Oh Zaratustra, tú eres más piadoso de lo que crees, con toda tu incredulidad! Ha debido haber un Dios que te ha convertido a tu impiedad.

¿Acaso no es tu misma piedad lo que te impide creer en Dios? ¡Y tu gran lealtad acabará por conducirte más allá del bien y del mal!

¡Mira lo que el destino te reservaba! Tienes ojos, una mano y una boca, que están predestinados a bendecir toda una eternidad. No se bendice sólo con la mano.

Después de ti, aunque tú quieras ser el más impío, siento un olor secreto a largas bendiciones: le siento para mí, a la vez bienhechor y doloroso.

¡Déjame ser tu huésped, Zaratustra, por una sola noche! ¡En ninguna parte de la tierra me sentiré mejor que a tu lado!"

"¡Amén! Así sea — exclamó Zaratustra con gran asombro —; allá arriba está el camino que conduce a la caverna de Zaratustra.

En verdad me gustaría conducirte yo mismo, pues yo

amo a todos los hombres piadosos. Pero un grito de angustia me llama lejos de ti.

En estos dominios no debe sufrir desgracia nadie: mi caverna es un buen puerto. Y me gustaría mucho llevar a tierra firme, y sobre firmes cimientos, a todos los que están tristes.

Pero ¿quién te aliviará de la carga de tu melancolía? Soy demasiado débil para ello... En verdad podríamos esperar mucho tiempo hasta que alguien resucitase a tu Dios.

Pues ese Dios antiguo ya no sirve: ha muerto definitivamente."

Así habló Zaratustra.

EL MAS FEO DE LOS HOMBRES

Y otra vez Zaratustra comenzó a errar por montes y selvas, y sus ojos buscaban sin cesar, pero en ninguna parte se mostraba aquel a quien quería ver, el desesperado, el desesperado a quien un gran dolor le arrancara aquellos gritos de angustia. Sin embargo, a lo largo del camino, sentía su corazón alegre y reconocido. "¡Cuántas buenas cosas me ha traído esta jornada — decía — para indemnizarme de haber comenzado tan mal! ¡Qué extraños interlocutores he encontrado!

Voy a masticar largo tiempo sus palabras como si fueran buen grano; mis dientes las triturarán, las molerán y las volverán a moler incesantemente, hasta que fluyan como leche en mi alma."

Pero en llegando a una revuelta del camino que dominaba una roca, el paisaje cambió, y Zaratustra entró en el reino de la muerte. Enormes peñascos rojizos y negros se elevaban por todas partes, y no había ni hierba, ni árboles, ni pájaros que cantasen. Era aquél un valle del que todos los animales huían, hasta las bestias feroces; una especie de serpientes verdes, de horrible aspecto, eran las únicas que iban allí a morir cuando se sentían viejas. Por eso aquel valle recibió de los pastores el nombre de "Muerte de las Serpientes."

Zaratustra, sin embargo, iba sumido en negros recuerdos, pues le parecía haber estado ya en aquel mismo valle. Y su espíritu se sentía fuertemente abatido; así que avanzaba cada vez más lentamente, hasta que, por fin, llegó a detenerse por completo. Pero como abriese entonces los ojos, vió un objeto que estaba sentado en el camino, algo que tenía figura humana y que, no obstante, no tenía nada de humano: algo que no podía recibir exacta denominación. Y de repente Zaratustra sintió una gran confusión de ha-

ber visto semejante cosa; ruborizado hasta la raíz de sus cabellos blancos, apartó la mirada, y se puso en marcha otra vez para dejar aquel paraje funesto. Mas de repente un sonido se elevó en el triste desierto: del suelo subió una especie de gorgoteo, un ruido como el que hace el agua cuando quiere pasar por una cañería medio obstruída; y este ruido acabó por convertirse en una voz humana y en una palabra humana, que decía:

"¡Zaratustra, Zaratustra! ¡Adivina mi enigma! ¡Habla, habla! ¿Cuál es la venganza "contra el testigo"?

¡Detente y vuelve hacia atrás, que hay hielo resbaladizo en el camino! ¡Ten cuidado, ten cuidado de que tu orgullo no se rompa las piernas aquí!

¡Tú te crees sabio, oh altivo Zaratustra! ¡Adivina, pues, el enigma, tú que rompes las más duras nueces, adivina el enigma que yo encarno! Habla, pues, y dime: ¿quién soy yo?"

Pero cuando Zaratustra hubo escuchado estas palabras, ¿qué pensáis que sintió en su alma, qué pensáis que sintió en su alma? "Sintió compasión"; se abatió de repente como una encina que, habiendo resistido durante largo tiempo al hacha de los leñadores, cayese de pronto pesadamente, asustando a los mismos que querían derribarla. Pero ya se había levantado del suelo, y su rostro había adquirido una expresión dura.

"Sé perfectamente quién eres—dijo con voz de acero—: "tú eres el asesino de Dios". Deja que me marche.

Tú no has podido "soportar" al que "te" veía, al que te veía constantemente en todo tu horror, tú, el más feo de los hombres. ¡Te has vengado de ese testigo!"

Así habló Zaratustra, y se disponía a continuar su camino; pero el ser indefinido cogió un borde de su ropaje y comenzó a gorgotear de nuevo, buscando palabras.

"¡Espérate! — dijo al fin —. ¡Espérate! ¡No sigas tu camino! He adivinado cuál fué el hacha que te derribó; ¡enhorabuena, oh Zaratustra, por estar de pie nuevamente!

¡Tú has adivinado, ya lo sé, lo que siente en su alma el que ha matado a Dios, el asesino de Dios! ¡No te vayas, siéntate a mi lado! ¡Que no te arrepentirás! ¿A quién acudiría yo sino a ti? ¡No te vayas, siéntate a mi lado! Pero no me mires: honra mi fealdad.

Ellos me persiguen: hoy eres "tú" mi supremo refugio. "No" es que me persigan con su odio o con sus gendarmes. ¡Ah, yo me burlaría de semejantes persecuciones, me alegrarían y me enorgullecerían!

Los más bellos éxitos ¿no fueron, hasta aquí, para los más perseguidos? Y el que bien persigue, pronto sigue, porque estás acostumbrado a ir detrás!

Pero es su "compasión", es su compasión lo que huyo y contra ello busco un refugio a tu lado. ¡Oh Zaratustra, ampárame, tú, mi supremo refugio, tú, el único que me ha adivinado!: tú has adivinado lo que siente en su alma el que ha matado a Dios. ¡No te vayas! Y si quieres marcharte, viajero impaciente, no tomes el camino por el que yo he venido. Ese camino es malo.

¿Te enfadas conmigo porque atormento de este modo a las palabras? ¿Porque te doy consejos? Pues has de saber que yo soy el más feo de los hombres, el que tiene los pies más grandes y más pesados. Por todas partes por donde he pasado el camino era malo. Yo hundo y estropeo todos los caminos.

Pero ya he visto que querías pasar en silencio por mi lado, y he visto tu rubor; por eso he conocido que eras Zaratustra.

Cualquier otro me hubiera dado una limosna, me hubiera manifestado compasión, ya con la mirada, ya con la palabra. Pero yo no soy bastante mendigo para aceptar limosnas, tú lo has adivinado.

Yo soy muy "rico", rico en cosas grandes y formidables, las más feas y las más innominables. ¡Tu vergüenza, oh Zaratustra, me ha hecho honor!

Con gran trabajo he escapado a la cohorte de los misericordiosos, a fin de encontrar el único que entre todos enseña hoy que "la compasión es importuna". ¡Ese único eres tú, oh Zaratustra!

Ya sea la piedad de un Dios o la piedad de los hombres, la compasión es una ofensa al pudor. Y el negarse a socorrer a alguien puede ser más noble que esa virtud que acude presurosa a socorrer.

Pero esta virtud es lo que las gentes insignificantes consideran hoy como la virtud por excelencia, la compasión: no tienen respeto al gran infortunio, a la gran fealdad, a la gran deformidad.

Mi mirada pasa por encima de todos aquellos, como la mirada del perro domina los lomos de las ovejas del rebaño. Son seres pequeños, grises y lanosos, llenos de buena voluntad y de espíritu borreguil.

Como una garza que, con la cabeza erguida, pasea con desprecio su mirada por los estanques pantanosos, así lanzo yo una mirada desdeñosa sobre el gris oleaje de las pequeñas voluntades y de las pequeñas almas.

Harto tiempo se les ha dado la razón a esas pobres gentes; y así se ha acabado por darles poder; ahora predican: "Sólo es bueno lo que las pequeñas gentes llaman bueno".

Y lo que los hombres llaman hoy "verdad" es lo que en-

señaba ese predicador que salió de sus filas, aquel santo extraño, aquel abogado de los pequeños, que decía de sí mismo: "Yo soy la verdad".

Ese presuntuoso fué el causante de que desde hace mucho tiempo se les enderece la cresta a los infelices. Al enseñar "yo soy la verdad", predicó un grande error.

¿Se le contestó nunca tan cortésmente a semejante presuntuoso? Sin embargo, ¡oh Zaratustra!, pasas delante de él diciendo: "¡No! ¡No! ¡Tres veces no!"

Tú pusiste a los hombres en guardia contra su error, tú fuiste el primero que nos pusiste en guardia contra la piedad, hablando no para todo el mundo ni para nadie, sino para ti mismo y tu especie.

Te avergüenzas de la vergüenza de los grandes sufrimientos; y, en verdad, cuando dices: "¡De la compasión se eleva una gran nube; andad con cuidado, hombres!", cuando enseñas: "Todos los creadores son duros, todo gran amor es superior a su piedad", ¡oh Zaratustra, qué bien creo conocer los signos del tiempo!

¡Pero tú mismo guárdate de tu propia piedad! Pues hay muchos que están en camino hacia ti, muchos de los que se ahogan y tiritan.

Tú también te pones en guardia contra mí mismo. Tú has adivinado mi mejor y mi peor enigma: quién soy yo y lo que he hecho. Yo conozco el hacha que puede derribarte.

Sin embargo, "fué preciso" que muriese: veía con ojos que lo ven "todo": veía las profundidades y los abismos del hombre, todas sus vergüenzas y sus deformidades ocultas.

Su piedad no conoció el pudor: registraba los repliegues más inmundos de mi ser. Fué preciso que muriera ese curioso entre todos los curiosos, ese indiscreto, ese misericordioso.

Me veía, sin cesar, "a mí"; fué preciso que yo me vengara de semejante testigo si no quería morir yo mismo.

El Dios que lo veía todo, "aun siendo hombre", ¡ese Dios debía morir! El hombre no tolera que semejante testigo viva".

Así habló el más feo de los hombres. Pero Zaratustra se levantó y se dispuso a partir, pues se sentía helado hasta las entrañas.

"Ser incalificable — dijo—, me has desviado de tu camino. Para recompensarte te recomiendo el mío. Mira, allá arriba está la caverna de Zaratustra.

Mi caverna es grande y profunda, y tiene muchos rincones; el más oculto encuentra allí su escondite. Y cerca de allí hay cien grietas y cien agujeros para los animales que se arrastran, que revolotean y que saltan.

¡Oh desterrado por tu propia voluntad! ¿no quieres vivir entre los hombres ni de la piedad de los hombres? ¡Pues bien! ¡Has lo que yo! Así aprenderás también de mí; sólo el que obra aprende.

Comienza desde el principio por hablar con mis animales. El animal más fiero y el animal más astuto, ¡qué sean ellos, para nosotros dos, los verdaderos consejeros!"

Así habló Zaratustra, y continuó su camino, más pensativo que antes y más lentamente, pues se preguntaba muchas cosas a las que no encontraba respuesta.

"¡Cuán miserable es el hombre — pensaba en su corazón— cuán feo, cuán hinchado de hiel y de vergüenza oculta!

Me dicen que el hombre se ama a sí mismo. ¡Ay, cuán grande debe ser su amor a sí mismo! ¡Cuánto desprecio tiene que vencer!

Aquel también se amaba despreciándose: es para mí el gran enamorado y un gran despreciador.

Jamás encontré a nadie que se despreciara más profundamente: eso también es altivez. ¡Ay, aquél era quizá el hombre superior cuyo grito de angustia escuché!

Amo a los hombres del gran desprecio. El hombre, sin embargo, es algo que debe ser superado".

EL MENDIGO VOLUNTARIO

Cuando Zaratustra hubo dejado al más feo de los hombres, se sintió helado y solitario, pues muchas ideas heladas y solitarias acudían a su mente, de suerte que sus miembros, a causa de esto, se enfriaron también. Pero como seguía subiendo y bajando por montes y collados, bordeando unas veces verdes praderas y pasando otras por agrestes yermos pedregosos y salvajes, por los cuales corría algunas veces algún torrente impetuoso, su corazón acabó por confortarse y calentarse.

"¿Qué me sucede? — se preguntó —; siento que algo nuevo y vital calienta mis venas: esto debe provenir de mi vecindad.

Ya estoy menos solo; presiento compañeros, hermanos desconocidos, que rondan alrededor de mí: su cálido aliento conforta mi alma".

Pero cuando miraba alrededor de sí, buscando consuelo en su soledad, he aquí que descubrió un rebaño de vacas en una altura, que eran las que con su proximidad y su calor habían confortado su corazón. Pero aquellas vacas parecían se-

guir con atención un discurso que alguien les dirigía, y no prestaron atención al que llegaba.

Pero cuando Zaratustra se encontró cerca de ellas, oyó distintamente una voz de hombre, que se elevaba de entre el rebaño; y era notorio que las vacas volvían su cabeza en dirección del que hablaba.

Entonces Zaratustra subió apresuradamente a la meseta, y dispersó a las vacas, pues creía que a alguien le había sucedido alguna desgracia, que la compasión de las vacas difícilmente habría podido reparar. Pero en esto se engañaba; pues he aquí que un hombre estaba sentado en el suelo y parecía querer persuadir a las bestias a que no tuvieran miedo de él. Era un hombre pacífico, un dulce predicador de montaña, cuyos ojos pregonaban la bondad misma. "¿Qué buscas aquí?", exclamó Zaratustra estupefacto.

"¿Qué qué busco? — respondió —. ¡Lo mismo que buscas tú, aguafiestas!; es decir: la felicidad sobre la tierra.

Por eso quisiera que estas vacas me enseñasen su sabiduría. Pues has de saber que hace ya media mañana que las hablo, y ellas se preparaban a responderme. ¿Por qué vienes a asustarlas?

Si no volvemos atrás y no nos hacemos como las vacas, no podremos entrar en el reino de los cielos. Pues hay una cosa que debemos aprender de ellas, y es rumiar.

¡Y en verdad, cuánto no ganaría el hombre si aprendiese a rumiar! De qué le sirve todo lo demás? No se verá nunca libre de su gran aflicción, de su gran aflicción, que se llama hoy "asco". Y ¿quién no tiene hoy lleno de asco el corazón, la boca y los ojos? ¡Tú también! ¡Tú también! ¡Pero mira estas vacas!"

Así habló el predicador de la montaña. Luego volvió su mirada a Zaratustra, pues hasta entonces sus ojos habían estado dirigidos con amor hacia las vacas; pero de repente su rostro cambió. "¿Quién es éste al que yo hablo? — exclamó espantado y levantándose repentinamente del suelo—. Esto es el hombre sin asco, es Zaratustra mismo, el que ha dominado el gran asco; ésos son los ojos, ésa es la boca, ése es el corazón del mismo Zaratustra".

Y diciendo esto, besaba las manos de Zaratustra, y sus ojos derramaban lágrimas, y parecía que le había llovido un tesoro del cielo. Las vacas, sin embargo, contemplaban esta escena maravilladas.

"¡No hables de mí, hombre singular y encantador! — respondió Zaratustra, defendiéndose de sus caricias — hábla me primero de ti. ¿No eres tú el mendigo voluntario que en otro tiempo se desprendió de sus grandes riquezas, que tu-

vo vergüenza de la riqueza y de los ricos, que se refugió entre los misérrimos para darles la abundancia de su corazón? Pero éstos no le acogieron".

"No me acogieron — dijo el mendigo voluntario— bien lo sabes. Por eso acabé por refugiarme entre los animales y entre estas vacas".

"Eso aprendiste — interrumpió Zaratustra —; ¡cuánto más difícil es dar bien que tomar bien; que dar bien es un "arte" y la más ingeniosa obra maestra de bondad!"

"Sobre todo en nuestros días — contestó el mendigo voluntario—: hoy día, en que todo lo que es bajo y ruin se yergue orgulloso de ser lo que es, de su clase: la plebe.

Pues, bien lo sabes tú, ha llegado la hora de la gran insurrección del populacho y de los esclavos, la insurrección funesta, larga y lenta: crece, crece siempre.

Hoy día los pequeños se revuelven contra todo lo que es beneficencia y limosna; ¡qué estén provenidos los demasiado ricos!

¡Ay de quien, semejante a una botella panzuda, se vacía gota a gota por un cuello muy estrecho!, pues a esas botellas se les rompe hoy el cuello.

Avidez lasciva, envidia biliosa, amarga sed de venganza, fiereza popular: todo esto me ha saltado a la cara. No es verdad que los pobres sean felices. Porque el reino de los cielos está entre las vacas".

"¿Y por qué no entre los ricos?", preguntó Zaratustra para probarle, mientras impedía que las vacas olfateasen familiarmente al pacífico apóstol.

"¿Por qué me tientas? — respondió éste —. Tú lo sabes mejor que yo. ¿Quién es el que me ha lanzado entre los más pobres, oh Zaratustra? ¿No ha sido el asco de los más ricos?

¿De estos forzados de la riqueza que, con la mirada fría y el corazón devorado por pensamientos de lucro, saben sacar provecho de cualquier montón de inmundicia: de toda esa canalla, cuyo hedor llega hasta el cielo; de este populacho dorado y falsificado, cuyos padres eran seres con garras, buitres o traperos; de esa gente complaciente con las mujeres, lúbrica y olvidadiza, que no difiere en nada de las prostitutas?

¡Populacho arriba! ¡Populacho abajo! ¡Qué importan hoy los pobres ni los "ricos"! Yo no hago ya esta distinción, y huyo muy lejos, cada vez más lejos, hasta que he llegado junto a estas vacas".

Así hablaba el pacífico apóstol, y resoplaba y sudaba de emoción con su propio discurso, de suerte que las vacas se espantaron. Pero Zaratustra, mientras profería estas duras pa-

labras, le miraba siempre a la cara, con una sonrisa, y sacudiendo silenciosamente la cabeza.

"Te haces violencia, predicador de la montaña, usando palabras tan duras. Tu boca y tus ojos no han nacido para semejantes durezas.

Ni tampoco tu estómago, a lo que creo, pues no está hecho para todo lo que es cólera u odio desbordante. Tu estómago tiene necesidad de alimentos más dulces; no eres un carnicero.

Más me pareces herbívoro o vegetariano. Quizá mueles granos. En todo caso, no estás hecho para los goces carnívoros, y te gusta la miel".

"Me has conocido — respondió el mendigo voluntario con el corazón aliviado—. Me gusta la miel, y también muelo grano, pues he buscado al que tiene buen gusto y purifica el aliento, y también lo que pide mucho tiempo y sirve de pasatiempo y de golosina a los dulces perezosos y a los holgazanes.

Estas vacas, a decir verdad, dominan su arte: han inventado la rumia y el echarse al sol. Por eso alejan de su mente los pensamientos pesados y graves, que hinchan el corazón".

"¡Pues bien! — dijo Zaratustra — tú deberías conocer mis animales; mi águila y mi serpiente no tienen semejante sobre la tierra.

Mira, he aquí el camino que conduce a mi caverna; sé mi huésped por esta noche. Y habla con mis animales de la felicidad de los animales, hasta que yo vuelva. Pues, en este momento, un grito de angustia me llama lejos de ti. También encontrarás en mi casa miel fresca, miel de las colmenas doradas, y más fresca que la nieve. ¡Pruébala!

Pero ahora despídete de tus vacas, hombre singular y encantador, aunque te cueste mucho trabajo. Pues ésas son tus mejores amigas y tus maestras de sabiduría".

"Con la excepción de uno solo, que yo prefiero aún — respondió el mendigo voluntario—. Tú eres bueno también, y mejor que una vaca, ¡oh Zaratustra!"

"¡Vete! ¡Vete! ¡Vil adulador! — exclamó Zaratustra colérico— porque me quieres corromper con tus elogios y con la miel de tu adulación".

"¡Vete! ¡Vete lejos de mí!", exclamó de nuevo, levantando su bastón sobre el tierno mendigo; pero éste echó a correr.

LA SOMBRA

Pero no bien se hubo escapado el mendigo voluntario, Zaratustra, habiéndose quedado solo consigo mismo, oyó detrás de sí una voz nueva que gritaba: "¡Detente, Zaratustra! ¡Espérame! ¡Soy yo, oh Zaratustra, soy tu sombra!" Pero Zaratustra no hizo caso, pues de repente se apoderó de él un sentimiento de enojo, a causa de la enorme multitud que se reunía en sus montañas.

"¿Dónde está mi soledad? — exclamó—. Esto es ya demasiado; la gente hormiguea en mis montañas; mi reino no es ya de "este" mundo; necesito montañas nuevas.

¡Mi sombra me llama! ¿Qué me importa mi sombra? ¡Que corra detrás de mí; yo huyo de ella!"

Así hablaba Zaratustra a su corazón, y huía. Pero el que marchaba detrás de él le seguía, de suerte que eran tres a correr uno tras otro: primero, el mendigo voluntario; luego, Zaratustra, y, en tercero y último lugar, la sombra de Zaratustra. Pero al poco rato de ir corriendo así, Zaratustra se dió cuenta de su locura, y arrojó de una vez todo su despecho y todo su hastío.

"¡Y qué! — exclamó — ¿no es propio de nosotros, los viejos santos y los solitarios, que nos sucedan siempre las cosas más extrañas?

¡En verdad mi locura ha aumentado en las montañas! Pues ¿no oigo correr detrás de mí seis viejas piernas de locos?

Pero ¿tiene derecho Zaratustra a asustarse de una sombra? También acabaré por creer que tiene las piernas más largas que las mías".

Así hablaba Zaratustra, riendo con los ojos y con las entrañas. De pronto se detuvo y se volvió bruscamente, y estuvo a punto de hacer caer a tierra a su sombra, que le perseguía: ¡tan cerca de él iba y tan débil era! Pues cuando la examinó con los ojos, se espantó como si viera de pronto un fantasma: tan delgada, ennegrecida y estropeada, tan decrépita, en suma, parecía.

"¿Quién eres?— preguntó impetuosamente Zaratustra—. ¿Qué haces aquí? Y ¿por qué te llamas mi sombra? No me places".

"Perdóname — respondió la sombra — que sea yo; y si no te gusto, pues bien, ¡oh Zaratustra!, te felicito y alabo tu buen gusto.

Yo soy un viajero que hace mucho tiempo te voy pisan-

de los talones; siempre estoy en camino, pero sin fin, y también sin hogar; de suerte que falta poco para ser el judío errante, a no ser que no soy judío ni eterno (1).

¡Y qué! ¿Tendré que estar siempre en camino, siempre inquieto, arrastrado por el torbellino de todos los vientos? ¡Oh tierra, eres demasiado redonda para mí!

Yo me he posado ya sobre todas las superficies; igual al polvo fatigado, he dormido sobre los espejos y sobre los vidrios. Todo me quita substancia, nadie me da nada, me hago cada vez más delgada: poco me falta para ser una sombra.

Pero al que he seguido y perseguido ha sido a ti, ¡oh Zaratustra!, y, aunque me he ocultado de ti, no por eso he dejado de ser tu sombra la más fiel: dondequiera que te posabas me posaba yo también.

Por los mundos más lejanos y más fríos he vagado detrás de ti, como un fantasma que se complaciera en correr por los tejados, helados por el invierno y por la nieve.

Detrás de ti he respirado todo lo prohibido, todo lo malo y lo más lejano; y si en mí hay alguna virtud, es que no he temido ninguna prohibición.

Como tú, he roto aquello que mi corazón no adoró nunca, he borrado todos los límites y he derribado todas las imágenes, corriendo tras los deseos más peligrosos: en verdad he llegado a pasar por encima de todos los crímenes.

Siguiéndole, he perdido la fe en las palabras, en los valores consagrados y en los grandes nombres. Cuando el diablo cambia de piel, ¿no arroja al mismo tiempo su nombre? Pues el nombre no es más que una piel. El diablo mismo no es quizá... más que una piel.

"Nada es verdad, todo es lícito". Así me decía yo a mi mismo. Yo me he lanzado, con la cabeza y con el corazón, en las aguas más heladas. ¡Ay, cuántas veces he salido de semejante lance desnudo, rojo como un cangrejo!

¡Ay! ¿qué he hecho yo de toda bondad, de todo pudor y de toda fe en los buenos? ¡Ay! ¿Dónde está aquella inocencia engañosa que yo poseía en otro tiempo, la inocencia de los buenos y de sus nobles mentiras?

En verdad que muchas veces he seguido los pasos de la verdad: entonces ella me azotaba el rostro. Alguna vez yo creía mentir, y precisamente era entonces cuando tocaba... a la verdad.

Ahora hay muchas cosas claras para mí, y por lo mismo ya nada me importa. Nada de lo que yo amaba vive ya; ¿cómo podría amarme yo a mí mismo todavía?

---

(1) En alemán, el judío errante es "judío eterno". (N. del T.)

"Vivir a mi capricho, o no vivir": esto es lo que yo quiero, es esto lo que quiere también el más santo. Pero ¡ay!, ¿cómo habría en esto ya un placer para mí?

¿Hay todavía para mí un fin? ¿Un puerto adonde se dirija "mi" vela?

¿Un buen viento? ¡Ay!, sólo aquel que sabe dónde va sabe también cuál es para él el buen viento, el viento favorable.

¿Qué me ha quedado? Un corazón fatigado e impudente, una voluntad inestable, alas capaces para aletear y el espinazo roto.

Esta busca de "mi" morada, ¡oh Zaratustra, tú lo sabes! esta busca ha sido mi prueba cruel; ella me devora.

"¿Dónde" está "mi" morada? Ella es la que yo busco, la que yo he buscado, la que no he encontrado. ¡Oh eterno por doquiera, oh eterno en ninguna parte, oh eterno... en vano!"

Así hablaba la sombra; y el rostro de Zaratustra se alargaba al oír sus palabras. "¡Tú eres mi sombra!", dijo, al fin, con tristeza.

¡No es flojo el peligro que corres, espíritu libre y nómada! Has tenido un mal día; ¡ten cuidado de que no vaya seguido de una noche peor!

Los vagabundos como tú acaban por sentirse felices, aun en una cárcel. ¿Viste alguna vez cómo duermen los criminales en la cárcel? Duermen en paz, gozan de su nueva seguridad.

¡Guárdate de una fe estrecha que termine por apoderarse de ti, una ilusión dura y severa! Pues en adelante te verás tentado y seducido por todo lo que es estrecho y sólido.

Has perdido tu finalidad; ¡ay!, ¿cómo podrás desolarte o consolarte de esta pérdida? ¿No has perdido también tu camino?

¡Pobre sombra errante, espíritu volandero, mariposa fatigada! ¿Quieres tener una noche de reposo y asilo? ¡Sube a mi caverna!

Allá arriba está el camino que conduce a mi caverna. Y ahora quiero huir pronto de ti. Siento pesar sobre mí como una sombra.

Quiero correr solo, para que de nuevo se haga la claridad alrededor de mí. Por eso quiero estar alegremente en posesión de mis piernas. Y esta noche... se bailará en mi casa".

Así habló Zaratustra.

MEDIODIA

Y Zaratustra echó a correr, y siguió corriendo, corriendo, pero ya no encontró a nadie. Estaba solo, y no hacía otra cosa que encontrarse a sí mismo. Entonces gozó de su soledad, saboreó su soledad y pensó muy buenas cosas durante horas enteras. Pero al mediodía, cuando el sol se encontraba justamente sobre la cabeza de Zaratustra, pasó por delante de un árbol nudoso y retorcido, que estaba completamente abrazado por el rico amor de una cepa de viña, de suerte que no se veía su tronco; de este árbol pendían racimos de doradas uvas, que se ofrecían en abundancia al viajero. Entonces Zaratustra sintió el deseo de calmar su ligera sed pellizcando unas cuantas uvas; pero, al extender la mano para cogerlas, le acometió con más violencia otro deseo, el deseo de echarse al pie del árbol, en pleno mediodía, para dormir.

Y esto fué lo que hizo Zaratustra; y no bien se hubo echado en el suelo, en el silencio y el secreto de la hierba multicolor, su ligera sed se había disipado ya, y se quedó dormido. Pues, como dice el proverbio de Zaratustra: "Una cosa es más necesaria que otra". Sus ojos, sin embargo, seguían abiertos, pues no se cansaba de mirar y de alabar al árbol y de admirar el amor de aquella viña. Pero, al dormirse, Zaratustra habló así a su corazón:

"¡Silencio! ¡Silencio! ¿No acaba de completarse el mundo? ¿Qué me sucede?

Como un viento delicioso que bailase invisiblemente sobre las facetas de las ondas del mar, ligero, ligero como una pluma, así danza sobre mí el sueño.

No me cierra los ojos, deja despierta mi alma. Es ligero, ligero como una pluma.

Me persuade, y no sé cómo; me toca interiormente con su acariciadora mano, me hace violencia. Sí, me hace violencia, de suerte que mi alma se ensancha; ¡cómo se ensancha, fatigada, mi alma singular! La noche del séptimo día ¿ha llegado para ella en pleno mediodía? ¿Ha viajado errante largo tiempo, feliz, entre las cosas buenas y sazonadas?

¡Mi alma se ensancha, se ensancha en toda su latitud! Está acostada tranquilamente mi alma singular. Ha saboreado muchas cosas buenas ya, esta tristeza dorada la oprime, y hace gestos.

Como una barca que ha entrado en la rada más segura, se adosa ahora a la tierra, fatigada de los largos viajes y de los mares inseguros. ¿No es la tierra más fiel que el mar?

Como una barca se desliza y se aprieta contra la costa,

pues basta entonces que una araña teja su tela desde la tierra hasta ella, sin que tenga necesidad de un cable.

Como una barca fatigada en la rada más tranquila, así yo también descanso ahora cerca de la tierra fiel, confiado y esperando, ligado a la tierra por hilos ligerísimos.

¡Oh felicidad! ¡Oh felicidad! Canta, alma mía. Sobre la hierba yaces. Pero he aquí la hora secreta y solemne en que ningún pastor toca su cornamusa.

¡Ten cuidado! El calor del mediodía se posa sobre las praderas. ¡No cantes! ¡Guarda silencio! El mundo está realizado.

¡No cantes, pájaro de los valles, oh alma mía ¡No murmures siquiera! ¡Mira, calla! El viejo mediodía duerme, mueve los labios... ¿no bebe en este momento una gota de felicidad? ¿Una gota de felicidad añeja, de felicidad dorada, de vino dorado? Su dicha risueña se desliza furtivamente hacia él. Así es como ríen los dioses. ¡Silencio!

"¡Qué poco basta para ser feliz!" Así decía yo en otro tiempo, y me creía sabio. Pero esto era una blasfemia: lo supe después. Los locos sabios hablan mejor.

¡Qué poco basta: lo más silencioso, lo más ligero: el roce de una lagartija en la hierba, un soplo, una mirada; precisamente la poca cantidad es lo que constituye la calidad de la buena felicidad! ¡Silencio!

¿Qué me ha sucedido? ¡Escucha! ¿No ha volado el tiempo? ¿No estoy a punto de caerme?... ¿No he caído?... — ¡escucha! — en el pozo de la eternidad?

¿Qué me sucede?... ¡Silencio! ¡Me siento herido en el corazón...; sí, en el corazón! ¡Ah, rómpete, rómpete, corazón mío, después de semejante felicidad, después de semejante golpe!

¿Cómo? ¿Es que el mundo no ha acabado de realizarse? ¿Redondo y maduro? ¿Adónde va a parar? ¡Es que yo corro detrás de él! ¡Silencio! ¡Silencio!"

Y en este punto Zaratustra se desperezó y comprendió que se dormía.

"¡Arriba, dormilón! — se dijo a sí mismo —. ¡Perezoso! Vamos, ¡hala!, viejas piernas. Ya es tiempo, ya es más que tiempo! Todavía os queda un buen trecho que recorrer.

Os habéis entregado al sueño, ¿cuánto tiempo? ¡Una semi-eternidad! ¡Entonces levántate ahora, mi viejo corazón! ¿Cuánto tiempo te va a hacer falta, después de semejante sueño, para despertarte?"

Pero ya se dormía de nuevo, y su alma se resistía, y se defendía, y se volvía a acostar cuan larga era.

"¡Déjame! ¡Silencio! ¿No se ha realizado el mundo, esa pelota redonda y dorada? ¡Levanta — dijo Zaratustra — ladronzuela, perezosilla! ¿Cómo? ¿Siempre te estás estirando,

bostezando, suspirando, cayendo al fondo de los pozos profundos? ¿Qué eres, pues, ¡oh alma mía!?"

Y en este momento se asustó, pues un rayo de sol fué a herirle en el rostro.

"¡Oh cielo, que te elevas por encima de mí! — dijo, suspirando y sentándose — ¿me miras? ¿Escuchas esta alma mía tan singular?

¿Cuándo beberás esta gota de rocío que ha caído sobre todas las cosas de este mundo, cuándo beberás esta alma singular, cuándo pozos de la eternidad, cuándo abismos del mediodía que haces temblar, cuándo absorberás tú mi alma en ti?"

Así habló Zaratustra, y se levantó del sitio donde yacía al pie del árbol, como poseído de una extraña embriaguez; y he aquí que el sol estaba todavía sobre su cabeza. De aquí se podría deducir, con razón, que aquel día Zaratustra no durmió mucho tiempo.

LA SALUTACION

Era ya muy entrada la tarde cuando Zaratustra, después de largas tentativas infructuosas y de vanas correrías, volvió a su caverna. Pero cuando se encontró enfrente de ella, a unos veinte pasos, sucedió lo que él menos esperaba en aquel momento: oyó de nuevo el gran grito "de angustia". Y, ¡cosa extraña!, esta vez el grito provenía de su misma caverna. Y era un gran grito, singular y múltiple, y Zaratustra distinguía perfectamente que se componía de muchas voces, aunque, oído a distancia, se parecía al grito de una sola boca.

Entonces Zaratustra se lanzó a su caverna, y ¡cuál no fué el espectáculo que le aguardaba después de este concierto! Pues allí estaban, sentados los unos al lado de los otros, todos aquellos con los que Zaratustra había hablado durante el día: el rey de la derecha y el rey de la izquierda, el viejo encantador, el papa, el mendigo voluntario, la sombra, el concienzudo del espíritu, el triste adivino y el asno; el más feo de los hombres, sin embargo, se había puesto una corona y habíase ceñido dos cinturones de púrpura, pues le gustaba disfrazarse y ponerse guapo, como todos los que son feos. Pero en medio de esta triste compañía, el águila de Zaratustra estaba de pie, inquieta y con las plumas erizadas, pues tenía que responder a muchas cosas a las cuales su orgullo no tenía respuesta, y la serpiente astuta se había enlazado alrededor de su cuello.

Zaratustra se quedó profundamente asombrado ante aquel cuadro; luego fué mirando, uno por uno, a sus huéspedes, con curiosidad benévola, leyendo en sus almas y ad-

mirándose de nuevo. Durante este tiempo, los que allí estaban reunidos se habían levantado de sus asientos, y esperaban respetuosamente a que Zaratustra tomase la palabra. Y Zaratustra habló así:

"¡Vosotros que desesperáis, hombres singulares! ¿Fué vuestro grito de angustia el que llegó a mis oídos? Pues ahora ya sé yo dónde hay que buscar a aquel a quien he buscado en vano hoy: "al hombre superior".

¡Está sentado en mi propia caverna el hombre superior! Pero ¿por qué he de asombrarme? ¿No he sido yo mismo el que le atrae por ofrendas de miel y por la maligna tentación de mi felicidad?

Sin embargo, no creo que os vais a entender bien; vuestros corazones se muestran amorosos los unos con los otros cuando os encontráis reunidos, cuando lanzáis esos gritos desesperados. Hacía falta que viniese uno: uno que os hiciese reír de nuevo, un payaso alegre y campechano, un bailarín, un haragán, un payaso alegre y campechano, loco, ¿qué os parece?

Perdonadme, pues, vosotros los que desesperáis, que hable ante vosotros con palabras tan pueriles, tan indignas, en verdad, de semejantes huéspedes. Pero no adivináis lo que hace petulante a mi corazón.

¡Sois vosotros y el espectáculo que ofrecéis, perdonadme! Pues mirando a un desesperado, cada cual recobra sus alientos. Para consolar a un desesperado, cada uno se cree bastante fuerte.

A mí mismo me habéis dado esta fuerza: ¡un don precioso, oh mis ilustres huéspedes! ¡Un verdadero presente de huéspedes! Pero no os enfadéis si yo también os ofrezco las cosas de mi propiedad.

Este es mi reino y mi dominio; pero yo os le ofrezco para esta tarde y para esta noche. Mis animales os servirán: mi caverna será vuestro lugar de descanso.

Albergados por mí, ninguno de vosotros se debe entregar a la desesperación; en mi distrito yo protejo a cada uno contra sus bestias salvajes. Seguridad: ¡esto es lo primero que os ofrezco!

Y lo segundo es mi dedo meñique. Y teniendo mi dedo meñique, pronto tendréis la mano toda entera. Pues bien, yo os doy a la vez mi corazón. ¡Sed bienvenidos aquí, yo os saludo, huéspedes míos!"

Así habló Zaratustra, y reía entre amoroso y maligno. Después de esta salutación, sus huéspedes se inclinaron de nuevo silenciosamente y llenos de respeto; pero el rey de la derecha le respondió en nombre de todos:

"De la manera como nos has presentado tu mano y tu saludo, oh Zaratustra, reconocemos que eres Zaratustra. Te

has rebajado ante nosotros, y poco ha faltado para que hayas herido nuestro orgullo; pero ¿quién como tú sabría rebajarse con tal altivez? "Esto" nos conforta, y es como un bálsamo para nuestros ojos y para nuestros corazones.

Sólo por contemplar este cuadro, subiríamos con gusto montañas más altas que éstas. Pues hemos venido ávidos de espectáculo; queríamos ver lo que hace claros a los ojos turbios.

Y mira cómo ahora han terminado todos nuestros gritos de angustia. Ya nuestros sentidos y nuestros corazones se abren encantados. Poco falta ya para que nuestro orgullo vuelva a mostrarse.

Nada hay más hermoso sobre la tierra, ¡oh Zaratustra!, que una voluntad alta y fuerte. Una voluntad alta y fuerte es la más bella planta de la tierra. Todo un paisaje se hermosea con semejante árbol.

Yo le comparo a un pino, ¡oh Zaratustra!, al que crece como tú: esbelto, silencioso, duro, solitario, hecho de la mejor madera y de la madera más flexible, soberbio, queriendo, en fin, llegar a su propia dominación, con sus ramas fuertes y verdes, proponiendo graves cuestiones a los vientos y a las tempestades y a todo lo que tiene familiaridad con las alturas; respondiendo más fuertemente aún, ordenador, victorioso, ¡ah! ¿quién no subiría a las alturas para contemplar semejantes plantas?

Todo lo que es sombrío y está caído se alegra a la vista de tu árbol, ¡oh Zaratustra!; tu aspecto es una garantía para lo instable y cura el corazón de lo instable.

Y en verdad muchas miradas se dirigen hoy a tu montaña y a tu árbol; un gran deseo se pone en camino, y hay muchos que preguntan: "¿Quién es Zaratustra?"

Y todos aquellos a quienes has destilado en los oídos la miel de tu canción: todos los que están ocultos, solitarios, y solitarios de dos en compañía, se han dicho de repente a su corazón:

"¿Zaratustra vive todavía? No vale la pena de vivir. Todo es igual, todo es vanidad, a menos que... vivamos con Zaratustra".

"¿Por qué no viene el que se ha anunciado largo tiempo? — así preguntan muchos—. ¿La soledad le ha devorado? ¿O bien somos nosotros los que debemos ir a él?"

Sucede ahora que la soledad misma se enternece y se rompe, semejante a una tumba que se entreabriera y que no pudiera ya retener a sus muertos. Por todas partes se ven resucitados.

Ahora las olas suben y suben alrededor de la montaña, ¡oh Zaratustra! Y a pesar de la elevación de tu altura, es

preciso que muchos suban detras de tí; tu barca no debe permanecer mucho tiempo al abrigo del puerto.

Y el haber venido nosotros a tu caverna, nosotros los desesperados que ya no desesperamos, es el signo y el presagio de que hay otros mejores en camino, pues en camino hacia ti está el último resto de Dios entre los hombres; es decir: todos los hombres del gran deseo, del gran hastío, de la gran saciedad; todos los que no quieren vivir sin que puedan aprender de nuevo a esperar, aprender de ti, ¡oh Zaratustra, la gran esperanza!''

Así habló el rey de la derecha, cogiendo la mano de Zaratustra para besarla; pero Zaratustra se defendió de su veneración y retrocedió espantado, silencioso, y huyendo repentinamente de allí. Pero al cabo de algunos instantes volvió de nuevo entre sus huéspedes, y, mirándolos con ojos claros y escrutadores, dijo:

"Hombres superiores, huéspedes míos, ahora voy a hablar alemán y claramente. No era a vosotros a quienes yo esperaba en estas mañanas''.

("¿Alemán y claramente? ¡Dios tenga piedad! — dijo entonces aparte el rey de la derecha—; bien se ve que no conoce a esos buenos alemanes, ese sabio de Oriente.

Querrá decir "alemán y groseramente''. ¡Pues bien! ¡No es eso lo peor hoy día!")

"Podrá suceder que seáis todos, unos como otros, hombres superiores — continuó Zaratustra—; para mí, sin embargo, no sois ni bastante grandes ni bastante fuertes.

Para mí; quiero decir, para la voluntad inexorable que se calla en mí; que se calla, pero que no se callará siempre. Y si sois míos, no sois, sin embargo, mi brazo derecho.

Pues aquel que, como vosotros, anda sobre piernas enfermas y frágiles necesita, ante todo, que le cuiden, necesita saberlo y ocultarlo.

Pero yo no cuido mis brazos ni mis piernas, "yo no cuido de mis guerreros'': ¿cómo habríais de servirme para hacer "mi'' guerra?

Con vosotros estropearía yo mis victorias. Y más de uno entre vosotros caería de espaldas sólo al ruido de mis tambores.

Tampoco sois lo suficientemente bellos ni de buena raza, para mi gusto. Yo tengo necesidad de espejos puros y lisos para recibir mi doctrina; reflejada por vuestra superficie, mi propia imagen sería deforme.

Sobre vuestras espaldas pesa más de un fardo, más de un recuerdo, y más de un duende maligno se acurruca en vuestros rincones. Dentro de vosotros hay todavía populacho oculto. Aunque sois buenos y de buena raza, estáis torcidos y deformados por muchos conceptos, y no hay guerre-

ro en el mundo que os pueda reajustar y enderezar.

No sois más que puentes: ¡que otros mejores que vosotros pasen al otro lado! Vosotros representáis grados; no os irritéis, pues, contra el que os pisa para subir a su altura.

Puede suceder que de vuestra semilla nazca un día, para mí, un hijo verdadero, un heredero perfecto; pero eso está lejos: no sois vosotros los que tenéis derecho a llevar mi nombre y a disfrutar mis bienes.

No es a vosotros a quienes yo espero aquí, en estas montañas; no es con vosotros con quienes yo he de descender otra vez entre los hombres. No sois más que correos de vanguardia, que habéis venido a mi para anunciarme que otros, más grandes, están en ruta hacia mí; no los hombres del gran deseo, del gran hastío, de la gran saciedad, ni lo que vosotros llamáis "lo que resta de Dios sobre la tierra".

¡No! ¡No! ¡Tres veces no! Yo espero a otros aquí, sobre estas montañas, y sin ellos no quiero dar un paso lejos de aquí; otros que serán más grandes, más fuertes, más victoriosos, hombres más alegres, construídos a plomo y cuadrados de la cabeza a los pies: ¡es preciso que vengan, "los leones reidores"!

¡Oh mis huéspedes, hombres singulares!, ¿no habéis oído hablar aún de mis hijos? ¿No habéis oído decir que están en camino para llegar a mí?

Habladme, pues, de mis jardines, de mis Islas Afortunadas, de mi bella y nueva especie; ¿por qué no me habláis de esto?

Yo imploro de vuestro amor que recompense mi hospitalidad hablándome de mis hijos. Para ellos me he hecho rico, para ellos me he hecho pobre: ¿qué no he dado, qué no daría yo por tener una cosa?: ¡"esos" hijos, "esas" plantaciones vivas, "esos" árboles de la vida de mis más altas esperanzas!"

Así habló Zaratustra, y se detuvo de pronto en su discurso, pues fué sorprendido por su deseo, y cerró los ojos y la boca: tan grande era el movimiento de su corazón. Y todos sus huéspedes también se callaron, quedándose inmóviles y abrumados; únicamente el viejo adivino empezó a agitar los brazos.

LA CENA

Pues en este punto el adivino interrumpió la salutación de Zaratustra y sus convidados; se adelantó, como alguien que no tiene tiempo que perder, cogió la mano de Zaratustra y exclamó:

"¡Pero Zaratustra! Una cosa es más necesaria que la otra: así es como tú te hablas a ti mismo; pues bien: hay

ahora una cosa que me es más necesaria que todas las demás.

Quisiera decirte una palabra en el momento oportuno; ¿no me has invitado a una comida? Aquí hay muchos que han hecho una larga caminata. ¿Supongo que no pretenderás saciar nuestro apetito con discursos?

Habéis hablado vosotros todos de morir de frío, de ahogaros, de asfixiaros y de otras miserias corporales; pero nadie se ha acordado de mi miseria: el miedo a morir de hambre".

Así habló el adivino; pero cuando los animales de Zaratustra oyeron estas palabras, huyeron despavoridos. Pues veían que todo lo que habían podido recoger aquel día no iba a bastar para llenar el bandullo al adivino y sólo a él.

"Nadie se ha acordado del miedo a morir de hambre — continuó el adivino—. Y aunque oigo correr abundantemente, infatigablemente los discursos del sabio Zaratustra, que son los discursos de la sabiduría, yo, por mi parte, quiero beber "vino".

No todo el mundo es como Zaratustra, un bebedor empedernido de agua. El agua no es buena, y menos para las gentes fatigadas y marchitas; "nosotros" tenemos necesidad de vino: sólo el vino es capaz de curarnos rápidamente y de proporcionarnos una salud improvisada".

Pero sucedió que, mientras el adivino pedía vino, el rey de la izquierda, el rey silencioso, tomó, él también, la palabra. "Nosotros nos hemos encargado del vino — dijo— yo y mi hermano, el rey de la derecha; traemos bastante vino: una carga entera; no hace falta más que pan".

"¿Pan? — replicó Zaratustra sonriendo—. Pan es precisamente lo que no tenemos los solitarios. Pero el hombre no vive de pan solamente, sino también de buena carne de cordero, y corderos tengo yo aquí.

Que los descuarticen pronto y que los preparen aromatizándolos con salvia: así es como me gusta a mí la carne de cordero. Y no carecemos tampoco de raíces ni de frutos, que bastarían para los golosos y los delicados; no carecemos tampoco de nueces ni de otros enigmas que romper.

Pronto vamos a celebrar una buena cena. Pero el que quiera comer con nosotros debe también poner manos a la obra, y los reyes lo mismo que los demás. Pues en casa de Zaratustra, hasta un rey puede ser cocinero".

Esta proposición tuvo excelente acogida por todos; sólo el mendigo voluntario rechazó la carne, el vino y las especias.

"¡Hase visto este sibarita de Zaratustra! — dijo en tono de broma—. ¿Es que se viene a las cavernas y se sube

a las altas montañas para celebrar un festín semejante?

Ahora, en verdad, ya comprendo lo que nos enseñó en otro tiempo: "¡Bendita sea la pobreza!" Y comprendo también por qué quiere suprimir los mendigos".

"Procura estar de buen humor, como yo lo estoy — respondió Zaratustra—. ¡Guarda tus hábitos, hombre excelente; muele tu trigo, bebe tu agua, alaba tu cocina, siempre que te proporcione alegría!

Yo no soy ley más que para los míos, yo no soy una ley para todo el mundo. Mas el que es de los míos debe tener huesos vigorosos y piernas ligeras, alegres para las guerras y los festines; ni sombrío ni soñador, dispuesto a las cosas más difíciles como a su fiesta, bien portante y sano.

Lo mejor pertenece a los míos y a mí, y si no se nos da, nosotros nos apoderaremos de ello: el mejor alimento, el cielo más claro, los pensamientos más fuertes, las mujeres más bellas".

Así habló Zaratustra; pero el rey de la derecha respondió: "Es extraño, jamás se han oído cosas tan juiciosas de la boca de un sabio.

Y en verdad, tratándose de un sabio, es cosa singular; a pesar de esto, es inteligente, y no es ningún asno".

Así habló el rey de la derecha con asombro; el asno, sin embargo, contestó a su discurso con un I-A. Y éste fué el principio de aquella larga comida que se llamó "la Cena" en los libros de la historia. Durante esta comida, no se habló de otra cosa sino del "hombre superior".

DEL HOMBRE SUPERIOR

1.

"Cuando yo fuí por primera vez entre los hombres, cometí la locura del solitario, la gran locura: me lancé a la plaza pública.

Y como yo hablaba a todos, no hablaba a nadie. Mas por la noche mis compañeros eran los titiriteros y los cadáveres, y yo mismo era casi un cadáver.

Pero a la mañana siguiente una nueva verdad vino a buscarme; entonces supe decir: "¡Qué me importa la plaza pública ni el populacho, ni el ruido del populacho, ni las largas orejas del populacho!"

Hombres superiores, aprended esto de mí: en la plaza pública nadie cree en el hombre superior. Y si queréis hablar en la plaza pública, sea en buena hora. Pero el populacho guiña el ojo y dice: "Todos somos iguales".

"¡Hombres superiores! — así guiña el ojo el popula-

cho— no hay hombres superiores; todos somos iguales, un hombre vale lo que otro hombre; ante Dios, todos somos iguales".

¡Ante Dios! Pero ese Dios ha muerto ya. Ante el populacho, sin embargo, no queremos ser iguales. ¡Hombres superiores, alejaos de la plaza pública!

2.

¡Ante Dios! ¡Pero si ese Dios ha muerto! Hombres superiores, ese Dios ha sido vuestro mayor peligro.

No habéis resucitado hasta que él bajó a la tumba. Ahora solamente vuelve el gran Mediodía, ahora el hombre superior es el amo.

¿Habéis comprendido esta frase, oh hermanos míos? ¿Os habéis asustado? ¿Vuestro corazón es presa del vértigo? ¿Aquí se abre el abismo para vosotros? ¿El perro del infierno os ladra?

¡Pues bien! ¡Vamos, hombres superiores! Ahora es cuando la montaña del porvenir humano va a dar a luz. Dios ha muerto: ahora queremos "nosotros"... que viva el superhombre.

3.

Los más cavilosos preguntan hoy: "¿Cómo se conserva el hombre?" Pero Zaratustra pregunta, lo que él es el primero y el único en preguntar: "¿Cómo será "superado" el hombre?"

El superhombre me preocupa, es para mí la idea fija, y "no" el hombre, no el prójimo, no el pobre, no el afligido, no el mejor.

Oh hermanos míos, lo que yo puedo amar en el hombre es que es una transición, una decadencia. Y en vosotros también hay muchas cosas que me hacen amar y esperar.

Habéis despreciado, ¡oh hombres superiores!, y esto es lo que me hace esperar. Pues los grandes despreciadores son también los grandes veneradores.

Os habéis desesperado, y esto constituye una honra para vosotros, porque no habéis aprendido a rendiros, ni habéis aprendido las pequeñas prudencias.

Hoy día los pequeños se han hecho los amos: todos predican la resignación, y la modestia, y la prudencia, y la aplicación, y las consideraciones, y la larga serie de pequeñas virtudes.

Lo que se parece a la mujer y al ayuda de cámara, lo que es de su raza, especialmente la mezcolanza de la plebe:

"eso" quiere ahora hacerse amo de todos los destinos humanos. ¡Qué asco! ¡Qué asco! ¡Qué asco!

"Esto" pide, y repite, y no se cansa de pedir: "¿Cómo se conserva mejor el hombre, más largo tiempo y más agradablemente?" Así es como se han hecho hoy los amos.

Estos amos de hoy hay que superarles, ¡oh hermanos míos!, ¡esas míseras gentes, ellos constituyen el mayor peligro del superhombre!

¡Superad, hombres superiores, las pequeñas virtudes, las pequeñas prudencias, las consideraciones para los granos de arena, el hormigueo de las hormigas, el miserable contento de sí mismo, la "felicidad del mayor número"!

Y desesperad antes de rendiros. Y en verdad os amo, porque no sabéis vivir hoy, ¡oh hombres superiores! ¡Así es como... vivís mejor!

4.

¿Tenéis valor, oh hermanos míos? ¿Estáis resueltos? ¿No el valor ante los testigos, sino el valor de los solitarios, el valor de las águilas, que no tienen ningún dios espectador?

Las almas frías, los mulos, los ciegos, los hombres ebrios no tienen lo que yo llamo corazón. Sólo tiene corazón el que conoce el miedo, pero que domina el miedo; el que ve el abismo, pero con "altivez".

El que ve el abismo, pero con ojos de águila; el que percibe el abismo con garras de águila: ése es el que tiene valor.

5.

"El hombre es malo": así han hablado, para consuelo mío, todos los más sabios. ¡Ay, si esto fuera verdad hoy todavía! Pues el mal es la mejor fuerza del hombre.

"El hombre debe hacerse mejor y más malo": esto es lo que "yo" enseño. El mayor mal es necesario para el mayor bien del superhombre. Esto podría ser bueno para ese predicador de las pobres gentes, el sufrir y soportar los pecados de los hombres. Pero yo me regocijo con el gran pecado como con un gran consuelo.

Pero estas cosas no las digo para las orejas largas: no todas las palabras convienen a todas las bocas. Estas son cosas sutiles y lejanas; las pesuñas de los carneros no deben tratar de cogerlas.

6.

¿Vosotros, hombres superiores, creéis que yo estoy aquí para corregir lo que vosotros hacéis mal?

¿O para acostar, en adelante, más cómodamente, a los que sufren? ¿O para enseñaros a vosotros, los errantes, los extraviados y perdidos en la montaña, sendas más accesibles?

¡No! ¡No! ¡Tres veces no! Hace falta que cada vez perezcan más y perezcan los mejores de vuestra especie, pues hace falta que vuestro destino sea cada vez más malo y cada vez más duro. ¡Pues sólo así, sólo así sube el hombre a las alturas donde se forja el rayo y le aniquila: bastante alto para el rayo!

Mi espíritu y mi inclinación me llevan hacia los pocos, hacia las cosas largas y lejanas; ¡qué me importa vuestra miseria, pequeña, común y breve!

¡Para mí no sufrís aún bastante! Porque sufrís por vosotros mismos, no habéis sufrido todavía por el "hombre". ¡Mentiríais si dijerais otra cosa! Ninguno de vosotros habéis sufrido por lo que yo he sufrido.

7.

No me basta que el rayo no haga daño. No quiero desviarle, quiero que aprenda a trabajar para mí. Mi sabiduría se amontona, desde hace tiempo, como una nube, cada vez más tranquila y sombría. Así hace toda sabiduría que haya de engendrar un día el rayo.

Para los hombres de hoy no quiero ni ser "luz" ni ser llamado luz. A esos los quiero cegar. ¡Rayo de mi sabiduría, destroza sus ojos!

8.

No queráis nada por encima de vuestras fuerzas: hay una mala falsedad en aquellos que quieren por encima de sus fuerzas.

Sobre todo cuando quieren grandes cosas, pues despiertan la desconfianza de las grandes cosas, esos sutiles monederos falsos, esos comediantes, hasta que al fin son falsos ante ellos mismos, con sus ojos bizcos, maderas carcomidas y barnizadas, disfrazados con grandes palabras y con virtudes aparatosas, con un retintín de falsas obras.

Tened precaución con ellos, ¡oh hombres superiores!

Nada es para mí más precioso y más caro hoy que la probidad.

¿Este hoy no pertenece al populacho? Pero el populacho no sabe lo que es grande, ni lo que es pequeño, ni lo que es recto, ni lo que es honesto: es inocentemente tortuoso, miente siempre.

9.

¡Tened hoy una buena confianza, hombres superiores, hombres valerosos, hombres francos! Y tened secretas vuestras razones. Pues este hoy pertenece al populacho.

Lo que el populacho aprendió a creer sin razón ¿quién podría derribarlo ante él con razones?

En la plaza pública se persuade por gestos. Pero las razones hacen al populacho desconfiado.

Y si alguna vez la verdad consiguió la victoria, preguntad, en tal caso, con una buena desconfianza: "¿Qué gran error ha combatido por ella?"

¡Guardaos de los sabios! ¡Os odian, pues son estériles! Tienen los ojos fríos y secos, y ante ellos todo pájaro está desplumado.

Estos se jactan de no mentir; pero la incapacidad de mentir está aún muy lejos del amor a la verdad. ¡Guardaos de ellos!

¡La ausencia de fiebre está muy lejos del conocimiento! No creo en los espíritus refrigerados. El que no sabe mentir no sabe lo que es la verdad.

10.

¡Si queréis subir más arriba, servíos de vuestras propias piernas! No queráis que "se os suba", no os sentéis en las costillas ni en la cabeza de otro.

¡Pero tú has subido a caballo! ¡Tú galopas ahora, con buena marcha, hacia tu fin! ¡Pues bien, amigo mío, también tu pie cojo está a caballo!

Cuando tú hayas realizado tu fin, cuando saltes de tu caballo, entonces será cuando tropezarás "en tu altura", hombre superior.

11.

¡Vosotros los que creáis, hombres superiores! Una mujer no está encinta sino de su propio hijo.

¡No os dejéis inducir a error! ¿Quién es vuestro prójimo? ¡Y si obráis también "para el prójimo", no creáis nada para él!

Olvidad, pues, ese "para", vosotros, los que creáis; vuestra virtud quiere precisamente que no hagáis nada con "para", "por qué" y "por esto". Debéis taparos los oídos contra estas falsas palabrejas.

El "para el prójimo" es la virtud de los pequeños: entre ellos se dice "igual con igual" y "una mano lava a la otra": ¡no tienen ni el derecho ni la fuerza de vuestro egoísmo!

En vuestro egoísmo, vosotros que creáis, hay previsión y la precaución de la mujer encinta. Lo que nadie ha visto todavía con sus ojos, el fruto: eso es lo que protege, y conserva, y alimenta todo vuestro amor.

Allí donde está todo vuestro amor, en vuestro hijo, allí está también toda vuestra virtud. Vuestra obra, vuestra voluntad, allí está vuestro "prójimo": ¡no os dejéis que os prodiguen falsos valores!

12.

¡Vosotros los que creáis, hombres superiores! El que tiene que dar a luz está enfermo; pero el que ha dado a luz es impuro.

Preguntad a las mujeres: no se da a luz por gusto. El dolor hace cacarear a las gallinas y a los poetas.

Vosotros los que creáis, en vosotros hay muchas impurezas. Pues os era preciso haber sido madres.

Un nuevo hijo: ¡oh cuántas nuevas impurezas han venido al mundo! ¡Apartaos! ¡El que ha dado a luz debe lavar su alma!

13.

¡No seáis virtuosos más allá de vuestras fuerzas! Y no exijáis de vosotros mismos nada que sea inverosímil,

Marchad por las sendas por donde marchó la virtud de vuestros padres. ¿Cómo querríais subir si la voluntad de vuestros padres no subiera con vosotros?

Pero el que quiere ser el primero, ¡que tenga cuidado de no ser el último! ¡Y allí donde están los vicios de vuestros padres no debéis poner vosotros la santidad!

¿Qué sucedería si uno exigiese de sí mismo la castidad, mientras sus padres frecuentaban las mujeres y amaban los vinos fuerte y las carnes del jabalí?

¡Sería una locura! Eso me parece mucho para semejante hombre no ser el hombre más que de una mujer, o de dos, o de tres.

Y si fundase conventos y escribiese encima de su puer-

ta: "Este camino conduce a la santidad", yo diría, no obstante: ¡Para qué! ¡Eso es una nueva locura!

Se ha creado, para su propio uso, una casa de corrección y un refugio; ¡que le haga buen provecho! ¡Pero yo no lo creería!

En la soledad crece lo que cada cual aporta a ella, incluso la bestia interior. Por esto hay que disuadir a muchas personas de la soledad.

¿Hubo jamás, hasta hoy, sobre la tierra algo más impuro que un santo del desierto? En torno a estos seres no sólo rondaba desencadenado el diablo, sino también el cerdo.

14.

Tímido, vergonzoso, torpe, semejante a un tigre que ha errado su salto: así es como os he visto frecuentemente, hombres superiores, deslizaros aparte. Ha fallado vuestra "jugada de dados".

Pero ¿qué os importa a vosotros, jugadores de dados? ¿No habéis aprendido a jugar y a burlaros como se debe jugar y burlarse? ¿No estamos siempre sentados a una gran mesa de burla y de juego?

Y porque fracasasteis en grandes cosas, ¿es ésta una razón para que os sintáis fracasados? Y si habéis fracasado vosotros, ¿es ésta una razón para que... haya fracasado el hombre? Pero si el hombre ha fracasado, ¡entonces adelante!

15.

Cuanto más elevada es una cosa en su clase, más difícilmente se logra. Vosotros, hombres superiores que os encontráis aquí, ¿no estáis todos fracasados?

Sin embargo, tened valor, ¿qué importa el fracaso? ¡Cuántas cosas no son todavía posibles! ¡Aprended a reíros de vosotros mismos, como se debe reír!

¡Qué tiene de extraño, además, que hayáis fracasado o que hayáis tenido un mediano éxito, si estáis medio rotos! ¿No se apresura y se impacienta dentro de vosotros el "porvenir" del hombre?

Lo que el hombre tiene más lejos, más profundo, su altura de estrellas y su inmensa fuerza, todo esto, ¿no se agita espumeante en vuestra marmita?

¿Qué de extraño tiene que se rompa más de una marmita?

¡Aprended a reír como se debe reír! ¡Oh hombres superiores, cuántas cosas son aún posibles!

Y en verdad, ¡cuántas cosas se han lagrado ya! ¡Cuánta abundancia hay en esta tierra de cosas buenas y perfectas y bien logradas!

Colocad alrededor de vosotros pequeñas cosas perfectas, ¡oh hombres superiores! Su madurez dorada cura el corazón. Las cosas perfectas nos enseñan a esperar.

16.

¿Cuál ha sido, hasta el presente, en la tierra, el máximo pecado? ¿No fué la palabra de quien dijo: "¡Desgraciados de los que ríen aquí abajo!"

¿No se encontraba de qué reír sobre la tierra? Si así fué, buscó mal. Un niño encuentra ya de qué reír.

Ese no amaba bastante; de lo contrario nos hubiera amado también a nosotros los que reímos. Pero nos odiaba y nos avergonzaba, nos anunciaba gemidos y rechinamiento de dientes.

¿Hay que maldecir cuando no se ama? Eso... me parece de mal gusto Pues esto es lo que hizo el intolerante. Había salido del populacho.

Ni él tamposo amaba bastante; de lo contrario no se hubiera encolerizado tanto porque no se le amaba. Todo gran amor no "quiere" el amor: quiere más.

Apartaos del camino de todos esos intolerantes: es ésta una especie miserable y enferma, una especie populachera: es una especie que lanza una mirada maligna sobre esta vida, tiene mal de ojo para esta tierra.

¡Apartaos del camino de todos estos intolerantes! Tienen los pies pesados y el corazón pesado: no saben bailar. ¿Cómo no había de ser ligera la tierra para tales gentes?

17.

Todas las cosas buenas se aproximan a su realización de una manera tortuosa. Como los gatos enarcan el lomo y ronronean interiormente. Barruntando su felicidad cercana, todas las cosas buenas ríen.

El paso de cada individuo da a entender si va por su propia vía. ¡Miradme a mi marchar! Pero el que se aproxima a su objetivo, ése baila.

Y en verdad yo no me he convertido en estatua. ni es-

toy hinchado, estupefacto, marmóreo como una columna; a mí me gusta la marcha rápida.

Y aunque sobre la tierra hay terrenos pantanosos y una densa tristeza, el que tiene los pies ligeros corre por los bordes del vaso y danza como sobre el hielo pulido.

¡Elevad vuestros corazones, hermanos míos, alto, más alto! ¡Y no olvidéis tampoco vuestras piernas, lindos danzantes, y, mejor que esto, anda de cabeza!

18.

Esta corona del que ríe, esta corona de rosas, he sido yo el que me la he puesto sobre la cabeza, yo he canonizado mi risa. No he encontrado a nadie bastante fuerte para esto, hoy en día.

Zaratustra el danzante, Zaratustra el ligero, el que agita sus alas, dispuesto a volar, haciendo signos a todos los pájaros, pronto y ágil, divinamente ligero.

Zaratustra el adivino, Zaratustra el que ríe, ni impaciente, ni intolerante, uno que ama los saltos y los desplantes; yo mismo me he colocado esta corona en la cabeza.

19.

¡Elevad vuestros corazones, hermanos míos, alto, más alto! ¡Y no olvidéis tampoco vuestras piernas! ¡Elevad también vuestras piernas, buenos bailarines, y más que esto: poneos de cabeza!

Hay también en la felicidad animales pesados. También hay animales de pies pesados. Estos hacen esfuerzos singulares, como un elefante que se empeñara en ponerse de cabeza.

Vale más estar loco de ventura que loco de desgracia, vale más danzar torpemente que andar cojeando. Aprended de mí la sabiduría: la cosa peor tiene dos buenos reversos; la peor de las cosas tiene buenas piernas para danzar: ¡aprended, pues, vosotros, oh hombres superiores, a poneros derechos sobre vuestras piernas!

¡Olvidad la melancolía y todas las tristezas del populacho! ¡Oh qué tristes me parecen los arlequines populares hoy! Pero esto también pertenece al populacho.

20.

Haced como el viento cuando se escapa de las cavernas de la montaña; quiere bailar a su manera. Los mares se estrechan y se agitan cuando pasa.

El que da alas a los asnos y ordeña a las leonas, ese espíritu bueno e indómito, que pasa como un huracán hacia todo lo que existe y hacia todo el populacho, sea alabado.

El que es enemigo de todas las cabezas de cardos y de todas las cabezas hendidas, y de todas las hojas marchitas, y de toda la cizaña: ¡alabado sea ese espíritu de tempestad, ese espíritu salvaje, bueno y libre, que danza sobre los pantanos y sobre las tristezas como sobre las praderas!

El que odia a los perros héticos del populacho y toda esa clientela fracasada y sombría: ¡bendito sea ese espíritu de todos los espíritus libres, la tempestad riente que sopla el polvo en los ojos de todos los que ven negro y que están ulcerados!

¡Oh hombres superiores, lo peor que hay en vosotros es que no habéis aprendido a bailar como se debe bailar, a danzar por encima de vuestras cabezas! ¡Qué importa que hayáis fracasado!

¡Cuántas cosas son todavía posibles! ¡"Aprended", pues, a reír por encima de vuestras cabezas! ¡Elevad vuestros corazones, buenos bailarines, alto, más alto,! ¡Y no olvidéis tampoco la buena risa!

¡Esta corona de reidor, esta corona de rosas, para vosotros hermanos míos, yo lanzo esta corona! ¡Yo he canonizado la risa; hombres superiores, aprended, pues, a reír!

EL CANTO DE LA MELANCOLIA

1.

Cuando Zaratustra pronunció estos discursos, se encontraba a la entrada de la caverna; pero al pronunciar las últimas palabras, escapó del lado de sus huéspedes y se salió por un momento al aire libre.

"¡Oh aromas puros alrededor de mí—exclamó—, oh tranquila felicidad alrededor de mí! Pero ¿dónde están mis animales? ¡Venid, venid, mi águila y mi serpiente!

Decidme, animales míos: todos estos hombres superio-

res, ¿acaso no "huelen" bien? ¡Oh aromas puros alrededor de mí! ¡Ahora sé y siento cuánto os amo, animales míos!

Y Zaratustra dijo una vez más: "¡Os amo, animales míos!" El águila y la serpiente se apretaron contra él, mientras él pronunciaba estas palabras; y sus miradas se elevaban hacia él. Así estaban juntos los tres, en silencio, aspirando el aire puro, pegados uno a otro. Pues allí el aire era mejor que entre los hombres superiores.

2.

Pero apenas Zaratustra hubo dejado la caverna, el viejo encantador se levantó, y, mirando maliciosamente alrededor suyo, dijo: "¡Ha salido!"

Y ya, oh hombres superiores—permitidme que os acaricie con estas palabras de alabanza y halago, como hizo él mismo— ya mi espíritu de encantador, mi espíritu maligno y engañador, se apodera de mí, mi demonio de melancolía, que es, hasta el fondo del corazón, el adversario de este Zaratustra: ¡perdonadle! "Ahora" quiere hacer ante vosotros sus encantamientos; ésta es precisamente "su" hora; en vano lucho con este mal espíritu.

A todos vosotros, cualesquiera que sean los honores que queráis que se os tributen, ya os llaméis "espíritus libres", o bien "los verídicos", o bien "los penitentes del espíritu", los "desencadenados", o bien "lo sdel gran deseo"; a todos vosotros, que sufrís, como yo, del gran asco", para quien el Dios antiguo ha muerto, sin que haya nacido todavía un Dios nuevo, en su cunita, envuelto en paños blancos; a vosotros todos, mi espíritu malo, mi demonio encantador, os es favorable.

Yo os conozco, hombres superiores, yo os conozco; yo conozco también a ese duende, a quien amo a pesar mío, a ese Zaratustra. Muchas veces me parece la larva de un santo, semejante a un nuevo disfraz singular, en el que se complace mi espíritu malo, el demonio de la melancolía; muchas veces me parece que amo a Zaratustra a causa de mi espíritu malo.

Pero ya se apodera de mí y me echa por tierra, este espíritu de melancolía, ese demonio de crepúsculo; y en verdad, ¡oh hombres superiores!, lleno de deseos—¡abrid los ojos!—, está lleno de deseos de venir "desnudo", como hombre o como mujer, no lo sé todavía; pero viene, me derriba, ¡ay desgraciado de mí, abrid los ojos!

El día declina; ahora viene la tarde para todas las cosas,

aun para las mejores; ¡escuchad, pues, y ved, oh hombres superiores, qué dominio, hombre o mujer, es este espíritu de la melancolía de la tarde!"

Así habló el viejo encantador; luego miró maliciosamente alrededor de sí y tomó su arpa.

3.

En el aire purificado,

cuando ya el consuelo del rocío desciende sobre la tierra,
invisible, sin que nadie le oiga,
—pues el rocío consolador calza
finos borceguíes, como todos los dulces consoladores—,
entonces sueñas tú, sueñas tú, corazón ardiente,
sueñas que en otro tiempo tenías sed,
sed de lágrimas divinas, de gotas del rocío, sediento y fati-
[gado,
tenías sed, cuando en la hierba los rayos del sol, pasando
[traviesos
a través de los troncos carcomidos, corrían alrededor de ti
aquellos rayos de sol, ardientes y deslumbradores, malicio-
[sos.
"¿El pretendiente de la "verdad" tú? — así se burlaban
[de ti.
una bestia astuta, salvaje, rampante,
que debe mentir,
que debe mentir a sabiendas y voluntariamente,
ansioso de botín,
disfrazado de colores,
disfrazado para sí mismo,
botín para sí mismo.
¡Este el pretendiente de la verdad!...
¡No! ¡Loco solamente! Poeta solamente,
hablando en imágenes coloreadas,
gritando bajo una máscara de loco llena de colorines,
errando sobre mentidos puentes de palabras,
sobre arco-iris abigarrados,
entre falsos cielos
y falsas tierras, errando de aquí para allá.
¡Loco "solamente"! ¡Poeta "solamente"!...
¿"Este" el pretendiente de la verdad?...
Ni silencioso ni rígido, liso y frío,
metamorfoseado en imagen,
en estatua divina,
ni colocado ante los templos,

guardián del umbral de un Dios:
¡No!: enemigo de todos estos monumentos de la virtud,
más familiarizado con los desiertos que con la entrada de los [templos,
lleno de malicias gatunas,
saltando por todas las ventanas,
aprovechando todos los acasos,
olfateando en todos los bosques vírgenes,
olfateando de apetito y de deseo.
¡Ah tú, que corres por los bosques vírgenes,
entre las pintadas fieras,
sano, colorado y bello como el pecado,
con los labios lascivos,
divinamente burlón, divinamente infernal, divinamente san- [guinario,
cómo corres salvaje, rampante y mintiendo:
O bien, semejante a las águilas que miran mucho tiempo,
mucho tiempo, con la vista fija en los abismos,
en los abismos:
¡Oh, cómo vuelan en círculo, descendiendo cada vez más,
al fondo del abismo, cada vez más profundo!
Luego,
de repente,
en línea recta, con las alas recogidas,
caen sobre los "corderos",
de un vuelo súbito, hambrientos,
ávidos de los corderos.
detestando las almas de los corderos,
odiando a todo lo que tiene la mirada de los corderos.
el ojo de la oveja, la lana rizada
y gris, con la benevolencia del cordero.
Tales son,
como en el águila y la pantera,
los deseos del poeta,
¡tales son "tus" deseos, entre mil máscaras,
tú que eres loco, tú que eres poeta!...
tú que viste al hombre
tal como un Dios, tal como un cordero.
Desgarrar a Dios en el hombre como el cordero en el hombre,
riéndose al desgarrar:
¡Esto, esto es tu felicidad!
¡La felicidad de un águila y de una pantera,
la felicidad de un poeta y de un loco!...
En el aire purificado,
cuando ya el alfanje de la media luna
desliza sus verdes rayos,
envidiosamente. entre la púrpura del Poniente;
enemiga del día,

resbalando a cada paso furtivamente,
ante los boscajes de rosas, hasta que se hunden pálidas
en la noche,
así caí yo mismo en otro tiempo
de mi locura de verdad,
de mis deseos del día,
fatigado del día, enfermo de luz;
yo caí más abajo, hacia el Poniente y la sombra,
quemado y abrasado de sed por una verdad;
¿te acuerdas, te acuerdas, corazón ardiente,
cuánta sed tenías entonces?
¡Que yo me vea desterrado
de todas las verdades!
¡Sólo loco, sólo poeta!

DE LA CIENCIA

Así cantó el encantador; y todos los que estaban allí sentados cayeron como pajarillos en la red de su voluptuosidad astuta y melancólica. Unicamente el concienzudo del espíritu no se dejó coger: arrebató el arpa de manos del encantador y exclamó: "¡Aire! ¡Deja que entre el aire! ¡Que venga Zaratustra! ¡Estás enrareciendo y envenenando el aire de esta caverna, viejo encantador astuto!

Hombre falso y refinado, tu seducción conduce a deseos y a desiertos desconocidos. ¡Y ay de vosotros si gentes como tú hablan de la verdad y meten mucho ruido con ella!

¡Ay de todos los espíritus libres que no estén en guardia contra "semejantes" encantadores! Perderán su libertad: tú enseñas el retorno a las prisiones, tú nos vuelves a las prisiones; ¡viejo demonio melancólico, tu queja contiene un reclamo, te pareces a los que elogian a la castidad invitando secretamente a la voluptuosidad!"

Así habló el concienzudo; pero el viejo encantador miraba alrededor de sí, gozando de su victoria, lo que le hacía más llevadera la injuria del concienzudo. "¡Cállate — dijo con voz modesta, — las buenas canciones quieren tener buenos ecos; después de las buenas canciones, hay que callarse mucho tiempo!

Eso es lo que hacen todos, esos hombres superiores. Pero tú probablemente no has comprendido gran cosa de mi poema. En ti está muy lejos de haber un espíritu encantador."

"Me alabas — replicó el concienzudo — al separarme de ti; ¡eso me parece muy bien! Pero vosotros, ¡qué vo! Todavía estáis sentados ahí con miradas de deseo.

¡Oh almas libres! ¿dónde se fué vuestra libertad? ¡Casi me parece que os parecéis a los que durante largo tiempo han visto danzar a las mozas pervertidas y desnudas: vuestras mismas almas empiezan a danzar!

Debe de haber en vosotros, oh hombres superiores, mucho más de lo que el encantador llama su maligno espíritu de encantamiento y de fraude: tenemos que ser diferentes.

Y en verdad bastante hemos hablado y pensado juntos antes que Zaratustra volviese a su caverna, para que yo sepa que somos diferentes.

Nosotros buscamos cosas diferentes allá arriba, vosotros y yo. Pues yo busco más certidumbre, por lo que he acudido al lado de Zaratustra. Pues él es la muralla más sólida y la voluntad más dura, hoy que todo se bambolea, que la tierra tiembla. Pero vosotros, cuando yo veo los ojos que ponéis creo, casi que buscáis "más incertidumbre", más estremecimientos, más peligros, más temblores de tierra. Me parece casi que tenéis envidia — perdonad mi presunción, hombres superiores — envidia de la vida más inquietante y más peligrosa que me inspira el mayor temor "a mí", la vida de las bestias salvajes; la envidia de los bosques, de las cavernas, de las montañas abruptas y de los laberintos.

Y no son esos que os sacan del peligro los que más os agradan, sino los que os extravían, los que os alejan de todos los caminos, los seductores. Pero si tales envidias existen verdaderamente en vosotros, por lo menos me parecen imposibles.

Pues el miedo es el sentimiento innato y primordial en el hombre; por el miedo se explican todas las cosas, el pecado original y la virtud original. "Mi" virtud, también ella ha nacido del temor: se llama Ciencia.

Pues el temor de los animales salvajes — es ese temor que el hombre conoció durante más tiempo, comprendiendo en esto también el del animal que el hombre oculta y teme en él mismo — Zaratustra le llama "la bestia interior".

Este largo y viejo temor, luego afinado e intelectualizado, me parece que hoy se llama "Ciencia".

Así hablaba el concienzudo; pero Zaratustra, que entraba en aquel mismo momento en su caverna y que había oído y adivinado la última parte del discurso, arrojó un puñado de rosas al concienzudo, riéndose de sus "verdades". "¡Cómo! — exclamó. — ¿Qué es lo que acabo de oír? En verdad me parece que estás loco o que lo estoy yo mismo; y me apresuro a poner tu verdad cabeza abajo de un puñetazo.

Pues el "temor" es nuestra excepción. Y el valor, el es-

píritu aventurero y el goce de la incertidumbre, he ahí lo que me parece la historia primitiva del hombre.

Tuvo apetito de todas las virtudes de las bestias más salvajes y más valerosas, y se las arrancó: sólo así pudo llegar a ser hombre.

"Ese" valor, por fin refinado y espiritualizado, ese valor humano, con las alas de águila y la astucia de la serpiente, ese valor me parece que se llama hoy..."

"¡"Zaratustra"!, exclamaron todos los que estaban reunidos, como un solo hombre, lanzando una carcajada; pero de ellos se elevó algo que parecía una nube negra. El encantador también se echó a reír, y dijo con tono astuto: "¡Pues bien, ya se ha marchado mi espíritu malo!

¿Y no fuí yo mismo el que os puse en guardia contra él, cuando os decía que era un impostor, un espíritu falso y embaucador?

Sobre todo cuando se mostró desnudo. Pero ¿qué puedo hacer yo contra sus picardías? ¿Acaso le he creado yo, acaso he creado yo el mundo?

¡Pues bien! ¡Seamos de nuevo juiciosos y recobremos nuestro buen humor! Y aunque Zaratustra tenga la mirada sombría — ¡miradle otra vez!: está enfadado conmigo, — antes de que venga la noche, aprenderá de nuevo a amarme y a encomiarme; no puede vivir mucho tiempo sin hacer locuras semejantes.

"Ese" ama a sus enemigos: es el que conoce mejor este arte, entre todos los que he encontrado. ¡Pero se venga en sus amigos!"

Así habló el viejo encantador, y los hombres superiores le aclamaron; de suerte que Zaratustra se puso a pasear en su caverna, apretando las manos de sus amigos con malignidad y amor, como alguien que tiene algo de qué pedir perdón a cada uno. Pero cuando llegó a la puerta de su caverna, sintió de nuevo deseos de respirar el aire libre y de ver a sus animales, y se deslizó furtivamente.

ENTRE LAS HIJAS DEL DESIERTO

1.

"¡No te vayas! — dijo entonces el viajero que se llamaba la sombra de Zaratustra. — ¡Quédate con nosotros! De lo contrario, la antigua aflicción se apoderará de nuevo de nosotros.

Ya el viejo encantador nos ha dado lo que tenía de más malo; y mira, el viejo papa, que es tan piadoso, tiene lágrimas en los ojos y otra vez se ha embarcado en el mar de la melancolía.

Me parece, sin embargo, que esos reyes hacen buen papel ante nosotros, pues ante todos nosotros, son los que han aprendido a poner mejor cara hoy. Si no tuvieran testigos, apuesto a que el mal tiempo se notaría también en ellos: el mal tiempo de las nubes que pasan, la humedad melancólica, del cielo velado, de los vientos de otoño que rugen; el mal tiempo de nuestros aullidos y de nuestros gritos de angustia, está con nosotros, Zaratustra. Hay aquí mucha miseria oculta que querría hablar, mucha noche, muchas nubes, mucho aire pesado.

Tú nos has alimentado de suculentos manjares humanos y de máximas fortalecedoras; no permitas que, para postre, nos sorprendan de nuevo el espíritu de molicie y el espíritu de afeminamiento.

¡Tú sólo sabes hacer el aire que te rodea más fuerte y más puro! ¿Has encontrado jamás sobre la tierra un aire tan puro como el de tu caverna?

Yo, sin embargo, he visto muchos países, mi nariz ha podido examinar y evaluar aires múltiples; ¡pero sólo cerca de ti han experimentado mis narices su más intenso goce!

A no ser..., a no ser... ¡Oh, perdóname un antiguo recuerdo! Perdóname una vieja canción para después de comer, compuesta por mí en otro tiempo, entre las hijas del desierto.

Pues cerca de ellas había también el buen aire de Oriente; ¡allí fué donde me encontré más lejos de la vieja Europa, nubosa, húmeda y melancólica!

Entonces yo amé a esas hijas de Oriente y de otros reinos de cielos azules, sobre las cuales no pesaban ni nubes ni pensamientos.

No dudéis cuán encantadoras eran cuando no bailaban y estaban sentadas con arte profundo, pero sin pensamientos, como pequeños secretos, como enigmas adornados de lazos, como nueces después de comer, coloreadas y extrañas en verdad; pero sin nubes: igual que enigmas que se dejan adivinar: en honor de esas muchachas he inventado yo mi salmo para después de comer."

Así habló el viajero que se llamaba la sombra de Zaratustra; y antes de que nadie hubiera tenido tiempo de responderle, ya había empuñado el arpa del viejo encantador y se había puesto a mirar en torno suyo, calmoso y prudente, cruzando las piernas; pero se bebía el aire lentamente con

sus narices como para interrogar, como alguien que, en los nuevos países, disfruta un nuevo aire. Luego comenzó a cantar con una especie de aullido:

2.

El desierto crece: ¡ay de aquel que oculta los desiertos!
¡Ah! ¡Solemne,
digno comienzo
de una solemnidad africana!
Digno de un león
o bien de un aullador moral...,
pero esto no va con vosotras,
dulces amigas,
a cuyos pies
le es dado sentarse, bajo las palmeras,
a un europeo. Sela.
¡Singular en verdad!
Heme aquí sentado
cerca del desierto, y, sin embargo,
tan lejos del desierto,
y nada estragado todavía:
devorado por el más pequeño de los oasis,
pues justamente abrió bostezando
su boquita encantadora,
la más perfumada de todas las boquitas:
en la que he caído yo en su fondo,
pasando a través de vosotras,
deliciosas amigas. Sela.

Gloria, gloria a esta ballena
si vela por el bienestar de su huésped! ¿Comprendéis
mi docta ilusión?
¡Gloria a su vientre,
si fué, como éste,
un encantador vientre de oasis!
Pero yo lo dudo,
pues vengo de Europa, que es más incrédula que todas las esposas.
¡Que Dios la mejore! Amén.

Heme aquí sentado,
en éste el más pequeño de todos los oasis,
semejante a un dátil,
moreno, dulce, dorado,
ávido de una boca redonda de mujer,
y aún más de dientes caninos,

de dientes femeninos,
fríos, blancos como la nieve, cortantes,
de los cuales tiene ansia
el corazón de todos los cálidos dátiles. Sela.

Semejante a esos frutos del Mediodía.
harto semejante,
estoy echado aquí,
circundado de pequeños insectos alados
que revolotean alrededor de mí,
y también de ideas y de deseos,
más pequeños aún,
más locos y más perversos.
En medio de vosotras, gatitas, jovenzuelas,
silenciosas y llenas de aprensiones.
Dudu y Suleika:
"esfingeado" (si puedo meter en una palabra nueva
muchos sentimientos
y Dios me perdona esta falta contra el lenguaje):
estoy sentado aquí, respirando un aire inmejorable,
aire del paraíso, ciertamente
aire claro, ligero y dorado,
como nunca ha caído de la luna.
¿Sucedió esto por azar
o por presunción,
como cuentan los viejos poetas?
Pues yo, el dubitativo, dudo,
porque vengo de Europa,
que es la más incrédula de todas las esposas.
¡Que Dios la mejore!
¡Amén!

Bebiendo este aire silencioso
con las narices hinchadas como vasos,
sin porvenir, sin recuerdo,
así estoy sentado aquí,
mis deliciosas amigas,
y miro la palma,
que, como una bailarina,
se curva, se dobla y se balancea sobre sus caderas
—¡cuando se la mira mucho, acaba uno por imitarla!—
como una bailarina que ha estado
demasiado tiempo, peligrosamente largo tiempo,
sobre una de sus piernas:
me parece que se olvidó
de la "otra" pierna!
Pues en vano he buscado

el tesoro gemelo
—es decir, la otra pierna—
en la santa vecindad
de sus pequeñas y deliciosas
falditas de encaje, flotantes en abanico.
¡Si, si me queréis creer,
mis bellas amigas,
os diré que la ha "perdido"!...
¡Se ha perdido,
para siempre,
la otra pierna!
¡Qué lástima! ¡Era tan graciosa!
¿Dónde habrá podido ir a parar abandonada y llorosa,
esa pierna solitaria?... ¿Huyendo quizá
de un monstruo dañino, de un león amarillento,
con melena de oro? ¡Quizá
corroída, consumida, ¡ay!, ¡ay!,
miserablemente consumida! Sela.

¡Oh, no lloréis más, corazones tiernos,
corazones de dátiles, senos lácteos,
corazones de regaliz,
escarcelas, no lloréis más!
¡Sé hombre, Suleika! ¡Animo! ¡Animo!
¡No llores más, pálida Dudu!
¿O es que va a ser preciso
algún reconstituyente para vuestro corazón?
¿Una máxima embalsamada,
una máxima solemne?...

¡Yérguete, dignidad!
¡Sopla, sopla de nuevo,
soplillo de la virtud!
¡Ah!
Bramar de nuevo,
bramar moralmente,
¡como leones morales, bramar delante de las hijas del de-
Porque los bramidos de la virtud, [sierto!
jóvenes deliciosas,
son, más que nada,
los celos del europeo, el hambre del europeo.
Y miradme aquí:
yo, el europeo,
no puedo hacer otra cosa, ¡que... Dios me ayude!
¡Amén!
"El desierto crece: ¡desgraciado de aquel que oculta el desierto!"

EL DESPERTAR

1.

Después de la canción del viajero y de la sombra, la caverna resonó con las risas y los murmullos de todos los que allí estaban; y como todos los huéspedes reunidos hablaban al mismo tiempo, y el mismo asno, después de aquella fanfarronada, no podía mantenerse tranquilo, Zaratustra empezó a sentir cierta malquerencia por sus visitantes y un poco de ironía, aunque se alegraba de su júbilo. Pues esto le parecía un síntoma de curación, se escurrió hacia el exterior, al aire libre, y habló así a sus amigos:

"¿Qué ha sido de su angustia? — dijo, desechando de este modo su contrariedad. — ¡Creo que se han olvidado de sus gritos de angustia! Aunque, desgraciadamente, todavía saben gritar."

Y Zaratustra se tapó las orejas, pues en aquel momento los I-A del asno se mezclaban extrañamente a las manifestaciones de júbilo de aquellos hombres superiores.

"Son alegres — volvió a decir — y quién sabe, quizás a expensas de su huésped; y si han aprendido a reírse de mí, no es ciertamente "mi" risa lo que han aprendido.

Pero ¡qué importa! Son gente vieja, que se cura a su modo, que ríe a su modo; mis oídos han soportado cosas peores sin irritarse.

Esta jornada es una victoria: "el espíritu de pesadez" retrocede y huye, el espíritu de pesadez, mi antiguo enemigo mortal. ¡Qué bien va a terminar este día, que tan mal principio tuvo!

Y "quiere" acabar. Ya se acerca la noche, cabalgando sobre el mar, el buen caballero. ¡Cómo se balancea, dichoso, sobre su silla de púrpura!

El cielo nos contempla con serenidad, el mundo se extiende en su profundidad; ¡oh vosotros, hombres singulares que habéis venido a visitarme, vale la pena de vivir a mi lado!"

Así habló Zaratustra. Y entonces los gritos y las carcajadas de los hombres superiores resonaron otra vez en la caverna; luego Zaratustra comenzó de nuevo:

"Han mordido, mi cebo ha producido su efecto; también huye ante ellos el enemigo: el espíritu de pesadez. Ya saben reír solos: ¿oigo bien?

Mi nutrición de hombre, mis máximas sabrosas y rigu-

rosas hacen su efecto; y, en verdad, no les he nutrido con legumbres, que crían carne fofa, sino con la comida de los guerreros: he despertado en ellos nuevos deseos.

Hay nuevas esperanzas en sus brazos y en sus piernas, su corazón se ensancha. Encuentran palabras nuevas, bien pronto su espíritu respirará petulancia.

Yo comprendo que esta alimentación no es para los niños ni para las mujercitas lánguidas, jóvenes y viejas. Hacen falta otros medios para convencer a sus intestinos; yo no soy su médico ni su maestro.

El "asco" abandona a esos hombres superiores; ¡pues bien!, ésta es mi victoria. En mi reino se sienten en seguridad, huye de ellos toda estúpida vergüenza y se sienten a sus anchas.

Expanden sus corazones, vuelven para ellos las buenas horas, se solazan y rumían de nuevo: se vuelven "agradecidos".

Esto lo considero como el mejor signo: se hacen agradecidos. Dentro de poco tiempo inventarán fiestas y elevarán monumentos a sus goces antiguos. ¡Son "convalescientes!"

Así habló Zaratustra, alegrándose en su corazón y mirando afuera; pero sus animales se apretaban contra él y respetaban su dicha y su silencio.

2.

De repente los oídos de Zaratustra se asustaron, pues en la caverna, que hasta aquel momento había retumbado de ruidos y de risas, se hizo de pronto un silencio de muerte; pero la nariz de Zaratustra percibió un olor agradable de humo y de incienso, como si quemaran el fruto de los pinos.

"¿Qué ocurre? ¿Qué hacen?", se preguntó Zaratustra, aproximándose a la entrada de la caverna para ver a sus convidados sin ser visto. Pero, ¡oh asombro!, ¿qué vieron entonces sus ojos?

"¡Otra vez se han vuelto todos "piadosos", otra vez "rezan", están locos!" dijo en el colmo de su asombro.

Y en verdad, todos aquellos hombres superiores, los dos reyes, el papa fuera de servicio, el siniestro encantador, el mendigo voluntario, el viajero y la sombra, el viejo adivino, el concienzudo del espíritu y el más feo de los hombres, todos estaban arrodillados, como los niños y las viejas devotas, y adoraban al asno. Y el más feo de los hombres comenzó a toser y a dar resoplidos, como si quisiese salir de su interior alguna cosa extraña; y cuando rompió, por fin, a hablar,

he aquí la singular letanía piadosa que en honor del asno incensado y adorado entonó:

"¡Amén! ¡Honor, y gloria, y sabiduría, y gratitud, y alabanza, y fuerza sean tributadas a Dios Nuestro Señor de eternidad en eternidad!"

Y el asno rebuznó I-A.

"El lleva nuestro fardo, se ha hecho servidor, es paciente de corazón y nunca dice que no; y el que ama a su Dios le castiga bien".

Y el asno rebuznó I-A.

"No habla sino es para decir siempre "sí" al mundo que ha creado; de este modo canta las alabanzas a su mundo. Su astucia le hace callar: así pocas veces se equivoca".

Y el asno rebuznó I-A.

"Invisible pasa por el mundo. El color de su cuerpo, con que reviste su virtud, es gris. Si tiene espíritu, le oculta; pero todos creen en sus largas orejas".

Y el asno rebuznó I-A.

"¡Cuánta sabiduría oculta supone eso de que tenga las orejas largas y diga siempre sí y nunca no! ¿No ha creado el mundo a su imagen, es decir, tan estúpido como es posible?"

Y el asno rebuznó I-A.

"Tú sigues caminos rectos y caminos extraviados: lo que los hombres llaman recto o torcido te importa poco. Tu reino está por encima del bien y del mal. Tu inocencia es no saber lo que es inocencia".

Y el asno rebuznó I-A.

"He ahí cómo no rechazas a nadie, ni a los mendigos ni a los reyes. Dejas que se acerquen a ti los niños, y si los pecadores te quieren seducir, tú dices simplemente I-A".

Y el asno rebuznó I-A.

"Amas a las asnas y te gustan los higos frescos, no eres difícil para comer. Tu cardo te cosquillea el corazón cuando tienes hambre. Esa es tu sabiduría de Dios".

Y el asno rebuznó I-A.

LA FIESTA DEL ASNO

1.

Llegado que hubo a este punto de su letanía, Zaratustra no pudo contenerse más. También él rebuznó I-A, en voz más alta aún que el asno, y de un salto se lanzó en medio de sus huéspedes, que se habían vuelto locos. "¿Pero qué hacéis, hijos de los hombres? — exclamó, levantando a los

que estaban arrodillados—. ¡Desgraciados de vosotros si alguien que no fuera Zaratustra os contemplara!

¡Todos creerían que, con vuestra nueva fe, os habíais vuelto los peores blasfemadores o las más insensatas de todas las viejas!

Y tú mismo, viejo papá, ¿cómo te has puesto de acuerdo contigo mismo para adorar así a un asno como si fuera Dios?"

"¡Oh Zaratustra! — respondió el papa — perdóname, pero en las cosas tocante a Dios yo sé más que tú. Y es justo que así sea.

Vale más adorar a Dios bajo esta forma que no adorarle de ningún modo. Medita estas palabras, mi ilustre amigo: pronto comprenderás que encierran la felicidad.

Aquel que dijo: "Dios es espíritu", dió sobre la tierra el paso más grande y el salto más grande hacia la incredulidad: ¡no son esas palabras fáciles de reparar en la tierra!

Mi viejo corazón salta y retoza de que haya que adorar todavía algo en la tierra. ¡Perdona, oh Zaratustra, a un viejo corazón de papa piadoso!"

"¿Y tú — dijo Zaratustra al viajero y su sombra — tú te llamas espíritu libre, tú te figuras ser un espíritu libre? ¿Y te entregas aquí a semejantes payasadas?

En verdad, aquí haces cosas peores que las que hacías entre las jóvenes morenas y malignas, ¡tú, el creyente nuevo y maligno!"

"Triste es, en efecto — respondió el viajero y la sombra — tienes razón; pero ¿qué puedo yo hacer? El Dios antiguo revive, ¡oh Zaratustra!, digas lo que quieras.

El más feo de los hombres es la causa de todo: él es quien le ha resucitado. Y si dice que en otro tiempo le mató, en Dios la muerte no es nunca más que un prejuicio".

"¿Y tú — replicó Zaratustra— viejo encantador, qué has hecho? ¿Quién creerá en ti, en estos tiempos de libertad, si crees en semejante asnerías divinas?

Has hecho una tontería; ¡cómo pudiste tú, tan astuto, hacer semejante tontería!"

"¡Oh Zaratustra — respondió el encantador astuto — tienes razón: es una tontería; bastante caro me ha costado!"

"Y tú también — dijo Zaratustra al concienzudo del espíritu— medita bien y llévate el dedo a la nariz. ¿No hay algo aquí que moleste a tu conciencia? ¿No es tu espíritu bastante pulcro para semejantes adoraciones y para el incienso de estos santurrones?"

"Hay algo en este espectáculo — respondió el concienzudo, y se llevó el dedo a la nariz— hay algo en este espectáculo que hasta sienta bien a mi conciencia.

Quizá no tengo el derecho de creer en Dios; pero es lo cierto que bajo esta forma es cuando Dios me parece más digno de fe.

Dios debe ser eterno, según el testimonio de los más piadosos; el que dispone de tiempo toma las cosas con calma. Anda tan despacio y tan tontamente como quiere: así se llega lejos.

Y el que tiene mucho espíritu gustará de encaprichar-se con la tontería y la locura. ¡Reflexiona sobre ti mismo, Zaratustra!

Tú mismo, en verdad, tú mismo podrías muy bien convertirte en un asno por exceso de sabiduría.

Un sabio perfecto ¿no prefiere los caminos tortuosos? La apariencia lo prueba, oh Zaratustra, ¡"tu" apariencia!"

"Y tú mismo, por fin — dijo Zaratustra, dirigiéndose al más feo de los hombres, que estaba aún tirado por tierra, con los brazos extendidos hacia el asno, pues le estaba dando a beber vino — habla, enigmático, ¿qué haces ahí?

Me pareces transformado: tu mirada es ardiente, el manto de lo sublime se dibuja sobre tu fealdad: ¿qué has hecho?

¿Es verdad lo que éstos dicen, que tú le has resucitado? ¿Y por qué? ¿No estaba muerto y periclitado con razón?

Tú mismo me pareces resucitado: ¿qué has hecho? ¿Qué es lo que has invertido? ¿Por qué te has convertido? ¡Habla, enigmático!"

"¡Oh Zaratustra — respondió el más feo de los hombres — eres un bribón!

¿Quién de nosotros sabe mejor si "éste" vive aún, o si vive de nuevo, o si está completamente muerto? Eso es lo que yo te pregunto.

Pero lo que yo sé es una cosa, una cosa que yo aprendí de ti en otro tiempo, oh Zaratustra: el que quiere matar fundamentalmente se echa a "reír".

"No es con la cólera, sino con la risa, con lo que se mata", así hablabas tú en otro tiempo. ¡Oh Zaratustra, tú que sigues oculto, destructor sin cólera, santo peligroso, eres un bribón!"

2.

Pero entonces sucedió que Zaratustra, asombrado de semejantes respuestas de bribones, se lanzó de nuevo a la puerta de su caverna, y, dirigiéndose a todos sus convidados, empezó a gritar a grandes voces:

"¡Oh vosotros todos, locos de atar, tunantes, payasos, ¿por qué os ocultáis y disimuláis ante mí?

¡Cómo se estremece el corazón de cada uno de vosotros de alegría y de malignidad porque por fin os habéis hecho como los niños pequeños, es decir, piadosos; porque habéis vuelto a hacer lo que hacen los niños pequeños, porque habéis rezado juntando las manos y diciendo: "Dios mío de mi alma"!

Pero desocupad "este" cuarto de niños, mi propia caverna, en donde hoy todos estos infantilismos se encuentran como en su casa. ¡Salid a refrescar vuestra cálida impetuosidad de niños y los latidos de vuestro corazón!

Es verdad que si no volvéis a ser como niños, no podréis entrar en ese reino de los cielos. (Y Zaratustra señaló el cielo con el índice).

Pero nosotros no estamos decididos a entrar en el reino de los cielos: nosotros hemos llegado a ser hombres; por eso queremos el reino de la tierra".

3.

Y de nuevo Zaratustra comenzó a hablar. "¡Oh mis nuevos amigos — dijo—, hombres singulares, vosotros, hombres superiores, cómo me agradáis ahora, desde que estáis alegres! Parecéis flores que se acaban de abrir; y creo que para las flores como vosotros es necesario organizar "fiestas nuevas".

Una pequeña locura audaz, un culto o una fiesta del asno, un viejo loco — Zaratustra— un torbellino que con su soplo ilumine vuestra alma.

No olvidéis esta noche y esta fiesta del asno, hombres superiores. "Eso" lo habéis inventado en mi casa, y para mí es un buen signo: ¡sólo los convalecientos pueden inventar tales cosas!

Y si celebráis de nuevo esta fiesta del asno, hacedlo por amor a vosotros mismos y hacedlo también por mi amor. Hacedlo en "mi" memoria".

Así habló Zaratustra.

LA CANCION DE LA EMBRIAGUEZ

1.

Y mientras Zaratustra hablaba, todos habían ido saliendo, uno detrás de otro, al aire libre de la noche fresca y pensativa; y el mismo Zaratustra condujo al más feo de los hombres de la mano, para enseñarle su mundo nocturno, la gran luna redonda y las argénteas cascadas que rodeaban su caverna. Y allí se detuvieron, unos cerca de otros,

todos, aquellos hombres viejos, pero con el corazón confortado y valeroso, asombrándose en su fuero interno de sentirse tan bien sobre la tierra; la quietud de la noche iba penetrando poco a poco en sus corazones. Y de nuevo Zaratustra pensaba para su capote: "¡Oh cuánto me complacen hoy estos hombres superiores!"; pero no lo dijo, pues respetaba su felicidad y su silencio.

Pero entonces sucedió algo que en todo aquel día estupefaciente y largo fué lo que más estupefacción produjo: el más feo de los hombres comenzó de nuevo, y por última vez, a hacer gargarismos y a dar resoplidos, y cuando hubo por fin encontrado palabras, lanzó de su boca una pregunta, una pregunta precisa y neta, una pregunta buena, profunda y clara, que conmovió a todos los que le escuchaban.

"Amigos míos, todos los que aquí estáis reunidos — dijo el más feo de los hombres — ¿qué os parece? Este día es el primero de mi vida en que estoy contento, en que he vivido la vida entera.

Y no me basta con haber declarado esto. Vale la pena de vivir sobre la tierra. "Un" día, "una" fiesta en compañía de Zaratustra ha bastado para que yo aprendiera a amar la tierra.

"¡Era esto la vida! — le dirá la muerte—. ¡Pues bien! ¡Que se repita!"

¿Qué os parece, amigos míos? ¿No queréis, como yo, decir a la muerte: "¡Es ésta la vida; pues bien, por amor a Zaratustra, que se repita!"?

Así habló el más feo de los hombres; pero ya era cerca de la media noche. Y ¿qué creéis que pasó entonces? Cuando los hombres superiores oyeron su pregunta, pronto echaron de ver su transformación y su curación, y comprendieron a quién se la debían; entonces, se lanzaron hacia Zaratustra, llenos de gratitud, de respeto y de amor, y le besaron la mano en la forma propia de cada uno: así que unos reían y otros lloraban. Sin embargo, el viejo encantador bailaba de placer; y si, como lo creen ciertos historiadores, había cogido una borrachera de vino dulce, todavía estaba más borracho de vida dulce, y había echado lejos de sí todo cansancio. Hay también algunos que cuentan que entonces el asno empezó a bailar, pues no en vano el más feo de los hombres le había dado a probar el vino. Poco importa que esto haya pasado así o de otro modo; si realmente no danzó el asno aquella noche, sucedieron, sin embargo, cosas más grandes y más extrañas que la danza de un asno. En una palabra, como dice el proverbio de Zaratustra: "¡Qué importa!"

2.

Cuando esto hubo pasado con el más feo de los hombres, Zaratustra estaba como borracho: su mirada se extinguía, su lengua balbuceaba, sus pies vacilaban. ¿Y quién podría adivinar cuáles eran los pensamientos que agitaban entonces a Zaratustra?. Pero se veía que su espíritu retrocedía, y luego volaba hacia adelante, que estaba en la más remota lejanía y, en cierto modo, como "sobre una elevada cresta, como está escrito, entre dos mares; que camina entre el pasado y el porvenir como una pesada nube". Sin embargo, poco a poco, mientras los hombres superiores le tenían en sus brazos, volvía en sí, se defendía con gestos de la locura de los que le querían honrar, y que se iban preocupando por su estado; pero no hablaba. De repente volvió la cabeza, pues le pareció oír no sé qué, y llevándose el dedo a los labios, dijo: "¡Venid!"

Y al punto el silencio y la quietud se hicieron alrededor suyo; pero de las profundidades se oía subir lentamente el sonido de una campana. Zaratustra aplicó el oído, así como los hombres superiores; luego hizo nuevamente con el dedo señal para que callaran, y exclamó: "¡Venid! ¡Venid! ¡Es ya cerca de medianoche!", y su voz se había transformado. Pero no se movía de su sitio; entonces hubo un gran silencio, todavía más grande, y una mayor inquietud, y todo el mundo escuchaba, incluso el asno y los animales de honor de Zaratustra, y la luna grandota y fría, y la noche misma. Zaratustra, sin embargo, volvió a poner por tercera vez el dedo sobre su boca, y dijo:

"¡Venid! ¡Venid! ¡Vamos! ¡Ha llegado la hora! ¡Marchemos en la noche!"

3.

"¡Oh hombres superiores!, es cerca de la medianoche; pero yo os quiero decir una cosa al oído, una cosa que esa vieja campana me ha dicho a mí al oído, con tanto secreto, espanto y cordialidad como el que ha desplegado esa vieja campana de medianoche que ha vivido más que un solo hombre, que contó ya los latidos dolorosos de los corazones de vuestros padres; ¡ay, ay, cómo suspira, cómo ríe en sueños, la vieja hora de medianoche, profunda, profunda!

¡Silencio! ¡Silencio! Ahora se oyen muchas cosas que nadie se atreve a decir de día; pero ahora que el aire es puro, que el ruido de vuestros corazones se ha callado también, ahora las cosas hablan y se entienden, ahora resbalan en

las almas nocturnas cuyas vigilias se prolongan; ¡ay, ay, cómo suspira, cómo ríe en sueños!

¿No oyes cómo te habla "a ti", secretamente, con espanto y cordialidad, la vieja hora de medianoche, profunda, profunda?

"¡Ah, hombre! ¡Ten cuidado!"

4.

¡Ay de mí! ¿Dónde se fué el tiempo? ¿No habré caído en pozos profundos? El mundo duerme.

¡Ay, ay! El perro aúlla, la luna brilla. Prefiero morir, morir, a deciros lo que pasa ahora en mi corazón de medianoche.

Yo ya estoy muerto. Esto ha acabado. Araña, ¿por qué tejes tu tela alrededor mío? ¿Quieres mi sangre? ¡Ay, ay, el rocío cae, la hora llega!

Sí, llega la hora en que yo tirito y me hielo, la hora que pregunta, que pregunta y que pregunta siempre: "¿Quién tiene bastante valor para esto? ¿Quién debe ser el dueño de la tierra? Quien dirá: así es como tenéis que correr, grandes y pequeños ríos".

La hora se acerca: ¡Oh hombre superior, ten cuidado! Este discurso se dirige a los oídos sutiles, a tus oídos: "¿Qué dice esta medianoche profunda?"

5.

Me siento transportado lejos, mi alma danza. ¡Tarea cotidiana, tarea cotidiana! ¿Quién debe ser el dueño del mundo?

La luna está fría, el viento se calla. ¡Ay, ay! ¿ya habéis volado demasiado alto? Habéis danzado; pero una pierna no es un ala.

Buenos bailarines, ya ha pasado toda la alegría. El vino se ha trocado en vinagre, todas las copas se han ablandado, y las tumbas balbucean.

No habéis volado bastante alto: ahora las tumbas balbucean: "¡Salvad, por Dios, a los muertos! ¿Por qué dura tanto la noche? ¿No os embriaga la luna?

¡Oh hombres superiores, salvaos en las tumbas, despertad a los cadáveres! ¡Ay! ¿Por qué el gusano sigue royendo? La hora se aproxima, la hora se aproxima, la campana suena, el corazón jadea, el gusano roe la madera, el gusano del corazón. ¡Ay, ay! ¡"El mundo es profundo"!

6.

¡Dulce lira! ¡Dulce lira! ¡Amo el son de tus cuerdas, ese sonido embriagador de sapo! ¡Ese sonido que viene de muy lejos, de muy lejos, de los estanques del amor!

¡Vieja campana! ¡Dulce lira! Todos los dolores te han desgarrado el corazón: el dolor de padre, el dolor de los antepasados, el dolor de los abuelos; tu discurso se hizo maduro, maduro como el otoño dorado y como la tarde, como mi corazón de solitario; ahora hablas: el mundo mismo se ha hecho maduro, el racimo acentúa su color; ahora quieres morir, morir de felicidad. ¡Oh hombres superiores, no lo sintáis! Sube un olor secretamente, un perfume y un olor de eternidad, un olor de vino dorado, obscuro y divinamente rosado de felicidad; una felicidad ebria de morir, una felicidad de medianoche, que canta: "¡El mundo es profundo, y más profundo de lo que creía el día!"

7.

¡Déjame! ¡Déjame! Soy demasiado puro para tí. ¡No me toques? ¿No se ha realizado ya mi mundo? Mi piel es demasiado pura para tus manos. ¡Déjame, día sombrío, estúpido y pesado! La hora de medianoche ¿no es más clara?

Los más puros deben ser los dueños del mundo, los menos conocidos, los más fuertes, las almas de medianoche, que son más claras y más profundas que todos los días.

¡Oh día!, ¿tú tanteas detrás de mí? ¿Tanteas detrás de mi felicidad? ¿Soy rico para ti, solitario, una fuente de riqueza, un tesoro?

¡Oh mundo!, ¿tú me "quieres"? ¿Soy mundano para ti? ¿Soy religioso? ¿Soy divino para ti? Pero sois demasiado pesados, día y mundo.

Tened manos más prudentes, coged una felicidad más profunda, una desgracia más profunda; coged un dios cualquiera; no me cojáis.

Mi desgracia, mi desgracia es profunda, día singular, y, sin embargo, yo no soy un dios, no soy un infierno de Dios: "profundo es su dolor".

8.

El dolor de Dios es más profundo, ¡oh mundo singular! Coge el dolor de Dios, no me cojas a mí. ¡Qué soy! Una

dulce lira llena de embriaguez, una lira de medianoche, una campana-sapo que nadie comprende, pero que debe hablar delante de los sordos, ¡oh hombres superiores! ¡Pues vosotros no me comprendéis!

¡Todo acabó! ¡Todo acabó! ¡Oh juventud! ¡Oh mediodía! ¡Ahora ha llegado la tarde, y la noche, y la hora de la medianoche: el perro aúlla, y el viento; el viento ¿no es un perro? El viento gime, ladra, aúlla. ¡Ay, cómo suspira, cómo ríe, cómo padece y cuán anhelosa es la respiración de la medianoche!

¡Qué secamente habla, esa poetisa ebria! ¿Ha sobrepasado su embriaguez? ¿Ha prolongado su vigilia, se dispone a rumiar?

Rumia su dolor en sueños, la vieja y profunda hora de la medianoche, y más aún su alegría. Pues la alegría, cuando ya el dolor es profundo, "la alegría es más profunda que la pena".

9.

Viña, ¿por qué me alabas? ¿No he sido yo quien te ha cortado? He sido cruel, he derramado tu sangre: ¿qué quiere la lisonja que diriges a mi crueldad ebria?

"¿Todo lo que ha llegado a perfección, todo lo que ha madurado, quiere morir?", así hablas. ¡Bendito sea, bendito sea el cuchillo del vendimiador! Pero todo lo que no está maduro quiere vivir, ¡ay!

El dolor dice: "¡Pasa, aléjate, dolor!" Pero todo lo que sufre quiere vivir, para madurar, para estar alegre y lleno de deseos, lleno de deseos de lo lejano, de lo que está más alto, de lo que es más claro. "Yo quiero herederos —así habla todo lo que sufre— quiero hijos; yo no me quiero a "mí mismo".

Pero la alegría no quiere herederos ni hijos: la alegría se quiere a sí misma, quiere la eternidad, el retorno de las cosas, todo lo que se parece eternamente.

El dolor dice: "¡Rómpete, sangra, corazón! ¡Andad, piernas! ¡Volad, alas! ¡Oh mi viejo corazón, el dolor dice: pasa y termina!"

10.

¡Oh hombres superiores!, ¿qué os parece? ¿Soy yo un adivino? ¿Soy un soñador? ¿Soy un borracho, un intérprete de sueños, una campana de medianoche?

¿Una gota de rocío? ¿Un vapor y un perfume de la eternidad? ¿No lo escucháis? ¿No lo sentís? Mi mundo acaba de realizarse, la medianoche es también el mediodía

El dolor es también una alegría, la maldición es también una bendición, la noche es también el sol. Alejaos; de lo contrario se os enseñará que un sabio es también un loco.

¿Habéis sentido alguna vez una alegría? ¡Oh mis amigos, entonces habéis experimentado todos los dolores! ¡Todas las cosas están encadenadas, enmarañadas, enamoradas!

¿Habéis querido alguna vez que una misma cosa suceda dos veces? ¿Habéis dicho alguna vez: "Tú me places, felicidad, momento, abrir y cerrar de ojos"? ¡Así es como quisierais que todo volviese!

Todo de nuevo, todo eternamente, todo encadenado, todo enmarañado, enamorado; ¡oh!, así es como habéis amado al mundo; vosotros, que sois eternos, le amáis eternamente y en todo tiempo; y también decís al dolor: pasa, pero vuelve: ¡pues toda alegría quiere eternidad!

11.

Toda alegría quiere eternidad de todas las cosas; quiere miel, quiere levadura, una hora de medianoche llena de embriaguez; quiere tumbas, quiere el consuelo de las lágrimas vertidas sobre las tumbas, quiere el Poniente dorado.

¡Qué no querrá la alegría, ella que está sedienta, que es más cordial, está más hambrienta, más espantosa, más secreta que todo dolor; se quiere a sí misma, se muerde a sí misma, la voluntad del anillo lucha en ella; quiere el amor, quiere el odio, está en la abundancia, da, echa a lo lejos, mendiga para que todos quieran cogerla y da las gracias al que la coge! Desearía ser odiada.

La alegría es de tal modo rica que tiene sed de dolor, de infierno, de odio, de vergüenza, de lo que está estropeado, sed de mundo, pues este mundo... ¡oh, vosotros le conocéis!

¡Oh hombres superiores!, de vosotros tiene sed la alegría, la desenfrenada, la venturosa alegría; languidece, porque echa de menos vuestro dolor, vosotros fracasados. Todo goce eterno languidece de deseos hacia las cosas frustradas.

Pues toda alegría se quiere a sí misma; por eso suspira por el dolor. ¡Oh felicidad, oh dolor! ¡Oh, rómpete, corazón! Hombres superiores, sabedlo: la alegría quiere la eternidad, la alegría quiere la eternidad de "todas" las cosas, "quiere la profunda eternidad".

12.

¿Habéis aprendido ya mi canción? ¿Habéis adivinado lo que quiere decir? ¡Pues bien! ¡Vamos! ¡Hombres superiores, cantad mi canción, cantadla en coro!

Cantad ahora vosotros mismos la canción cuyo nombre es "otra vez más", cuyo sentido es "por toda una eternidad"; ¡cantad, oh hombres superiores, cantad en coro la canción de Zaratustra!

¡Oh hombre, ten cuidado!
¿Qué dice la profunda medianoche?
«Yo he dormido, yo he dormido.
«me he despertado de un profundo sueño;
«el mundo es profundo,
«y más profundo de lo que pensaba el día;
«profundo es su dolor;
«la alegría más profunda que la pena.
«El dolor dice: "Pasa y termina!"
«Pero toda alegría quiere la eternidad,
«¡quiere la profunda eternidad!"

EL SIGNO

Al día siguiente de aquella noche, muy de mañana, Zaratustra saltó del lecho, ciñóse el cinturón y salió de su caverna, ardoroso y fuerte, como el sol de la mañana que sale de las sombras de las montañas.

"¡Oh gran astro — dijo, como hablaba en otro tiempo — profundo ojo de felicidad, ¿qué sería de tu felicidad si no tuvieses "aquellos" a quienes alumbras?

Y si permaneciesen en sus cámaras mientras estás despierto y vienes a dar y a repartir, ¡cómo se enojaría tu fiero pudor!

Pues bien: ellos duermen todavía, esos hombres superiores, mientras que "yo" estoy despierto: ¡no son ésos mis verdaderos compañeros! No son ésos los que yo espero aquí, en mis montañas.

Quiero poner manos a la obra y comenzar mi jornada; pero ellos no comprenden cuáles son los signos de mi mañana; el ruido de mis pasos no es para ellos... la señal de su despertar.

Todavía duermen en mi caverna, su ensueño bebe aún en los cantos de medianoche. Falta en sus cuerpos el odio que me escuche, el odio que obedezca".

Zaratustra había dicho esto a su corazón mientras el sol salía; entonces lanzó una mirada interrogadora a las alturas, pues había oído por encima de su cabeza la aguda llamada de su águila. "Bien — gritó a las alturas — eso me gusta y me conviene. Mis animales están despiertos, porque yo estoy despierto.

Mi águila está despierta, y, como yo, honra al sol. Se apodera de la nueva luz con garras de águila. ¡Vosotros sois mis verdaderos animales: yo os amo!

¡Pero me faltan aún mis hombres verdaderos!"

Así habló Zaratustra; pero entonces sucedió que se sintió como rodeado repentinamente de una infinidad de pájaros que revoloteaban alrededor de él, y el batir de tantas alas alrededor de su cabeza era tan grande, que le hizo cerrar los ojos. Y, en verdad, sintió caer sobre él algo como una nube de flechas, lanzadas sobre un nuevo enemigo. Pero en este caso era una nube de amor sobre un nuevo amigo.

"¿Qué me sucede?", pensó Zaratustra con el corazón asombrado. Y se sentó despaciosamente en la gran piedra que había en la entrada de su caverna. Pero agitaba sus manos alrededor de sí, por encima y por debajo de sí, para defenderse de la ternura de los pájaros; y he aquí que le sucedió algo más singular aún, pues metía sin querer sus dedos entre tufos de cabellos espesos y cálidos; y al mismo tiempo resonó delante de él un rugido, un dulce y largo rugido de león.

"El signo viene", dijo Zaratustra, y su corazón se transformó. Y, en verdad, cuando vió claro delante de él, halló una enorme bestia amarilla echada a sus pies, sin querer separarse de él en su amor, como un perro que encuentra a su amo perdido. Sin embargo, las palomas no andaban menos solícitas en la expresión de su amor, y cada vez que una paloma pasaba por delante del hocico del león, el león sacudía la cabeza con asombro y se echaba a reír.

Al ver esto, Zaratustra no dijo más que una sola palabra: "Mis hijos están cerca, mis hijos". Luego se quedó completamente mudo. Pero su corazón se sentía aliviado, y de sus ojos corrían lágrimas, que caían sobre sus manos. Y no ponía atención en nada, y seguía sentado allí, inmóvil, sin defenderse ya de los animales. Entonces las palomas, que revoloteaban de aquí para allá, se pusieron sobre sus hombros, acariciando sus cabellos blancos, y no se fatigaban en su ternura y en su felicidad. El vigoroso león, en tanto, lamía continuamente las lágrimas que caían sobre las manos de Zaratustra, rugiendo y refunfuñando tímidamente. Esto es lo que hicieron aquellos animales.

Todo esto duró mucho o poco tiempo, pues verdade-

ramente no hay tiempo sobre la tierra para tales cosas. Pero en el entretanto los hombres superiores se habían despertado en la caverna de Zaratustra, y se preparaban juntos para ir en procesión al encuentro de Zaratustra, a fin de hacerle el saludo matinal, pues al despertar habían notado que no estaba ya entre ellos. Pero cuando llegaron a la puerta de la caverna, precedidos del ruido de sus pasos, el león enderezó las orejas vivamente, y, separándose de repente de Zaratustra, se lanzó de un salto a la caverna, dando feroces rugidos; pero los hombres superiores, al oírle rugir, empezaron todos a gritar a una voz, y retrocediendo, desaparecieron todos en un abrir y cerrar de ojos.

Y el mismo Zaratustra, aturdido y distraído, se levantó de su asiento, miró alrededor de él, permaneciendo en pie, asombrado, interrogó a su corazón, reflexionó y se quedó solo. "¿Qué es lo que he oído? — dijo al fin lentamente — ¿qué es lo que me ha pasado?"

Y ya le volvían sus recuerdos, y comprendió de una ojeada todo lo que había pasado entre ayer y hoy. "He aquí la piedra — dijo, acariciando su barba— "aquí" es donde yo estuve sentado ayer mañana, y aquí es donde el adivino se acercó a mí; allí donde oí por primera vez el grito que acabo de oír, el gran grito de angustia.

¡Oh hombres superiores, vuestra angustia es lo que me predecía ayer mañana este viejo adivino; hacia vuestra angustia me quiso conducir para tentarme; "¡Oh Zaratustra — me dijo— vengo para inducirte a tu último pecado!"

"¿A mi último pecado? — exclamó Zaratustra riendo colérico de sus propias palabras—. ¿Qué es lo que me ha sido reservado como mi último pecado?"

Y otra vez Zaratustra se replegó sobre sí mismo, volviéndose a sentar en la misma piedra para meditar. De repente se levantó.

"¡Piedad! ¡La piedad para el hombre superior! — exclamó, y su rostro se hizo de bronce—. ¡Pues bien, esto ha hecho su tiempo!

Mi pasión y mi compasión ¿qué importan? ¿Es que yo busco "la felicidad"? ¡Yo busco "mi obra"!

¡Pues bien! Ha llegado el león, mis hijos están cerca, Zaratustra ha madurado, mi hora ha llegado.

He aquí "mi" alba matinal; "mi" día comienza; ¡"elévate, elévate, gran Mediodía"!"

Así habló Zaratustra, y dejó su caverna, ardoroso y fuerte como el sol de la mañana que surge de las montañas sombrías

F I N

ANOTACIONES

encontradas entre las obras póstumas de Nietzsche para la explicación de

ASI HABLO ZARATUSTRA

1

Todos los fines están destruídos: las valoraciones se vuelven las unas contra las otras.

Se llama bueno a quien sigue los impulsos de su corazón, pero también al que no obedece más que al deber.

Se llama bueno al hombre dulce, conciliador, pero también al hombre bravo, inflexible, severo.

Se llama bueno al que no ejerce ninguna coacción sobre sí mismo, pero también al héroe del dominio de sí mismo.

Se llama bueno al amigo absoluto de la verdad, pero también al hombre lleno de piedad que transfigura las cosas.

Se llama bueno al que se obedece a sí mismo, pero también al hombre piadoso.

Se llama bueno al hombre distinguido y noble, pero también al que no menosprecia ni mira orgullosamente.

Se llama bueno al hombre caritativo que evita la lucha, pero también al que siente la avidez del combate y de la victoria.

Se llama bueno al que quiere ser siempre el primero, pero también al que no quiere sobresalir en detrimento de nadie.

2

Tenemos dentro de nosotros mismos una suma considerable de sentimientos morales, pero no tenemos "un fin" que los pudiera satisfacer a todos. Estos sentimientos se contradicen los unos a los otros: tienen por origen tablas de valores "distintas".

Hay una fuerza moral prodigiosa, pero no hay "fin" en el cual pudiera ser empleada toda esta fuerza.

3.

Todos los fines están destruídos. Es preciso que los hombres "encuentren" uno. Era un error el creer que "poseían" un fin: todos se los han dado. Pero las "suposiciones" para todos los fines de otro tiempo están hoy destruídas.

La ciencia nos muestra el curso, pero no el fin; pero nos da los supuestos a los cuales deberá corresponder el nuevo fin.

4.

La "profunda esterilidad" del siglo XIX.

Jamás encontré al hombre que verdaderamente hubiera aportado un nuevo ideal. El carácter de la música alemana es lo que me lo ha hecho "esperar" por más largo tiempo. Un "tipo más" fuerte, en que nuestras fuerzas estuvieran ligadas sintéticamente: ésa fué mi creencia.

Aparentemente todo es decadencia. Hay que dirigir la destrucción de tal suerte que haga posible, a los más fuertes, una nueva forma de existencia.

5

La disolución de la moral conduce, en sus consecuencias prácticas, a la individualización atomística, y también a la división del individuo en multiplicidades: fluctuación absoluta.

Por eso, ahora más que nunca, necesitamos un fin y un amor, un "nuevo" amor.

6.

"Mientras vuestra moral estuvo suspendida sobre mí, yo respiraba como un hombre que se ahoga. Por eso tuve que estrangular esta serpiente. Yo debía vivir; por eso ella debía morir".

7.

Mientras debamos todavía obrar, por consiguiente, mientras "se mande", no habrá aún síntesis (la "supresión" del hombre moral) "No poder hacer otra cosa". Los instintos y la razón que manda no podrían ir de otro modo más allá del fin. Gozar de sí mismo en la acción.

8.

No todos quieren llevar el fardo de lo que no está mandado; pero hacen lo más difícil cuando tú se lo mandas

9.

Superar el pasado en nosotros: combinar de nuevo los instintos y dirigirlos todos hacia un solo fin: ¡muy difícil! No basta superar los malos instintos: hay que superar también los llamados buenos instintos, para santificarlos de nuevo.

10.

¡Ningún "salto" en la virtud! ¡Mas para cada uno un camino distinto! Sin embargo, no lo más difícil para cada uno. Al contrario, cada uno puede servir de "puente" y de "doctrina" para los demás.

11.

Por la buena voluntad de ayudar, de compadecer, de someterse, de renunciar a los ataques personales, los hombres insignificantes y superficiales podrán llegar a ser algo soportables a la vista; pero a ningún precio hay que arrebatarles la creencia de que tal voluntad es "la virtud misma".

12.

El hombre hace meritoria una acción; pero ¿cómo podrá una acción hacer meritorio a un hombre?

13.

La moral es cosa que interesa sólo a aquellos que no se pueden emanciparse de ella; por eso ésta forma parte, para ellos, de las "condiciones de existencia". Las condiciones de existencia no se pueden rechazar: lo único que se puede hacer es... no poseerlas.

14.

Si fuera verdad que la vida no merece ser afirmada, el hombre moral abusaría de su prójimo, precisamente por

su olvido de sí mismo y por sus virtudes compasivas, y esto en beneficio suyo personal.

15.

"Ama a tu prójimo": esto quiere decir, ante todo: "No te ocupes de tu prójimo". ¡Y precisamente ésta es la parte más difícil de la virtud!

16.

El malo, considerado como un parásito. En la vida no debemos ser sólo gozadores de la existencia: esto no es distinguido.

17.

El sentimiento de nobleza es lo que nos "prohibe" ser meros gozadores de la vida. Este sentimiento se rebela contra toda clase de hedonismo. Debemos dar algo, en cambio. Pero la creencia fundamental de la masa es que hay que vivir para nada: ésta es su "vulgaridad".

18

Para el hombre bajo, las evaluaciones contrarias son aplicables: importa implantarle las virtudes. Es preciso arrancarle a la vida por medio de mandatos absolutos, por medio de terribles tiranos.

19.

"Supuesto": la nueva ley debe poder ser cumplida, y de su cumplimiento debe salir la superación y la ley superior. Zaratustra se coloca enfrente de la ley, "suprimiendo" la "ley de las leyes", la moral.

Las leyes, consideradas como médulas. Es preciso trabajar en las leyes y crear leyes, ejecutándolas. Hasta el presente, el instinto de esclavitud es el que ha hecho que obedeciéramos a las leyes.

20.

La superación de sí mismo de Zaratustra debe servir de ejemplo a la victoria sobre sí mismo, en la humanidad, en favor del superhombre. Sólo en vista de éste es necesaria la victoria de la moral.

21.

"Tipo del legislador", su evolución y sus padecimientos. ¿Qué sentido tiene, de una manera general, dictar leyes?

Zaratustra es el heraldo que convoca a muchos legisladores.

22.

DIFERENTES INSTRUMENTOS

1. Los que mandan, los poderosos que no aman si no es las imágenes según las cuales crean. Los seres abundantes, múltiples, absolutos, que superan lo que existe.

2. Los que son "obedientes", los "liberados": el amor y la veneración son su felicidad; tienen el sentido de lo que es superior. (Supresión de lo que tienen de imperfecto por la contemplación).

3. Los "esclavos", la especie "sierva": es preciso crearles bienestar; la compasión de los unos por los otros.

23.

El que da, el que crea, el que enseña: he aquí los precursores del que domina.

24.

Toda virtud, toda victoria sobre sí mismo no tienen sentido sino como preparación de lo que domina.

25.

Todo sacrificio que haga el dominador será centuplicado en la cuenta.

26.

¡Cuánto no hay que honrar al dominador, al príncipe, al responsable sólo ante sí mismo, cuando hace un sacrificio!

27.

La enorme tarea del dominador que se educa a sí mis-

mo, la especie de hombre y de pueblo que quiere dominar debe encontrar en él su "imagen": ¡en ésta es en la que debe ser maestro!

28.

El gran educador es como la naturaleza: debe acumular "obstáculos" para que esos obstáculos sean "superados".

29.

Los nuevos amos son el primer grado del supremo imaginero (imprimen su tipo).

30.

Las instituciones son los efectos de los grandes individuos, y sirven para "incrustar" y "arraigar" a los grandes individuos, hasta que den sus frutos.

31.

De hecho, los hombres tratan siempre de poder "prescindir" de los grandes individuos, por medio de corporaciones, etcétera. Pero dependen de una manera absoluta de estos modelos.

32.

El ideal eudemónico y social hace retroceder a los hombres: crea quizá una especie obrera muy útil: inventa el "esclavo ideal del porvenir", la casta inferior, "que es indispensable".

33.

Derechos iguales para todos: ésta es la más maravillosa injusticia, pues precisamente los hombres superiores son los que padecen en este régimen.

34.

No se trata, de ningún modo, de un derecho del más fuerte, pues los más fuertes y los más débiles son todos iguales en que extienden su poder cuanto pueden.

35.

"Nueva tasación" del hombre: en primer término, las cuestiones:

¿Cuánto poder hay en él?

¿Cuánta multiplicidad de instintos?

¿Cuántas facultades comunicantes y receptivas?

El dominador como tipo superior.

36.

Zaratustra se alegra de que la lucha de castas haya terminado y de que haya llegado el tiempo de la jerarquía de los individuos. El odio del sistema de nivelación democrática queda en primer término; en suma, hay que felicitarse de que hayamos llegado aquí. Ahora puede resolver su problema.

"Sus enseñanzas no se han dirigido, hasta ahora, más que a la casta dominante del porvenir". Esos dueños de la tierra deben ahora reemplazar a Dios y ganarse la confianza absoluta de los dominados. El primer lugar: su nueva santidad, su renunciación a la felicidad y a la comodidad. Ellos ofrecen a los inferiores la expectativa de la felicidad, pero no a ellos mismos. Salvan a los mal aconsejados por la doctrina de la "muerte rápida"; ofrecen religiones y sistemas, según su puesto en la jerarquía.

37.

El conflicto del que manda es el amor de lo más lejano en su amor al prójimo.

Ser creador y ser bueno no son antinomias: es una sola y misma cosa, sino que con perspectivas lejanas o próximas.

38.

El sentimiento de poderío. Rivalidad de todos los "yo" para encontrar la idea que se cierne por encima de la humanidad, como su estrella. El yo es un "primum mobile".

39.

Lucha por la utilización del poderío, que está representada en la humanidad. Zaratustra convoca a esta lucha.

40.

Llevar a feliz realización nuestro ideal: luchar por el poder a la manera como esta lucha emana del ideal.

41.

La doctrina del Retorno Eterno es el punto solsticial de la historia.

42.

De repente se abre el reino espantoso de la verdad. Hay una salvaguardia inconsciente, una precaución, una disimulación, una garantía contra el conocimiento más difícil: así es como yo he vivido hasta el presente. Yo me ocultaba algo a mí mismo. Pero el esfuerzo continuo para acarrear piedras ha dado el poder a mi instinto. Ahora yo cargo con la última piedra. La terrible verdad "se alza ante mí".

Conjuración de la verdad del fondo de la tumba: nosotros hemos creado la verdad, la hemos despertado: suprema manifestación del valor y del sentimiento de poderío. Desprecio de todo pesimismo, tal como éste ha existido hasta el presente.

Nosotros luchamos con la verdad; descubrimos que el único medio de soportarla es precisamente crear un ser "que la soporte", a menos que no prefiramos deslumbrarnos otra vez deliberadamente y volvernos ciegos ante ella. ¡Pero esto no lo podemos hacer!

Nosotros hemos creado la idea más difícil; "creemos ahora el ser" que la encuentre ligera y a quien haga feliz.

Para poder crear hace falta que nos demos a nosotros mismos una mayor libertad, una libertad más grande que la que jamás fué concedida; en vista de esto, emancipación de la moral y aligeramiento por medio de fiestas. (Presentimiento del porvenir. ¡Celebrar el porvenir, y no el pasado! ¡Escribir poéticamente el mito del porvenir! ¡Vivir en la esperanza! ¡Momentos dichosos! ¡Y luego, dejar caer de nuevo el telón y "dirigir los pensamientos hacia fines próximos y determinados!"

43.

La humanidad debe situar su fin más allá de sí misma.

mo en un mundo-Error, sino en la propia continuación de sí misma.

44.

El medio es, cada vez que nace, la voluntad del porvenir: entonces es de prever el gran acontecimiento.

45.

Nuestra naturaleza es crear un ser superior a nosotros mismos. ¡Crear por encima de nosotros! Ese es el instinto de la acción y de la obra. Del mismo modo que toda voluntad supone un fin, del mismo modo el hombre supone un ser que está presente, pero que representa el fin de toda su existencia. ¡Esa es la libertad de toda voluntad! En el fin reside el amor, la veneración, la visión de lo perfecto, el deseo.

46.

Mi reivindicación: crear seres que estén por encima de la especie "hombre": es preciso, a este fin, sacrificarse a sí mismo y sacrificar al "prójimo".

La moral que hasta el presente ha imperado tenía sus límites en la especie: todas las morales han sido útiles en el sentido de que han dado, desde luego, a la especie una estabilidad absoluta; desde el momento en que esta estabilidad está conseguida, el fin puede ser colocado más alto.

Uno de estos movimientos es incondicionado: la nivelación de la humanidad, los grandes hormigueros humanos, etc.

El otro movimiento, mi movimiento, es, por el contrario, la acentuación de los contrastes y de todos los abismos, la supresión de la igualdad, la creación de seres omnipotentes.

Aquél engendra el último hombre, mi movimiento engendra el superhombre. No es, en modo alguno, el fin considerar la última especie como si debiera ser la dueña de la primera. Todo lo contrario: las dos especies deben coexistir de un modo tan independiente como sea posible, no preocupándose la una de la otra, al ejemplo de los dioses epicúreos.

47.

El antípoda del superhombre es el último hombre: yo los he creado al mismo tiempo.

48.

Cuanto más libre y determinado es el individuo, más exigencias tiene su amor; por último, acaba por aspirar al superhombre, porque todo lo demás no satisface su amor.

49.

En medio de la vía nace el superhombre.

50.

Yo estaba inquieto entre los hombres: no tenía deseo de vivir entre los hombres, ya nada podía satisfacerme. Entonces me retiré a la soledad y creé el superhombre. Y cuando le hube creado, le envolví con el gran velo del devenir y le dejé que luciera a la claridad del Mediodía.

51.

"Nosotros queremos crear un ser", queremos tomar parte todos en esta creación, queremos amarle, queremos incubarle y honrarnos y estimarnos a causa de él.

Es necesario que tengamos un fin a cáusa del cual nos amemos todos los unos a los otros. "¡Todos" los demás fines son dignos de ser destruídos!

52.

Los más fuertes de cuerpo y de alma son los mejores: principio de Zaratustra deducir de ellos la moral superior, la de los creadores; Zaratustra quiere rehacer el hombre a su imagen: ésta es su lealtad.

53.

Zaratustra aparece al genio como la encarnación de su pensamiento.

54.

La soledad es necesaria por algún tiempo para que el ser se amplifique y se impregne y se haga duro.

Nueva forma de la comunidad: afirmándose de una manera guerrera. De lo contrario, el espíritu se debilita. Nada

de "jardines" y "huida ante las masas". ¡Guerra (pero sin pólvora) entre ideas diferentes y los maestros de estas ideas!

Nueva nobleza por la selección. Las ceremonias para la fundación de familias.

Dividir de otro modo el día; el ejercicio físico para todas las edades de la vida. La lucha, considerada como un principio.

El amor sexual, considerado como la lucha por el principio que está en el devenir, en lo que deviene. Se enseña a "dominar", y se ejerce la dureza tanto como la dulzura. En cuanto se ha adquirido maestría en una condición, hay que aspirar a una condición nueva.

Dejarse instruir por los malos y darles, a ellos también, la ocasión de luchar. El derecho al castigo debe consistir en que el malhechor pueda ser utilizado como sujeto de experimentación (para un nuevo modo de nutrición): esto santifica el castigo, que se puede usar de algún modo para el mayor bien de lo que ha de venir.

Nosotros administramos nuestra nueva comunidad, porque es el puente que conduce al nuevo ideal del porvenir. Por ella trabajamos y hacemos trabajar a los demás.

55.

Encontrar la medida y el medio para aspirar al más allá de la humanidad: es preciso encontrar la especie de hombre más alta y más vigorosa. Representar constantemente la tendencia superior en las cosas pequeñas; la perfección, la madurez, la salud floreciente, la dulce radiación de la fuerza; trabajar como un artista en la obra diaria, conducir la tarea a su perfección. Reconocer la probidad en el motivo, como corresponde al poderoso.

56.

¡Nada de impaciencia! ¡El superhombre es vuestro próximo grado! Para ello, para esta limitación, es preciso "moderación" y "virilidad".

Elevar el hombre por encima de sí mismo, como hicieron los griegos; nada de fantasmas sin cuerpo. Conviene suprimir el espíritu superior ligado a un carácter débil y nervioso. Fin: desarrollo superior de todo el "cuerpo", y no solamente del cerebro.

57.

"El hombre es algo que debe ser superado": ello depen-

de del tiempo que se invierte en la marcha: los griegos eran admirables, no tenían prisa. Mis precursores: Heráclito, Empédocles, Espinosa, Goethe.

58.

1. Descontento contra nosotros mismos. Antídoto contra el arrepentimiento. La transformación de los temperamentos (por ejemplo, por los anorgánicos). La "buena" voluntad en este descontento. Alcanzar la sed y hacerla que se haga completa, antes de querer descubrir su fuente.

2. Transformar la muerte para hacer de ella un medio de victoria y de triunfo.

3. La enfermedad; cómo hay que conducirse con ella. La libertad de la muerte.

4. El amor sexual como medio de alcanzar el ideal (la aspiración a perecer en su contrario). El amor de la divinidad que sufre.

5. La reproducción como el acto más sagrado. Embarazo; creación del hombre y de la mujer, que, con el niño, quieren gozar de su "unidad" y elevar un monumento a su comunión.

6. La piedad como un peligro. Crear las ocasiones para que cada cual pueda ayudarse a sí mismo y sea libre de aceptar ayuda.

7. La educación hacia el "mal", para suscitar su "propio" "demonio".

8. La guerra "interior", como "revolución".

9. La "conservación de la especie" y la idea del Eterno Retorno.

59.

"Doctrina principal": llegar, en cada grado, a la perfección y al sentimiento del bienestar. ¡No hacer saltos!

Primero, la legislación. Después de la promesa del superhombre, la doctrina del Eterno Retorno es espantosa. ¡Ahora es "soportable"!

60.

La vida misma ha creado este pensamiento, el más difícil para la vida: quiere "rebasar" su obstáculo supremo.

Debemos querer morir para poder resucitar de un día a otro. Transformación a través de miles de almas: ¡qué esto sea tu vida, tu destino! Y, en fin de cuentas, querer, ¡querer, una vez más, toda esta serie!

61.

Que pudiéramos "soportar" nuestra inmortalidad: eso sería la gran cosa.

62.

El momento en que yo he concebido el Eterno Retorno es inmortal y a causa de dicho momento, yo soporto el Eterno Retorno.

63.

La doctrina del Eterno Retorno es aplastante, a primera vista, para los más nobles; en apariencia, es el medio de exterminarles, pues quedan las naturalezas más mediocres y menos nocivas. "Es preciso ahogar esta doctrina y matar a Zaratustra".

64.

Vacilación de los discípulos. "Ya llegaremos a acomodarnos a esta doctrina, pero nos servirá para destruir el gran número". Zaratustra se echó a reír: "Debéis ser vosotros el martillo; os he puesto el martillo en la mano".

65.

Yo no os hablo como hablaría al pueblo. Para éstos, lo primero es despreciarse y destruirse; ¡lo segundo, despreciarse y destruirse los unos a los otros!

66.

"Mi voluntad de hacer el bien me obliga a guardar absoluto silencio. Pero mi voluntad del superhombre me ordena hablar y sacrificar incluso a los amigos".

"Yo quiero formaros y "transformaros", a vosotros y a mí; de lo contrario, de lo contrario, ¿cómo lo soportaría?"

67.

Historia del hombre superior. La domesticación del hombre mejor es infinitamente más dolorosa. Demostrar el ideal de los sacrificios necesarios en Zaratustra. El abando-

no del país natal, de la familia, de la patria. Vivir bajo el menosprecio y la moralidad reinante. Suplicio de las experiencias y de los errores. Abandono de todos los goces que ofrecía el antiguo ideal (se les encuentra bajo la lengua, en parte hostilmente, en parte extraños).

68.

¿Qué es lo que prestaba a las cosas un sentido, un valor, una significación? El corazón creador, que deseaba, y que en su deseo se puso a crear. Creó el "placer y la pena". De este modo quiso "hartarse" de la pena. Tenemos que tomar sobre nosotros cualquier sufrimiento, lo que haya sufrido cualquier hombre o cualquier animal; es preciso que demos a este sufrimiento un carácter afirmador y que tengamos un "fin" en el cual halle "su razón".

69.

"Doctrina principal": tenemos el poder de interpretar el sufrimiento como una bendición, el veneno como una nutrición. La voluntad de sufrir.

70.

La grandeza heroica como el único estado del que prepara. (Aspiración a una ruina absoluta como medio de soportarse).

Nosotros no debemos querer una condición única, pero sí debemos querer "ser seres periódicos", semejantes a la existencia.

Indiferencia absoluta frente a la opinión de los demás (porque nosotros conocemos sus medidas y su peso); pero si se la considera como una opinión con motivo de sí mismo, es un objeto de piedad.

71.

Los discípulos deben reunir tres cualidades: ser veraces, querer y poder comunicarse, poseer un mismo conocimiento.

72.

Todas las especies de hombres superiores, su miseria y su muerte (diferentes ejemplos, citar a Düring, estropeado por el aislamiento). En el conjunto, el destino de los hombres superiores en nuestra época, la manera cómo parecen conde-

nados a la extinción: como un gran grito de angustia, llega a los oídos de Zaratustra. Todas las formas de la loca degeneración de las naturalezas superiores (por ejemplo, el nihilismo) se acercan a él.

73.

HOMBRES SUPERIORES QUE EN SU ANGUSTIA RECURREN A ZARATUSTRA

"Tentación" de retiro, antes de tiempo, por la invitación a la "piedad".

1. El inquieto, el vagabundo, el "viajero" que ha olvidado amar a su pueblo porque ama a muchos pueblos: el buen europeo.

2. El sombrío y malicioso "hijo del pueblo" feroz, solitario dispuesto a todo, que ha escogido la soledad para no ser destructor: se ofrece como instrumento.

3. "El más feo de los hombres", que se ve obligado a adornarse (sentido histórico) y que busca sin cesar un nuevo ropaje: quiere hacer soportable su aspecto, y termina por irse a la soledad para no ser visto: "le da vergüenza".

4. "El adorador de los hechos" ("el cerebro y la sanguijuela"), la conciencia intelectual más sutil afligida por una mala conciencia por exceso: quiere verse desembarazado "de sí mismo".

5. El poeta, aspirante en el fondo a una libertad salvaje: escoge la soledad y la severidad del conocimiento.

6. El inventor de "nuevos remedios embriagadores", el mundo, encantador que termina por lanzarse a los pies de un corazón amante para exclamar: "No vengáis a mí, yo os quiero conducir ante éste".

Los hombres demasiado sombríos, que tienen el deseo de la embriaguez que no pueden satisfacer. Los que han sobrepasado el exceso de sobriedad.

7. El "genio" (considerado como acceso de locura) helado por falta de amor. "Yo no soy ni un genio ni un Dios". Gran ternura: "¡Hay que amar más!"

8. El "rico" que lo ha dado todo y que pregunta a cada uno: "Hay abundancia en tu casa? ¡Dame mi parte!": rico mendicante.

9. ¡Los reyes renuncian a reinar! "Nosotros buscamos al que es más digno de reinar!" Contra la igualdad: "El grande" hombre falta, y, "por consiguiente, la veneración".

10. El "comediante de la felicidad".

11. El "adivino pesimista", que siente en todas partes cansancio.

12. El "loco" de la gran ciudad.
13. El "joven" de la montaña.
14. La "mujer" (que busca al hombre).
15. El obrero y el arribista, envidioso y adelgazado.
16. Los buenos. | y su locura: "Por Dios", es decir "por mí".
17. Los piadosos. |
18. Los santos que se honran a sí mismos. |

74.

"Os di el pensamiento más grave: quizá haga perecer a la humanidad, quizá ésta se eleve por el hecho de que los elementos superados, hostiles a la vida, son eliminados". "No culpar a la vida, sino a vosotros". Determinación del hombre superior en cuanto creador. Organización de los hombres superiores, educación de los que habrán de reinar un día. "Vuestra preponderancia debe regocijarse de sí misma, dominando y plasmando". "No solamente el hombre, sino también el superhombre, "retorna eternamente".

57.

El sufrimiento típico del reformador, y también sus consuelos. Las siete soledades.

Vive como por encima del tiempo: su altura le proporciona relaciones con los solitarios y los desconocidos de todos los tiempos.

Se defiende sólo por medio de su belleza.

Pone su mano sobre el milenario que va a venir.

Su amor crece con la imposibilidad en que se encuentra de hacer el bien por medio de este amor.

76.

El estado de espíritu de Zaratustra no es la loca impaciencia del superhombre. Está tranquilo, y puede esperar. Pero toda acción ha adquirido un "sentido", porque es el camino y el medio para terminar en aquel fin. Esta acción debe estar "bien" hecha, de una manera "perfecta".

¡Tranquilidad del gran río! ¡Santificación de la cosa más mínima! Todas las inquietudes, todos los deseos violentos, todos los hastíos, deben ser expuestos en la tercera parte y "superados".

La dulzura, la benevolencia, etc., en la primera y segunda parte, como el índice de la fuerza que no está todavía segura de ella misma.

Con la "curación" de Zaratustra, César se yergue, implacable, pleno de bondad. Entre la facultad de ser "creador, la bondad y la sabiduría, el abismo está destruído".

La claridad, la calma, ningún deseo exagerado, la felicidad "en el momento bien empleado, eternizado".

77.

Zaratustra III: "Yo mismo soy feliz". Cuando ha dejado a los hombres, vuelve a sí mismo. Es como una nube que se disipa alrededor de sí mismo. El tipo de la vida, tal como la debe practicar el superhombre: un dios epicúreo.

Un "divino" sufrimiento, tal es el contenido del tercer "Zaratustra".

La condición humana del legislador no es traída sino como ejemplo.

Su amor violento por sus amigos le parece una enfermedad; de nuevo está tranquilo.

Cuando los invitados vienen, se "escapa suavemente".

78.

En la cuarta parte es necesario decir exactamente por qué el tiempo del gran Mediodía llega. Se trata, pues, de hacer una descripción de la época, condicionada por las visitas, pero "interpretada" por Zaratustra.

En la cuarta parte es necesario decir exactamente por qué "el pueblo de los elegidos" debió primeramente ser creado, las naturalezas superiores bien logradas, en oposición con las naturalezas mal logradas (caracterizadas por las visitas): sólo a éstas puede comunicar Zaratustra los últimos problemas, sólo a ellas puede llamar para una actividad en favor de sus teorías (ellas son bastante fuertes, bastante saludables y duras, y, ante todo, bastante nobles), puede poner en su mano el martillo que reinará sobre la tierra.

79.

La armonía del Creador, del Amante, del Conocedor en el poderío.

80.

"Sólo el amor debe ser juez" (el amor que crea, que se olvida en sí mismo de su obra).

81.

Zaratustra no puede hacer feliz hasta que la jerarquía no se haya establecido. Esta debe ser "predicada" en primer término.

La jerarquía, aplicada a un sistema de gobierno de la tierra: los dueños de la tierra, en fin de cuentas, una nueva casta dominante. De esta casta nace, aquí y allá, un dios de todo hecho epicúreo, el superhombre, el transfigurador de la existencia.

La concepción sobrehumana del mundo. Dioniso.

Volver, con amor, de este gran alejamiento, hacia el más pequeño y el más humilde: Zaratustra, "bendiciendo" todos los acontecimientos de su vida y muriendo bendiciendo.

82.

"Debemos de dejar de ser hombres que rezan, para ser hombres que bendicen".

APENDICE

La primera parte de Zaratustra fué escrita a primeros de febrero de 1883 en Rapallo y se imprimió en el tiempo que media entre fines de marzo a fines de abril, en Casa de B. G. Zeubner, en Leipzig. Publicóse en mayo de 1883, en Chemnitz, en la casa editorial de E. Schmeitzner, con el título de "Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para ninguno".

La segunda parte fué escrita en Sils-Maria, de fines de junio a principios de julio de 1883, y se imprimió en casa de C. G. Naumann, en Leipzig, de fines de junio a fines de agosto de 1883, publicándose también en casa de Schmeitzner, en septiembre de 1883.

La tercera parte fué escrita en Niza, a fines de enero de 1884, y estuvo en la imprenta desde fines de febrero a fines de marzo de 1884, en la misma imprenta de C. G. Naumann. La segunda y tercera parte ostentaban debajo del título, en la portada, los números 2 y 3. También esta tercera parte apareció en casa de Schmeitzner, en Chemnitz, en la primavera de 1884.

Las tres primeras partes fueron compuestas y escritas, como el autor dice repetidas veces, en diez días cada una, si bien suponen un trabajo anterior de génesis, bastante largo. Unicamente la cuarta fué meditada y escrita con ciertas interrupciones, en Zurich y Menton, en el otoño de 1884; el final ocupó casi todo el mes de febrero de 1885. La cuarta parte fué impresa, a expensas del autor, en casa de C. G. Naumann, por no encontrar ningún editor que quisiera publicarla, y, últimamente, porque no le quiso buscar. Esta cuarta parte la guardo, lamentando no haber hecho lo mismo con las tres anteriores.

La cuarta parte se publicó en la Pascua de Resurrección de 1892 — tres años después de haber estado enfermo mi hermano, y siete a contar de la primera impresión privada — después de haber dicho los médicos que mi hermano no tenía salvación.

Aun cuando el autor designa a esta parte como la cuarta y última, mi hermano me expresó varias veces, oralmente y por escrito, que tenía intención de escribir una quinta y una sexta parte, para lo cual contaba con elementos suficientes. Por ejemplo, en 1884, cuando aún no estaba escrita la cuarta

parte, se encuentran planes para una continuación de Zaratustra en tres partes, y lo mismo en época aún posterior, acerca de los cuales se dan detalles concretos en los tomos XII y XIV de la gran edición completa de las obras y escritos póstumos de Federico Nietzsche, y en el último tomo, dedicado a la biografía ("la vida de Federico Nietzsche").

Al "Así habló Zaratustra" de la presente edición he añadido una serie de anotaciones, contenidas en los tomos mencionados, para la mejor comprensión de los principales pensamientos de esta obra. Parece ser que el autor mismo tuvo el pensamiento de escribir una a modo de glosario de Zaratustra; quizá algunos de los fragmentos adicionados fueran escritos con este fin, pero, en general, son sólo apuntes, en los cuales él mismo trata de afianzar el contenido de las distintas partes de la obra, y algunos demuestran que fueron escritos antes de acabar la obra; así que muchas cosas fueron cambiadas después, en la redacción definitiva.

Dr. H. C. Elisabeth Forster-Nietzsche.

Weimar, Nietzsche-Archiv, abril 1927.

INDICE

	Págs.
Introducción	5
Primera parte	11
Los discursos de **Zaratustra**	24
Segunda parte	66
Tercera parte	120
Cuarta y última parte	186
Anotaciones encontradas entre las obras póstumas de Nietzsche para la aplicación de ASI HABLO ZARATUSTRA	261
Apéndice	279